

# VACCEA ANUARIO

Núm. 15, 2022

versión digital en acceso libre: [www.pintivaccea.es](http://www.pintivaccea.es)

10 €



Universidad de Valladolid



CENTRO DE ESTUDIOS VACCEOS  
FEDERICO WATTENBERG

## Equipo Editorial

### Dirección

Carlos Sanz Mínguez, Universidad de Valladolid

### Secretaría

Roberto Matesanz Gascón, Universidad de Valladolid

### Consejo de Redacción

Juan Francisco Blanco García, Universidad Autónoma de Madrid

Joaquín Barrio Martín, Universidad Autónoma de Madrid

José Carlos Coria Noguera, Universidad de Granada

Javier Pinto Sanz, Universidad de Valladolid

Elvira Rodríguez Gutiérrez, Universidad de Valladolid

Roberto Sendino Gallego, Universidad de Valladolid

Pablo de Castro Martín, Universidad de Valladolid

Rafael Vega José

### Consejo Asesor

Andrés María Adroher Auroux, Universidad de Granada

Silvia Alfayé Villa, Universidad de Zaragoza

Martín Almagro Gorbea, Real Academia de la Historia, Madrid

Jesús R. Álvarez Sanchís, Universidad Complutense de Madrid

Luis Berrocal Rangel, Universidad Autónoma de Madrid

Sebastián Celestino Pérez, Instituto de Arqueología – Mérida (CSIC)

María Rosario García Huerta, Universidad de Castilla – La Mancha

Raimon Graells i Fabregat, Universidad de Alicante

Alberto J. Lorrío Alvarado, Universidad de Alicante

Luis Luis, Fundación Côa Parque, Portugal

Ana María Niveau de Villedary y Mariñas, Universidad de Cádiz

Juan Pereira Sieso, Universidad de Castilla – La Mancha

Fernando Quesada Sanz, Universidad Autónoma de Madrid

Alonso Rodríguez Díaz, Universidad de Extremadura

Gonzalo Ruiz Zapatero, Universidad Complutense de Madrid

Margarita Sánchez Romero, Universidad de Granada

Elisa Rosa B. de Sousa, Universidad de Lisboa, Portugal

Luis Valdés García, Real Academia de la Historia, Vizcaya

### Periodicidad

Anual

### Instrucciones de publicación

<https://pintiavaccea.es/seccion/normas-de-publicacion-vaccea-anuario>

### Edición

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg

Universidad de Valladolid

### Sistema de arbitraje

Revisión por pares ciegos. El Consejo de Redacción, recibidas las revisiones, determinará la aprobación o no del artículo para su publicación en la revista

### ISSN

Edición impresa: 2659-7179

Edición en línea: 2659-7187

Depósito Legal: VA 523-2017

### Maquetación

Eva Laguna Escudero

### Impresión

Gráficas Benlis (Valladolid)

Portada: fichas cerámicas de Las Quintanas, *Pintia*.

Fotografía CEVFW-UVa



### Proyecto Pintia

#### Equipo de investigación 2021

#### Director

Carlos Sanz Mínguez

Universidad de Valladolid

#### Codirectora de la excavación arqueológica

Elvira Rodríguez Gutiérrez

#### Coordinación

Asociación Cultural Pintia

#### Colaboradores

Joaquín Adiego Rodríguez

María Mercedes Barbosa Cachorro

Juan José Moral Daza

Matías de la Mota Martínez

Guillermo García-Alcalá del Olmo

Eva Laguna Escudero

Juan Francisco Pastor Vázquez

Félix Jesús de Paz Fernández

Carmelo Prieto Colorado

Ignacio Represa Bermejo

Ángela Sanz García

Voluntariado pintiano



## 3 EDITORIAL

### ARTÍCULOS

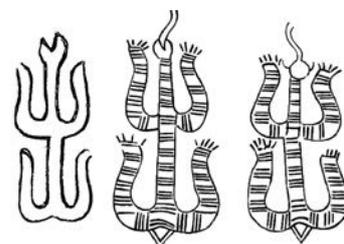
- 5 **El alfar vacceo de Tordehumos (Valladolid). Primeros resultados de las prospecciones y excavaciones arqueológicas desarrolladas**  
Rubén Justo Álvarez, Alfonso Muñoz Martín, Carlos Sanz Mínguez, José Carlos Coria Noguera, Inés de la Peña Fernández-Cañadas y Elvira Rodríguez Gutiérrez
- 23 ***Pessoi* y otras formas de reutilizar las cerámicas. Aproximación a las piezas recortadas de *Pintia* (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)**  
José Carlos Coria Noguera y Carlos Sanz Mínguez
- 43 **Fíbulas anulares hispánicas vacceas a través del registro de *Pintia*: la tecnología de cabecera remachada y su pervivencia**  
Elvira Rodríguez Gutiérrez y Carlos Sanz Mínguez
- 71 **Simbolismo calendárico en la iconografía del equipo metálico de tipo Monte Bernorio de la tumba 32 de la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Peñafiel, Valladolid)**  
Roberto Matesanz Gascón
- 85 **Ciudades en el entorno del territorio vacceo**  
Juan Francisco Blanco García
- 99 **Objetos singulares de la Hispania céltica, de su realidad material al contenido inmaterial**  
Luis Valdés e Isabel Arenal

### VARIA

- 119 **El puente antiguo de Peñafiel sobre el río Duero  
Estudio histórico y arquitectónico**  
Salvador Repiso Cobo

## 137 NOTICARIO VACCEO

## 144 HUMOR SANSÓN





Universidad de Valladolid

# UNIVERSIDAD DE VALLADOLID



Facultad de filosofía y letras



## Facultad de Filosofía y Letras

### GRADOS

GEOGRAFÍA Y ORDENACIÓN DEL TERRITORIO  
GEOGRAFÍA Y PLANIFICACIÓN TERRITORIAL  
HISTORIA Y CIENCIAS DE LA MÚSICA  
PERIODISMO  
FILOSOFÍA  
HISTORIA

HISTORIA DEL ARTE  
ESTUDIOS INGLESES  
ESPAÑOL: LENGUA Y LITERATURA  
ESTUDIOS CLÁSICOS  
LENGUAS MODERNAS Y SUS LITERATURAS



### MÁSTERES

MÚSICA HISPANA  
EUROPA Y EL MUNDO ATLÁNTICO: PODER, CULTURA Y SOCIEDAD  
TEXTOS DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA Y SU PERVIVENCIA  
ESTUDIOS INGLESES AVANZADOS: LENGUAS Y CULTURAS DE CONTACTO  
ESTUDIOS AVANZADOS DE FILOSOFÍA  
INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN COMO AGENTE HISTÓRICO-SOCIAL  
ESPAÑOL COMO LENGUA EXTRANJERA: ENSEÑANZA E INVESTIGACIÓN  
LITERATURA Y ESTUDIOS LITERARIOS EN RELACIÓN CON LAS ARTES  
CINE, COMUNICACIÓN E INDUSTRIA AUDIOVISUAL



# «No llames invisible a lo que no quieres ver»

El Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg (CEVFW), tras 22 años de trayectoria desde su fundación, prosigue la tarea de conservar, conocer y divulgar el legado vacceo que atesora la Zona Arqueológica Pintia. Hemos insistido desde hace mucho tiempo en la imperiosa necesidad que el Proyecto Pintia tiene de apoyos institucionales, que no siempre han llegado. Por fortuna, la Universidad de Valladolid, a través de su Vicerrectorado de Cultura, Educación y Deporte, ha apostado por el mantenimiento y desarrollo de las instalaciones universitarias existentes en Padilla de Duero, a pie del yacimiento.

Asimismo, el Grupo Vega Sicilia, a través de su bodega Alión, ha constituido un referente insoslayable desde 1999 para el desarrollo y consolidación de este proyecto. La Asociación Cultural Pintia y el voluntariado pintiano representan otros pilares fundamentales, viniendo en los tiempos más recientes a sumarse la Diputación Provincial de Valladolid, el Consejo Regulador de la Denominación de Origen Ribera del Duero, además de otra serie de colaboradores menores pero también importantes por su compromiso de largo recorrido.

Pero junto a las presencias, llaman la atención las ausencias: el Ayuntamiento de Peñafiel donde se inserta este bien estratégico (Padilla de Duero administrativamente constituye un barrio de Peñafiel) y la Junta de Castilla y León. Con respecto del primero cabría señalar que cada día son más las entidades locales, incluso mucho más humildes que la de Peñafiel, que ofrecen recursos a los arqueólogos investigadores para promocionar los yacimientos arqueológicos que radican en su municipio. Por qué no es así en el caso de *Pintia* es una pregunta que solo el equipo de gobierno de ese Ayuntamiento puede responder. Por lo que respecta a la Junta de Castilla y León, el resumen es fácil: una política errática, hora de café para todos, sin la potenciación de determinados lugares de mayor interés, hora de convocatorias de financiación para proyectos de investigación paleontológicos y arqueológicos, de carácter competitivo, pero resueltos tras los periodos estivales en los que habitualmente se desarrollan los trabajos de campo, haciendo en la práctica inviable el expediente administrativo.

No se trata de subvencionar sino de invertir. A menudo los políticos muestran una especie de esquizofrenia entre lo que proclaman y lo que presupuestan. Se declara el carácter estratégico que posee la Educación, pero ésta siempre ha sido la hermana pobre de la Cultura (al menos cuando se hacían exposiciones de relumbrón donde cortar cintas). Publicitan en *spots* bellos, con caras sonrientes y perspectivas a vuelo de pájaro, las excelencias del Patrimonio histórico-artístico de nuestra tierra, pero castigan con la indiferencia presupuestaria a quienes deseamos hacer de este un recurso de prosperidad. La generación de conocimiento en el campo del patrimonio arqueológico posee un potencial apenas explorado, en ocasiones repetido hasta la náusea en forma de centros de interpretación (específicamente “aulas de arqueología”, de la que Peñafiel sigue contando con una en la plaza del Coso, en vez de en la propia Padilla). Tal conocimiento y su posterior aplicación a la sociedad del bienestar ha sido posible en *Pintia* en los cuarenta últimos años gracias a una voluntad inquebrantable y al paraguas de la Universidad de Valladolid, pero el futuro de lo conseguido no puede seguir proveyéndose de tan altas dosis de voluntarismo y dependerá de la capacidad de consolidar equipos estables en torno a yacimientos clave como este.

En *Pintia* voluntarios, empresas, asociación, más recientemente Diputación y siempre la Universidad de Valladolid vienen proporcionando realidad y viabilidad al Proyecto Pintia en los últimos veinte años. Lo malo no es que algunas instituciones que están al servicio de esta sociedad todavía no se hayan dado cuenta, lo peor es que lo invisibilizan, como reza el aforismo de Benjamín de Prado que encabeza esta editorial.

Carlos Sanz Mínguez  
Director del CEVFW, Universidad de Valladolid

# TEMPOS *Vega Sicilia*



Más allá del mito

  
VEGA-SICILIA

  
ALION

PINTIA  


MACÁN  
Single Vineyard & Harvested & Regulated U.V.

  
TOKAJ-OREMUS

# El alfar vacceo de Tordehumos (Valladolid). Primeros resultados de las prospecciones y excavaciones arqueológicas desarrolladas

Rubén Justo Álvarez\*, Alfonso Muñoz Martín\*\*, Carlos Sanz Mínguez\*, José Carlos Coria Noguera\* \*\*\*\*  
Inés de la Peña Fernández-Cañadas\*\*\*\* y Elvira Rodríguez Gutiérrez\*

\* Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid

\*\* Departamento de Geodinámica, Estratigrafía y Paleontología, Universidad Complutense de Madrid

\*\*\* Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada

\*\*\*\* Museo de América (Madrid)

## Resumen

En este trabajo se presentan los resultados de las últimas investigaciones llevadas a cabo en el alfar vacceo de Tordehumos (Valladolid). El estudio del sitio ha sido realizado utilizando diversas técnicas de documentación. En primer lugar, se efectuó una prospección electromagnética, a través de la cual obtuvimos una serie de mapas tomográficos en los que se muestra la resistividad de los elementos del terreno a distintas profundidades. En segundo lugar, desarrollamos una campaña de excavación arqueológica, en la que se hallaron diversos materiales (cerámicas, algunas de ellas pasadas de cocción, revocos de paredes vitrificadas, masas de barro con digitaciones, etc.) que confirmaron la actividad alfarera en el asentamiento. Igualmente se pudo identificar una hoyo, cuya discusión presenta distintas posibilidades en relación con su funcionalidad. En este sentido, aunque no se pudieron documentar elementos estructurales *in situ* a ella vinculados, la presencia en su fondo de una capa de arcilla con carbones y un potente paquete de cenizas remiten a actividades pirotécnicas. Los resultados obtenidos nos permiten asociar Tordehumos con seguridad a como un centro de producción cerámica durante la segunda Edad del Hierro meseteño, sumando así un punto más a los pocos y mal conocidos alfares vacceos.

**Palabras clave:** segunda Edad del Hierro, meseta Norte, alfares vacceos, cerámica protohistórica, hornos prerromanos.

## The vaccean pottery workshop of Tordehumos (Valladolid). Initial results from prospections and archaeological excavations

### Abstract

This paper presents the initial results of the latest research of the vaccean pottery workshop of Tordehumos (Valladolid). The investigation of the site used diverse documentation techniques. Firstly, a electromagnetic prospection were conducted, through which we obtained a series of tomographic maps showing the resistivity of the ground elements at different depths. Secondly, an archaeological excavation was carried out, in which various materials were found (ceramics, some of them with cooking failures, vitrified revokes of pottery kilns, mud lumps with fingering, etc.) that confirmed the pottery activity in the settlement. In addition, we documented a pit, whose discussion presents different possibilities in relation to its functionality. In spite of the absence of *in situ* structural elements in this pit, the presence in its bottom of a clay level with charcoal and another with ashes suggest the development of activities related to fire. The results obtained permit to securely associate Tordehumos with the pottery activity during the Second Iron Age of the Northern Plateau, adding another site to the few and poorly known vaccean pottery workshops.

**Keywords:** Late Iron Age, Northern Plateau, vaccean pottery workshops, protohistoric ceramic, pre-roman kilns.



Tordehumos es un municipio localizado en la provincia de Valladolid, justo en la transición entre las comarcas naturales de los Montes Torozos y la Tierra de Campos, en la vega del río Sequillo. El núcleo poblacional actual fue fundado en la Edad Media como parte del programa de repoblación y fortificación de la frontera de los reinos de Castilla y de León a los pies de un pequeño cerro testigo sobre el que se edificó una fortaleza de la que hoy en día se conserva tan solo la muralla perimetral.

Pese a esta fundación más tardía, la posibilidad de que Tordehumos hubiera tenido un pasado vacceo fue planteada por primera vez por Federico Wattenberg en su obra *La región vaccea*, hace ya más de sesenta años. Allí se apuntaba que, sobre la corona del cerro donde posteriormente se levantó la fortaleza medieval, debió de existir en cronologías prerromanas «un viejo castro o fortaleza importante indígena» (Wattenberg, 1959: 10), aunque en aquel momento no se realizó ningún tipo de intervención arqueológica sobre el lugar. Tampoco las prospecciones realizadas en los años ochenta del siglo pasado desde el Inventario Arqueológico Provincial o por L.C. San Miguel (1990 y 1993) extendieron las evidencias vacceas en Tordehumos más allá de la mencionada corona del castillo, y habrá que esperar a 1992 para que nuevas prospecciones, realizadas por J. Santiago Pardo, proporcionaran las primeras referencias del área que ahora nos interesa. En una tierra de cultivo situada en la vega del río Sequillo, distanciada un kilómetro

al suroeste del cerro testigo, señalaba este autor que junto a un conjunto de cerámicas muy fragmentadas de factura vaccea que pudo recoger en superficie, recuperó también una serie de masas de barro con improntas digitales y vegetales que sugerían la existencia de un entorno de producción alfarera, noticia que fue recogida por Sacristán en fechas más recientes (2010 y 2011).

En todo caso, los centros de producción alfarera del mundo vacceo no están suficientemente documentados, de manera que, en la actualidad, aparte del caso de Tordehumos (fig. 1), solo se tienen evidencias en cuatro centros más: Roa de Duero (Sacristán, 1986: 155-156), Palenzuela (Sacristán, 1993: 496), Padilla de Duero (Escudero y Sanz, 1993) y, con ciertas prevenciones como habremos de señalar, Coca (Blanco, 1990; 1992).

### La prospección geofísica

En el año 2019 dos de nosotros (R.J.A. y C.S.M.) pudimos constatar de nuevo la presencia de material vacceo en el entorno del castillo y el Tejar Viejo, que es el nombre que recibe en las fichas del Inventario Arqueológico Provincial de Valladolid (IAPV) el área en el que pudo estar instalado el alfar, junto con cerámicas pasadas de cocción, masas de barro con huellas digitales y barros con evidente exposición al fuego (Justo, 2019).

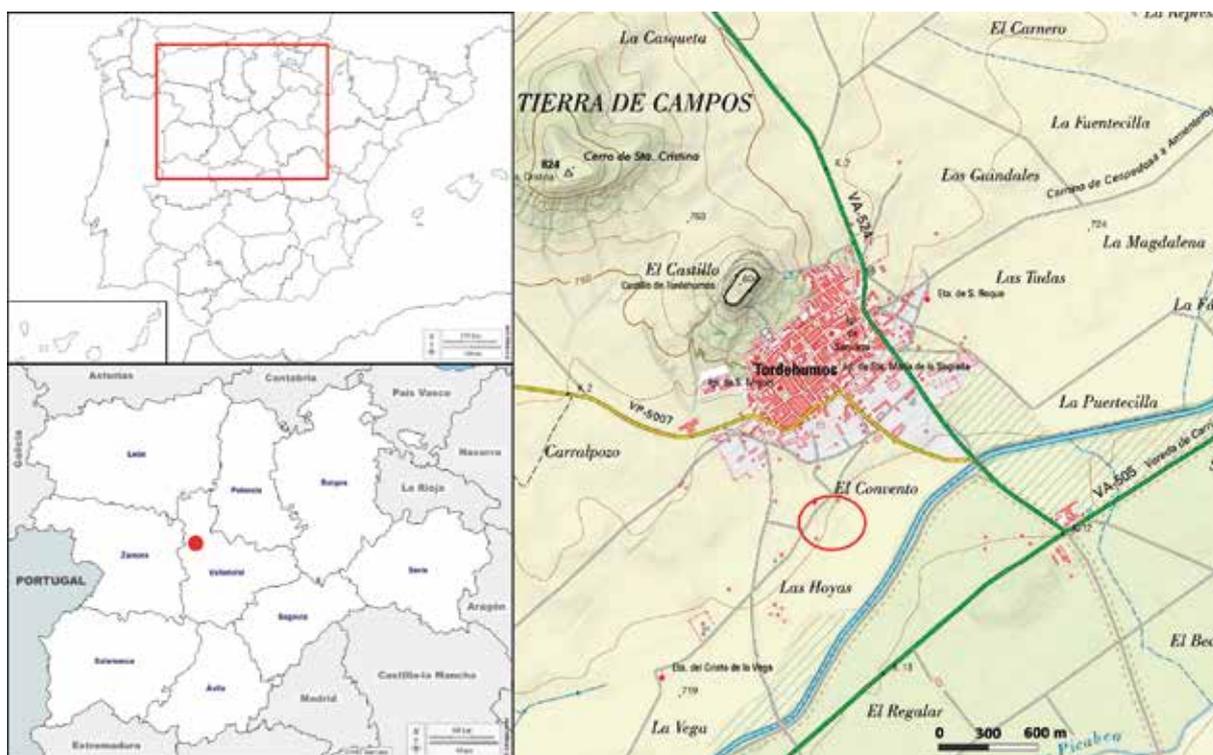


Fig. 1. Localización del alfar vacceo de Tordehumos (a partir de visor Iberpix del IGN y d-maps.com)

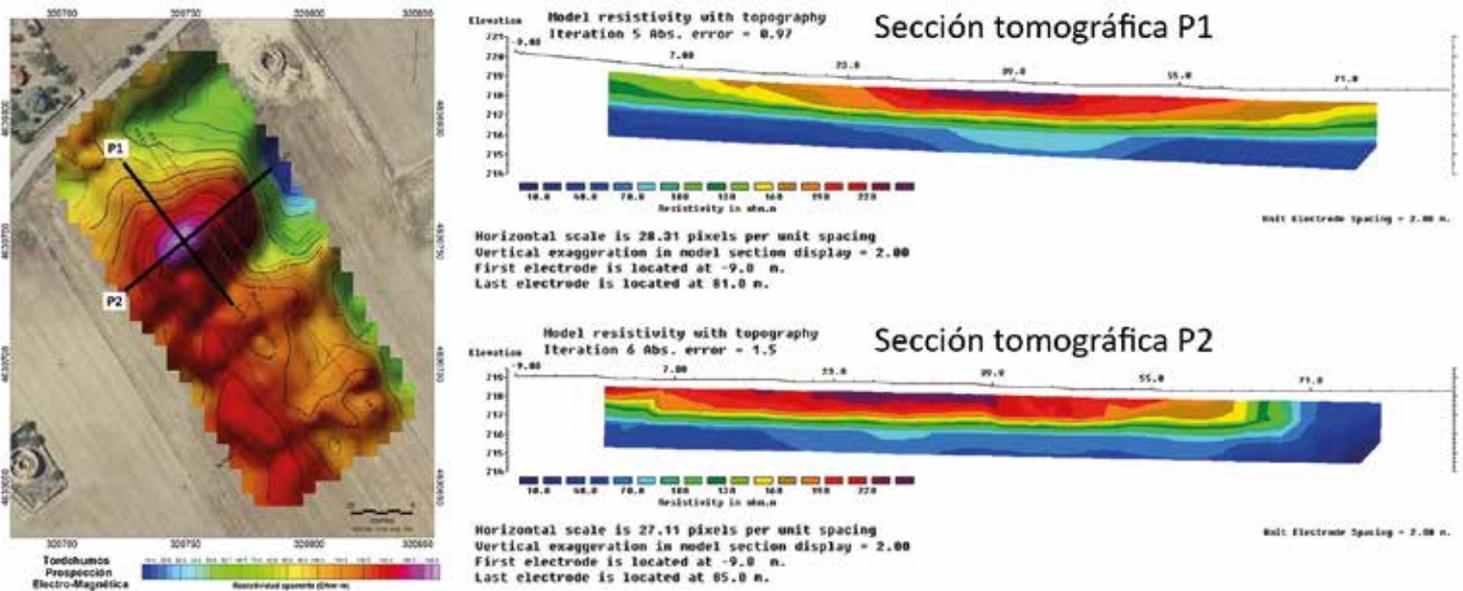


Fig. 2. Mapa y perfiles tomográficos obtenidos en la prospección geomagnética.

Con estos datos preliminares se planteó la realización de una excavación, pues el mero sondeo en superficie no parecía suficiente como para sacar alguna conclusión firme tanto por la imposibilidad de afirmar que aquellas cerámicas vacceas se encontraban *in situ*, como por la dificultad de identificar cronológicamente algunas de las piezas recogidas, como barros cocidos y escorias, que podían provenir también de un tejedor de época contemporánea que estuvo ubicado muy próximo a este espacio. Sin embargo, antes de llevar a cabo la excavación arqueológica, y dada la gran extensión por la que se distribuían las evidencias, pareció más aconsejable plantear con carácter previo una prospección geofísica a partir de la cual pudiéramos delimitar unas áreas de especial interés donde intervenir posteriormente.

La prospección fue íntegramente realizada por el profesor Á. Muñoz Martín, de la Universidad Complutense de Madrid, utilizando una técnica que consiste en un sistema electromagnético (EM) en dominio de frecuencias (FDEM) denominado Sistema CMD-Explorer. Estos sistemas FDEM inducen, mediante antenas sin contacto con el suelo, un campo electromagnético primario que penetra en el subsuelo e induce en los materiales conductores un campo electromagnético secundario. A partir de la medida de ambos campos electromagnéticos en antenas receptoras, el equipo permite medir de manera rápida y automática valores de resistividad aparente y componente en fase a tres profundidades de manera simultánea.

Dado que la resistividad aparente depende de la composición del suelo, el agua que contiene y la componente en fase de la presencia de metales, estos parámetros permiten la caracterización y mapeo

del subsuelo. Además, debido a la rapidez de toma de datos (un segundo por medida simultánea a tres profundidades) esta técnica resultaba especialmente útil para cubrir grandes espacios y recuperar una gran densidad de información en muy poco tiempo, de forma que con la prospección quedó estudiada un área de 12 945 m<sup>2</sup>.

Las mediciones dieron como resultado diversos mapas<sup>1</sup> y perfiles tomográficos, en los que se muestra la resistividad de los elementos del terreno a distintas profundidades (fig. 2). Tal y como se puede apreciar, la resistividad aparente se reduce a medida que profundizamos en el suelo, lo cual indica que nos adentramos en terrenos de arcillas o limos más puros o con una mayor humedad, aunque, en términos generales, los resultados ofrecieron los datos propios de un entorno principalmente arcilloso, con resistividades aproximadas a los 100 Ω·m. No obstante, como se puede apreciar, se detectaron ciertas anomalías y picos de resistividad que resultaban de interés, de los que debemos destacar un área ovalada de alta resistividad a 1,1 m y 12-14 m de longitud máxima. Los valores de resistividad que devuelve el terreno en esta área, de más de 160 Ω·m, desde luego no se corresponden con los valores propios de las arcillas o limos, sino más bien con un área de gravas o arenas, o tal vez con arcillas mezcladas con cal, o sometidas a algún tipo de proceso que alterara su resistividad natural, como por ejemplo su transformación en adobes. En todo caso, lo concreto que resulta la alteración tanto en extensión como en profundidad, formando una auténtica “bolsa”, nos indujo a pensar que era resultado de la acción antrópica y no de un proceso natural. Estos datos resultaron decisivos para la planificación de la campaña arqueológica que se realizó en agosto de 2021.

### Resultados preliminares de la excavación arqueológica

El desarrollo de los trabajos arqueológicos tuvo lugar sobre el área en la que los resultados de la prospección mostraban una mayor resistividad. De esta manera, se proyectó un cuadro de 24 m de longitud por 18 m de anchura, dividido a su vez en 12 cuadrados de 6 m de lado que fueron numerados con una forma alfanumérica (fig. 3). No obstante, dada la enorme extensión del área acotada (72 m<sup>2</sup>) se concentraron esfuerzos en los sectores B2 y C2, ambos subdivididos a su vez en 9 cuadros de 2 m de lado.

En ambos sectores se pudo documentar una estratigrafía inicial consistente en dos niveles que buzaban hacia el río Sequillo (fig. 4: A): uno, el más superficial, compuesto esencialmente de arcillas limpias y fuertemente compactadas (UE 100), y otro, bajo el primer estrato y a 50 cm de profundidad, compuesto por tie-

rra de tonalidad negruzca o grisácea menos compactada que la capa suprayacente (UE 200). Resulta de interés la presencia de una fina capa de cantos (UE 201) en el punto de contacto entre ambas unidades estratigráficas, hecho que se confirmó también a través de una zanja realizada en el sector C2.

En cuanto al material arqueológico recuperado de esta secuencia, destaca la riqueza del hallado en la UE 200, donde se obtuvieron cerámicas vacceas y medievales junto a fragmentos de teja medieval y romana (estas últimas sobre todo en las posiciones más superficiales del nivel). A estos materiales hemos de sumar la presencia de restos de fauna, amén de abundantes residuos de barro y adobes que presentan diferentes grados de exposición al fuego, desde la simple cocción hasta la vitrificación.

La apertura de un sondeo a máquina en el subsector B2.3 nos permitió documentar en sección una hoya que cortaba el nivel geológico de arcillas (UE 300)

- CAMPAÑA:** Alfar vacceo de Tordehumos
- NOMBRE DE PLANO:** Situación final del yacimiento (Cotas y áreas excavadas)
- LEYENDA:** Cotas: Profundidad desde el punto 0 de la campaña
- Sector: Letra sector, n.º de sector, n.º subsector (ej. B 2.2)
- Unidades Estratigráficas: UE n.º (ej. UE 200)
- Área no excavada
  - Sondeos en profundidad realizados con la pala
  - Hoya
  - Área decapada por la pala
  - Área excavada
  - Sondeo realizado manualmente en B2.5 y B2.8

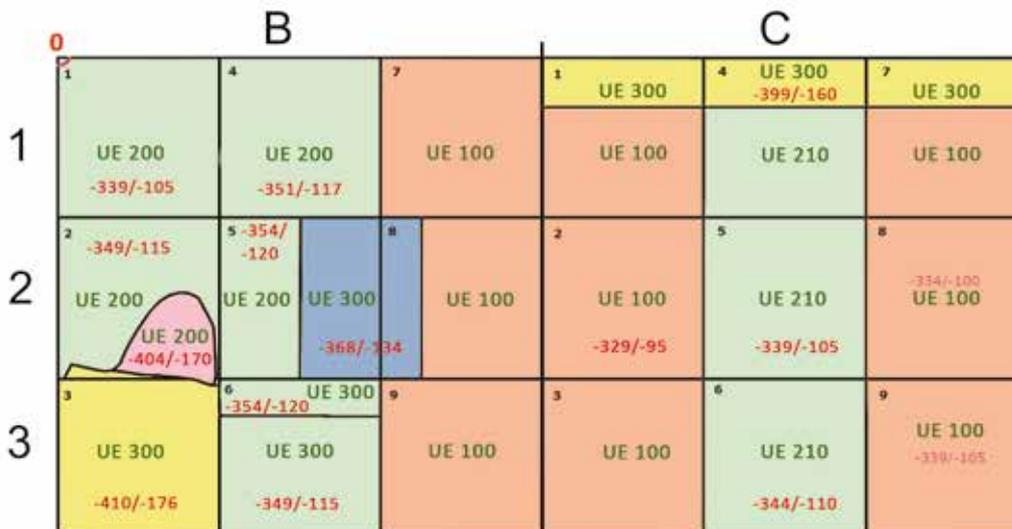


Fig. 3. Mapa de resistividad y localización del sondeo arqueológico.



Fig. 4. A. Perfil con las UUEE 100, 200 y 201. B. Perfil sur de la hoya al inicio de su excavación. C. Delimitación en planta de la hoya. D. Barro escorificado en el margen norte de la hoya. E-F. Bloques de arcilla recuperados del interior de la hoya. G. Final de excavación de la hoya. H. Sondeo realizado en B2.8.

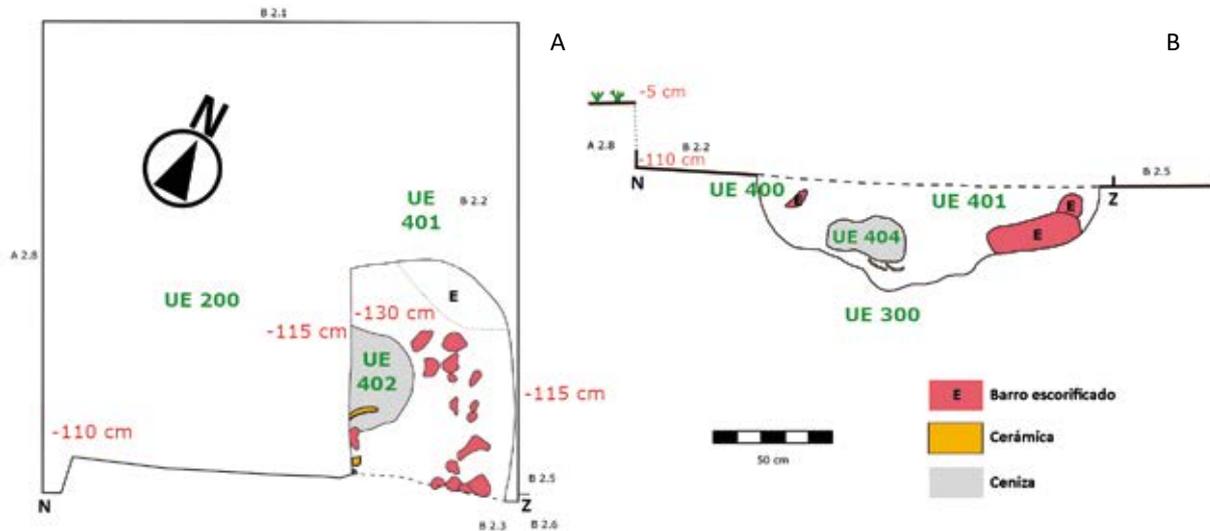


Fig. 5. Planta de la primera alzada de excavación (A) y perfil inicial (B) de la hoya del sector B2.3.

sobre el que descansaba directamente la UE 200 (fig. 4: B). La estructura pudo ser identificada también en superficie gracias a un anillo de tierra oscura que marcaba sus límites (fig. 4: C). En conjunto, se trataba de una hoya elipsoidal de 146 cm de anchura conservada, 100 cm de longitud y 53 cm de profundidad. En su interior se documentaron distintos niveles (fig. 5: B), comenzando con la parte superior de la hoya que estaba aún colmatada por la mencionada UE 200, aunque no penetraba más de 5 cm en la misma. Seguidamente se documentó un paquete de arcilla marrón (UE 401) que albergaba fragmentos de barro escorificados situados junto al límite de la hoya. Resulta de interés comprobar que tan solo el margen norte albergaba estos restos (fig. 4: D y fig. 5, A), siendo prácticamente inexistentes en el lado sur. Asimismo, se trata de un nivel que proporcionó varios ejemplares de tinajillas finas anaranjadas (fig. 6: 1, 4, 5-6, 8-9), un asa diametral de tipo cesta (fig. 6: 16), una masa de barro en la que se aprecian las huellas impresas de los dedos (fig. 9: D) y algunos adobes que apenas presentaban estrés térmico (fig. 9: A). Este paquete cubría dos niveles cenicientos, uno situado hacia el centro de la hoya (UE 402) en el que se halló aplastada otra tinajilla de pasta fina anaranjada (fig. 6: 7) y otro que formaba una auténtica bolsa de cenizas mucho menos compactadas y que resultaba apreciable desde la sección de la estructura (UE 404). Junto a estas cenizas se documentaron tres bloques de arcilla (fig. 4: E-F), de entre los que destaca uno perfectamente circular de 14 cm de diámetro y de casi 5 cm de altura situado sobre una de las bancadas, al que atribuimos un origen antrópico posiblemente asociado a labores de cocción. Los otros bloques, a pesar de tener una disposición alineada con este que acabamos de apuntar, creemos que son más fruto una acción de desprendimiento que elementos estructurales en posición primaria de un horno. En estos niveles inferiores

de la hoya debemos señalar que, además de cerámicas de almacenamiento, se halló una canica (fig. 8: 1).

Finalmente, debajo de los paquetes cenicientos se pudo identificar una fina capa de arcilla mezclada con carbón (UE 403) que continuaría en profundidad hasta alcanzar el nivel geológico. Su completa excavación permitió conocer los límites originales de la hoya excavada por los vacceos directamente sobre el nivel natural de arcilla, sobre cuyo propósito y uso hablaremos más adelante (fig. 4: G).

### Análisis de materiales

La campaña de excavación en el alfar de Tordehumos ha proporcionado una buena cantidad de evidencias relacionadas con el trabajo artesanal de la cerámica. Un primer aspecto de interés del lote de materiales recuperado es que su nivel de fragmentación, muy elevado en los niveles superiores, disminuye conforme se profundiza en la estratigrafía, cuestión que se explica por la alteración y remoción de los paquetes más superficiales debido a la propia acción del laboreo agrícola. En segundo lugar, destaca la heterogeneidad del registro de las unidades más modernas en contraste con la exclusiva cronología vaccea de los materiales identificados en la hoya, y en general en los niveles más profundos.

Los fragmentos cerámicos recuperados en niveles vacceos se corresponden con piezas finas anaranjadas, desconociéndose las producciones hechas a mano. El tipo predominante son las tinajillas de almacenamiento, en gran medida coincidentes con el material recogido en superficie (Justo, 2019: 80). Estas piezas se caracterizan por su perfil bitronco-cónico y se identifican formalmente con ejemplares documentados en necrópolis, como la de Las Ruedas de *Pintia* (forma XVI) (Sanz, 1997: 282, fig. 211),

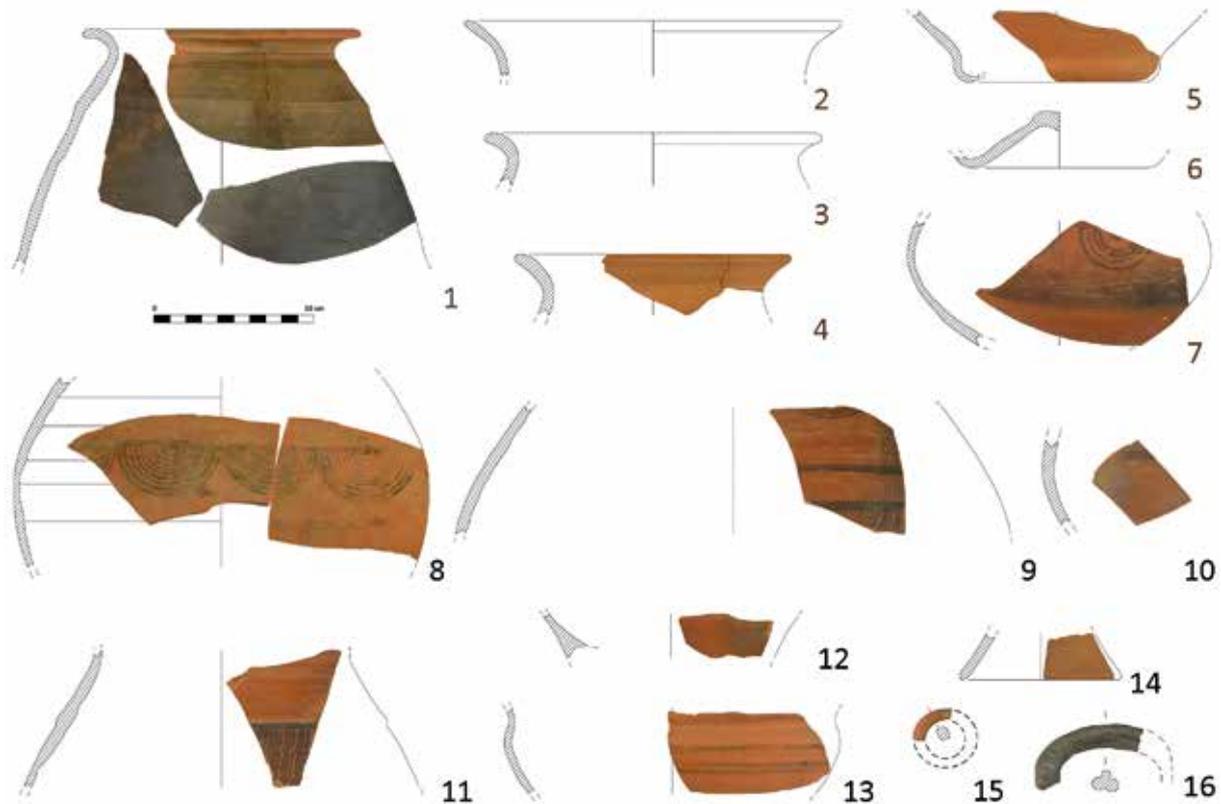


Fig. 6. Materiales cerámicos: 1-11. Tinajillas. 12. Mortero o copa. 13. Caliciforme. 14. Pie de copa. 15. Anilla de suspensión. 16. Asa diametral de tipo cesta.

y en áreas poblacionales, caso de la ciudad de Las Quintanas (forma XVI1A) (Coria, 2021: 155) (fig. 6: 1-11), del mismo asentamiento pintiano. También conocidas como tinajillas de sección en “palo de golf”, se detectan desde inicios del siglo IV a. C. en virtud del registro de Coca (Blanco, 2018: 140; 2021: 11) y perdurarán en las centurias posteriores hasta alcanzar el Alto Imperio. A este respecto, es sugestivo comprobar que, conforme se acentúa la romanización de los territorios vacceos, este tipo de piezas experimenta una reducción en su tamaño y cambios en sus bordes, además de presentar decoraciones más sencillas en las que predominan los círculos concéntricos de cinco o seis pinceles en vez de once (Blanco, 2021: 26). En el caso de las tinajillas de Tordehumos, algunas de ellas exhiben entre diez y once pinceles (p. ej. fig. 6: 8 y 10), lo que sugiere que estamos ante ejemplares antiguos, tal vez de la segunda mitad del siglo IV a. C., como los documentados en *Cauca* (Blanco, 2021: 11-13, fig. 3: 6). Estas decoraciones en pintura negra se complementan con bandas onduladas (fig. 6: 9 y 11), que están presentes en algunas tinajillas caucenses del siglo III a. C. (Romero, Romero y Marcos, 1993: 251, fig. 12: D-562), aunque no constatamos otras composiciones decorativas típicamente vacceas como los triángulos rellenos. Finalmente, cabe destacar que este tipo de cerámicas fueron realizadas con pellas arcillosas de granulometría fina, dando lugar a pastas de compa-

cidad alta con muy poca frecuencia de inclusiones (> 3 %; fig. 7: A-B), mientras que otros ejemplares presentan un mayor número de impurezas (3-10 %, fig. 7: C-D); en ambos casos con tamaños de grano inferiores a 0,5 mm de grosor. En cuanto a los tratamientos de superficie, se ha observado la aplicación de un bruñido suave en la cara externa (fig. 7: E), y espatulados en la interna, manifestados a través de estrías horizontales y verticales (fig. 7: F), los cuales son típicos de los recipientes de almacenamiento de *Pintia* (Coria, 2021: 198-199, fig. 94: F).

Junto a las abundantes tinajillas se han documentado, de manera excepcional o unitaria, otras formas finas anaranjadas. Así, se registra un pie elevado de copa (fig. 6: 14), un galbo posiblemente asimilable a otra copa o a un mortero (fig. 6: 12) y un perfil caliciforme (fig. 6: 13). Se trata de formas de poco valor cronológico, ya que se rastrean desde el siglo IV a. C. hasta el cambio de era, e incluso alcanzan el Alto Imperio como les sucede a los cuencos-copa. A ello debemos sumar la presencia de un asa diametral de tipo cesta (fig. 6: 16) en uno de los niveles de la hoya. Este aplique se encuentra formando parte de tinajas globulares, tales como las identificadas en Palencia (Romero, Lión y Crespo, 2021: 697, fig. 5: 22) y *Rauda* (Sacristán, 1986: 393, lám. LXXX, 2), tinajillas bitroncocónicas (Wattenberg, 1978: 36-37 y 62, XII; Sanz, 1997: 292, forma XII2; Sanz y Pedro, 2014: 10, abajo derecha centro) o botellas de cuellos

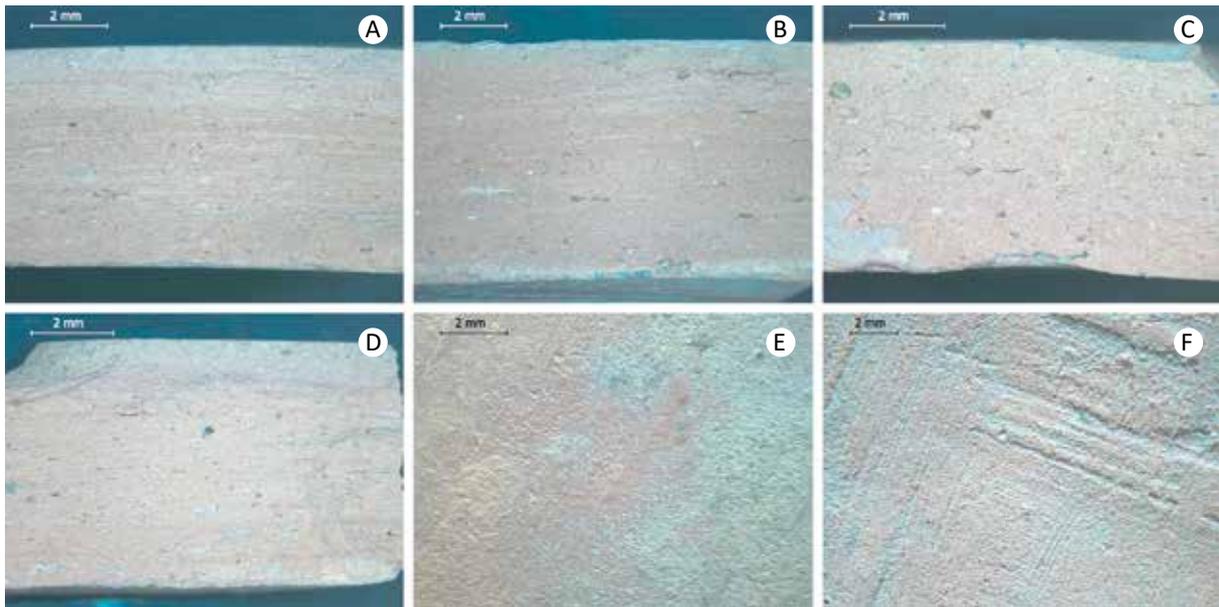


Fig. 7. Microfotografías de pastas (A-D) y tratamientos de superficie (E-F) de tinajillas finas anaranjadas.

más anchos que los ungüentarios, tales como las halladas en Coca (Blanco, 2018: 136-137; 128, fig. 3.57: 13; 134, fig. 3.57: 2) o Tariego de Cerrato (Castro y Blanco, 1975: lám. VIII, 14 y lám. XXII, 14; Burgos, 2016: 19, abajo). Sin embargo, en virtud del repertorio formal predominante, resulta más coherente que nuestro asa perteneciera a una tinajilla más que a una botella o tinaja de grandes dimensiones. Desde un punto de vista cronológico, estas asas-cesta se documentan con seguridad en contextos de los siglos III-II a. C., tal y como muestra el registro caucense (Blanco, Pérez y Reyes, 2012-2013: 96-97, UE 133, 102, fig. 28; Blanco, 2017: 49, arriba) y algunas tumbas de la necrópolis de Las Ruedas como la 37 (Sanz, 1997: 96, fig. I; 293) o la 269 (Sanz y Pedro, 2014: 9-10), en las que vasijas con este aplique se encuentran asociadas a cerámicas hechas a mano. Sin embargo, estas piezas pudieron alcanzar el siglo I a. C., como manifiesta un recipiente documentado en la barriada excavada en Montealegre de Campos (Blanco *et al.*, 2011: 84, arriba izquierda). Finalmente, entre los apliques plásticos tenemos un fragmento de anilla de suspensión (fig. 6: 15), elemento que aparece en tinajillas bitroncocónicas con asas diametrales tipo cesta como las halladas en la ya citada tumba 269 de Las Ruedas (Sanz y Pedro, 2014: 10, abajo derecha centro).

Junto a este tipo de producciones se localizaron otras de carácter singular como dos canicas (fig. 8: 1-2) —y una posible tercera muy deformada por las altas temperaturas (fig. 8: 3)— que en conjunto contribuyen a dibujar un claro horizonte vacceo sin la interferencia de otros ámbitos culturales.

También destacan piezas malogradas por motivos diversos. Así, tenemos ejemplares sobreexpuestos al

fuego que colapsaron durante la cocción, e incluso algunos que presentan superficies claramente vitrificadas (fig. 8: 4), mientras que otros muestran los bordes ondulados con las marcas de los dedos como consecuencia de ejercer una excesiva presión durante la manufactura.

Otros materiales de interés son las masas de barro con impresiones digitales (fig. 8: 5; fig. 9: D) y una serie de rollos de colombino sin cocer (fig. 8: 7), los cuales estarían disponibles para realizar algunas partes de las vasijas como las asas. Por otra parte, cabe mencionar la carencia de elementos metálicos, salvo una punta de hierro (fig. 8: 6).

Esta campaña también ha proporcionado fragmentos de adobes, los cuales debieron de formar parte de alguna estructura. A veces se localizan sin apenas signos de exposición al fuego (fig. 9: A), aunque lo más frecuente es que muestren superficies vitrificadas y recocidas, es decir, que sean auténticas paredes o revocos escorificados de horno, en los que se puede apreciar el surco dejado por los dedos al ser aplicada en las piroestructuras (fig. 9: C). En relación con ello, resulta de interés la documentación de un fragmento que dispone de dos capas de barro distintas, una inicial prácticamente vitrificada, seguida de una segunda menos termoalterada y solo escorificada en sus puntos más externos, lo que nos habla del reacondicionamiento de estos hornos cocción tras cocción para prolongar su vida útil (fig. 9: B).

### Interpretación preliminar de las evidencias recuperadas

En este apartado trataremos de presentar, a partir de las evidencias materiales y de otros datos de los que

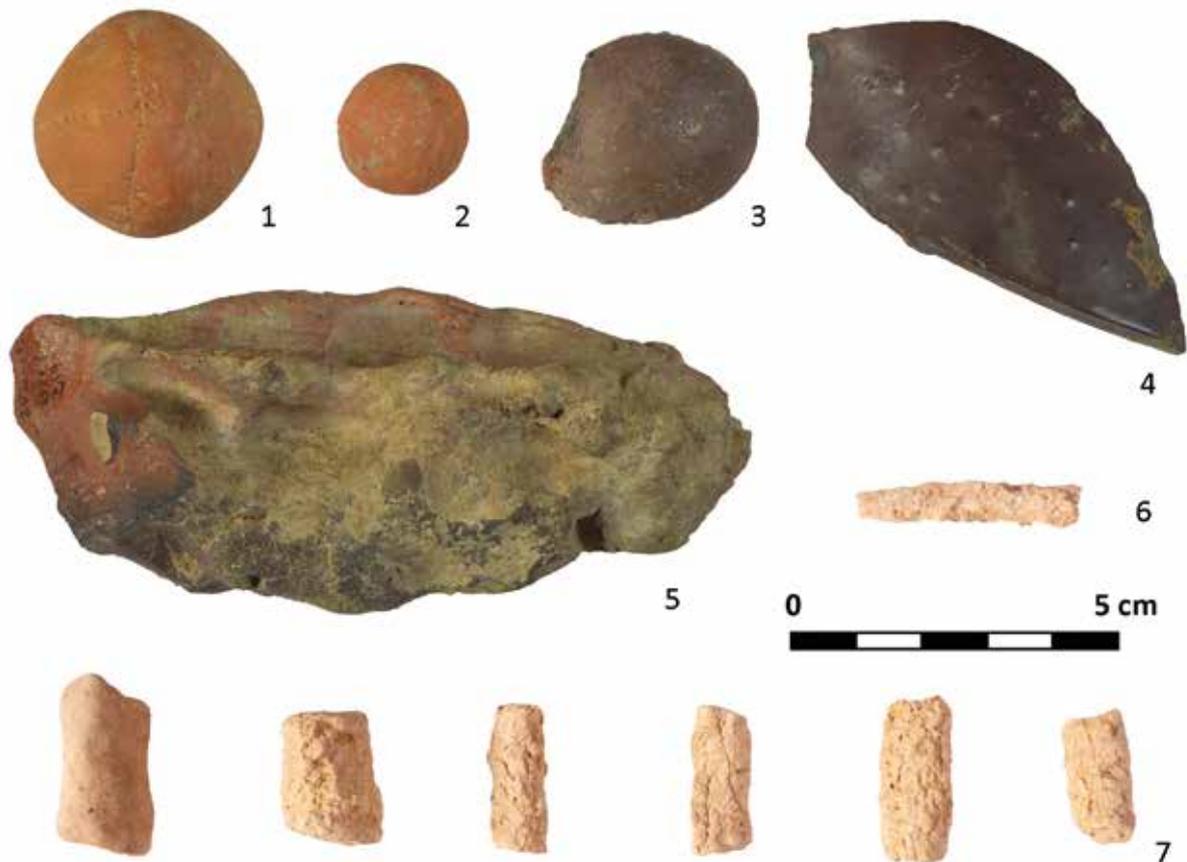


Fig. 8. Otros materiales. 1-2. Canicas. 3. Posible canica. 4. Cerámica vitrificada. 5. Masa de barro con digitaciones. 6. Punta de hierro. 7. Colombinos.

disponemos actualmente, una primera interpretación del yacimiento, una hipótesis de trabajo que deberá ser corroborada o rebatida en el desarrollo de nuevas intervenciones.

En primer lugar, podemos afirmar que se ha localizado un yacimiento de época vaccea, a pesar de la mezcolanza existente en los niveles superficiales, entre los materiales prerromanos con los de otras fases históricas mucho más avanzadas. A este respecto, descartaremos los restos más modernos, ya que las fases romana y medieval están bien atestiguadas en el registro arqueológico de Tordehumos. Asimismo, el material recogido de estas cronologías es puramente anecdótico en comparación con el vacceo, dominante en los niveles superiores y exclusivo a medida que profundizamos en el terreno.

Los trabajos de campo han permitido constatar que las UUEE 200 y 201 debieron ser las que devolvieron en la prospección geofísica los datos que posibilitaron identificar la mancha de alta resistividad que se decidió excavar; es decir, hay una fuerte correlación, tanto en extensión como en profundidad, entre la anomalía localizada en la prospección geofísica y dichos niveles arqueológicos. Como se ha mencionado anteriormente, la UE 200 resultó bastante rica en materiales arqueológicos, lo que delata su carácter

antrópico, aunque con los datos disponibles nos resulta muy complicado ofrecer alguna hipótesis sobre su naturaleza, más allá de indicar que era un testar asociado a un área de producción alfarera. Esta hipótesis se apoyaría en la fragmentación del registro y en la comparación de las evidencias documentadas con otros testares. Así, paquetes de tierra negruzca con material cerámico como los que cubrían y rodeaban el horno ibérico de la Casa Grande (Alcalá de Júcar, Albacete) fueron interpretados como desechos provenientes de otra piroestructura (Broncano y Coll, 1988). Por su parte, el nivel de gravas que sella la UE 200 parece que se puede asemejar al documentado en un vertedero del siglo IV d. C. en Relea (Saldaña, Palencia) (Juan, Pérez y Fernández, 1995: 381). Más cerca aún, en territorio vacceo, en los alfares de Carralaceña de *Pintia*, documentamos tales espacios de vertederos en una estratigrafía de un metro de potencia media, correspondientes al primero y tercero de los momentos documentados, con un relleno de materiales cerámicos en estado sumamente fragmentario y entre los que no faltan elementos deformados y escorificados (Escudero y Sanz, 1993: 473).

Más interesante desde un punto de vista interpretativo es la hoya localizada en los sectores B2.2 y B2.3. Dicha estructura pudo ser parte de un horno de



Fig. 9. A. Adobes sin termoalteración. B. Restos de capas de revoco de barro con distinto nivel de vitrificación. C. Revoco de barro con acanaladuras dejadas por los dedos. D. Masa de barro con surcos digitales.

cocción (en concreto, su cámara de combustión) que fue colmatado una vez que perdió esa funcionalidad. En este sentido, descartamos que se trate de un hoyo abierto con el objetivo exclusivo de depositar desechos por dos razones. En primer lugar, porque sus reducidas dimensiones y la cantidad de material recuperado en su interior —francamente escaso en comparación con el documentado en otros vertederos, pero entendible en caso de que fuera una cámara de combustión (Jiménez *et al.*, 2013: 206)—, invitan a pensar que sería un espacio poco aprovechado para este menester si tenemos en cuenta el importante esfuerzo que debió suponer su excavación en un terreno tan compacto. En segundo lugar, porque el singular perfil de la hoya es compatible con el de hornos circulares utilizados durante la Antigüedad (figs. 10 y 11).

Encontramos dos modelos de este tipo de piroestructura. El primero responde a hornos circulares cuya cámara de combustión se excavaba directamente sobre la tierra y en la que, bien durante la propia excavación, bien mediante una posterior construcción, se proyectaba una bancada perimetral alrededor de las paredes de la cámara, dejando así un hogar central. Sobre la función de esta bancada hemos localizado dos posibles interpretaciones, que, a la postre, dan dos morfologías diferentes de horno. En primer lugar, encontramos la interpretación del horno como una estructura monocameral en la cual las cerámicas a cocer se colocarían

en la bancada, alrededor de un fuego central. Esta propuesta fue planteada por primera vez por Davaras para los hornos minoicos de la Edad del Bronce (Davaras, 1980: 124, tipología A) (fig. 10: A, C), aunque se ha cuestionado en varias ocasiones que ese fuera su funcionamiento (Momigliano, 1986; Hasaki, 2002: 88)<sup>2</sup>. En segundo lugar, y siguiendo el estudio de Le Ny sobre los hornos galo-romanos de Francia (donde este tipo de estructuras se corresponden con la categoría Ic', fig. 10: B), se interpreta la bancada como un soporte para la parrilla, por lo que se trataría de un horno bicameral de tiro vertical (Le Ny, 1988: 39). No obstante, ninguno de los hornos de esa categoría estudiados en su trabajo conservaba restos de la parrilla<sup>3</sup>.

Respecto a la península Ibérica, cabe decir que esta tipología de horno fue identificada con la denominación B2 por Broncano y Coll Conesa (1988) para el mundo ibero e incluyeron en ella el horno número 3 de El Campello (Alicante) y los tres de Riera de Sant Simó (Mataró, Barcelona). Sin embargo, a tenor de los perfiles de los hornos que hemos podido consultar, creemos que los recogidos por estos autores deben ser asignados al grupo B1<sup>4</sup>, vaciando por tanto de ejemplos el tipo B2 en la península para estas cronologías. Por otra parte, para momentos altoimperiales hemos localizado un único ejemplar asignable a esta categoría: el horno 3 de la Fornaca de Vilassar de Dalt (Barcelona) (Roselló, Gironés y Gamarra, 2006-2007) (fig. 10: D).

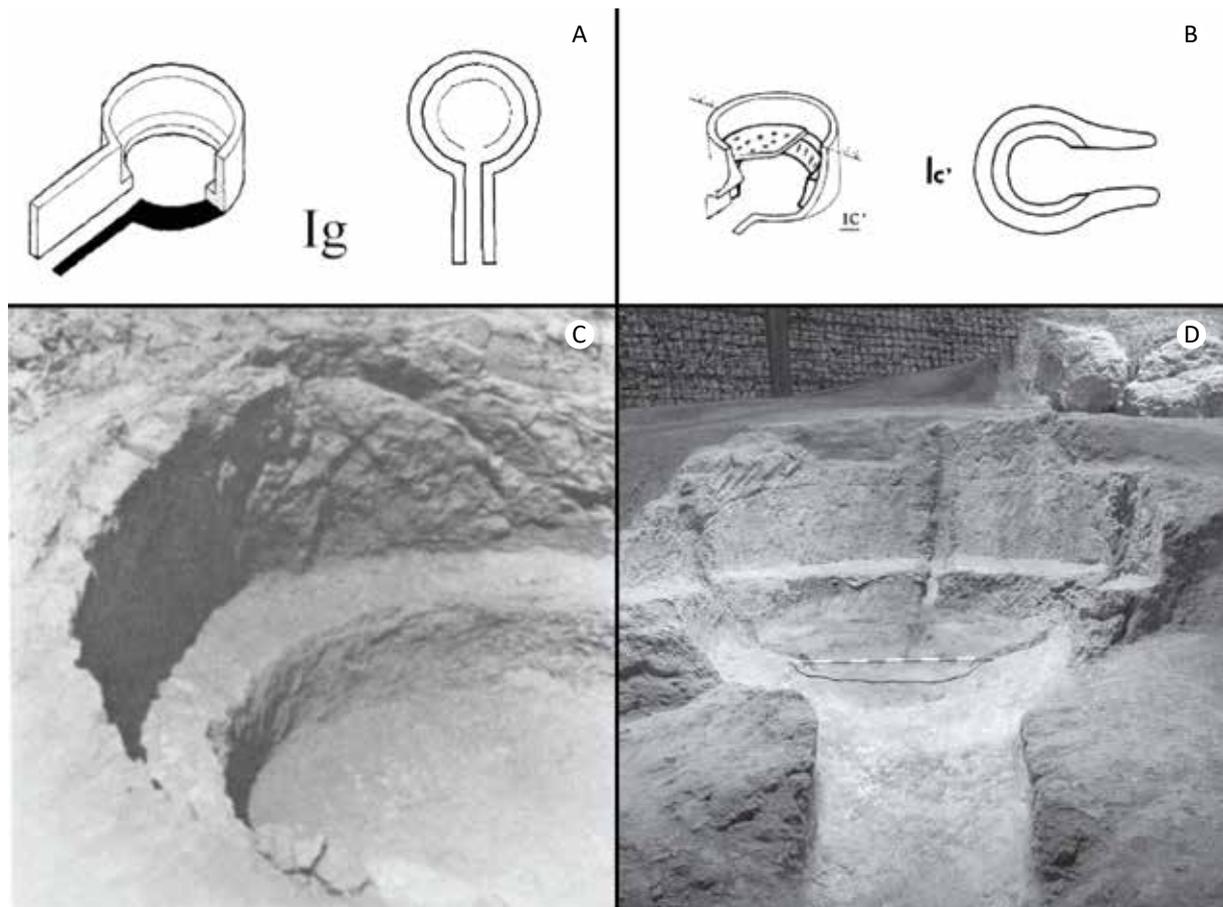


Fig. 10. A. Tipología Ig para los hornos cerámicos griegos de la Antigüedad propuesta por E. Hasaki (2002: 158, 501, lám. III.4). B. Tipología Ic' para los hornos galo-romanos propuesta por Le Ny (1988: 39-65; fig. 22a y 23). C. Horno cerámico de Palaikastro (Creta) (Davaras, 1980: lám. 7, C). D. Horno cerámico romano n.º 3 de la Fornaca (Vilassar de Dalt, Barcelona) (Roselló, Gironés y Gamarra, 2006-2007: 198, fig. 3).

El segundo tipo de piroestructura es indudablemente bicameral, e incluye una parrilla sustentada desde la cámara de combustión por unos pilares dispuestos paralelamente a la boca de carga y rematados en forma de arcada (Coll, 2008: 115-116). Estos pilares podían descansar sobre una bancada o zócalo que vendría a proteger la estructura del horno al alejarla del foco de calor, para lo cual parece necesario excavar previamente un hoyo cuya sección resulta francamente similar a la documentada en Tordehumos. Algunos ejemplos próximos de este modelo de horno con bancada son el documentado en Relea (Saldaña, Palencia), datado en el siglo IV d. C. (Juan y Pérez, 1987) (fig. 10: D); o los ejemplares bajoimperiales de Camino de Santa Juana (Cubas de la Sagra, Madrid) (Juan *et al.*, 2013: 428-430). Posteriormente, en la meseta Norte tenemos evidencias medievales de la utilización de este diseño, como se desprende del horno 3 de El Casetón de la Era (Crespo, 2014) (fig. 10: C). Otro ejemplar de ese mismo yacimiento, similar, aunque sin zócalo, supone un buen ejemplo del estado en que podría encontrarse una cámara de combustión con este tipo de estructura en el caso de una mala conservación de los pilares sustentantes (Crespo y Fonseca, 2018: 601).

Desde un punto de vista cronológico los hornos bicamerales sustentados por pilares laterales están documentados ya en la antigua Mesopotamia (Delcroix y Hout, 1972: 91, fig. 5) y se encuentran recogidos en todas las clasificaciones clásicas de hornos prerromanos y romanos en Europa (Cuomo di Caprio, 1972; Duhamel, 1978-1979; Le Ny, 1988). En la península Ibérica, este diseño está planteado de forma teórica por Coll Conesa (2000) para el mundo ibero, pues a pesar de que lo recoge en su clasificación como el tipo B4, es en realidad un modelo extrapolado del A4, ya que del primero no ofrece el ejemplo de ninguna piroestructura.

Mayor problema cronológico presenta la bancada en este tipo de hornos, ya que, además de no ser muy frecuente, en la Península solamente está documentada en hornos romanos a partir del siglo I d. C. (Juan *et al.* 2013: 429)<sup>5</sup>. El obstáculo deriva del hecho de que los materiales cerámicos documentados en el interior de la hoyo de Tordehumos son de clara filiación vaccea y, además, de una cronología presumiblemente temprana. No obstante, dado que, por un lado, la tipología general de esta posible cámara de combustión está contemplada en la sistematización de Coll Conesa y, por otro lado, también está documentado

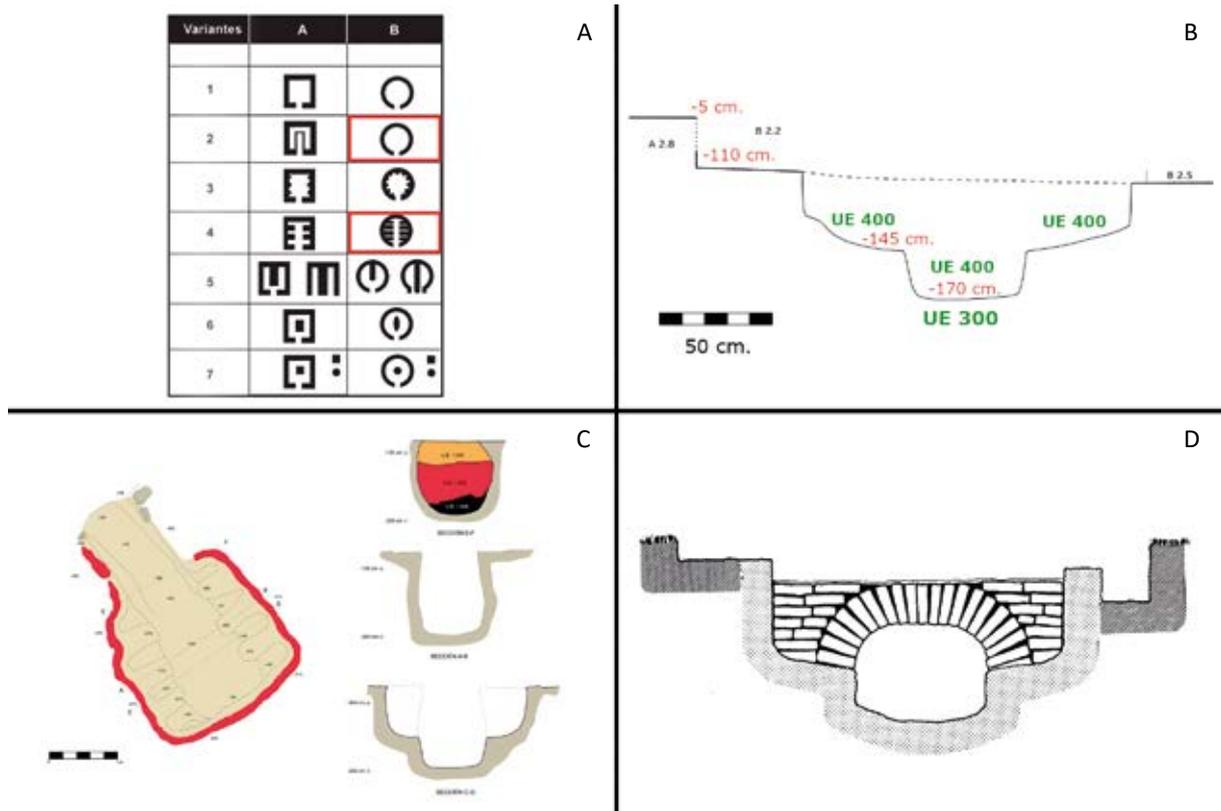


Fig. 11. A. Tipología de hornos ibéricos de Broncano y Coll (1988), con indicación de las tipologías B2 y B4. B. Perfil final de la hoya excavada en el alfar vacceo de Tordehumos. C. Perfil del horno medieval 1 de El Casetón de la Era (Crespo, 2014: 407, fig. 5). D. Perfil y reconstrucción del horno hispano-romano de Relea (Juan y Pérez, 1987: 666, fig. 3).

que los romanos heredaron las técnicas constructivas locales de hornos cerámicos (Coll, 2008: 114; García Fernández y García Vargas, 2012), bien podría ser que este zócalo no fuera tampoco una novedad romana, sino que fuera una técnica constructiva ya conocida por pueblos prerromanos como el vacceo, incluso ser un elemento constructivo de tradición local utilizado, por lo menos, hasta la Edad Media. No obstante, es justo apuntar también que este tipo de hornos se asocian con frecuencia a la producción de tejas y otros materiales constructivos.

Pese a todo, la identificación definitiva de la hoya de Tordehumos con un horno no está exenta de problemática, ya que su interior carece de elementos como pilares, parrillas o paredes escoriñicadas *in situ*. Para dar respuesta a esta cuestión cabe plantear varias explicaciones. En primer lugar, que se trate de una hoya proyectada como parte de un horno que tuvo poco uso o que ni siquiera fuera utilizado, razón por la cual no se documentan sus límites escoriñicados, pues estos empiezan a presentar este tipo de alteración a partir de unas quince cocciones de acuerdo con algunas experimentaciones<sup>6</sup>. En segundo lugar, que la hoya fuera concebida desde un inicio como barrero en las cercanías de un horno; lo que no explica el singular perfil de la cubeta, puesto que los barreros normalmente presentan cortes de perfil convexo continuo, sin

la presencia de irregularidades ni bancadas hacia el final de los mismos, como muestran los del alfar romano de La Vereda (Burguillos, Sevilla) (Bernal *et al.*, 2014: 28, fig. 3: A y B), o los del ya citado alfar medieval de El Casetón de la Era III (Crespo, 2014: 411).

Aun con estas dificultades interpretativas, hemos de destacar que la gran mayoría del material procedente del interior de la hoya está ligado a labores de producción cerámica. En este sentido, es destacable que sea justo en este punto —y particularmente en sus niveles más centrales y profundos— donde se ha localizado la mayor cantidad de cenizas de toda el área excavada, y que sea también el único ámbito del yacimiento donde se ha podido documentar carbón, tanto mezclado entre estas cenizas como formando una verdadera y finísima capa que señalaba el límite entre las arcillas geológicas y el relleno de la cubeta. De este relleno, debemos reseñar la aparición de algunas cerámicas en los niveles más profundos con exposiciones a altas temperaturas, más propias de las utilizadas de forma auxiliar en las labores de cocción que errores de este proceso, así como una importante cantidad de adobes termoalterados, muchos de ellos con claras evidencias de vitrificación y con abundantes huellas digitales.

De todos modos, algunos de los elementos hallados en el interior de la hoya nos permiten defender la idea de que parte de su contenido fuera el resultado

de un fuego, posiblemente llevado a cabo en esta cubeta. Así, la disposición ordenada, en hilera y paralela al borde noroeste de buena parte de los fragmentos de barro escorificado posiblemente esté relacionada con el colapso de alguna estructura suprayacente que fue afectada por las altas temperaturas<sup>7</sup>. Por otro lado, la anchura de esta hilera corresponde con bastante exactitud con la del anillo de tierra oscura que se evidenció al mojar el terreno con el fin de intentar localizar la extensión en superficie de la hoya. Esta diferenciación de coloración entre el perímetro de la hoya y su relleno cabría relacionarla con el efecto del calor producido en el interior de una cámara de combustión, capaz de penetrar varios centímetros en la arcilla en los casos en los que la cámara de combustión se encuentra excavada directamente en el suelo. En última instancia, cabe destacar que próximo al corte del sondeo, y bajo este barro termoalterado, se localizó una concentración de barro cocido no escorificado de color rosáceo, tal vez marcando el punto en que el calor de la cámara no era ya lo suficientemente intenso como para producir esa alteración, fenómeno bien documentado en distintos hornos cerámicos.

### Consideraciones finales y algunas precisiones en relación con la definición de los alfares en el área vaccea

Los trabajos de prospección preliminares desarrollados en El Tejar Viejo de Tordehumos y sobre todo los de excavación arqueológica ahora presentados, han venido a confirmar el carácter alfarero de este enclave vacceo sin ambages posibles. Es evidente que nos habría gustado poder presentar datos más contundentes que los hasta ahora alcanzados. Sin embargo, creemos que se trata de un avance exitoso en el estudio del yacimiento, puesto que se elimina la posibilidad de que los restos sean basuras trasladadas a la zona y, por otro lado, se fija la actividad en un contexto inequívocamente vacceo.

Contamos con evidencias estructurales *in situ* (la hoya) y con vertederos en los que se combinan cerámicas pasadas de cocción, fragmentos de paredes escorificadas y vitrificadas, masas de barro con huellas digitales, algunas para el cierre de la puerta en el momento de la cocción, lo que constituye una serie de restos materiales que parecen acreditar que nos encontramos en un barrio artesanal alfarero.

Este cúmulo de elementos que se dan cita en El Tejar Viejo, nos sirve también para llamar la atención sobre la necesidad de plantear unos requisitos mínimos para hablar de alfares en general y en el mundo vacceo en particular. Al principio de este trabajo señalábamos cómo en una serie de asentamientos se ha propuesto la existencia de tales actividades, no sin incurrir en ciertos riesgos de interpretación, tomando como base la presencia de “cerámicas pasadas de cocción”.

En la excavación de urgencia desarrollada en Las Quintanas de *Pintia* para dar contexto al segundo tesoro, los niveles de incendio documentados nos permitieron observar cómo el conjunto vascular cerámico se hallaba frecuentemente alterado, con exfoliaciones, ampollas, deformaciones, variaciones de color en los mismos recipientes, etc. (Gómez y Sanz, 1993: 339). Los trabajos posteriores nos han ratificado dichas transformaciones en tales circunstancias (Coria, 2021: 29; 45-76) que corresponden a la recocción que algunos materiales cerámicos o constructivos, experimentaron en ambientes cerrados de combustión originados como consecuencia del desplome de paredes y techumbres en el transcurso de dichos incendios, en los que se alcanzaron temperaturas muy elevadas, a menudo en ambiente reductor, que transformaron radicalmente los materiales. Estas circunstancias han dado pie a hablar de ladrillos cocidos en vez de adobes y a considerar a las cerámicas afectadas como indiciarias de la presencia de hornos. A nuestro juicio, si queremos ser rigurosos, debemos establecer una serie de condiciones mínimas para poder mantener la existencia de hornos alfareros. Otra cuestión distinta es hablar de zonas de talleres asociados a la producción cerámica, como sucede en el complejo alfarero de Las Cogotas, donde pese a desconocerse los hornos, parece poderse mantener la interpretación dada (Padilla, 2011 y 2018; Padilla, Ruiz y Álvarez, 2018).

Por esta razón, pensamos que resultaría conveniente establecer una serie de criterios básicos que permitieran definir de manera consensuada la presencia de dicha actividad alfarera y en particular la existencia de hornos de cocción. Al margen de que consideremos que todas estas grandes ciudades vacceas debieron de contar con alfares propios de producción para abastecer localmente a la población, lo cierto es que son muy pocas en las que actualmente pueden considerarse documentados esos espacios artesanales: *Rauda*, *Pintia* y, ahora, Tordehumos.

En *Rauda* contamos con la escombrera de un supuesto taller (cerámicas pasadas de cocción), pero también con numerosas pellas cerámicas (Sacristán, 1986: 155-156), que dieron pie a una interesantísima y frustrada investigación sobre dermatoglifos (Sacristán, 1993). La ubicación en la orilla contraria a la zona residencial parece apoyar la idea de segregación de estas actividades pirotécnicas que implican peligros con respecto de estructuras de habitación altamente combustibles.

Algo similar ocurrió en *Pintia*, cuyo barrio artesanal de Carralaceña se localiza en la orilla derecha y contraria a la ciudad de Las Quintanas. Aquí se pudieron localizar varios hornos, de los cuales destaca por tamaño y conservación el número 2 (Escudero y Sanz, 1993). Junto a ellos se documentaron escombreras con abundantes materiales cerámicos pasados de cocción, pellas de barro modeladas con digitaciones y diversos restos constructivos de los hornos es-

corificados y vitrificados (Escudero y Sanz, 1993: 490). Los sistemas de datación empleados en su momento para el horno núm. 2 se basaron en muestras paleomagnéticas y de C-14. Estas últimas, a dos sigmas, ofrecen intervalos entre 400-180 a. C. y 380-40 a. C. (Escudero y Sanz, 1993: 486). En cuanto a las paleomagnéticas, ofrecieron una cronología centrada en el cambio de la era, con una desviación de  $\pm 50$  años, si bien tomas posteriores parecieron aconsejar envejecer ligeramente la misma, en cualquier caso, dentro del siglo I a. C.

Finalmente, las estructuras excavadas en Los Azafranales de *Cauca* (Blanco, 1990; 1992; 1998) merecen un comentario aparte. En su momento uno de nosotros expresó su reserva con respecto de la interpretación dada como hornos de cocción cerámica (Escudero y Sanz, 1993: 480). Casi treinta años después seguimos pensando parecido y, en la confianza que nos da la amistad con su investigador, F. Blanco, pero sobre todo en la existencia de argumentos en contra, nos permitimos la crítica. Porque, en efecto, estos supuestos hornos —datados en los siglos IV-III a. C. por la convivencia de cerámicas torneadas y hechas a mano, algunas muy características con decoraciones peinadas o con patos y soles estampados—, presentan numerosos problemas para su aceptación como tales.

En primer lugar, las estructuras no se corresponden con ninguno de los tipos acreditados y conocidos en la península Ibérica en la Edad del Hierro, las supuestas parrillas “de quita y pon” (Blanco, 1992: 37-38) no pudieron ser documentadas y las paredes de las presuntas cámaras de combustión carecen de signos de vitrificación o deterioro (Blanco, 1992: 38) por el mantenimiento de altas temperaturas en su interior. Como ya hemos dicho, la presencia de cenizas, maderas quemadas o cerámicas termoalteradas no constituyen argumentos *per se* para defender la existencia de hornos.

En segundo lugar, la coincidencia de cerámicas hechas a mano y a torno en los “hornos” de *Cauca* introduce una curiosa circunstancia, que podría calificarse de anómala: la combinación de procesos técnicos poco complementarios como la cocción reductora y oxidante de unas y otras especies, respectivamente, lo que podría, no obstante, resolverse con cocciones alternativas, sin combinar ambos elementos. Pero es más, en los alfares de Roa, *Pintia* y ahora Tordehumos, se constata la ausencia de cerámica elaborada a mano, lo que no debe explicarse en términos de baja cronología (con la desaparición de la cerámica urdida), sino antes bien por la dimensión de estas producciones de carácter pseudoindustrial, a cuyo concepto escaparían las tradicionales hechas a mano, seguramente de producción doméstica (Padilla, 2018: 316-322), como atestiguan su uso minoritario pero existente prácticamente hasta el cambio de la era en contextos funerarios como el de Las Ruedas de *Pintia*.

En tercer lugar, el patrón de distribución de las actividades pirotecnológicas peligrosas en el caso de *Cauca* no parece encajar con respecto del observado en *Rauda* o *Pintia*, o incluso en Tordehumos, con distancia suficiente con respecto de la corona de El Castillo habitado. La ubicación de Los Azafranales en el interior del asentamiento caucense parece contravenir las más elementales reglas de seguridad, además de alejarse del necesario recurso del agua que entre el Voltoya y el Eresma ofrece numerosas posiciones más propicias.

Por su parte, el alfar de Tordehumos podría ofrecer un registro más antiguo, en función del repertorio formal recogido en superficie, algunas decoraciones detectadas y, tal vez, por la sencillez de sus estructuras (la hoya), lo que tendría un gran interés en relación al desarrollo de esta nueva tecnología en el solar vacceo, cuestión que redundaría en cuándo se comenzarían a producir localmente estas cerámicas torneadas, tradicionalmente llevadas a contextos muy tardíos (Martín y Esparza, 1992), pero que hoy sabemos, gracias a las asociaciones a ciertos elementos metálicos de la necrópolis de Las Ruedas, que hay que trasladar al siglo IV a. C., cuando no a finales del previo<sup>8</sup>.

Los ceramistas vacceos fueron acreditados artesanos, con un manejo del torno alfarero que nos atreveríamos a tildar de virtuoso, en el que diseños, complejidad técnica y originalidad iban de la mano (Blanco, 2003 y 2010; Sanz y Carrascal, 2012; Coria, 2021; Coria, Badreshany y Sanz, 2022), con una técnica de retorneado que confiere una finura a los perfiles de las piezas sorprendente (Sanz, 2020). Si algunos centros productores como Tordehumos parecen acreditar un torno, aunque temprano ya bien experimentado, el *floruit* de la alfarería vaccea y su expansión a áreas limítrofes parece hacerse sentir con intensidad en un momento pleno de los siglos II-I a. C. En esos tiempos asombra la gran variedad y personalidad de las producciones cerámicas que desarrollaron, entre las que, además de las finas anaranjadas (algunas bícromas y polícromas) y las toscas o comunes, no dejaremos de citar las torneadas negras bruñidas (Sanz, 1997: 312-314; Sanz *et al.*, 2010; Romero *et al.*, 2012), las grises céreas de imitación de vasos de plata (Blanco, 2001) o las variopintas producciones singulares (Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2019). Tecnológicamente asombra también la ejecución de un horno como el núm. 2 de Carralaceña, por su tamaño y complejidad, donde pudieron cocerse miles de piezas de una sola vez.

Conocemos algunos de los centros alfareros que abastecieron a estas ciudades. Dejando a un lado otra serie de instalaciones relacionadas con el procesado de las arcillas, el secado y almacenamiento de las producciones, etc., decíamos líneas atrás que se hacía necesario proponer un consenso para hablar de hornos de cocción. Es por ello que concluimos enumerando algunas de las evidencias cuya

acumulación sobre el terreno permitiría identificar con mayor propiedad la presencia de hornos de cocción cerámica y, por extensión, de alfares: 1) cerámicas pasadas de cocción (abizcochadas, con burbujas, deformadas, con colores alterados, etc.); 2) grandes testares o acumulaciones de cerámicas desechadas; 3) elementos estructurales desplazados, en forma de fragmentos desprendidos de las paredes internas de las cámaras de combustión con superficies claramente vitrificadas; 4) pellas de barro, con improntas de huellas digitales, que servirían para regular el tamaño de las toberas que comunican la cámara de combustión con la de cocción o laboratorio, sellar las puertas para iniciar el proceso de cocción, sujetar y separar los recipientes apilados, etc.; 5) estructuras inequívocamente de cocción, con todos o partes de sus elementos característicos conservados (parrilla, *praefurnium*, cámaras de combustión, etc.); y, 6) ubicación en zonas externas a las ciudades y próximas a los cauces. Se hace evidente que el criterio 5 es válido por sí mismo, de igual forma que el 1 no sirve por sí solo. Los criterios 2, 3, 4 y 6 con resultar muy sugerentes individualmente, deberían complementarse en alguna medida entre ellos.

Según los criterios señalados Carralaceña de *Pintia* cumpliría los seis, el alfar de *Rauda* tres (1, 3 y 6), Tordehumos tres (1, 2 y 6; incluso cuatro en el caso de asumir el criterio 5) y *Cauca* solamente uno (1), lo que justificaría su recusación. Esto no quiere decir que *Cauca* no tuviera alfares propios para abastecer de cerámicas a esta importante ciudad, pero será necesario seguir buscándolos en lugares más adecuados, alejados de la urbe, separados de ella por cursos fluviales y en sus proximidades.

Para finalizar, creemos que las reflexiones plasmadas en estas líneas arrojan un poco más de luz sobre el presente y el futuro de la investigación de la alfarería vaccea, particularmente de sus centros de producción. En este sentido, pensamos firmemente que, una vez liberados del paradigma de la celtiberización (Sanz, 2021) y asumido el potencial de este sector artesanal en el Duero medio, se abre ante nosotros un campo de estudio de amplia trayectoria para conocer el pasado prerromano de esta región. Su impulso tan solo será posible con la continuación de los trabajos arqueológicos y su debida publicación, como las prospecciones y excavaciones de las que hemos dado cuenta en este trabajo, en El Tejar Viejo de Tordehumos, que confiamos puedan seguir aportando nuevos datos de interés en un futuro próximo.

## Notas

1. Todos los mapas tienen coordenadas UTM Huso 30N y el elipsoide es el WGS84.
2. En su estudio sobre los hornos griegos de la Antigüedad, E. Hasaki incluye estos hornos en su tipología Ig, aunque, dado que no

concuera con Davaras en cuanto al funcionamiento del mismo, plantea como alternativas que la bancada hubiera servido como descanso de unos brazos que emanaran de un pilar central y que serían el soporte de la parrilla, y también que la estructura se tratase en realidad de un horno de cal (Hasaki, 2002: 158-159).

3. En todo caso, cabe señalar que el número de hornos documentados para ambas categorías es francamente escaso: 7 para los hornos griegos de tipología Ig y 4 para los hornos galo-romanos franceses de tipología Ic’.

4. López Seguí ha incluido en artículos posteriores los hornos de Riera de Sant Simó en el grupo B1 (López Seguí, 1997 y 2000).

5. Para el resto de Europa el zócalo está contemplado en las principales tipologías mencionadas más arriba, aunque es cierto que con frecuencia se trata de un elemento construido y no excavado.

6. Comunicación oral del Dr. Juan Jesús Padilla Fernández.

7. Gracias al estudio arqueomagnético realizado en varios de los fragmentos de barro escorificado recuperados del interior de la hoya (Osete *et al.*, 2022), hemos podido saber no solo que ninguna de estos se encontraban *in situ* (entendiendo aquí este término como la misma posición en la que fueron sometidas por última vez a altas temperaturas), sino que además los submuestrados de algunos de ellos presentan incoherencias internas. Esto sugiere que se trate de barro expuesto varias veces a altas temperaturas, grabándose en su interior la orientación de diferentes polos magnéticos.

8. Cabe señalar que el empleo de hornos bicamerales de tiro vertical (de manera genérica y sin entrar en tipologías) está documentado en el este de Europa desde el Calcolítico (Manea *et al.*, 2022), y que, para el caso ibérico, las investigaciones más recientes apuntan a una posible introducción de esta tecnología de mano de los fenicios por el sur de la península ya en los siglos VII y VI a. C. para posteriormente alcanzar puntos del interior, como Extremadura, a lo largo de la primera Edad del Hierro (García y García, 2012; Jiménez *et al.*, 2013). Estos datos tendrán que ser tenidos muy en cuenta más adelante en caso de que se confirme la antigüedad del yacimiento que nos ocupa, pues podría modificar, o al menos proporcionar otros nuevos sobre a la llegada del torno alfarero y los hornos de cocción bicameral al interior meseteño, hasta la fecha muy vinculados al mundo ibero (Escudero y Sanz, 1999).

## Bibliografía

- BERNAL CASASOLA, D., GARCÍA VARGAS, E., LAVADO FLORIDO, M. L., DÍAZ RODRÍGUEZ, J. J., LUACES, M. y PÉREZ AGUILAR, L. G. (2014): “M. *Petrucidius* y los hornos romanos y canteras de extracción de arcilla de La Vereda (Burguillos, Sevilla)”. *Boletín Ex Officina Hispana*, 5, pp. 26-31.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1990): “Un horno de cerámica vaccea en Coca”. *Revista de Arqueología*, 81, pp. 46-55.
- (1992): “El complejo alfarero vacceo de Coca (Segovia)”. *Revista de Arqueología*, 130, pp. 34-41.
- (1998): “Las producciones cerámicas del alfar vacceo de *Cauca* (Coca, Segovia)”. *Madrid Mitteilungen*, 39, pp. 121-140.
- (2001): “La cerámica celtibérica gris de imitación de vasos metálicos en el Valle del Duero: propuesta de sistematización y problemática en torno a su origen”. *CuPAUAM*, 27, pp. 23-62.
- (2003): *Cerámica histórica en la provincia de Segovia. 1. Del Neolítico a época visigoda (V Milenio – 711 d. C.)*. Segovia: NRT-Ediciones.
- (2010): “La cerámica vaccea”. En F. Romero y C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Watten-

- berg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 257-291.
- (2017): “Las ciudades vacceas: “Estados arcaicos” en el centro de la cuenca del Duero”. *Vaccea Anuario*, 10, pp. 44-52.
- (2018): *Cauca vaccea. Formación, desarrollo y romanización de una ciudad*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 5.
- (2021): “Contribución al conocimiento de la evolución de la cerámica vaccea fabricada a torno. La secuencia estratigráfica documentada en la calle Azafranales n.º 5, de Coca (Segovia). *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 17, pp. 7-37.
- BLANCO GARCÍA, J. F., PÉREZ GONZÁLEZ, C. y REYES HERNANDO, O. V. (2012-2013): “Campaña de excavación arqueológica de 1999 en *Cauca* (Coca, Segovia). La secuencia estratigráfica”. *Oppidum. Cuadernos de investigación*, 8-9, pp. 29-144.
- BLANCO GARCÍA, J. F., LUCENDO DÍAZ, D., RETUERCE VELASCO, M. y TORRES GONZÁLEZ, T. (2011): “El *oppidum* vacceo de Montealegre de Campos (Valladolid) a la luz de las recientes excavaciones arqueológicas”. *Vaccea Anuario*, 4, pp. 80-84.
- BRONCANO RODRÍGUEZ, S. y COLL CONESA, J. (1988): “Horno de cerámica ibérico de la Casa Grande, Alcalá de Júcar (Albacete). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30, pp. 187-228.
- BURGOS MAZAS, J. C. (2016): “*Tareco*. Un *oppidum* vacceo a orillas del Pisuerga (Tariego de Cerrato)”. *Vaccea Anuario*, 9, pp. 12-22.
- CASTRO GARCÍA, L. DE y BLANCO ORDÁS, R. (1975): “El Castro de Tariego de Cerrato (Palencia)”. *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 35, pp. 55-138.
- COLL CONESA, J. (2000): “Aspectos de tecnología de producción de la cerámica ibérica”. *Saguntum*, Extra 3 (III Reunión sobre economía en el Món ibérico), pp. 191-209.
- (2008): “Hornos romanos en España. Aspectos de morfología y tecnología”. En D. Bernal y A. Ribera (eds.), *Cerámicas Hispanorromanas. Un Estado de la Cuestión*. Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 113-125
- CORIA NOGUERA, J. C. (2021): *La cerámica del oppidum vacceo-romano de Las Quintanas, Pintia (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid). Estudio analítico y contextual*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 10.
- CORIA NOGUERA, J. C., BADRESHANY, K. P. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2022): “Archaeometric characterization of pottery from the Iron Age hillfort of *Pintia* (Valladolid, Spain)”. *Journal of Archaeological Sciences: Reports*, 41, 103313. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.jas-rep.2021.103313>
- CRESPO DÍEZ, M. (2014): “Investigaciones arqueológicas en el centro alfarero medieval de ‘El Casetón de la Era III’ (Villalba de los Alcores, Valladolid, España)”. En S. Martínez, V. M. Cabañero y C. Merino (coords.), *Arqueología en el Valle del Duero. Del Paleolítico a la Edad Media*, 4. Valladolid: Glyphos, pp. 400-418.
- CRESPO DÍEZ, M. y FONSECA DE LA TORRE, H. J. (2018): “Los hornos medievales de Valladolid, ‘El Casetón de la Era I’ (Villalba de los Alcores, Valladolid) y su divulgación a partir de la fotogrametría digital”. En N. Hernández, J. Larrazábal y R. Portero (coords.), *Arqueología en el Valle del Duero. Del Paleolítico a la Edad Media*, 6. Valladolid: Glyphos, pp. 593-615.
- CUOMO DI CAPRIO, N. (1972): “Proposta di classificazione delle fornaci per ceramica e laterizi nell’area italiana”. *Sibrium*, 11, pp. 371-464.
- DAVARAS, C. (1980): “A minoan pottery kiln at Palaikastro”. *Annual of the British School at Athens*, 75, pp. 115-126.
- DELCROIX, G. y HUOT, J. L. (1972): “Les fours dits de potier dans l’Orient Ancien”. *Syria*, 49 (1-2), pp. 35-95.
- DUHAMEL, P. (1978-1979): “Morphologie et évolution des fours céramiques en Europe Occidentale -protohistoire, monde celtique et Gaule romaine”. *Acta Praehistorica et archaeologica*, 9-10, pp. 49-76.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): “Un centro alfarero de época vaccea: el horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)”. En F. Romero, C. Sanz, y Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 471-492.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): “Algunas reflexiones a propósito de la llegada del torno cerámico al valle medio del Duero”. En F. Burillo (coord.), *IV Simposio sobre los Celtíberos: economía: [Daroca, del 25 al 27 de septiembre, 1997]*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico».
- GARCÍA FERNÁNDEZ, F. J. y GARCÍA VARGAS, E. (2012): “Los hornos alfareros de tradición fenicia en el valle del Guadalquivir y su perduración en época romana: aspectos tecnológicos y sociales”. *Spal*, 21, pp. 9-38.
- GÓMEZ PÉREZ, A. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): “El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica”. En F. Romero, C. Sanz, y Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 335-370.
- HASAKI, E. (2002): *Ceramic kilns in ancient Greece: technology and organization of ceramic workshops*. PhD Dissertation. Cincinnati: University of Cincinnati.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J., HERAS MORA, J., SÁNCHEZ CAPOTE, N. y BEJARANO OSORIO, A.M. (2013): “Producción de cerámica orientalizante en Extremadura. Estudio preliminar de los hornos de la Escuela de Hostelería de Mérida (Badajoz)”. En D. Bernal, L. C. Juan, M. Bustamante-Álvarez, J. J. Díaz y A. M. Sáez (coords.), *Hornos, talleres y focos de producción alfarera en Hispania, I Congreso Internacional de la SECAH-EX OFFICINA HISPANA, (Cádiz, 3 y 4 de marzo, 2011)*. Cádiz: Universidad de Cádiz. *Monografías de Ex officina Hispana I*, 1, pp. 199-213.
- JUAN TOVAR, L. C., PÉREZ GONZÁLEZ, C. y FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. (1995): “Un vertedero del siglo IV d.C. en Relea (Saldaña): Campaña 1985”. En M. V. Calleja (coord.), *Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*, 1, *Actas del III Congreso de Historia de Palencia (30, 31 de marzo y 1 de abril de 1995)*. Palencia: Diputación Provincial, pp. 381-400.
- JUAN TOVAR, L. C., SANGUINO VÁZQUEZ, J., OÑATE BAZTAN, P. y PENEDO COBO, E. (2013): “Hornos cerámicos bajoimperiales y tardoantiguos en el sur de la Comunidad de Madrid: presentación preliminar”. En D. Bernal, L. C. Juan, M. Bustamante-Álvarez, J. J. Díaz y A. M. Sáez (coords.), *Actas del Ier Congreso Internacional de la SECAH (Cádiz, 2011)*, 1. Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 421-437.
- JUSTO ÁLVAREZ, R. (2019): “Tordehumos, un asentamiento menor vacceo, de corta duración”. *Vaccea Anuario*, 12, pp. 78-83.
- LE NY, F. (1988): *Les fours de tuiliers gallo-romains: méthodologie, étude technologique, typologique et statisti-*

- que, *chronologie*. Paris: Éditions de la Maison des sciences de l'homme.
- LÓPEZ SEGUÍ, E. (1997): "El alfar ibérico". En M. J. Olcina (coord.), *La Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante): estudios de la Edad de Bronce y época Ibérica*. Alicante: Museo Arqueológico de Alicante, pp. 221-250.
- MANEA B., OPRIS, V., IGNAT, T. y LAZAR, C. (2022): "Reforming procedures. A methodology for archaeological experiments regarding pottery combustion structures". *Journal of Archaeological Science: Reports*, vol. 45
- MARTÍN VALLS, R. y ESPARZA ARROYO, A. (1992): "Génesis y evolución de la Cultura Celtibérica". *Complutum*, 2-3, pp. 259-279.
- MOMIGLIANO, N. (1986): "Fornaci minoiche per ceramica". *Rivista di Archeologia*, 10, pp. 75-78.
- OSETE, M. L., ADSUAR, A., PAVÓN-CARRASCO, F. J. y RIVERA, P. (2022): *Informe de estudio arqueomagnético. Los Alfares (ALF) en Tordehumos (Valladolid)*. Madrid: Laboratorio de Paleomagnetismo, Facultad de Ciencias Físicas, Universidad Complutense de Madrid. Informe inédito.
- PADILLA FERNÁNDEZ, J. J. (2011): "El alfar de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila): una mirada etnoarqueológica y experimental". *Arqueología y Territorio*, 8, pp. 115-128.
- (2018): *Identidades, cultura y materialidad cerámica: Las Cogotas y la Edad del Hierro en el Occidente de Iberia*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Tesis Doctoral.
- PADILLA FERNÁNDEZ, J. J., RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R. (2018): "Algo más que un taller cerámico de la II Edad del Hierro: el alfar de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila)". En E. Alarcón, J. J. Padilla, L. Arboledas y L. Chapon (eds.), *Algo más que galbos y cacharros. Etnoarqueología y experimentación cerámica*. Sevilla: Junta de Andalucía. Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía, 4, pp. 217-230.
- ROMERO CARNICERO, M. V., LIÓN BUSTILLO, C. y CRESPO MANCHO, M. J. (2021): "El vertedero altoimperial de la Avenida de los Vacceos, Palencia: la cerámica pintada monocroma de pastas anaranjadas". En C. Fernández, C. Heras, Á. Morillo, M. Zarzalejos, C. Fernández y M. R. Pina (eds.), *De la costa al interior. Las cerámicas de importación en Hispania. V Congreso Internacional de la SECAH – EX OFFICINA HISPANA (6 al 9 de noviembre de 2019, Alcalá de Henares, Madrid), II*. Madrid: SECAH, pp. 687-703.
- ROMERO CARNICERO, M. V., ROMERO CARNICERO, F. y MARCOS CONTRERAS, G. J. (1993): "Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica". En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 223-261.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., GÓRRIZ GAÑÁN, C. y DE PABLO MARTÍNEZ, R. (2012): "Cerámicas negras bruñidas del oriente vacceo". En D. Bernal y A. Ribera (eds.), *Cerámicas hispanorromanas II. Producciones regionales*. Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 619-638.
- ROSELLÓ, N., GIRONÈS, T. y GAMARRA, A. (2006-2007): "La terrisseria romana de la Fornaca: Vilassar de Dalt". *Tribuna d'Arqueologia*, 2006-2007, pp. 191-212.
- SAN MIGUEL MATÉ, L. C. (1990): *El poblamiento celtibérico en el valle medio del Duero. El caso del interfluvio Duero-Pisuerga*. Memoria de Licenciatura, Universidad de Valladolid. Inédita.
- (1993): "El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle Medio del Duero". En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 21-66.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Salamanca: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León. Monografías, 6.
- (2020): "Algunas reflexiones en torno a la alfarería vaccea". *Vaccea Anuario*, 13, pp. 66-75.
- (2021): "Vacceos como vacceos: el fin del paradigma arqueológico de la celtiberización en la cuenca media del Duero. Cuarenta años de investigaciones en Pintia (1979-2019)". En *Actualidad de la investigación arqueológica en España III (2020-2021). Conferencias impartidas en el Museo Arqueológico Nacional*. Madrid: Secretaría General Técnica. Subdirección General de Atención al Ciudadano, Documentación y Publicaciones. Ministerio de Cultura y Deporte, pp. 319-340.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y CARRASCAL ARRANZ, J. M. (2012): "La cerámica vaccea". *Vaccea Anuario*, 5, pp. 34-42.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y PEDRO, R. (2014): "Campaña XXIV-2013 de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel)". *Vaccea Anuario*, 8, pp. 6-10.
- SANZ MÍNGUEZ, C., CARRASCAL ARRANZ, J. M. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, E. (2019): *La excisión en la Pintia vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 8.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F., GÓRRIZ GAÑÁN, C. y DE PABLO MARTÍNEZ, R. (2010): "Cerámicas torneadas negras de superficie y decoración bruñida. Breves apuntes para la definición de una nueva producción vaccea". *Vaccea Anuario*, 3, pp. 68-71.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero*. Rauda (Roa, Burgos). Valladolid: Junta de Castilla y León, Universidad de Valladolid.
- (1993): "Aspectos industriales de la producción cerámica en época celtibérica: los dermatoglifos". En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 493-506.
- (2010): "El poblamiento y el urbanismo vacceos". En F. Romero y C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 4, pp. 123-162.
- (2011): "El urbanismo vacceo". *Complutum*, 22 (2), pp. 185-222.
- WATTENBERG GARCÍA, E. (1978): *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga (yacimientos de Tariego, Soto de Medinilla y Simancas)*. Valladolid: Museo Arqueológico de Valladolid.
- WATTENBERG SANPERE, F. (1959): *La Región Vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*. Madrid: CSIC. Bibliotheca Praehistorica Hispana, 2.

RII  
BE  
RA  
DEL  
DUERO

# ***Pessoí* y otras formas de reutilizar las cerámicas. Aproximación a las piezas recortadas de *Pintia* (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)**

José Carlos Coria Noguera\* \*\* y Carlos Sanz Mínguez\*\*

\* Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada

\*\* Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid

## **Resumen**

El objetivo de este trabajo es el estudio de las piezas recortadas sobre fragmentos cerámicos del yacimiento vacceo-romano de *Pintia*. En primer lugar, se atiende a las distintas áreas funcionales en las que aparecen estos elementos, lo que nos ha permitido constatar su presencia desde inicios del mundo vacceo, así como una intensificación en su uso conforme se acentúa la romanización. En segundo lugar, se realiza un análisis tecnológico y estadístico del conjunto recuperado del hábitat de Las Quintanas, ya que se trata de la agrupación más numerosa identificada en contextos precisos. De esta manera, primeramente, se ofrece el estudio pormenorizado de dos acumulaciones singulares: un hoyo ubicado en la casa 1 romana que contenía los restos de 182 piezas recortadas, y una tinaja de la casa 2 romana, con 147 ejemplares. Posteriormente, se procede a comparar estos resultados con los del resto de individuos del asentamiento, lo que nos ha posibilitado conocer los distintos tipos existentes y el *modus operandi* predominante a la hora de concebir estos elementos. Finalmente, se discuten el significado y las posibles funcionalidades de estos artefactos, entre las que se encuentran su uso como parte de sistemas de conteo, fichas de juego, tapaderas y/o soportes.

**Palabras clave:** Protohistoria, vacceos, valle medio del Duero, piezas recortadas en cerámica, reciclaje.

## ***Pessoí* and other ways to reuse ceramics. Approach to the cut potsherds from *Pintia* (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)**

### **Abstract**

The aim of this paper is the study of cut potsherds from the vaccean and roman site of *Pintia*. Firstly, we focus on the different functional areas in which these elements appear, which verified their presence since the origination of vaccean culture, as well as a reinforcement in their use with the intensification of romanization process. Secondly, a technological and statistical analysis have been undertaken on a selection of individuals from the habitational area of Las Quintanas, due to it is the largest group identified in precise contexts. Therefore, initially a detailed study of two singular accumulations from the Roman Phase is carry out: a hole located in house 1 that contained 182 cut potsherds and a pithos from house 2 with 147 samples. Subsequently, these results are compared with those of the rest of the individuals in the hillfort, which have shed light on the different types and ways of making this kind of objects. Finally, the meaning and possible functionalities of these artifacts are discussed, such as their use as part of counting systems, game counters, covers and/or supports.

**Keywords:** Protohistory, vacceans, Middle Douro Valley, cut potsherds, recycling.



*Pintia* es uno de los yacimientos que más información ha proporcionado para el estudio de las dinámicas históricas y sociales de la etnia vaccea. Sus más de cuarenta años de investigaciones continuadas (Romero, 2018; Sanz y Coria, 2019; Sanz, 2021a) están permitiendo documentar diversas manifestaciones de la materialidad de este *populus* prerromano. De ellas destacamos en esta ocasión por su frecuencia y buen estado de conservación una serie de piezas recortadas, en su mayoría discoidales, que han sido interpretadas de diversas maneras dependiendo de su frecuencia, contexto y morfología. Asimismo, se trata de elementos documentados desde el Neolítico (Gibbs, 2008) hasta nuestros días, confeccionados a partir de restos cerámicos rotos y desechados, mediante un sistema de talla o recorte, excepcionalmente combinado con otros de abrasión de los bordes.

El objetivo de este trabajo es, pues, el estudio de estas piezas recortadas recuperadas en las distintas áreas funcionales del yacimiento pintiano, desde una perspectiva contextual y tecnológica. La amplia muestra recuperada (1006) en su mayor parte en contextos precisos, proporciona significación estadística para su adecuada caracterización.

### Análisis de los contextos arqueológicos

Las piezas recortadas se documentan en diversas áreas funcionales de la Zona Arqueológica Pintia, si bien con presencia muy desigual: seis ejemplares en el barrio alfarero de Carralaceña, treinta y seis en la necrópolis de Las Ruedas, once en los cenizales de El Espino, otros veintiséis en el cenital perimetral a la ciudad, en la parcela 61; cuatro en Landecastro (Sanz, 2021b: 35, fig. 15: 1-3; uno de ellos inédito), tres en el cerro de Pajares (Sanz, 1997: 38, fig. 7: 10; 2021b: 28, fig. 9: 73-75) y, finalmente, el grueso de la muestra (920) procede del hábitat de Las Quintanas (fig. 1: A y B).

Centraremos el presente trabajo en los materiales del hábitat de Las Quintanas, sin entrar en las piezas obtenidas en los basureros o en los asentamientos satélites de Pajares y Landecastro. Sin embargo, parece oportuno referirse inicialmente al contexto cementerial de Las Ruedas, aunque solo sea porque cuenta con una secuencia cronológica muy amplia de finales del V a. C. a inicios del II d. C. que puede resultar de interés para ver de qué modo encajan estas producciones en la misma, y por cuanto ofrece un marcado contraste de simbolismo y filtro ideológico frente al cotidiano mundo del poblado.

#### Necrópolis de Las Ruedas

Es evidente que un cementerio es un espacio de memoria, donde se simbolizan determinadas cuestio-

nes, y donde las creencias y los ritos funerarios establecen filtros y pautas propias de comportamiento, limitando la presencia de ciertos objetos del mundo cotidiano. Si, por ejemplo, la función textil queda representada en la necrópolis a través de fusayolas, carretes de hilo o agujas de coser, por el contrario no cabe esperar encontrar las pesas de telar o *pondera* que, de manera habitual, concurren en el ámbito de las viviendas. De manera similar, podríamos convenir que tales tipos de piezas recortadas, sin estar excluidas de la necrópolis, no constituyen un hallazgo frecuente en este ámbito: 9 aparecidas en ocho tumbas de buena conservación (se han exhumado hasta el presente 320) y 26 ejemplares fuera de ellas.

El análisis de estos objetos creemos que requiere de un tratamiento diferenciado entre las piezas que han sido obtenidas dentro de conjuntos cerrados o tumbas propiamente dichas, de aquellas otras recuperadas fuera de contexto preciso y que por comodidad designaremos en “posición secundaria”, aunque en este caso no está asegurada esa condición, por cuanto estos objetos podrían estar relacionadas, como tendremos ocasión de ver, con acciones y momentos que nada tienen que ver con el ritual funerario allí desarrollado.

Comenzando por las piezas localizadas en tumbas, diremos que si de reciclado de materiales simplemente se trata, es decir, de segundas vidas dadas a los objetos una vez se vieron desprovistos de sus funciones primigenias, podríamos añadir (sin imponer la condición del recortado) dos tipos de evidencias: el fragmento de una pared de cerámica común romana aparecido en la tumba 56 que, dispuesto en horizontal, hizo las funciones de urna cineraria, sirviendo de apoyo a los escasos restos cremados del difunto (Sanz, 1997: 129-131, fig. 132: L); y los cascotes de algunas cerámicas que fueron utilizadas, a modo de improvisadas palas, por furtivos de época para remover tierra y buscar metales en la necrópolis, erosionando la superficie de sus cantos hasta redondearlos por completo (Sanz y Rodríguez, 2020: 9) (fig. 2: 9).

Si centramos el análisis ya propiamente sobre las piezas recortadas, de la búsqueda de evidencias se deriva un reducido número de las mismas en tumba, siempre y cuando establezcamos cierto sentido laxo en el concepto de “recortado”, por cuanto los elementos más frecuentes aquí no son las paredes o galbos, sino los pies o fondos de vasijas umbilicados o los correspondientes a las pequeñas peanas elevadas de copas o crateriformes, algunas de las cuales fueron reutilizadas como consecuencia probablemente de rotura accidental y aparentemente sin acción de recortado posterior, por más que algunas sí que lo muestren como veremos.

Además del disco tallado sobre una pared en torno a una decoración plástica de mamelón (fig. 2: 2) de la tumba 116 (Sanz y Rodríguez, 2021: 165-168, figs. 204, 205 y 208), proceder único hasta ahora documentado, podemos afirmar para el resto de fondos

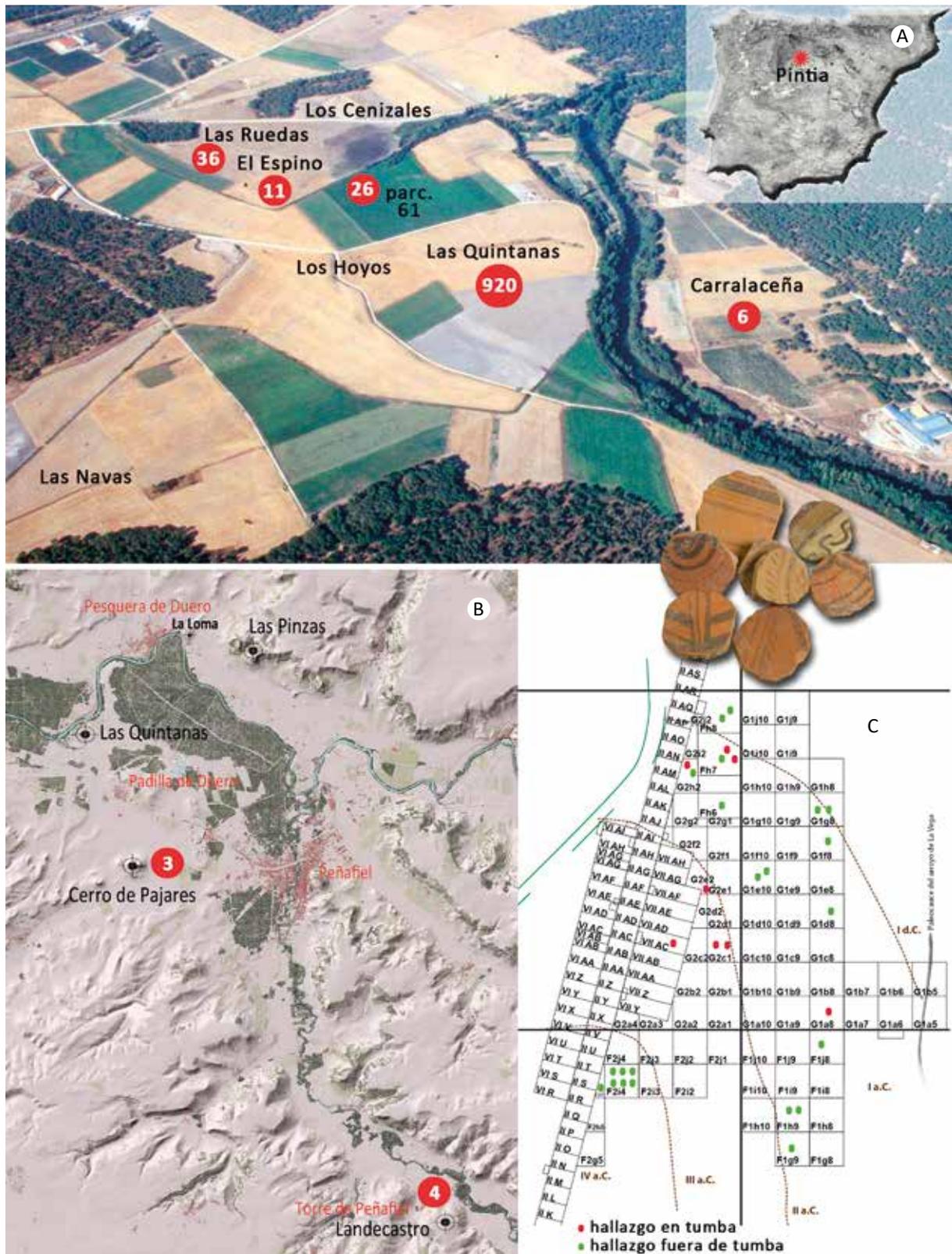


Fig. 1. Dispersión de las piezas recortadas en las diversas áreas de Pintia (A-B) y la necrópolis de Las Ruedas (C).

umbilicados y pies de copas o crateriformes reaprovechados que cumplieron tres funciones diferentes: peanas, tapaderas y recipientes.

En efecto, para la primera función tenemos documentado un caso muy llamativo en la tumba 117,

donde un pie bajo claramente recortado en la zona del cáliz, se dispuso dentro de un cuenco para servir de soporte a otro cuenco colocado por encima (Sanz y Rodríguez, 2021: 169-171, figs. 209-212) (fig. 2: 3).



Fig. 2. 1-8. Piezas reaprovechadas, algunas recortadas, halladas dentro de tumbas no alteradas (1: tumba 98. 2: tumba 116. 3: tumba 117. 4: tumba 135. 5: tumba 153. 6: tumba 171. 7: tumba 171. 8: tumba 195). 9. Cascote cerámico de fina anaranjada con sus cantos redondeados como consecuencia de la acción excavadora en el desarrollo del expolio de época, en la necrópolis de Las Ruedas.

Mucho más habitual parece que fue, sin embargo, el empleo de estas piezas reaprovechadas, normalmente fondos de vasijas malogradas, como tapadera: así ocurrió, con sendos fondos umbilicados con resalte anular que cubrían uno de los jarritos hallados en la tumba 98 (Sanz y Rodríguez, 2021: 117-122, figs. 136-138 y 141) (fig. 2: 1) y una botella urdida de la tumba 153 (Sanz y Romero, 2009: 13; Sanz, 2015: fig. 19.3: 5) (fig. 2: 5); pero también con peanas de copas o crateriformes para cerrar otros recipientes, caso de las tumbas 173 (fig. 2: 7) y 195 (fig. 2: 8).

Algunas de estas peanas de mayor desarrollo vertical y ahuecadas, a juzgar por su posición invertida en el conjunto del depósito funerario, pudieron servir también como recipientes; así interpretamos las piezas halladas en las tumbas 135 (fig. 2: 4) y 195 (fig. 2: 8).

Por último, pese a que se trate de un conjunto algo alterado, hemos incorporado al listado de piezas el fondo umbilicado encontrado en la tumba 171 (fig. 2: 6), en la consideración de que dicho umbo no cuenta con vestigio alguno del recipiente al que correspondiera, lo que nos induce a pensar que fue depositado deliberadamente como pieza reutilizada.

Por su parte, las piezas recortadas recuperadas en posición secundaria, están representadas, a diferencia de lo señalado para las de las tumbas, por paredes planas de producciones diversas (toscas, finas anaranjadas e incluso una gris cérea). Un notable contraste de constitución que creemos pudiera tener más que ver con frecuentaciones al cementerio que con los propios rituales funerarios. Pero, para argumentar la hipótesis que pretendemos expresar, primero se hace necesario ver de qué manera se distribuyen estos objetos en el espacio de la necrópolis, donde se pudo definir una estratigrafía horizontal (Sanz, 1997: 467) que abarca de los finales del siglo V o inicios del IV a. C. hasta el comienzo del II d. C., confirmada más recientemente a partir de la distribución de los diferentes modelos de puñales que comparecen en este cementerio (Sanz, 2016: fig. 15). Así, la presencia de piezas recortadas se extiende a los sectores D2i9, E2g5, E3i2, E3i5, Fh6, Fh7, Fh8, F1j8, F1g9, F1h9, F1j8, F2i4, F2i5, G1d8, G1e10, G1f8, G1g8, G2h2 (fig. 1: C), lo que *grosso modo* nos lleva a cronologías tardías de un momento tal vez avanzado del siglo II a. C. al I d. C., en correspondencia con las tumbas que ocupan esos espacios. Sin descartar esta posibilidad —recordemos que la tumba 117, con un pie de copa perfectamente recortado en la pared del cáliz, se halló en Fh7—, cabría pensar también que tales objetos fueran testigos de otros intereses y actividades en el cementerio de Las Ruedas. Nos explicamos. No es fácil comprender las razones del abandono de este espacio cementerial en los inicios del siglo II d. C., pero no tenemos duda de que su declive debió de producirse en unas pocas generaciones tras la dominación romana, lo que incidiría en un expolio de la riqueza metálica de las áreas donde se hallaban enterrados los personajes más preeminentes.

En efecto, las excavaciones desarrolladas entre 2018 y 2019 en este ámbito funerario nos permitieron comprobar la existencia de una sistemática destrucción de tumbas por parte de expoliadores de época. En los tres sectores intervenidos (F1i8, F1i9 y F1i10) en el primero de los años señalados, documentamos 33 estelas pétreas de señalización, 28 hoyos excavados en la terraza estéril, pero tan solo 9 tumbas (Sanz y Rodríguez, 2019). Los resultados en los sectores contiguos excavados al año siguiente (F2i2, F2i3, F2i4 y F2i5, este último conectando ya físicamente con los sectores II-R a II-T de las campañas realizadas en 1986 y que arrojaron algunos de los conjuntos más relevantes exhumados y mejor conservados como las tumbas 27 y 28) fueron todavía más devastadores (Sanz y Rodríguez, 2020): pudimos recuperar solamente dos tumbas y en pésimo estado de conservación, junto a 12 000 g de restos óseos cremados humanos dispersos (el equivalente de unas cuarenta sepulturas destruidas), 358 metales en posición secundaria con un índice de fragmentación muy elevado (de los cuales 260 se concentraban en los sectores F2i5 y F2i4 más próximos a la zanja II) y cascotes de cerámica fina anaranjada empleados como palas ocasionales ya señalados (fig. 2: 9). El hoyo furtivo pudo definirse planimétricamente y también su cronología aproximada, por cuanto aparecieron restos de *opus latericium* en el fondo del mismo que señalan una indeterminada época romana.

Es en este preciso momento cuando tenemos que llamar la atención sobre el hecho de que 7 de las piezas recortadas sobre cerámica (el 20 % de la muestra de la necrópolis) se concentran precisamente en los sectores F2i4 y F2i5, donde el expolio se cebó especialmente hasta arrasar una zona de cronología antigua, siglo IV a. C. a juzgar por las tumbas contiguas de la zanja II de excavación que sí se salvaron.

En suma, podríamos terminar preguntándonos si la presencia en el cementerio de Las Ruedas de tales evidencias de “fichas” recortadas sobre paredes o galbos —bien diferentes de las halladas sobre fondos en las tumbas—, no podría estar vinculada a visitas que poco tuvieran que ver con el desarrollo de rituales funerarios o del mantenimiento de la memoria de los difuntos, en un momento próximo a su abandono o ya abandonado.

### Ciudad de Las Quintanas

Es, sin embargo, en el espacio habitacional de Las Quintanas donde vamos a encontrar un registro amplio de estas evidencias, cuya presencia temprana se detecta en su estratigrafía, en el nivel fundacional de finales del siglo V a. C. o comienzos del IV a. C. (Gómez y Sanz, 1993: fig. 10: 16). Asimismo, estos objetos se hacen cada vez más frecuentes conforme avanzamos en la estratigrafía y se acentúa la romanización; un hecho fácilmente constatable si atendemos al registro material recuperado de las tres fases de ocupación más recientes del poblado (fig. 3)<sup>2</sup>: la “vaccea presertoriana y



Fig. 3. Piezas recortadas documentadas en las distintas fases de ocupación de Las Quintanas.

sertoriana” (ca. 110 a. C. – ca. 70 a. C.), la “vaccea postsertoriana e inicios del Imperio” (ca. 70 a. C. – ca. 15 a. C.) y la fase romana (ca. 15 a. C. – ca. 40 d. C.), amén de la necrópolis tardorromana e hispanovisigoda de los siglos IV-VII d. C. (Centeno *et al.*, 2003; Sanz, Romero y Górriz, 2009; Coria, 2021).

En el nivel presertoriano y sertoriano encontramos un reducido conjunto (33) formando parte de los echadizos de nivelación y de los derrumbes que sellan este momento, tanto en aquellos que cubren casas de gran porte como las número 8, 9, 10 y 11, como de otras más modestas como las número 1 y 2. Asimismo, también comparecen en diversos ámbitos de las casas 3 y 7, las cuales ofrecen plantas de tendencia cuadrangular con estancias distribuidas en torno a un espacio central (Coria, 2021: 77), lo que las convierte en dos de las viviendas más destacadas.

Por su parte, la fase postsertoriana e inicios del Imperio ha proporcionado ejemplares (82) en derrumbes, preparados de suelo y los mismos firmes que conformaron las barriadas superpuestas a lo largo de los cuatro momentos documentados. La alteración del conjunto arquitectónico dificulta la asociación de estos elementos con casas o espacios, pero evidencia una continuación e intensificación de su uso durante el siglo I a. C.

Finalmente, la fase romana es la que más piezas recortadas acumula, nada más y nada menos que 750, repartidas entre las tres subfases que la componen. De esta manera, durante la subfase 1 (ca. 15 a. C. – ca. 40 d. C.) contamos con un lote (31) documentado en los niveles de colmatación, suelos y hoyos asociados a la casa augustea-tiberiana del sector C1. Esta vivienda supone un momento de transición entre el periodo indígena y el romano desde un punto de vista material y mental, ya que en ella convergen elementos genuinamente vacceos con los primeros signos de romanización del asentamiento (Coria, 2021: 96-101). Así, en esta morada se documentó la vaina de un puñal tipo Monte Bernorio del siglo IV a. C. (Sanz, 2008), una suerte de reliquia conservada por sus moradores, amén de una base fina anaranjada con ins-

cripción en signario celtibérico (Bernardo, Romero y Sanz, 2012: 172) que sugiere el incipiente bilingüismo por parte de un sector de la población durante estos momentos. En contraste, la casa también albergaba un fragmento de TSI, junto al primer uso de material pétreo en la fundación de uno de sus muros, un aspecto característico de la subfase posterior y que define muy bien parte de la forma de construir durante época romana en Las Quintanas.

Durante la subfase 2 romana (ca. 40 d. C. - ca. 100/150 d. C.) se acometen profundas reformas edilicias en la *mansio* de *Pintia*, dando lugar a una serie de espacios delimitados a través de muros con fundaciones pétreas y alzados de adobe o tapial, y en los que tienen un especial protagonismo las estructuras relacionadas con el fuego. Con diferencia, es la subfase que más cerámicas recortadas ha provisto (690), las cuales se encuentran asociadas primordialmente a echadizos de nivelación y pavimentos de las viviendas.

Asimismo, en este nivel se documentan dos contextos cerrados de gran interés debido a la enorme concentración de piezas recortadas halladas en ellos. El primero lo encontramos en la casa 1 (Centeno *et al.*, 2003: 85-86; Coria, 2021: 101-106), una vivienda de planta rectangular con muros de mampostería de 40-50 cm de anchura que cierran un espacio de 47,8 m<sup>2</sup>, en el que se identificaron dos placas de hogar y algunas manchas de cenizas, posiblemente generadas por los residuos de los fuegos (fig. 4: A y B). El suelo de arcilla apisonada de esta vivienda descansa sobre dos preparados arcillosos muy ricos en material arqueológico. El primero —y más antiguo— de ellos se encontraba violado por un hoyo de gran porte (A1-13026) que albergaba los restos de 182 piezas recortadas<sup>3</sup>, junto a otras cerámicas y fragmentos de cuerna (fig. 4: C). El hecho de que este depósito se encuentre cubierto por el segundo echadizo de preparación delata que el lote de fichas corresponde claramente a un momento de uso anterior de las estructuras identificadas en la planta de la casa.

El segundo contexto reseñable es una tinaja fina anaranjada (B1-1513) que albergaba los restos de 147 piezas recortadas (fig. 5: B). Tras la retirada de estos elementos, se observó que la cerámica disponía de una capa de arcilla pegada al fondo de otro vaso (fig. 5: C), lo que evidenció que su base estaba rota y fue sustituida por otra similar, sellándola para evitar que el contenido se colara hacia abajo. Asimismo, se encontraba encastrada en un corte que afectaba al preparado de ceniza del espacio 4 del primer momento de la casa 2 romana (Coria, 2021: 106-107) (fig. 5: A), una fase mal conocida de la vivienda por cuanto se encontraba afectada por reformas posteriores.

Finalmente, no faltan cerámicas recortadas en las unidades de la subfase 3 romana (ca. 100/150 d. C. - ca. 400 d. C.), en un sector de Las Quintanas que en estos momentos pierde su carácter residencial. De esta manera, la mayoría de los ejemplares —25 de 29— se

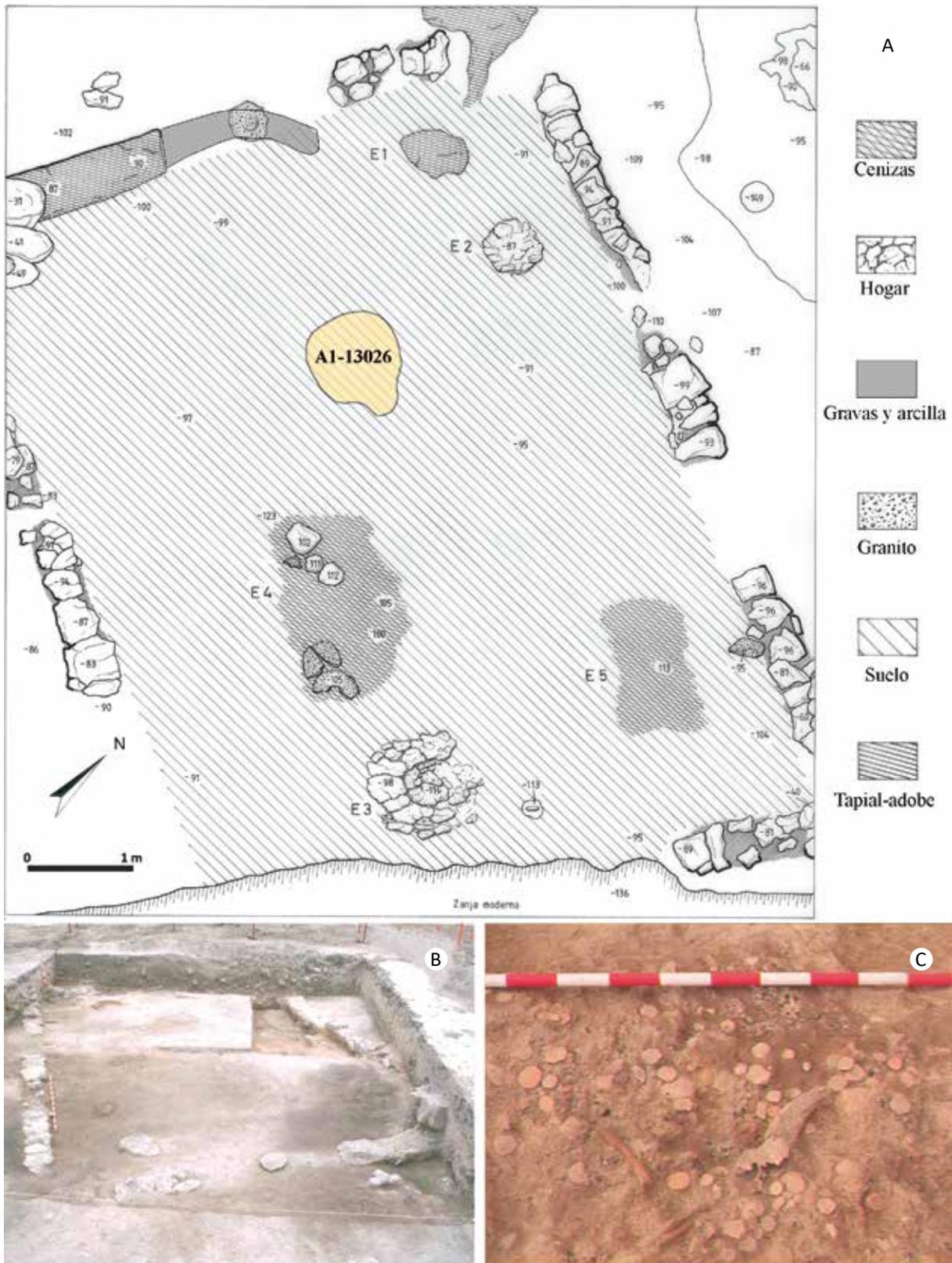


Fig. 4. A-B. Plano y fotografía del proceso de excavación de la casa 1 romana. C. Hoyo A1-13026 con piezas recortadas.

encontraban formando parte de los rellenos del gran pozo artesiano fallido altoimperial de los sectores B1 y C1 (Coria y Sanz, 2021), mientras que el resto estaban integrados en otros cortes erosivos abiertos a modo de

basurero u hoyos de rebusca. Así pues, no es extraña la presencia de estos elementos en vertederos, tal y como demuestra el registro de Las Quintanas y los cenizales excavados de El Espino y en la parcela 61.



Fig. 5. A. Primer momento de la casa 2 romana; el asterisco rojo indica la ubicación de la tinaja con fichas. B-C. Tinaja B1-1513.

### Estudio tecnológico y estadístico

En esta sección presentamos la caracterización tecnológica y estadística de las piezas recortadas, ejercicio que nos ha provisto de datos sobre los distintos tipos existentes y del *modus operandi* a la hora de concebir estos elementos. Para ello se han seleccionado exclusivamente aquellos ejemplares de Las Quintanas recuperados de las tres últimas fases de ocupación y asociados a ambientes precisos ( $n = 854$ ), debido a que es un conjunto con una elevada significación estadística —suponiendo el 84,9 % de las fichas de la Zona Arqueológica Pintia— y fiabilidad contextual<sup>4</sup>.

La rutina analítica se inicia con el registro de las siguientes variables en cada una de las piezas seleccionadas: clase cerámica, parte del cuerpo del vaso, diámetro máximo, grosor de la pared, peso y golpes visibles. Una vez obtenidos estos datos, procederemos en primer lugar a realizar el estudio pormenorizado de las dos acumulaciones cerradas de fichas halladas en la subfase 2 romana: el hoyo A1-13026 de la casa 1, y la tinaja B1-1513 de la casa 2. La separación a la hora de analizar estos dos contextos responde a su singularidad, marcada por su carácter cerrado y a la acumulación ingente de estos elementos. Tan es así, que, en suma, ambos conjuntos suponen el 43,9 % de las fichas de la fase romana y el 32,7 % del total analizado, por lo que resulta sugestivo aproximarnos de forma inicial a la dinámica de estas agrupaciones para posteriormente poder compararlas con el resto de ejemplares del yacimiento.

**Conjunto del hoyo A1-13026 de la casa 1 romana.** Se trata de la agrupación cerrada con más piezas recortadas, con un total de 182 (fig. 6) mayoritariamente discoidales, aunque también tenemos constancia de un ejemplar ovalado (fig. 8: 5) y otros de tendencia cuadrangular (fig. 8: 7-8). Asimismo, la mayor parte del lote fue diestramente confeccionado, dando lugar a piezas bien rematadas, aunque no faltan algunas rotas por la mitad e intentos de ficha a medio hacer o malogradas (fig. 6: arriba derecha).

La materia prima seleccionada para la confección de estos elementos recortados fue mayoritariamente (179) la cerámica fina anaranjada, mientras que tan solo se han identificado unas pocas (3) en cerámica gris cérea. Por otro lado, entre las anaranjadas encontramos una mayoría (134) exentas de decoración, lo que contrasta con los pocos ejemplares que presentan monocromía (25) y bicromía (20). Estas últimas ofrecen motivos decorativos a base de bandas, círculos concéntricos, líneas, rectas, onduladas y posibles esquematizaciones de ánades (fig. 6: centro izquierda; fig. 8: 10).

Con respecto a las partes de las cerámicas utilizadas para confeccionar estas piezas, observamos una abrumadora mayoría de galbos (174) frente a los pocos bordes (7) y bases (1) empleadas. Este predominio de las paredes puede deberse a que los talladores buscaban fragmentos con una menor curvatura, lo que guarda relación con que el 26,3 % de las fichas finas anaranjadas de este contexto fueran confeccionadas a partir de tinajas de almacenamiento, ya que su gran formato determina paredes de menor curvatura. Sin embargo, cabe destacar la presencia de un ejemplar hecho a partir de un borde vuelto, lo que sugiere o bien un menor cuidado a la hora de seleccionar la materia prima, o que este tipo de pieza curva jugaba algún rol determinado dentro del conjunto.

Entrando ya en el análisis de otras variables, encontramos que los diámetros del lote oscilan entre 1,6 y 6,3 cm. Sin embargo, la mayoría (91,2 %) se si-



Fig. 6. Conjunto de piezas del hoyo A1-13026.

túan entre 2 y 4,6 cm, mientras que los ejemplares por debajo (1,1 %) y por encima (7,7 %) de este rango son prácticamente testimoniales. Los espesores de las piezas están comprendidos entre 3,3 y 11 mm, aunque la mayor parte (80,8 %) tienen entre 4,4 y 7,9 mm de grosor. Por lo que respecta al peso, el 61,5 % alcanza valores comprendidos entre 4 y 9 g, el 26,9 % entre 10 y 18 g (en su mayoría correspondientes a tinajas de almacenamiento), el 6,6 % menos de 4 g y el 5 % más de 18 g.

Finalmente, las piezas de este conjunto presentan entre 4 y 14 golpes, aunque es claro el predominio (81,9 %) de aquellas que muestran entre 7 y 10 impactos. Incluso se percibe, dentro de este rango, una prevalencia (30,2 %) de fichas con 8. La fractura producida por estos impactos es concoidea, posiblemente como producto de talla bipolar desde una de las caras<sup>5</sup>. Por contrapartida, no se detectan otros tratamientos como la abrasión o el pulido.

#### **Conjunto de la tinaja B1-1513 de la casa 2 romana.**

Ofreció un lote de 147 piezas recortadas, ejecutadas con notable habilidad (fig. 7). A primera vista se observan ciertas diferencias con la agrupación anterior, puesto que en este caso todas las fichas son de tendencia discoidal, quedando fuera aquellas de morfología ovalada o cuadrangular. Por otro lado, también están ausentes las malogradas o a medio hacer, así como ejemplares rotos o partidos por la mitad. Por el contrario, se percibe la misma selección de tipos de vasos, pues en este conjunto vuelven a comparecer exclusivamente las clases cerámicas fina anaranjada (136) y gris cérea (11). A este respecto, resulta interesante comprobar que las fichas céreas adquieren un mayor protagonismo en este contexto si las comparamos con las del hoyo A1-13026, ya que triplican su número y ofrecen ejemplares mucho más cuidados, entre los que encontramos algunos decorados —destacando uno en el que la estampilla



Fig. 7. Conjunto de piezas de la tinaja B1-1513.

quedó situada en el centro de la pieza (fig. 7: abajo derecha)—. En cuanto a los ejemplares finos anaranjados, se detecta una mayoría no decorada (93), seguida de aquellos con monocromía (34) y bicromía (9). Estas proporciones son similares al contexto de la casa 1 romana, con la salvedad de que en la tinaja B1-1513 las fichas monocromas están más representadas en detrimento de las bícromas. Este protagonismo de la monocromía aumenta con la presencia de piezas realmente bien confeccionadas, como una que fue tallada en torno a los círculos concéntricos de la vasija, y otra en la que a través del recorte selectivo de la decoración, consigue ofrecer un esquema que nos recuerda a un zoomorfo en perspectiva cenital (fig. 7, centro abajo; ver portada de este volumen). Asimismo, junto a estos ejemplares decorados singulares comparecen otros con bandas, semicírculos, líneas onduladas, rectas y eses o patos esquemáticos.

En cuanto a las zonas seleccionadas del vaso cerámico, se constata otra vez la prevalencia de los galbos o paredes (144) frente a los bordes (3), quedando en esta ocasión ausentes fichas hechas a partir de bases. Asimismo, se ha comprobado que hasta un 58 % de las fichas finas anaranjadas fueron hechas a partir de galbos de tinajas, lo que viene a refrendar la búsqueda de fragmentos lo más planos posibles.

Los diámetros del conjunto oscilan entre 1,5 y 5,2 cm, aunque el grueso de la muestra (91,8 %) presenta entre 1,9 y 4,3 cm. A este respecto, las piezas por debajo (2,7 %) y por encima (5,4 %) de este rango apenas tienen significación. En cuanto a la anchura de la pared, esta variable se mueve entre los 3,4 y 10,4 mm, si bien la mayoría de individuos (76,8 %) presentan grosores entre 3,9 y 6,7 mm. En relación a ello, cabe destacar que son más frecuentes los más gruesos (<6,7 mm, 21 %) que los finos (>3,9 mm, 1,4 %). Asimismo, encontramos que las fichas más



Fig. 8. Piezas recortadas de Las Quintanas, a partir de diversas zonas de los recipientes cerámicos. 1-3. Fondos de cuencos-copa/morteros finos anaranjados. 4. Paredes o galbos de fina anaranjada con posible talla por presión. 5-6. Paredes finas anaranjadas de morfología elipsoidal y cuadrangular. 7-13. Paredes de finas anaranjadas decoradas. 14-15. Paredes de TSH decorada y lisa pulida. 16-21. Fondos recortados (varias producciones). 22-24. Paredes recortadas en cerámica tosca o común vaccea. 25. Galbo fino anaranjado con grafito. 26-27. Galbos finos anaranjados pulidos y perforados. 28-29. Intentos de pieza recortada fina anaranjada.

abundantes (66 %) pesan entre 3 y 7 g, tras las que le siguen aquellas entre 8 y 14 g (21,8 %). Tal y como sucede en el hoyo A1-13026, en esta agrupación las piezas más ligeras (>3 g, 8,2 %) y pesadas (<14 g, 4,1

%) son anecdóticas. Por otra parte, estos ejemplares muestran entre 5 y 14 golpes visibles, si bien los más frecuentes (70,7 %) son aquellos rematados con 7-9. En relación a ello, cabe destacar que el *savoir faire*

mayoritario es el de rematar con 7 golpes (23,93 %). Finalmente, todo el lote ofrece fracturas concoideas posiblemente de talla bipolar.

**Resto de piezas de Las Quintanas.** Su análisis supone un aumento cuantitativo del número de ejemplares, ya que en este caso disponemos de 525 de morfología mayoritariamente discoidal, aunque no faltan los elipsoidales (fig. 8: 21), cuadrados (fig. 8: 6), partidos por la mitad, e incluso los que consideramos intentos malogrados de ficha (fig. 8: 28-29). Un primer examen del conjunto ya delata ciertas diferencias con los contextos cerrados expuestos previamente (fig. 9: A). Así, en primer lugar se documentan individuos realizados en otras producciones vasculares, concretamente en cerámica tosca o común vaccea (36), TSH (8), común romana (3), cocina romana (1) y hecha a mano (1). No obstante, es evidente que apenas tienen significación estadística, ya que suponen 9,3 % de esta agrupación, y el 5,7 % del total de la muestra si incluimos los ejemplares de las dos acumulaciones. Igual de testimonial resultan las grises céreas, con tan solo 4 piezas, lo que delata que el grueso de este tipo de fichas se encuentra asociado a los comentados depósitos. Este hecho, junto a su ya de por sí ínfima significación estadística en el total de la muestra —pues es la cuarta producción más escasa— potencian aún más su carácter singular. Por su parte, la fina anaranjada sigue siendo la especialidad vascular más representada, con una mayoría de fichas sin decoración, seguidas de las pintadas monocromas y bícromas. En definitiva, el resto de piezas recortadas de Las Quintanas muestra las mismas tendencias que los contextos cerrados en relación con la frecuencia de las clases cerámicas, con la excepción de la comparecencia de otras producciones que hay que valorar como anecdóticas.

Respecto a las partes del vaso seleccionadas para tallar estos elementos, encontramos que nuevamente son los galbos la sección preferida (489). Hay presencia de bordes (14) y bases (22) cuya significación estadística, como en el caso de las acumulaciones cerradas, resulta marginal. Aun así, debemos resaltar el valor de los fondos debido a que muestran algunas cuestiones interesantes a la hora de concebir estos elementos recortados. Así, en primer lugar destacan cuatro bases de morteros o copas finas anaranjadas que han sido talladas en el galbo tras el desarrollo del fuste, lo que sugiere que pudieron ser utilizados como tapadera o soporte (fig. 8: 1-3). Por otro lado, encontramos piezas hechas a partir del recorte de los límites de bases planas, anulares, umbilicadas (fig. 8: 17-21) y de un pomo de tapadera común romana (fig. 8: 16), con lo que parece que estas partes de la cerámica facilitaron la proyección mental del esquema discoidal. De igual modo, los círculos a molde de la TSH y los pintados facilitaron un esquema previo sobre el que tallar, dando lugar a individuos en los que estas decoraciones quedaron inscritos (fig. 8: 9 y 13-14).

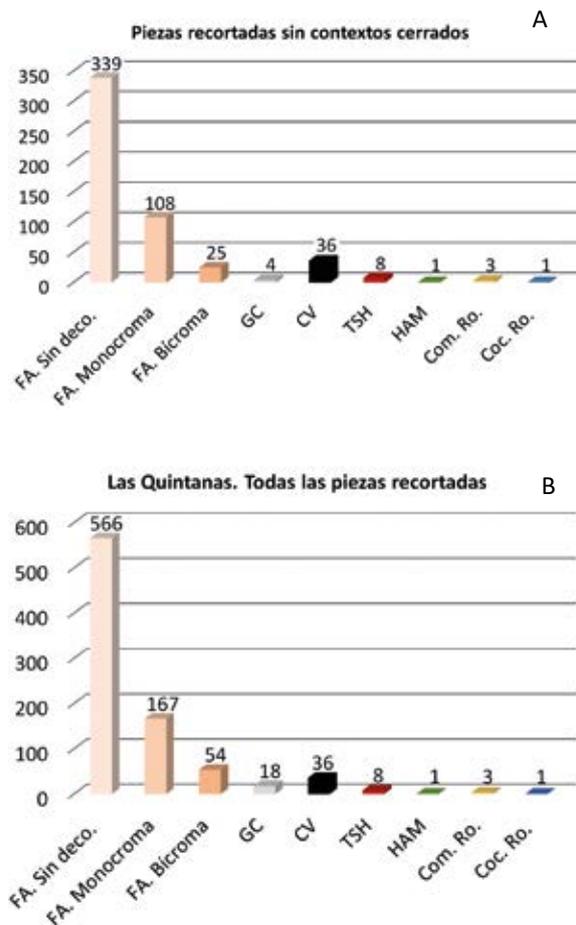


Fig. 9. Piezas recortadas por producción cerámica excluyendo los contextos cerrados (A) y de toda la muestra de Las Quintanas (B).

En relación a los motivos decorativos pintados, apenas encontramos novedades con respecto de lo documentado en los conjuntos cerrados, ya que nuevamente el grueso de las piezas muestra líneas rectas y onduladas, bandas y semicírculos concéntricos. En todo caso, destacan dos ejemplares que exhiben frisos rectangulares con semicírculos enfrentados (fig. 8: 11-12), en los que claramente se intentó tallar en torno a este motivo decorativo.

Otro ejemplar singular es un galbo fino anaranjado que presenta un grafito en el centro (fig. 8, 25). En efecto, esta pieza fue hallada en el relleno del pozo artesiano fallido del sector B1 y exhibe el trazo postcocción de una *E* capital latina o <to> del signario celtibérico (Coria, 2021: 193, fig. 92, 6). En este caso, es complicado saber si la letra fue ejecutada tras o después de la talla. Sin embargo, nos inclinamos a pensar que fue posterior, ya que el fragmento pertenece a una tinaja y resulta difícil pensar que un grafito tan pequeño fuera concebido para un vaso de estas dimensiones, más cuando los que aparecen en este tipo de cerámicas son claramente más grandes (p. ej. Gómez y Sanz, 1993: fig. 17: 20; Coria, 2021: 192, fig. 91: 1 y 4).

Las medidas que ofrece este conjunto son más heterogéneas que las de los cerrados, puesto que incluye ejemplares de dimensiones que se salen de la media. Así, encontramos piezas con diámetros de entre 1,6 y 9,2 cm, aunque los más frecuentes (59,6 %) presentan entre 2,8 y 4,3 cm. A este grupo le siguen otros dos, uno con un tamaño ligeramente mayor (4,4-6,5 cm; 25,5 %) y el otro menor (2,3-2,7 cm; 9,5 %). En contraste, las fichas más pequeñas (1,6-2,2 cm; 3,4 %) y grandes (6,5-9,2 cm; 1,9 %) son anecdóticas. En relación a los espesores de la pared, encontramos una notable heterogeneidad de medidas (de 2,3 a 17,7 mm), si bien podemos percibir una clara predilección (68 %) por partes de vasos con grosores entre 4,4 y 7,1 mm. Asimismo, se detectan otras dos agrupaciones por encima y por debajo de este rango: una de fichas ligeramente más finas (3,8-4,3 mm; 7,4 %) y otra de piezas un poco más gruesas (7,2-9 mm; 15,8 %). Ello contrasta con la poca significación estadística de los ejemplares más delgados (2,3-3,7 mm; 3,1 %) y espesos (9,1-17,7 mm; 5,7 %). En cuanto al peso, la mayoría (75,4 %) registra entre 3 y 14 g, 14,5 % entre 15-22 g, y los individuos más ligeros (<3 g; 2,3 %) y más pesados (>22 g; 7,8 %) son más infrecuentes. Entre ellos destacan los tres individuos más masivos, con 114, 144 y 224 g respectivamente, que se corresponden con los ya mencionados fondos recortados de copas o morteros finos anaranjados (fig. 8: 1-3).

La mayor parte de la muestra exhibe entre 6-8 golpes (70,5 %), mientras que aquellas piezas con menos (2-5; 12,2 %) y más impactos (9-14; 17,3 %) son claramente inferiores. Asimismo, el lote muestra fundamentalmente fracturas concoideas posiblemente como resultado de talla bipolar, aunque hay casos en los que se observan varias fracturas de este tipo realizadas de forma muy precisa, lo que invita a pensar que fueran ejecutadas a través de presión (p. ej. fig. 8, 4). También se han documentado algunas intensamente pulidas en los bordes (p. ej. fig. 8: 15 y 22-24), lo que ha dificultado en buena medida la detección del número de impactos. Por último, destacan dos recortes finos anaranjados perforados en el centro (fig. 8: 26-27) cuyos agujeros fueron realizados a través de abrasión gracias al giro continuado de un punzón, de acuerdo a las marcas existentes en el orificio de la que está completa (fig. 10). Este tipo de piezas han sido frecuentemente interpretadas como pesas de telar (Herrera y Gómez, 2004: 279-280, citado en: Moreno y Adroher, 2019: 70) y para redes de pesca (Bernal, 2008: 186). Sin embargo, en nuestro caso creemos que se trata de abalorios o cuentas de collar debido a su peso liviano (3 g cada una), lo que las haría poco efectivas a la hora de hundir la red en las aguas o de tensar los hilos del telar.

**Análisis de conjunto.** Llegados a este punto, resulta pertinente hacer un ejercicio comparativo entre las



Fig. 10. Microfotografía del orificio de la pieza D1-1147-6.

agrupaciones caracterizadas para poner de relieve, en su caso, los distintos *modus operandi* del registro analizado. Si bien se han documentado ciertas diferencias, creemos más adecuado comenzar haciendo hincapié en las tendencias comunes a la hora de confeccionar estas piezas recortadas.

La primera de ellas es la selección de materia prima, ya que se ha comprobado la prevalencia del uso de cerámicas finas anaranjadas en detrimento de otras especies vasculares (fig. 9: B). En este sentido, la presencia de ejemplares hechos en otras producciones pone de relieve varias cuestiones de interés. Por un lado, delata una mayor selección de la alcajería disponible, aspecto posiblemente motivado por la búsqueda de piezas especiales hechas con vajilla fina y escasa como la TSH y gris cérea<sup>6</sup>. Esto destaca especialmente en los conjuntos cerrados, ya que junto al amplio conjunto fino anaranjado, en estos depósitos tan solo comparecen unas pocas fichas grises céreas, las cuales además suponen más de tres cuartas partes de las confeccionadas en esta clase (14 de 18). Por otro lado, la documentación de pocos individuos en especies comunes, como la tosca vaccea y la común de cocina romana, indicaría una escasa predilección por estas producciones de pastas menos decantadas y de valor estético escaso, aunque éstas fueran bastante frecuentes entre las vasijas desechadas<sup>7</sup>.

La segunda tendencia es la predisposición por el empleo de fragmentos finos anaranjados no decorados respecto a las que presentan monocromía y bicromía. En este sentido, es interesante comprobar que casi la mitad de las fichas bícromas (29 de 54) comparecen en las acumulaciones cerradas, lo que pone de relieve su carácter singular. Igualmente, observamos una clara tendencia por el uso de galbos frente a bordes y bases, seguramente debido a la búsqueda de fragmentos lo más planos posibles, sumado al hecho de que los amorfos son las partes de la cerámica más versátiles y fáciles de recortar (Moreno y Adroher, 2019: 83).

Por otra parte, si comparamos los parámetros obtenidos (diámetro, anchura de la pared, peso, y golpes visibles) (figs. 11-12) percibiremos dentro de unas tendencias generales, ligeras diferencias entre unos contextos y otros, lo que indica la existencia de *modus operandi* algo distintos entre los talladores.

Así, se observa que la tinaja B1-1513 es el conjunto que alberga porcentualmente más piezas pequeñas, seguida del hoyo A1-13026, que presenta ejemplares con diámetros ligeramente superiores. Por contraparte, tal y como comentábamos anteriormente, el resto de la muestra de Las Quintanas recoge individuos que se salen de la media, siendo el más grande uno que

alcanza los 9,2 cm de diámetro (fig. 11: A). Sin embargo, resulta de interés comprobar que, en los tres grupos, las piezas más frecuentes son aquellas que tienen entre 2 y 4 cm de diámetro, que en suma suponen el 69,32 % del total estudiado (fig. 11: B).

Por otra parte, identificamos parecidos rangos del grosor de la pared de los dos contextos cerrados, sugiriendo una similar selección de los fragmentos tallados. No obstante, si atendemos a los espesores más frecuentes de estas dos agrupaciones, advertimos que el tallador del conjunto de la tinaja B1-1513 optó por recortar individuos más finos que el del hoyo de la casa 1 romana. Este panorama contrasta con la do-

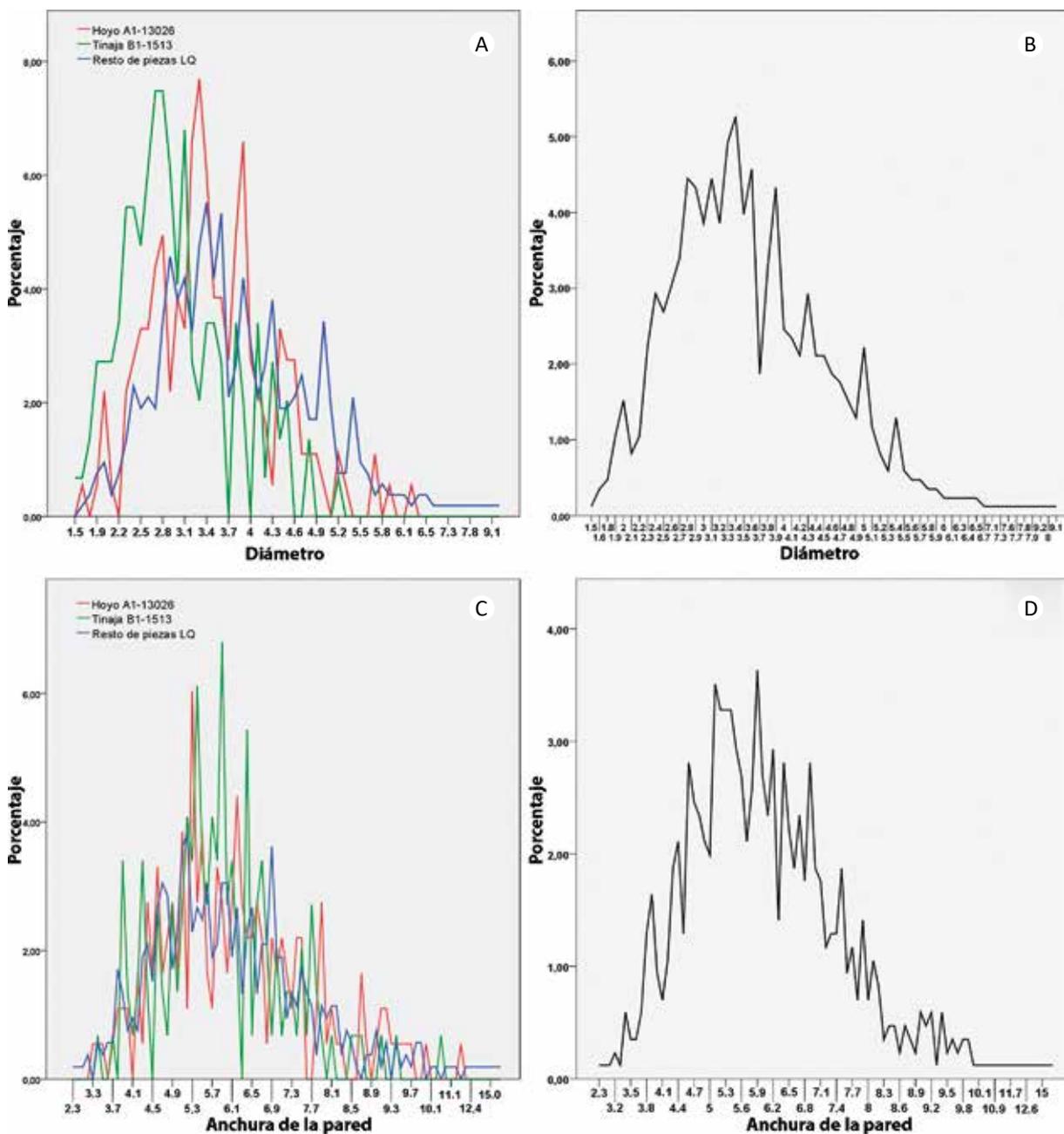


Fig. 11. Significación porcentual de distintas variables: diámetros de los tres conjuntos (A) y de todas las piezas (B); anchura de la pared de los tres contextos (C) y de toda la muestra (D).

cumentación de ejemplares más gruesos en el resto de la muestra de Las Quintanas, llegando a los 17,7 mm (fig. 11: C). Con todo ello, de forma general podemos decir que las anchuras de la pared predilectos (69,2 % del total) por los artesanos pintianos fueron aquellos entre 4,4 y 7,1 mm (fig. 11: D).

En cuanto al peso, es clara la comparecencia de ejemplares más ligeros en los contextos cerrados que en el resto del yacimiento, habida cuenta de la presencia de individuos muy masivos como los ya mencionados cuencos-copa o morteros finos anaranjados (fig. 12: A). Si afinamos un poco más, resulta de interés constatar que el artífice del lote B1-1513 se preocupó por con-

seguir piezas menos pesadas que el de A1-13026. Con todo ello, en términos generales podemos decir que las más frecuentes (58,9 %) pesan entre 3 y 9 g (fig. 12: B).

Los golpes visibles (fig. 12: C y D), las técnicas de talla y de acabado delatan, en cierta medida, la experiencia y el *savoir faire* de los artesanos. En este sentido, es inequívoco que los talladores de las dos agrupaciones cerradas contaron con una pericia similar, puesto que en ambos casos se identifican fracturas concoideas posiblemente producto de percusión bipolar, y entre 4 y 14 impactos visibles. No obstante, el artífice de B1-1513 dio de media menos golpes que el del lote de A1-13026. En este sentido, es evidente

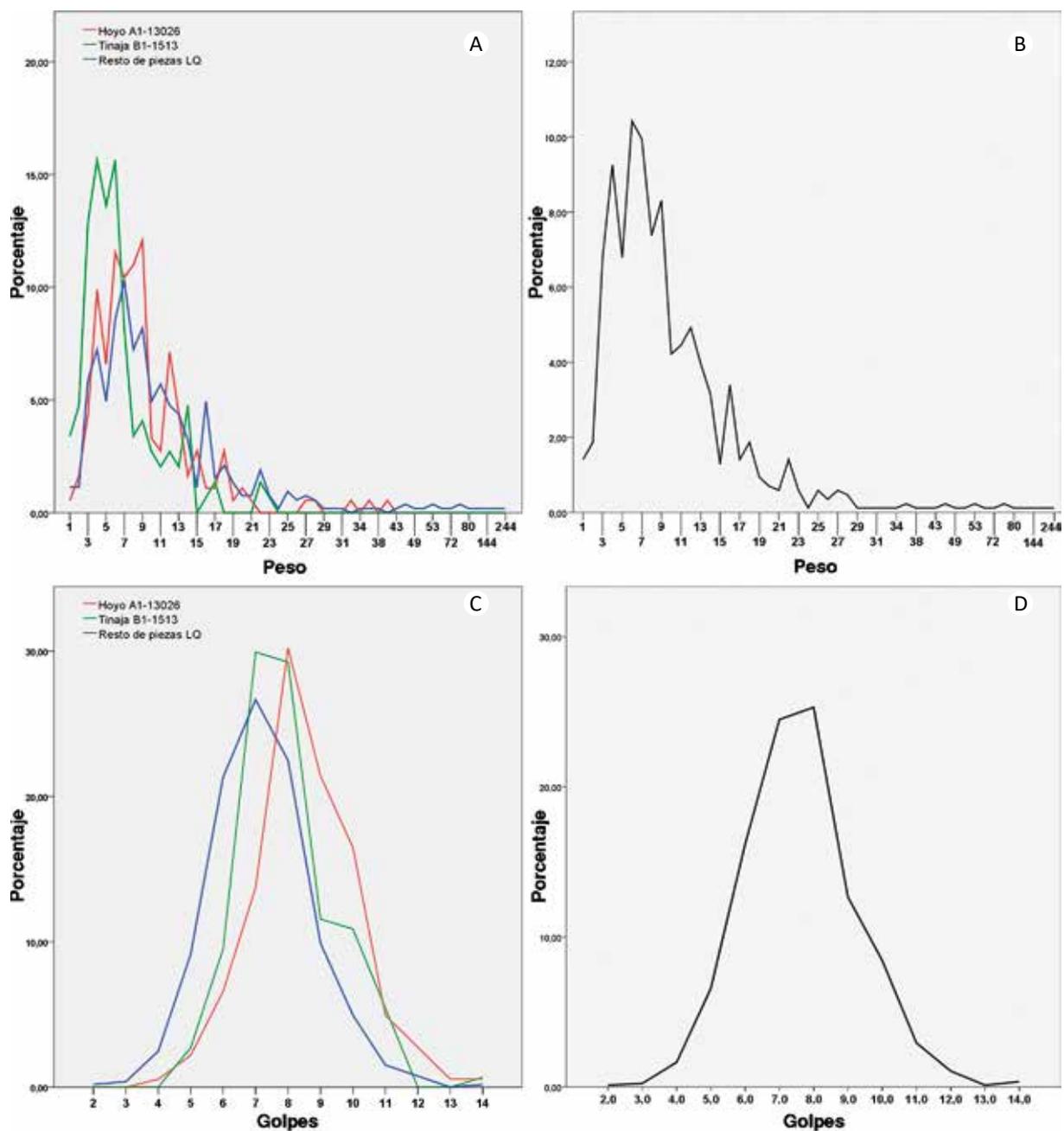


Fig. 12. Significación porcentual de distintas variables: peso de los tres conjuntos (A) y de todas las piezas (B); golpes visibles de la pared de los tres contextos (C) y de toda la muestra (D).

que el primero de ellos consigue ejemplares mejor acabados —más redondeados, pequeños, finos y ligeros, además de que pone más atención en la talla en torno a los elementos decorativos—, lo que sugiere un mayor número de golpes no siempre indica un mejor producto final. En cuanto al resto de la muestra de Las Quintanas, se documentan primordialmente las fracturas concoideas hechas posiblemente con talla bipolar desde una de las caras, junto a una menor proporción de ejemplares tallados a través de presión, pulido y abrasión para confeccionar orificios, lo que refrenda que se conocían otras técnicas para concebir estas cerámicas recortadas<sup>8</sup>. Asimismo, la media de impactos de esta agrupación es menor que la de los contextos cerrados, en parte debido a algunos con muy pocos golpes visibles a causa de la erosión o el pulido. Con todo, el conjunto total de los datos indica que las piezas más frecuentes (78,6 %) estuvieron rematadas con 6-9 golpes (fig. 12: D).

Después de todo lo dicho, podemos esbozar una clasificación preliminar de las piezas recortadas de *Pintia*, teniendo en cuenta el diámetro<sup>9</sup> y el soporte, ya que se trata de las variables que proporcionan más elementos distintivos con vistas a determinar su posible funcionalidad.

- Tipo I. Se trata de las más pequeñas y difíciles de manejar, ya que cuentan con menos de 2 cm de diámetro. Están confeccionadas a partir de producciones de alta calidad (fina anaranjada, gris cérea, TSH), y suponen el grupo más minoritario del total estudiado (2 %).
- Tipo II. Ejemplares con diámetros que oscilan entre 2 y 4 cm, realizados mayoritariamente en vajilla de mesa (fina anaranjada, gris cérea, TSH), y en menor medida común (tosca vaccea, hecha a mano). Asimismo, es el grupo más frecuente de la muestra (69,3 %).
- Tipo III. Piezas que dispone de 4,1-5 cm de diámetro, realizadas sobre todo a partir de vasos finos anaranjados, aunque incluye algunos ejemplares en cerámica tosca vaccea, y de forma residual, unos pocos en gris cérea si los comparamos con el tipo II. Asimismo, se trata de la segunda agrupación más representada del conjunto (20,3 %).
- Tipo IV. Incluye las cerámicas recortadas más grandes, ya que muestran diámetros superiores a los 5 cm. Además, integra soportes no documentados en las agrupaciones anteriores, como la cerámica común y de cocina romana, si bien las producciones más frecuentes siguen siendo la fina anaranjada y tosca vaccea. Por otra parte, encontramos en este tipo ejemplares especiales, concretamente los cuatro fondos de cuenco-copa o morteros, los cuales no pueden considerarse piezas discoidales en sentido estricto. Por último, se trata del tercer grupo más significativo del lote analizado (8,4 %).

## Discusión y conclusiones

Tras todo lo expuesto anteriormente, resulta pertinente reflexionar sobre el significado y funcionalidad de las piezas recortadas. Así, tal y como mencionábamos al comienzo de este trabajo, estos elementos se identifican desde el Neolítico hasta prácticamente nuestros días, hecho que pone de relieve el afán de las comunidades preindustriales por reciclar productos elaborados, los cuales cumplen otras funciones usualmente distintas a la primera que tuvieron (Carreras y Nadal, 2002-03: 75). Esta dinámica se entiende dentro de sistemas y estilos de vida en los que se optimizan los recursos naturales existentes, lo que contrasta de manera rotunda con las desmesuradas formas de producción y consumo actuales. Y es que en las sociedades de la Antigüedad, prácticamente cualquier material era susceptible de ser reparado y/o reciclado, desde metales, hueso, material constructivo, vidrio, y, por supuesto, la cerámica (Velo, Sánchez y Orfila, 2020).

Si tornamos nuestra mirada hacia la Protohistoria y época romana de Iberia, advertiremos que estas piezas recortadas son elementos usuales en el registro arqueológico, pero que apenas han sido objeto de estudios que profundicen en sus características tecnológicas, morfológicas y funcionales. Así, para el ámbito hispano contamos tan solo con dos trabajos específicos, siendo el primero y más antiguo el realizado por Z. Castro (1978), en el que se analiza un lote bastante numeroso de recortes sobre paredes (777) provenientes de tres yacimientos ibéricos de la provincia de Gerona: Mas Castellar de Pontós, Ullastret y Porqueres. Asimismo, la autora realiza un sencillo análisis estadístico teniendo en cuenta el diámetro, grosor, y tratamiento de los bordes, que le conducen a valorar distintas hipótesis sobre su función. El segundo y más reciente es el estudio de D. Moreno y A. Adroher (2019), en el que ensayan un interesante estado de la cuestión sobre estos elementos a raíz de las piezas discoidales recuperadas del depósito votivo del Zacatín de Granada, fechado en el siglo IV a. C. Aparte de las reflexiones sobre el significado de estos artefactos —incluyendo su posible uso como tapadera, fichas de juego, pesas de telar y de redes de pesca, como material simbólico e incluso higiénico—, el valor de dicho trabajo es el de marcar unas líneas de actuación para futuras investigaciones, que en buena medida han ayudado y guiado el desarrollo de este estudio.

Con todo, lo más usual es que este tipo de piezas sean tratadas de forma breve en obras generales, como es el caso de los apartados dedicados a las halladas en los yacimientos ibéricos del Puig de la Nau (Castellón, Valencia) (Oliver y Gusi, 1996: 167-168) y Olèrdola (Barcelona) (Molist, 2009), o los *calculi* de las termas de Arcaya/*Suestatium* (Álava) (Loza, Loza y Niso, 2015: 298-305). Algo similar ocurre en el grueso de los trabajos de yacimientos de la Edad del Hierro y

VARIABLE	Hoyo A1-13026		Tinaja B1-1513		Resto piezas LQ		Toda la muestra	
	Rangos total	Rango mayoritario	Rangos total	Rango mayoritario	Rangos total	Rango mayoritario	Rangos total	Rango mayoritario
DIÁMETRO MÁXIMO (cm)	1,6-6,3	2-4,6	1,5-5,2	1,9-4,3	1,6-9,2	2,8-4,3	1,5-9,2	2-4
ANCHURA PARED (mm)	3,3-11	4,4-7,9	3,4-10,4	3,9-6,7	2,3-17,7	4,4-7,1	2,3-17,7	4,4-7,1
PESO (g)	1-40	4-9	1-22	3-7	1-224	3-14	1-224	1-10
GOLPES VISIBLES	4-14	7-10	4-14	7-9	2-14	6-8	2-14	6-9

Fig. 13. Rangos totales y mayoritarios de las variables analizadas en cada uno de los contextos.

época romana de la meseta Norte, tales como *Desso-briga* (Palencia) (Martín Hernández, 2016: 133 y 355), Segovia (Martín Vela y Marcos, 2010-2011: 51, 53, lám. 3, 5), Valladolid (Sánchez y Santamaría, 1996: 92-93, fig. 7: 21), Coca (Segovia) (Arribas, Blanco y Reyes, 2014: 60, lám. 12) o el poblado de La Corona/El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora) (Misiego *et al.*, 2013: 219, 244 y 313). Aun así, encontramos en esta zona algunas obras que le dedican un poco más de atención, sobre todo cuando son interpretadas como fichas de juego. En este caso destacan los trabajos de los *calculi* de la villa romana de Quintanilla de la Cueva (Palencia) (Pérez, 2000) y *Termes* (Soria) (Pérez y Arribas, 2016: 92-93). Con todo, creemos que el estudio más revelador para esta área es el dedicado al campamento romano de Rosinos de Vidriales (Zamora) (Carretero, 1998), ya que en este yacimiento se documentaron 31 fichas cerámicas asociadas a varias *tabulae lusoriae*.

En este panorama arqueológico destaca con luz propia el yacimiento de *Pintia*. En efecto, para cronología protohistórica y romana es la referencia con más piezas recortadas de la meseta Norte. En este sentido, la extensa muestra recuperada nos ha proporcionado datos relevantes sobre el *modus operandi* a la hora de confeccionar estos elementos, si bien la determinación de su posible funcionalidad se nos hace más esquiva debido a la naturaleza del grueso de los contextos en los que aparecen —sobre todo echadizos de preparación, hoyos, y basureros—.

Comenzando con las dos acumulaciones cerradas, resulta plausible que fueran lotes destinados al conteo en virtud de la coexistencia de piezas de distintos formatos, con diámetros que oscilan entre 1,6-6,2 cm en el caso del hoyo A1-13026; y 1,5-5,2 cm en el de la tinaja B1-1513, y con una predilección en ambos casos por aquellas que oscilan entre 2 y 4 cm. Asimismo, los ejemplares de estos dos ambientes presentan los bordes trabajados sin llegar a estar pulidos, lo que parece ser una característica propia de los recortes que fueron usados para este fin (Moreno y Adroher, 2019: 84). Por otro lado, su presencia en contextos con un carácter más artesanal que doméstico (Coria, 2021: 130) invita a pensar en su utilización en labores de cuantificación de productos o en el transcurso de intercambios. En cambio, resulta más complicado considerarlas como parte de un sistema ponderal, tal y como se ha sugerido (Moreno y Adroher, 2019: 73) para un reducido lote (tan solo 11 piezas) del Depar-

tamento 97 de La Bastida de les Alcuses (Valencia) (Fletcher, Pla y Alcácer, 1969: 270-271). En nuestro caso, si tenemos en cuenta el total de ejemplares de cada agrupación, advertimos que ofrecen rangos bastante amplios de pesos (fig. 13), además de que no hay correlación entre esa variable y el diámetro. Ello no excluye la posibilidad de que las piezas con valores de masa más frecuentes —4-9 g para el hoyo A1-13026 y 3-7 g en la tinaja B1-1513— pudieran haber sido utilizadas en algún sistema ponderal.

Otra hipótesis es que estos conjuntos sean fichas de juego, tal y como se apuntó hace un tiempo para el lote de la casa 1 romana (Centeno *et al.*, 2003: 86-87). A este respecto, hemos de destacar la importancia de las actividades lúdicas en el pasado, puesto que ya se documentan juegos de mesa —posiblemente de carreras— desde al menos el IV milenio a. C. (Depaulis, 2020: 136). Estos se hicieron cada vez más frecuentes en la Antigüedad, con ejemplos como el juego real de Ur en Mesopotamia, el *senet* egipcio o la *petteia* griega, si bien podemos afirmar que fue con Roma cuando verdaderamente disfrutaron de gran difusión entre la población (Jiménez, 2014: 126). Así, encontramos varios juegos de tablero como el *terni lapilli* (tres en raya), *duplum molendinum* (juego del molino) o el *ludus duodecim scripta* (juego de las doce marcas), y por supuesto el *ludus latruncolorum* (juego de los ladrones) (García, 2022). Esta “fiebre” romana por los juegos de mesa se hizo notar a lo largo y ancho del Imperio, hasta el punto de que llegaron a ser introducidos en sitios tan lejanos, en los que *a priori* eran desconocidos con anterioridad, como Britania e Irlanda (Hall y Forsyth, 2011).

En el caso de los dos conjuntos cerrados de *Pintia*, encontramos ciertas dificultades para interpretarlas con seguridad como *pessoi* o fichas de juego. En primer lugar, ambos contextos carecen de otros elementos asociados relacionados con los *ludi* como tableros o *calculi* en otros soportes (p. ej. vidrio o hueso). En segundo lugar, suponen una ingente acumulación de piezas recortadas, lo que implicaría disponer de varias *tabulae lusoriae* para desarrollar partidas. A este respecto, resulta interesante calcular los tableros de *ludus latruncolorum*<sup>10</sup> necesarios de acuerdo al número de piezas por jugador. Así, si tomamos las estimaciones de Carretero (1998: 119-120), que fija 34 piezas —cada oponente con 16 peones y 1 centurión— por partida, podemos considerar que harían falta mínimo 5 tableros para poder usar casi todos los

ejemplares del hoyo A1-13026, y 4 en el caso de la tinaja B1-1513, lo cual supone una cantidad considerable si tenemos en cuenta el ratio de *tabulae lusoriae* y *calculi* que aparecen en otros yacimientos como *Petavonium*, donde se documentan 6 tableros y tan solo 70 fichas (Carretero, 1998). Esta cuantía aumenta más si tomamos en consideración las estimaciones de otros autores como Murray (1952), que propone 18 fichas por partida, o García (2022: 137), que sugiere 18/26. Por último, ambos contextos carecen de ejemplares con los rebordes pulidos, una característica usual en las piezas recortadas atribuidas al juego (Moreno y Adroher, 2019: 84).

Con todo ello, tampoco queremos excluir taxativamente el uso como fichas de juego de estas acumulaciones, ya que el grueso dispone de diámetros inferiores a los 5 cm, medida comúnmente aceptada para que podamos hablar de *pessoi* (Moreno y Adroher, 2019: 84). Además, las diferencias de tamaño de estas agrupaciones son compatibles con el desarrollo de juegos como el *ludus latruncularum*, que incluye piezas menudas, los peones, y otras de mayor proporción, los centuriones (Ponte, 1986: 13-139, citado en: Carretero, 1998: 120). Por su parte, si tenemos en cuenta los datos estadísticos, podemos aventurar que el conjunto de la tinaja B1-1513 es el que presenta características más cercanas a la función lúdica, ya que alberga un menor número de ejemplares —por tanto, se necesitan menos tableros—, son más pequeños (solo uno supera los 5 cm de diámetro), mejor acabados y menos pesados si lo comparamos con los del hoyo A1-13026. Además, este lote también reúne más individuos grises céreos, que serían idóneos como fichas especiales en las partidas; amén de una pieza tallada en torno a los círculos concéntricos pintados, que bien pudiera estar imitando los *calculi* de hueso decorados con incisiones concéntricas (p. ej. Schädler, 1994: 61; Carretero, 1998: 134, fig. 5, 3). En relación a esto último, tenemos pocas dudas del uso como fichas de juego de otros ejemplares documentados fuera de estos contextos, concretamente nos referimos a tres realizados en TSH a partir del recorte de círculos hechos a molde (p. ej. fig. 8: 14) que buscan obtener piezas similares a los *calculi* de hueso trabajado mencionados previamente. Igualmente podemos considerar como *pessoi* otro individuo, también en sigilata hispánica, que muestra sus rebordes totalmente pulidos (fig. 8: 15).

En cuanto al resto de piezas de Las Quintanas, es factible interpretar aquellas con menos de 5 cm de diámetro (tipos I, II y III) particularmente como elementos de conteo, y fichas de juego, sobre todo las más pequeñas (tipo I) y realizadas en cerámica de alta calidad. Sin embargo, tampoco excluimos como *pessoi* las realizadas en producciones comunes, ya que son frecuentes en este soporte si atendemos a otros yacimientos peninsulares (p. ej. Carretero, 1998: 130, fig. 4: 12-31; Loza, Loza y Niso, 2015: 302,

fig. 131: 1-8). Bien distintas serían las dos que disponen de orificios en el centro y los rebordes totalmente pulidos (fig. 8: 26-27), que cabe valorar como cuentas de collar. Por su parte, aquellas que muestran más de 5 cm de diámetro (tipo IV) posiblemente fueran utilizadas como tapones, aparte de formar parte de los sistemas de cuantificación y/o ponderales. Incluso, algunas confeccionadas en cerámica tosca con los bordes pulidos (fig. 8: 22-24) pudieron haber sido empleadas como material higiénico (Charlier *et al.*, 2012), aunque habría que efectuar análisis de residuos para corroborar tal hipótesis. Finalmente, los cuatro morteros/cuencos-copa finos anaranjados (fig. 8: 1-3) hemos de contemplarlos como tapaderas o soportes.

Para terminar, en lo que respecta al registro de piezas recuperado en el ámbito simbólico de la muerte, hemos visto cómo su distribución apunta preferentemente a cronologías avanzadas de los siglos II a. C. a I d. C. Por otro lado, la coincidencia de algunas agrupaciones de piezas recortadas con áreas de intenso expolio en época romana, nos hace sospechar una estrecha relación entre ambos fenómenos, máxime cuando observamos la diferente naturaleza de estos recortes realizados sobre paredes con respecto de los aparecidos en tumba preferentemente sobre fondos.

En suma, la recopilación y el estudio de la muestra, en verdad abultada, de piezas cerámicas recortadas y su presencia en contextos variados y áreas funcionales diversas del yacimiento de *Pintia*, creemos que ofrece un primer acercamiento de cierto alcance para la comprensión de estos humildes objetos con “segunda vida”, en general poco estimados o atendidos en la bibliografía especializada.

## Notas

1. Habitualmente utilizamos esta terminología para referirnos a materiales hallados fuera de los conjuntos cerrados, que podrían corresponder a alteraciones postdeposicionales, fruto del expolio y destrucción de las tumbas por agentes diversos, incluso de época. En el estudio de este cementerio pudimos comprobar que pese a dichas alteraciones, esos materiales en posición secundaria mantienen proximidad a su posición original, por lo que contribuyen a configurar la estratigrafía horizontal de este cementerio (Sanz, 1997: 467).

2. De este gráfico han sido excluidos 32 ejemplares provenientes de labores de limpieza y del nivel superficial. También se han eliminado otros 19 hallados en las tumbas visigodas, pues se tratan de piezas recortadas hechas a partir de producciones cerámicas vacceas y romanas que claramente fueron sustraídas de sus contextos arqueológicos originales al construir cada una de las sepulturas. Finalmente, no se han contado 2 del nivel situado por debajo del “vacceo presertoriano y sertoriano”, ya que es una fase excavada recientemente (campana 2022) y se encuentra actualmente en estudio.

3. La primera publicación que dio a conocer la casa 1 romana (Centeno *et al.*, 2003: 85-87) se señala que el hoyo contenía 212 piezas recortadas. Sin embargo, la revisión del material del relleno indica que la cantidad exacta de ejemplares es de 182.

4. En relación a ello, han sido excluidas las piezas recuperadas de las tumbas visigodas, por cuanto consideramos que en realidad provienen de contextos pretéritos; así como aquellas documentadas durante las labores de limpieza y del nivel superficial de Las Quintanas. También han sido apartadas del análisis estadístico cuatro ejemplares del sector G1 que fueron reconocidos una vez finalizado el trabajo, y las recuperadas de la campaña 2022 por ser un material todavía en proceso de estudio, concretamente nos referimos a 7 del nivel presertoriano y sertoriano que fueron halladas en un paquete de preparación de ceniza para asentar la casa 10; y 2 de la fase identificada por debajo de esta vivienda. Por su parte, los ejemplares de Las Ruedas, los cenizales de El Espino y la parcela 61, Landecastro, el cerro de Pajares y Carralaceña tampoco han sido tenidos en cuenta con el objetivo de centrar nuestro estudio en el conjunto proveniente de la zona de hábitat. A este respecto, hemos de señalar que todas las piezas excluidas (152 de 1006) apenas aportan novedades a los resultados obtenidos, con lo que tanto sus características como parámetros se encuentran dentro de lo observado en el conjunto analizado.

5. Este dato ha sido obtenido gracias a una experimentación inicial llevada a cabo por el Dr. Policarpo Sánchez Yustos, a quien agradecemos su colaboración. Asimismo, se comprobó que si el contragolpe no va en la misma dirección que el golpe, hay peligro de lascar la pieza. En cualquier caso, no es descartable la factura de algunas de estas piezas por presión con tenacillas metálicas. Un estudio de arqueología experimental está en curso sobre este particular para poder establecer con precisión los estigmas de talla característicos de su producción.

6. A este respecto, destacamos que se trata de dos de las producciones más escasas del registro de Las Quintanas, ya que la gris cérea supone el 1,13 % y la TSH el 1,83 % del total (Coria, 2021: 133). Igualmente, en la necrópolis de Las Ruedas se ha detectado en posición secundaria un único ejemplar hecho a partir de un fondo en cerámica torneada negra bruñida, la cual es una especialidad vascular realmente anecdótica tanto en el poblado como en el camposanto.

7. En relación a ello cabe mencionar que, por ejemplo, la cerámica tosca vaccea es la segunda más frecuente (33,46 %) del material analizado en Las Quintanas (Coria, 2021: 161), por lo que su disponibilidad como material reutilizable estaba más que asegurada.

8. Junto a estas técnicas encontramos el caso singular de un fondo de copa fino anaranjado recuperado en superficie del cenital de El Espino que presentaba impactos por ambas caras.

9. Los intervalos de los diámetros de cada uno de los tipos han sido propuestos teniendo en cuenta las tendencias observadas en el análisis estadístico.

10. Las estimaciones han sido realizadas con el *ludus latruncularum* por ser el juego romano que más piezas necesita por oponente y partida.

## Bibliografía

ARRIBAS LOBO, P., BLANCO GARCÍA, J. F. y REYES HERNANDO, O. V. (2014): "Campaña de excavación arqueológica de 1999 en Cauca (Coca, Segovia). II. Registro gráfico de algunos materiales arqueológicos". *Oppidum. Cuadernos de investigación*, 10, pp. 47-72.

BERNAL CASASOLA, D. (2008): "Arqueología de las redes de pesca. Un tema crucial de la economía marítima hispano-romana". *Mainake*, 30, pp. 181-215.

BERNARDO STEMPEL, P. DE, ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2012): "Grafitos con signario celtibérico en cerámicas de Pintia (Padilla de Duero-Peñafiel, Valladolid)". *Palaeohispanica. Revista sobre lenguas y cultu-*

*ras de la Hispania antigua*, 12, pp. 157-194.

CARRERAS MONFORT, C. y NADAL LORENZO, J. (2002-03): "Reflexiones en torno a la cultura material. Nuevas aproximaciones". *Pyrenae*, 33-34, pp. 65-80.

CARRETERO VAQUERO, S. (1998): "El *ludus latruncularum*, un juego de estrategia practicado por los equites del Ala II Flavia". *BSAA*, 64, pp. 117-140.

CASTRO CUREL, Z. (1978): "Piezas discoidales en yacimientos del Nordeste de Cataluña". *Cypselia*, 2, pp. 173-196.

CENTENO CEA, I., SANZ MÍNGUEZ, C., VELASCO VÁZQUEZ, J. y GARRIDO BLÁZQUEZ, I. (2003): "Aproximación al urbanismo vacceo-romano de Pintia". En C. Sanz y J. Velasco (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 69-98.

CHARLIER, P., BRUN, L., PÊTRE, C. y HUYNH-CARGLIER, I. (2012): "Toilet hygiene in the classical era". *British Medical Journal*, 345, p. e8287.

CORIA NOGUERA, J. C. (2021): *La cerámica del oppidum vacceo-romano de Las Quintanas, Pintia (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid). Estudio analítico y contextual*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 10.

CORIA NOGUERA, J. C. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2021): "Un pozo artesiano fallido de época romana en el oppidum de Pintia (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)". *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 17, pp. 149-176.

DEPAULIS, T. (2020): "Board games before Ur?". *Board Game Studies Journal*, 14, pp. 127-144.

FLETCHER, D., PLA, E. y ALCÁCER, J. (1969): *La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia)*, II. Valencia: Diputación Provincial. *Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, 25.

GARCÍA GUTIÉRREZ, A. (2022): *Ludus Latruncularum. El juego de estrategia más popular de la Antigua Roma*. Antequera: ExLibric.

GIBBS, K. T. (2008): "Pierced clay disks and Late Neolithic textile production". En J. M. Córdoba, M. Molist, M. C. Pérez, I. Rubio y S. Martínez (eds.), *Proceedings of the 5th International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East. Madrid, April 3-8 2006*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, Vol. 2, pp. 89-96.

GÓMEZ PÉREZ, A. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): "El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica". En F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid: Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, pp. 335-370.

HALL, M. A. y FORSYTH, K. (2011): "Roman rules? The introduction of board games to Britain and Ireland". *Antiquity*, 85, pp. 1325-1338.

HERRERA GONZÁLEZ, M. D. y GÓMEZ TOSCANO, F. (2004): *Tell Abu Hawam (Haifa, Israel). El horizonte fenicio del Stratum III británico*. Salamanca-Huelva: Universidad de Huelva.

JIMÉNEZ CANO, C. (2014): "Estudio preliminar sobre los juegos de mesa en Hispania". *Antesteria*, 3, pp. 125-138.

LOZA LENGARAN, R., LOZA URIARTE, M. y NISO LORENZO, J. (2015): *Las termas romanas de Arcaya / Suestatium (Arkaia. Vitoria-Gasteiz). Memoria de las intervenciones arqueológicas en Otazibarra (1976-1982)*. Vitoria-Gasteiz: Diputación Foral de Álava. *Memorias de yacimientos alaveses*, 13.

MARTÍN HERNÁNDEZ, E. (2016): *Dessobriga. Campaña 2016*. Informe depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Burgos, de la Junta de Castilla y León. Inédito

- MARTÍN VELA, R. y MARCOS HERRÁN, F. J. (2010-2011): "Cerámicas de la II Edad del Hierro en el foso de la calle Daoíz 13/Paseo de Juan II (Segovia): interpretación y contextualización". *Oppidum. Cuadernos de investigación*, 6-7, pp. 45-60.
- MISIEGO TEJEDA, J. C., MARTÍN CARBAJO, M. Á., MARCOS CONTRERAS, G. J., SANZ GARCÍA, F. J., PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J., DOVAL MARTÍNEZ, M., VILLANUEVA MARTÍN, L. A., SANDOVAL RODRÍGUEZ, A. M., REDONDO MARTÍNEZ, R., OLLERO CUESTA, F. J., GARCÍA RIVERO, P. F., GARCÍA MARTÍNEZ, M. I. y SÁNCHEZ BONILLA, G. (2013): *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de 'La Corona/El Pesadero', en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época Romana en el norte de la provincia de Zamora*. Valladolid: Consejería de Cultura y Turismo. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 19.
- MOLIST I CAPELLA, N. (2009): "Peces discoïdals". En N. MOLIST (ed.), *La intervenció al sector 01 del Conjunt Històric d'Olèrdola. De la Prehistòria a l'etapa romana (campanyes 1995-2006)*. Barcelona: Museu d'Arqueologia de Catalunya-Olèrdola. Monografies d'Olèrdola, 2, pp. 401-403.
- MORENO RODRÍGUEZ, D. y ADROHER AUROUX, A. (2019): "Piezas discoïdals recortadas en cerámica: perspectiva desde un depósito ibero de Iliberri (Granada)". *Zephyrus*, 84, pp. 63-88.
- MURRAY, H. J. R. (1952): *A History of Board-games Other Than Chess*. Oxford: Oxford University Press.
- OLIVER FOIX, A. y GUSI JENER, F. (1995): *El Puig de la Nau. Un hàbitat fortificat ibèric en el àmbit mediterràneu peninsular*. Castellón: Servicio de Publicaciones Diputación de Castellón. Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenses, 4.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. (2000): "Calculi o fichas de juego". En M. A. GARCÍA (dir.), *La villa romana de Quintanilla de la Cueva (Palencia): memoria de las excavaciones 1970-1981*. Palencia: Diputación Provincial, pp. 195-200.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. y ARRIBAS LOBO, P. (2016): "Cerámicas con grafito y algunos sigilla en TSH de Termes". *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 12, pp. 85-147.
- PONTE, S. DA (1986): "Jogos romanos da Conimbriga". *Conimbriga*, 25, pp. 131-141.
- ROMERO CARNICERO, F. (2018): "Novedades y perspectivas de la Arqueología Vaccea". En C. Sanz y J. F. Blanco (eds.), *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas: Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. Vaccea monografías, 6, pp. 9-26.
- SÁNCHEZ SIMÓN, M. y SANTAMARÍA, J. E. (1996): "La ocupación romana en Valladolid. Análisis de los datos de la excavación en el solar nº 6 de la calle Juan Mambrilla". *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1993/1994*, 6, pp. 81-102.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Salamanca: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León. Monografías, 6.
- (2008): "Un puñal reliquia vacceo hallado en Pintia (Padilla de Duero, Valladolid)". *GLADIUS, Estudios sobre armas antiguas, arte militar y vida cultural en oriente y occidente*, 28, pp. 177-194.
- (2015): "Premature Death in the Vaccean Aristocracy at Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid). Comparative Study of the Funerary Rituals of two Little 'princesses'". En M. Sánchez, E. Alarcón y G. Aranda (eds.), *Children, Spaces and Identity*. Oxford: Oxbow Books. Childhood in the Past Monograph, 4, pp. 262-281.
- (2016): "La guerra y el armamento vacceo hoy (2014)". En R. Graells y D. Marzoli (eds.), *Bewaffnung und Archäologie des Krieges auf der Iberischen Halbinsel in der Vorrömischen Zeit (6.-1. JH. V. CHR.): Probleme, Ziele und Strategien*. Mainz: Römisch-Germanisches Zentralmuseum-Tagungen, pp. 193-228.
- (2021a): "Vacceos como vacceos: el fin del paradigma arqueológico de la celtiberización en la cuenca media del Duero. Cuarenta años de investigaciones en Pintia (1979-2019)". En *Actualidad de la investigación arqueológica en España III (2020-2021). Conferencias impartidas en el Museo Arqueológico Nacional*. Madrid: Secretaría General Técnica. Subdirección General de Atención al Ciudadano, Documentación y Publicaciones. Ministerio de Cultura y Deporte, pp. 319-340.
- (2021b): "Landecastro (Torre de Peñañiel) y cerro de Pajares (Padilla de Duero), dos asentamientos menores de la Pintia vaccea". *Vaccea Anuario*, 14, pp. 19-43.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y CORIA NOGUERA, J. C. (2019): "Zona Arqueológica Pintia y Universidad de Valladolid (1979-2019): la construcción del conocimiento científico y su extensión a la sociedad, a cuarenta años vista". En C. SANZ (ed.), *Excisión en claroscuro, luces y sombras. Arqueología, etnografía y arte. VacceArte. 10.ª exposición de arte contemporáneo de inspiración vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid, pp. 151-197.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, E. (2019): "Campaña XXIX-2018 de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel)". *Vaccea Anuario*, 12, pp. 6-12.
- (2020): "Campaña XXX-2019 de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel)". *Vaccea Anuario*, 13, pp. 6-9.
- (2021): *Investigaciones arqueológicas en la necrópolis vaccea de Las Ruedas de Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid). Tumbas 67 a 124 (campañas 2000 y 2002 a 2006)*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 11.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y ROMERO CARNICERO, F. (2009): "Campaña XIX-2008 de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel)". *Vaccea Anuario*, 2, pp. 6-13.
- SANZ MÍNGUEZ, C., ROMERO CARNICERO, F. y GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2009): "Espacios domésticos y áreas funcionales en los niveles sertorianos de la ciudad vacceo-romana de Pintia (Padilla de Duero / Peñañiel, Valladolid)". En M. C. Belarte (ed.), *L'Espai Domèstic i l'Organització de la Societat a la Protohistòria de la Mediterrània Occidental (Ier mil·lenni aC)*. Barcelona: Universitat de Barcelona. Arqueo Mediterrània, 11, pp. 253-270.
- SCHÄDLER, U. (1994): "Latrunculi – ein verlorene strategisches Brettspiel der Römer". *Homo Ludens*, 4, pp. 47-67.
- VELO GALA, A., SÁNCHEZ LÓPEZ, E. H. y ORFILA PONS, M. (eds.) (2020): *Reutilización y reciclaje. Reflexiones desde la Arqueología*. Granada: Editorial Universidad de Granada.

# Fíbulas anulares hispánicas vacceas a través del registro de *Pintia*: la tecnología de cabecera remachada y su pervivencia

Elvira Rodríguez Gutiérrez  
Carlos Sanz Mínguez

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg  
Universidad de Valladolid

## Resumen

El conjunto de fíbulas recuperado en la Zona Arqueológica Pintia, situada entre los términos municipales de Padilla y Pesquera de Duero (Valladolid), supera los tres centenares y medio de ejemplares. De esta abultada colección, cincuenta y ocho piezas se pueden adscribir al modelo que E. Cuadrado denominó anular hispánica. El estudio del conjunto de anulares a través de una nueva propuesta tipológica, adaptada a este registro, nos puede servir de muestra extrapolable al mundo vacceo. Veremos, además, con mayor detenimiento, una particular variante, identificada por uno de nosotros como tipo 19 o de cabecera remachada, muy relacionada con piezas de orfebrería vaccea.

La cifra de ejemplares del tipo 19 documentados en *Pintia* se ha visto duplicada en los últimos años, alcanzándose un total de nueve piezas, una de las cuales proporciona contexto preciso al haber sido recuperada en una tumba bien conservada; las posibles derivaciones que pudo tomar, basándonos en su peculiar sistema de montaje, puede situarla como el prototipo de otro modelo muy habitual en la meseta Norte: el 4g o de anillo grueso con cartela.

**Palabras clave:** metalurgia, vacceos, Protohistoria, orfebrería.

## Vaccean hispanic annular fibula through Pintia archaeological record: Riveted head technology and its persistence

### Abstract

The set of fibulae recovered from the Pintia Archaeological Zone, located in the municipalities of Padilla and Pesquera de Duero (Valladolid), includes more than three hundred and fifty pieces. From this large collection, fifty-eight pieces belong to the model called Hispanic annular by E. Cuadrado. The study of this set of annular pieces through a new typological approach adapted to this archaeological record, which could be extrapolated to the vaccean word. Moreover, we deeply investigate a singular variant identified as “type 19” or “riveted head”, which is closely related to pieces of vaccean goldsmith.

The number of type 19 fibulae documented at Pintia has doubled in recent years, reaching an amount of nine pieces, being one of them recovered precise archaeological context, a well-preserved tomb. The features of this model regarding its peculiar assembly system allow to interpret it as a prototype of another common design in the Northern Plateau of the Iberian Peninsula: 4g or thick ring with gusset.

**Keywords:** metallurgy, vacceans, Protohistory, goldsmith.



Para realizar este trabajo sobre las fíbulas anulares hispánicas (FAH en adelante) del ámbito vacceo, hemos tomado como muestra la colección recuperada en la Zona Arqueológica Pintia, por ser el yacimiento más y mejor estudiado de esta etnia prerromana. Localizada entre los términos municipales de Padilla y Pesquera de Duero, en el extremo oriental de la provincia de Valladolid y del territorio vacceo (fig. 1), *Pintia* cuenta con una abultada colección de imperdibles que alcanza los trescientos setenta ejemplares, cifra poco habitual para un solo yacimiento. Pese a que un importante porcentaje se halla en estado fragmentario, hemos podido identificar tipológicamente 239 ejemplares, de los cuales al menos 58 se corresponden con este modelo, constituyendo el 24 % de la muestra. Mientras otros tipos de fíbulas encuentran representación en las diversas áreas funcionales del yacimiento, la totalidad de las anulares pintianas proceden de su necrópolis de Las Ruedas.

Antes de entrar en materia, conviene recordar brevemente cómo se estructura este imperdible: el componente que lo singulariza es el anillo, con-

siderado la prolongación del eje en torno al cual se articula el resorte que en el ámbito meseteño generalmente es de muelle. La presencia del aro no solo facilita la sustentación del puente por ambos extremos —cabeza y pie—, sino que además otorga estabilidad a la fíbula cuando está prendida. Este rasgo resultó crucial en el éxito de este modelo y desde sus orígenes (siglo VI a. C.) surgirán un gran número de subtipos y diversas variantes en talleres de gran parte del solar peninsular, lo que propiciará que su producción alcance los momentos finales del Hierro II. En virtud del aro aparece la sujeción caudal, otro de los elementos exclusivos de la anular hispánica, si bien no todos los subtipos la incluyen. Surge cuando el pie, una vez superada la mortaja, remata en una lámina o lengüeta que se abraza al anillo para fijarse a él y evitar, en los modelos forjados, que este se abra. Para reforzar la abrazadera y mantenerla en su sitio se añade un fino alambre, a ambos lados de esta, que arrolla un número variable de espiras. En ocasiones, esta sujeción caudal se prolonga por todo el anillo con carácter meramente ornamental.



Fig. 1. Ubicación de *Pintia* en la región vaccea.

En la colección pintiana contamos con 17 anulares en estado óptimo y el resto (41 piezas), pese a su conservación fragmentaria, son o contienen elementos inequívocos de este modelo. Con todo, y aunque gran parte de este conjunto se puede identificar con alguna de las tipologías establecidas, conviene tener presente que toda clasificación no deja de ser un constructo contemporáneo artificial que trata de discriminar lo principal de lo accesorio. Así sucede con la pionera de E. Cuadrado (1957), un amplio trabajo basado en criterios morfológicos y funcionales que ha servido de referente en posteriores estudios (Navarro, 1970; Iniesta, 1983; Martín Montes, 1984a y 1984b; Ruiz, 1989; Argente, 1994; etc.).

Para agrupar las anulares de la colección pintiana nosotros aplicaremos una clasificación elaborada *ad hoc*, basada fundamentalmente en dos criterios: el modo de fabricación y la estructura. Aunque todos los autores mencionados tienen en cuenta, entre otros, tales razonamientos, en un principio pretendíamos seguir la de Argente (1994: 66-68), pues su campo de estudio presenta paralelismos étnicos-culturales con el nuestro, propios del ámbito meseteño. Sin embargo, la clasificación planteada por este autor no resuelve determinados problemas, ni la propia terminología empleada nos parece la más adecuada al denominar a sus tipos 6C y 6D, como fíbulas semifundidas y fundidas. Aun admitiendo que tales vocablos están muy extendidos en la bibliografía especializada (Ruiz, 1989; Sanz, 1997; González, 1999; etc.), no somos partidarios de utilizar esta clasificación ahora pues entendemos que *sensu stricto* todas ellas son piezas fundidas al ser productos bronceos. Por ello preferimos hablar de tres tipos de fíbulas: forjadas, mixtas y fabricadas a molde<sup>1</sup>. En el primer grupo entrarían aquellos imperdibles en los que aun contando con partes que pudieron ser elaboradas a molde, para su montaje hubieron de ser forjadas, esto es, trabajadas mediante martilleado hasta alcanzar la forma deseada pudiendo afectar tanto al puente y a sus distintas partes (mortaja, pie, resorte) como al anillo. Consideramos mixtas a las que cuentan con un puente hecho a molde, cuyo ensamblaje no requiere de forja para su montaje debido a la propia mecánica de estas piezas. Finalmente, el tercer grupo alude a aquellos ejemplares en los que el grueso de la pieza es un solo elemento pues puente y anillo son solidarios al haber compartido el mismo molde.

## 1. Propuesta tipo-cronológica para las FAH pintianas

Tras lo dicho veamos qué estructuras y formas de elaboración tienen las anulares pintianas. Seguiremos algunas de las abreviaturas ya empleadas por uno de nosotros, por las que P= puente; An= anillo; R= resorte (muelle); Ag= aguja y S= sujeción caudal, aunque

esta se incorpore como elemento decorativo (Sanz, 1997: 360), y Ch= resorte de tipo charnela (bien sea de bisagra o de tope osculador) (Cuadrado, 1957: 12). La unión de piezas se expresa con un guion (-) y la independencia con una barra (/).

### 1.1. Tipología

De nuestro conjunto, formado por 58 ejemplares (figs. 2, 3 a 5 y 7), hemos conseguido ordenar 53 de ellos, teniendo en cuenta que 4 fragmentos de anillo no se han podido encajar en ninguna categoría (780, 788, 792 y 5554)<sup>2</sup> y que la fíbula 3665 (fig. 12: 2) es de cerámica por lo que no se rige por los mismos parámetros mecánicos que el resto.

**Tipo 1. Fíbulas hechas a mano o forjadas.** Contamos con 22 ejemplares asimilables a este grupo, aunque 3 de ellos (4157, 4121 y 4123) están incompletos por lo que desconocemos cuántos elementos los componían. En cuanto al resto, hemos tratado de situarlos en uno u otro apartado, en función del número de piezas de su estructura, estableciendo primero las distintas posibilidades:

**1.1.** Configuradas por dos piezas: el puente genera el resorte de muelle y el anillo es independiente (P-R-Ag/An): 0 ejemplares.

**1.2.** Configuradas por tres piezas: dos variantes.

**1.2a.** Puente, anillo y resorte de muelle son independientes (P/An/R-Ag): 0 ejemplares.

**1.2b.** El puente genera el resorte de muelle, el anillo es independiente y presenta sujeción caudal (P-R-Ag/An/S): 13 ejemplares, 9 seguros (4139, 4141, 4142, 4144, 4146, 4167, 4150, 4161 y 719) y 4 probables (4152, 4156, 745 y 746).

**1.3.** Configuradas por cuatro piezas: puente, anillo, resorte de muelle y sujeción caudal (P/An/R-Ag/S): 6 ejemplares (4158, 718, 790, 778 y 3552) y probablemente 4163.

**Tipo 2. Fíbulas mixtas.** Contamos con 17 ejemplares identificables con esta categoría establecida en función del tipo de puente moldeado y del sistema de montaje. En relación con el primero planteamos dos grupos:

**2.1.** Puente con cabeza perforada para el paso del anillo. De los 8 ejemplares contabilizados, 4 de ellos (2984, 2919, 4149 y 4164) carecen de resorte. A partir de las diferencias en el sistema de cierre establecemos dos variantes, ambas se configuran con tres elementos.

**2.1a.** Resorte de muelle (P/An/R-Ag): 2 ejemplares (4145 y 753).

**2.1b.** Resorte de charnela, de bisagra o tope de gancho (P/An/Ch): 2 ejemplares (4143 y 4148).

**2.2.** Puente con cabeza rematada en un eje para su remachado en el anillo perforado. Frecuente-

mente lleva sujeción caudal, en buena parte de las ocasiones ocupando prácticamente todo el anillo. Lo identificamos con el tipo 19 de Sanz (1992). Sin embargo, dado que el sistema de cierre puede variar, así como el número de elementos que conforman cada ejemplar, distinguiremos tres variantes. Con todo, de los 9 ejemplares pintianos, 5 de ellos no pueden adscribirse a ninguna de ellas por estar incompletos (3683, 4159, 789, 721 y 4155).

**2.2a.** El resorte de muelle se genera a partir de la aguja y el anillo presenta sujeción caudal. Es el esquema *clásico* y se compone de cuatro piezas: P/An/R-Ag/S. Se observa de forma segura en 4 ejemplares: 739, 4246, 4154 y 4153.

**2.2b.** La aguja está suelta, sin muelle. Observable en piezas recargadas de orfebrería que también se componen de cuatro piezas: P/An/Ag/S: 0 ejemplares.

**2.2c.** La aguja suelta, sin muelle, y además carece de sujeción caudal, por lo que cuenta con 3 elementos: P/An/Ag: 0 ejemplares.

**Tipo 3. Fíbulas a molde.** Son 14 ejemplares en los que puente y anillo son una unidad moldeada, aunque en 6 de ellos desconocemos con exactitud si están configurados por dos o tres piezas (779, 795, 4162, 747, 4160 y 4151). El resto lo situamos en una de las dos variantes propuestas a partir del número de piezas que lo componen:

**3.1.** Conformadas por dos piezas (P-An/R-Ag): Puente y anillo conforman una unidad, y el resorte de muelle otra; es una composición que cumplen 4 ejemplares (4140, 4147, 4165, y 821).

**3.2.** Conformadas por tres piezas (P-An/R-Ag/S): Igual que la anterior, pero incluye a mayores la sujeción caudal ya decorativa; lo percibimos en 4 ejemplares (4138, 756 y 696) y probablemente en la pieza 4166.

De todo ello observamos, *grosso modo*, que 22 fíbulas se pueden adscribir a nuestro tipo 1, lo que representa un 41,5 %, 17 al tipo 2 (32,1 %) y 14 al tipo 3 (26,4 %).

Si entramos en un análisis pormenorizado, respecto al primero de los tipos, que recordemos englobaría a aquellos ejemplares cuyo montaje requiere del forjado de todos sus elementos, percibimos que la totalidad de las fíbulas en las que el puente se proyecta para generar el muelle del resorte también cuenta con sujeción caudal, por lo tanto, se compone de tres piezas (P-R-Ag/An/S). Algo natural si se tiene en cuenta que los anillos en los que se puede visualizar la zona caudal, al no estar cubierta por la abrazadera, no están cerrados (745 y 746). Otros anillos sí que lo están, alguno de ellos, como el 4150, empleando un interesante sistema de enchufado o embutido de un extremo en el otro, sin que ello signifique que pueda prescindir de la abrazadera ni de la sujeción. Asimismo, los ejem-

plares cuyo resorte se genera a partir de la aguja, con puente independiente al muelle el cual se sujeta al aro mediante una o varias espiras, también llevan sujeción caudal por lo que se componen de cuatro piezas (P/An/R-Ag/S). En este caso, basándonos en las fíbulas que han perdido la abrazadera o aparece desplazada (4158, 790, 3552), sabemos que los anillos tampoco están cerrados. Por otro lado, no contamos con fíbulas de dos únicas piezas, montadas bajo el esquema P-R-Ag/An, pues ello requeriría de un anillo cerrado que no necesitara el refuerzo de la sujeción. Finalmente, tampoco disponemos de fíbulas cuyo resorte se conforme exclusivamente con la aguja, en las que el puente y el anillo sean independientes, y que carezcan de sujeción (P/An/R-Ag).

Todo lo dicho indica que, en este sistema de montaje, en el que cada elemento se incorpora individualmente mediante forjado, la sujeción caudal es un elemento estructural necesario y no un mero objeto ornamental.

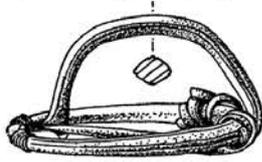
En el tipo 2 hemos englobado las piezas que consideramos mixtas porque portan un puente hecho a molde, a lo que se suma otra condición y es que en su montaje apenas requiere de forja. La primera variante (2.1) acoge a las fíbulas cuyo arco presenta cabeza y a veces pie perforados para dar paso al anillo. Este sistema está relacionado tradicionalmente con la aplicación de resortes de tipo charnela, muy habituales en el Levante peninsular y otros territorios iberos del interior, así como en la Celtiberia, aunque en este ámbito con menor profusión. Al margen de los 4 puentes perforados que no han conservado el resorte, contamos con dos piezas que incluyen el muelle (4145 y 753); estas, se podrían asimilar a los tipos de Cuadrado 4j o navecilla con chaflanes laterales (4145) y al tipo 2a de timbal hemisférico (753), por lo que puede tratarse de reparaciones locales en piezas importadas (Iniesta, 1983: 113; González, 1999: 94), aunque no necesariamente. Respecto a las dos fíbulas que sí que han conservado la charnela, cabe mencionar que una es de tipo bisagra (4143) y la otra de tope de gancho (4148). La tecnología empleada en este sistema de cierre (aguja configurada con plaquitas perforadas para la inserción del anillo u otras con topes o pestañas concebidas para mantener la tensión del cierre) parecen proceder de talleres especializados por la delicadeza que conlleva la elaboración de este tipo de elementos.

La presencia de estos puentes perforados en un *oppidum* vacceo en un elevado porcentaje (15,1 %) llama nuestra atención, si bien no todas tienen por qué ser elementos importados. Sabemos que, el potente mundo vetón, *a priori* mejor situado para la recepción de objetos meridionales a través del corredor extremeño, cuenta con 220 FAH de las cuales 22 poseen resorte de charnela, es decir, un 10 % (Camacho, 2020: 34). Sobre ello podemos extraer varias conclusiones: la primera es que los puentes perforados no

### TIPO 1 - FÍBULAS FORJADAS

Tipo 1.2b

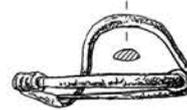
(P-R-Ag/An/S)



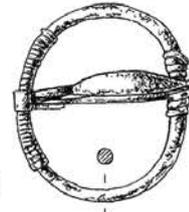
4141

Tipo 1.3

(P/An/R-Ag/S)



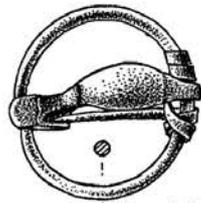
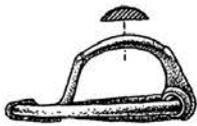
778



### TIPO 2 - FÍBULAS MIXTAS

Tipo 2.1a

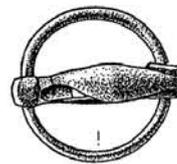
(P/An/R-Ag)



4145

Tipo 2.1b

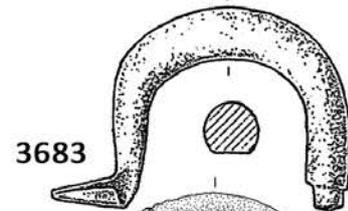
(P/An/Ch)



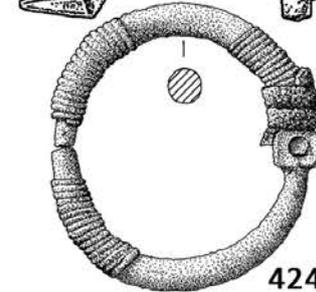
4143

Tipo 2.2a

(P/An/R-Ag/S)



3683



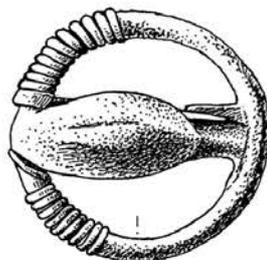
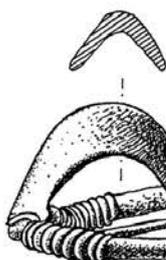
4246

0 3 cm

### TIPO 3 - FÍBULAS A MOLDE

Tipo 3.1

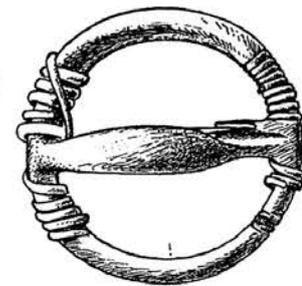
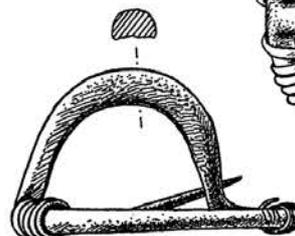
(P/An/R-Ag)



4140

Tipo 3.2

(P/An/R-Ag/S)



4138

Fig. 2. Tipología establecida para las fíbulas anuales hispánicas de *Pintia*.

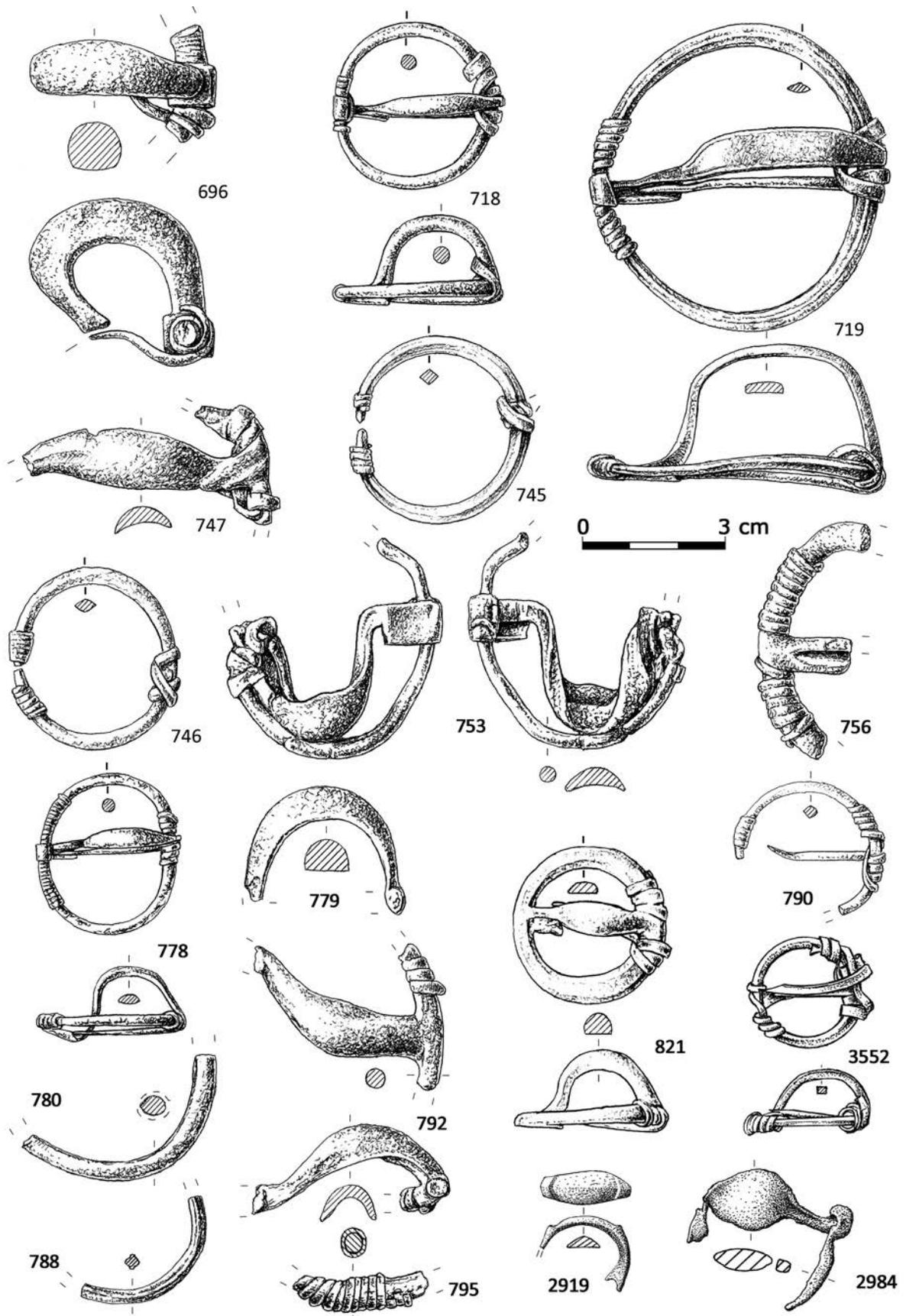


Fig. 3. Fíbulas anulares hispánicas de *Pintia*.

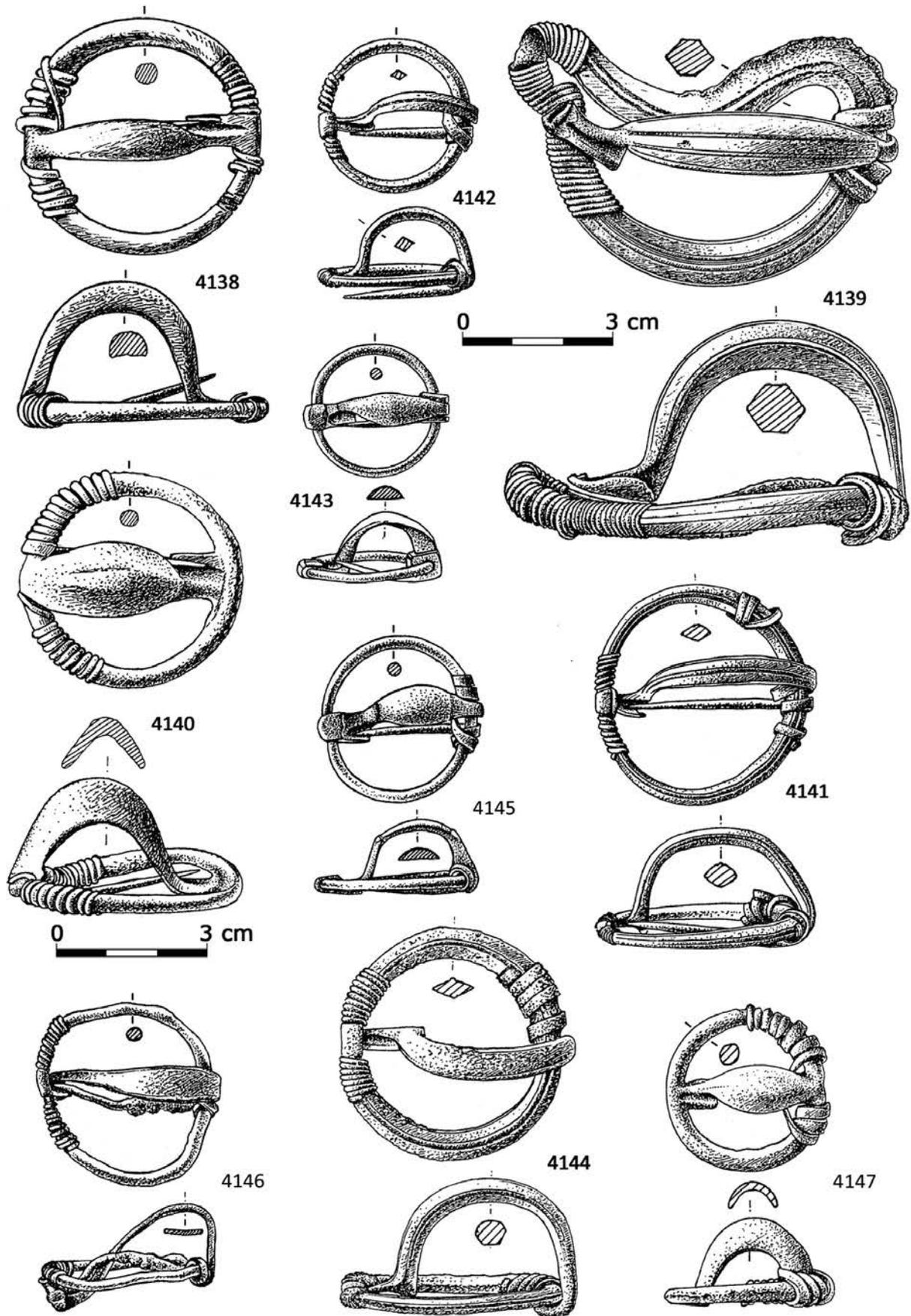


Fig. 4. Fíbulas anuales hispánicas de *Pintia*.

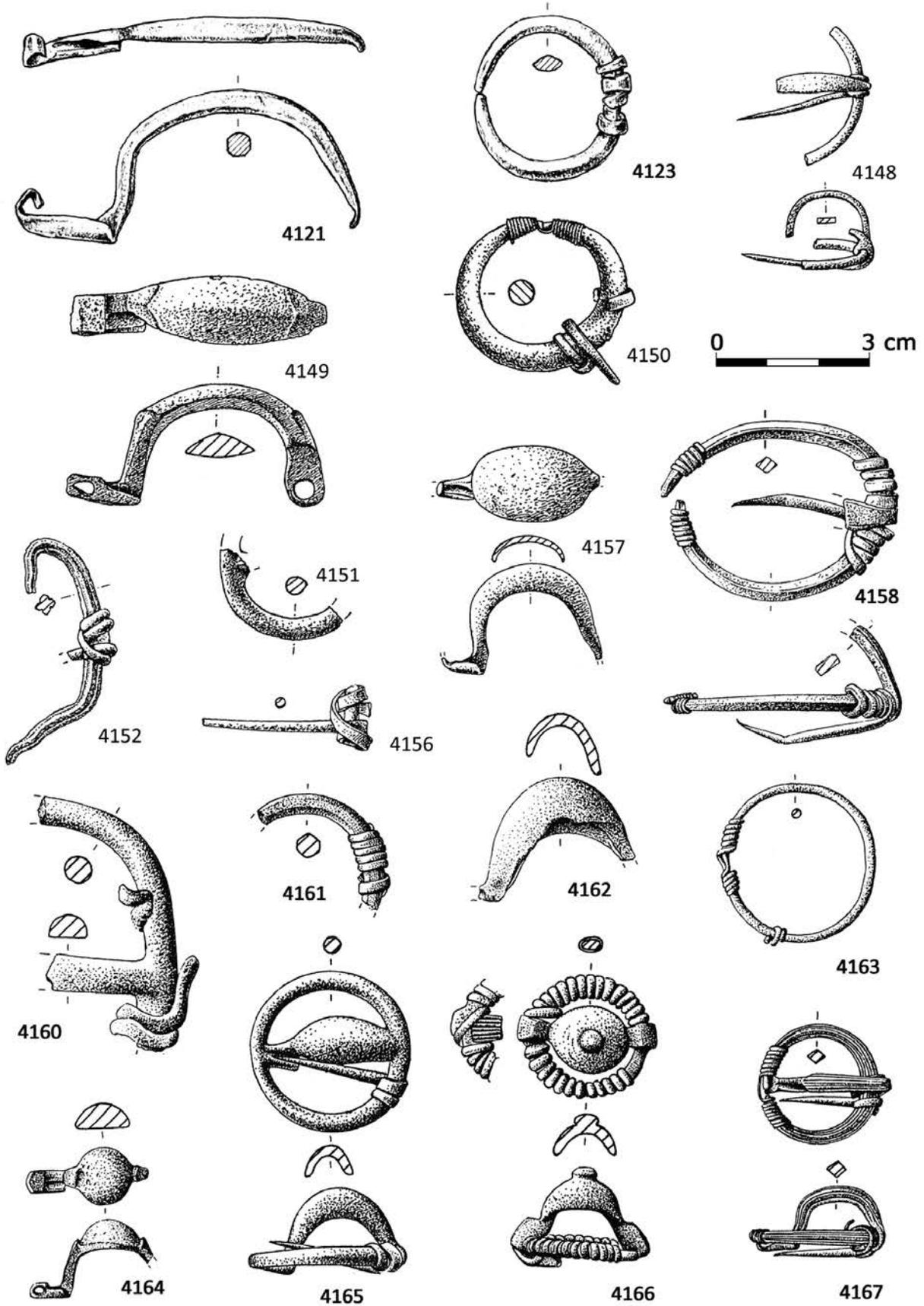


Fig. 5. Fíbulas anulares hispánicas de *Pintia*.

fueron concebidos exclusivamente, al menos en el ámbito meseteño, para alojar resortes de charnela; otra posibilidad es que algunos de estos puentes se produjeron localmente imitando ejemplares claramente foráneos (4143 y 4148), y de ahí que sus resortes sean de muelle; y una tercera opción es que este tipo de piezas llegaran desde estaciones celtibéricas, de mayor contacto con el mundo ibérico, como ocurrirá con las readaptaciones laténicas de cabecera perforada.

Además, en este tipo 2 hemos incluido una subespecie exclusivamente vaccea/meseteña (tipo 2.2). Contiene un puente macizo, de mayor o menor grosor, que hubo de elaborarse a molde y su montaje conlleva el remachado de la cabecera con el anillo, por lo que ambas piezas se han configurado para ser ensambladas bajo esta mecánica. Sobre este tipo de fíbulas trataremos más adelante; ahora únicamente comentaremos que en el conjunto pintiano hay 9 ejemplares que representan el 16,9 % de la muestra. Por otro lado, cabe mencionar que, aunque generalmente este tipo de fíbulas parecen presentar resortes de muelle (subtipo 2.2a) se ha observado, en ejemplares de orfebrería (fig. 8) y en un ejemplar bronceo de Paredes de Nava (fig. 7: 13), otro sistema de cierre en el que la aguja carece de resorte (subtipo 2.2b), pues su extremo proximal está aplanado y perforado para el paso del anillo, por lo que esta queda suelta. Además, el ejemplar palentino mencionado tiene otra peculiaridad y es que carece de sujeción no por pérdida sino porque nunca la tuvo (subtipo 2.2c).

Finalmente, del tipo 3, caracterizado porque puente y anillo se configuran en un único molde, hemos documentado 14 ejemplares, de los cuales 6 están incompletos por lo que no se puede concretar el número de piezas que los conformaban. En función de esto, hemos distinguido dos variantes: en la 3.1, los imperdibles están estructurados en dos elementos (P-An/R-Ag) y son 4 ejemplares; tampoco faltan fíbulas de la variante 3.2, compuestas por tres elementos (P-An/R-Ag/S), a mayores incluyen la sujeción caudal exclusivamente para su engalanado, dado que por el modo de fabricación este alambre ya no resulta utilitario. Las fíbulas del tipo 3 representan en el conjunto pintiano el 26,4 %.

De modo que, recapitulando, observamos varias formas de fabricación de fíbulas anuales hispánicas en *Pintia*. El tipo 1 es el más habitual representado en un 41,5 %; de ellas buena parte repite el mismo esquema de montaje manual en el que el puente genera al resorte de muelle (P-R-Ag/An/S) (tipo 1.2b), un 24,5 % del total. Si bien tampoco falta el otro sistema en el que el resorte-aguja es independiente del puente (tipo 1.3), aunque es menos frecuente (11,3 %). Ambos comparten el empleo de la sujeción caudal como elemento estructural, probablemente porque los anillos no están cerrados. Las fíbulas mixtas, tipo 2, presentan dos variantes que cuentan con simi-

lar porcentaje de piezas: del subtipo 2.1, de puente perforado, contamos con ejemplares foráneos procedentes de distintos ámbitos (meridional y meseteño oriental) y respecto al subtipo 2.2, puente con eje para el remachado, lo consideramos de creación local (16,9 %). Finalmente, sobre el 26 % de las fíbulas a molde, tipo 3, si bien algunas de ellas no cuentan con sujeción caudal (pues como hemos comentado ya no la necesitan), sí que hay ejemplares que la conservan, siguiendo quizá la tradición de las montadas a mano y de las de tipo 2.2 o cabecera remachada, las cuales incorporan el uso de este alambre con fines ornamentales como veremos.

## 1.2. Aspectos cronológicos

Pero, ¿cuándo se elaboraron tales producciones o en qué momentos llegaron esos elementos de importación al territorio vacceo? La secuencia evolutiva lineal, generalmente aceptada en el estudio de las fíbulas, está basada en los modos de fabricación e implica que las piezas forjadas son más antiguas que las mixtas y que las elaboradas a molde. Sin embargo, esta sucesión no siempre resulta tan nítida; además la fabricación a molde de piezas cuya estructura es relativamente sencilla no parece que supusiera un obstáculo para los bronceistas meseteños desde los inicios de su producción (ss. V-IV a. C.). En estos primeros compases en *Pintia* ya se documentan tipos de imperdibles de grandes puentes cruciformes elaborados a molde y después rematados a forja, amén de otras manufacturas siderúrgicas tecnológicamente de mayor complejidad, como los puñales de tipo Monte Bernorio (Sanz, 1990, 1997, 2002, 2010 y 2016). Según C. González (1999: 98), los puentes forjados tan habituales en los yacimientos de la submeseta Norte, «en una zona arévaca-vaccea», fueron producidos en talleres locales desde mediados del s. V a. C. Para Cabré y Morán (1977: 136-137) las piezas de nuestro tipo 3, con puente y anillo solidarios, se localizan en estaciones pre-celtibéricas (Valdenovillos, Hijes y Carabias), desde principios del s. IV a. C., si bien pudieran situarse en un periodo anterior pues no aparecen asociadas a cerámica torneada (Cabré y Morán, 1977: 143). De hecho, los últimos estudios apuntan a que este fósil-guía está plenamente establecido en ámbito celtibérico desde el s. V a. C. (Sánchez Climent, 2015: 521).

Veamos qué información cronológica nos puede aportar el análisis de este conjunto en su propio contexto (fig. 6). Tal y como ya advirtió uno de nosotros, a partir del conjunto de piezas disponibles en aquel momento (30 FAH, si bien 21 de ellas fueron recogidas en superficie por un particular), la cronología estimada para las anuales, con base en la estratigrafía horizontal establecida en la necrópolis de Las Ruedas (Sanz, 1990; 1997: 467-476; Sanz y Pedro, 2015: 8; Sanz y Rodríguez, 2019, 2020, 2021a y 2021b), es de entre los ss. V y III a. C. (Sanz, 1997: 359-390). La cues-

ción ahora es si podemos afinar algo más con la información disponible actualmente, aunque seguimos manejando fechas flotantes.

Si observamos la distribución de las anulares hispánicas en dicha planimetría general (los recuperados en tumbas, los de posición secundaria con probable desplazamiento por diversos agentes nocivos o los documentados en hoyos de furtivos) nos siguen proporcionando las mismas cronologías (ss. V-III a.C.), que hemos comparado con las fechas que proponen otros autores para tratar de acercarnos a los momentos en que fueron fabricadas y/o empleadas en el registro funerario, al menos en algunas de ellas. Antes de comenzar, hemos de advertir que las 21 FAH de la colección T. Madrazo, fueron recogidas en superficie, tras la acción nociva del arado, en la zona meridional del cementerio, considerada la de mayor antigüedad (ss. V-IV a. C.), por lo que no han sido incluidas en nuestro mapa.

De manera que el grueso del conjunto parece localizarse en la franja cronológica mencionada, aunque hay algunas excepciones e importantes matices que trataremos de explicar y que atañen a los ejemplares 756, 778, 4167 y 3552.

Si comenzamos por las de nuestro tipo 1 o forjadas, consideradas por la tradición como más antiguas por su forma de montaje, vemos que contamos con 5 ejemplares completos recuperados con metodología arqueológica —3 (719, 778 y 4167) pertenecen al subtipo 1.2, compuestos por tres elementos, y los 2 restantes (718 y 3552) al subtipo 1.3, formados por cuatro piezas—; todos ellos asimilables al tipo 4a de Cuadrado, quien situaba estas producciones desde el s. V a. C., y de forma similar Argente (ss. V-III a. C.). Sin embargo, surge cierta discordancia respecto a las piezas pintianas 778 y 3552: el ejemplar 778, ha sido localizado en el sector G1c9, con fechas que lo sitúan entre los ss. II al I a. C. Con todo, posee características que *a priori* denotan arcaísmo como la sujeción caudal compuesta por un excesivo número de espiras para engalanar la pieza (Martín Montes, 1984a: 38). La otra fíbula, 3552, pertenecía a la tumba infantil (127b), bien conservada y fechada entre los ss. II y I a. C.; pese a su cronología fue depositada en la zona meridional o “vieja” del cementerio. El desajuste que supone la presencia de una sepultura tardía en un área antigua podría responder a un ordenamiento del espacio cementerial de carácter familiar y/o clientelar (Sanz y Rodríguez, 2019: 12). El hecho de que una pieza arcaica, como la 3552, se haya recuperado en un conjunto como el 127b (fig. 11), de cronología moderna, indujo a considerarla una reliquia heredada por la joven protagonista de esta sepultura (Sanz y Romero, 2008: 9; Romero y Sanz, 2009: 79 y 96; 2010: 458).

En cuanto al ejemplar 4167 se trata de una miniatura tipo 4b de Cuadrado que se recuperó en posición secundaria (sector II-AY), una zona moderna de la necrópolis, de plena romanización, cuando

ya, con carácter general, no se producían anulares hispánicas.

Finalmente, la fíbula 756, ya de nuestro tipo 3, se ha localizado en un área considerada del II a. C. e incluso del I a. C., concretamente en el sector G2h2, si bien en posición secundaria.

Las que sí que parecen mantener la concordancia entre su datación y la zona de localización en Las Ruedas son las de nuestro subtipo 2.2 (tipo 19, de cabecera remachada), que situamos entre los ss. V-IV a. C. Además, uno de estos ejemplares (3683) formaba parte de la tumba 247a (Sanz, 2012: 8), localizada en buen estado de conservación por lo que proporciona un contexto preciso de estos momentos iniciales.

Por otro lado, la pieza de nuestro tipo 3, 696 presenta una posición en Las Ruedas, sector VI-AE, correspondiente al s. III a. C., seguramente de mediados, lo que resultaría concordante con su posible momento de fabricación, teniendo en cuenta la evolución que propondremos para el modelo 19 de cabecera remachada hasta dar lugar a la estructura de cartela fundida (4g, de Cuadrado).

Similares cronologías ofrecen los ejemplares recuperados con metodología arqueológica en el área sur de Las Ruedas, de nuestro subtipo 2.1 (de cabeza perforada), (4164, 2919, 2984, 753), lo que encaja con las dataciones propuestas por otros autores (Cuadrado, 1957: 61; Argente, 1994: 71; González, 1999, etc.).

Otra pieza sobre la que cabe llamar la atención es la 4166, una peculiar fíbula con un puente de timbal —a medio camino entre las variantes 2e con montantes y 2g de cúpula (Cuadrado, 1957 y 1960)—, elaborada a molde con el anillo, nuestro tipo 3. El resorte (perdido) probablemente era de muelle a juzgar por el importante número de arrollamientos que recubren la mayor parte del aro, tomado quizá de la tradición local de cabecera remachada o de las forjadas. Se recuperó en el sector II-AH cuya cronología estimada es de finales del III a. C. Podría estar bien situada cronológicamente pues las propuestas de otros autores las colocan entre el s. IV-III (tipo 2e) (González, 1999: 81-82) y s. II a. C. (tipo 2g) (Cuadrado, 1960: 93) y Argente para sus tipos 6D o fundidos, entre el III y el I a. C. (1994: 77).

De todo ello se puede extraer que las distintas formas de fabricación de anulares hispánicas se realizaron en talleres pintianos probablemente desde sus primeros compases (ss. V-IV a. C.), de forma prácticamente sincrónica, llegándose a gestar en ese proceso de elaboración algún subtipo nuevo, como el de cabecera remachada (subtipo 2.2 o tipo 19). Por otro lado, y aun siendo conscientes de que en términos generales las fíbulas anulares extendieron su producción durante toda la segunda Edad del Hierro, alcanzando en algunos enclaves el cambio de era, la fabricación del modelo anular en *Pintia* no debió de superar el s. III a.C. Si bien contamos con escasas piezas que no siguen este planteamiento como la 778 que se loca-



Fig. 6. Distribución de las fíbulas anuales hispánicas en la estratigrafía horizontal de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*.

lizó en una zona del cementerio que se corresponde con los siglos II-I a. C.; o la 4167, en un contexto cementerial del siglo I d. C. Sobre estas pensamos que deben ser pervivencias, transmitidas de generación en generación, como la reliquia 3552 de la tumba 127b, quizá con un valor añadido relacionado con el tránsito favorable al más allá, como veremos en el análisis contextual.

No debemos olvidar que al tiempo que se fabricaban las distintas anulares descritas en *Pintia* también se producían otros modelos de fíbulas, como el de doble resorte de puente en cruz o el de pie alzado. Asimismo, la incorporación de nuevos tipos llegados tempranamente del mundo centroeuropeo dará lugar a readaptaciones locales laténicas, muchas de ellas en hierro.

El hecho de que las anulares hispánicas de *Pintia* restrinjan su producción a los siglos V-III a. C., al tiempo que se alterna la fabricación de otros modelos, podría deberse al peso de las modas imperantes que comparecen al calor de un dinámico comercio a media y a larga distancia, lo cual ha quedado patente en diversos objetos de cultura material recuperados en este yacimiento, originarios de otros territorios, así como en otras producciones de inspiración foránea, pero de sabor vacceo.

## 2. FAH de tipo 19 (subtipo 2.2 en este trabajo) o cabecera remachada

Ya hemos dicho que este subtipo se caracteriza porque posee un sistema de montaje arcaico que consiste en el remachado de la cabeza del puente en el orificio abierto en el anillo a tal fin. Esta acción propicia que, en la base de la pieza, bajo el anillo, se aprecie la protuberancia o remache cuya función es la fijación de ambos elementos. Tanto puente como anillo decrecen progresivamente en su grosor; el primero más levemente, de forma más marcada el segundo. Ambos elementos son macizos con tendencia o de sección plenamente circular. Algunos ejemplares conservan un alambre arrollado en torno al anillo en buena parte de su superficie con fines ornamentales.

La nomenclatura, tipo 19, dada por uno de nosotros (Sanz, 1992), está relacionada con la propuesta por Cuadrado (1957 y 1960) y ampliada por Martín Montes (1984a y 1984b) hasta el tipo 18.

### 2.1. Inventario

Actualmente el registro general de anulares remachadas se compone de 17 ejemplares, todos ellos localizados en la meseta Norte. *Pintia* atesora el 53 % de la muestra, pero veamos en qué número y dónde se localiza cada una de las piezas documentadas (figs. 7 y 8):

**Necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid):** 9 fíbulas fragmentarias, 4 de ellas ya publicadas (4153, 4154, 4155 y 4159) (Sanz, 1992 y 1997) y otras 5 aún inéditas, de las cuales 4 se hallaron en posición secundaria (4246, 739, 789 y 721) y la quinta (3683) en contexto preciso dentro de la tumba 247 (fig. 10) (Sanz, 2012: 8). Ninguna se encuentra completa, 6 corresponden a anillos (4153-4155, 739, 721 y 4246) y 3 a puentes (4159, 789 y 3683) (fig. 7: 1 a 9).

**Necrópolis de Miraveche (Burgos):** 1 ejemplar completo, a excepción de la aguja, procedente de la tumba 31 (Schüle, 1969: taf. 139: 21; Sanz, 1992: fig. 1: 1). Sin duda es la pieza mejor conservada de todo el conjunto y la que muestra detalles desconocidos en otros ejemplares como los taladros en disposición diametralmente opuesta al eje de la pieza, para anclar el extremo de las sujeciones (fig. 7: 10).

**Necrópolis de Villamorón (Burgos):** 2 hallazgos incompletos y descontextualizados, correspondientes a un puente y a un anillo (Martínez Burgos, 1924: 223, citado en: Sanz, 1992: fig. 1: 2 y 3; Sanz y Carrascal, 2016: 34) (fig. 7: 11 y 12).

**Yacimiento de La Ciudad (Paredes de Nava, Palencia)<sup>3</sup>:** 1 pieza miniatura de bronce, en perfecto estado de conservación (Cuadrado, 1960: fig. 7: 8), de anillo perforado en la cabecera, en cuyo orificio queda anclado y remachado el puente. Carece de sujeción caudal y muestra una llamativa aguja libre, sin muelle, como en los ejemplares áureos.

**Tesorillo de San Martín de Torres (León):** 1 ejemplar completo en plata forrado con lámina de oro (Delibes y Esparza, 1989; Delibes, 2002; Sanz y Carrascal, 2016: 32-33). La pieza muestra un magnífico estado de conservación y la zona basal de la cabecera permite ver que se trata de una pieza fabricada en plata, de cabecera remachada y toda ella forrada en oro (fig. 8: 1).

**Tesoro 1 de Arrabalde (Zamora):** 2 ejemplares áureos (Delibes y Martín Valls, 1982; Delibes, Martín Valls y Esparza, 1996). El ejemplar publicado habitualmente es el más completo y la zona de remachado queda oculta por una placa circular áurea (fig. 8: 3). Por el contrario, la pieza menor carece de la chapa en esa zona, lo que permite identificar sin duda el sistema de remachado característico de estas piezas (fig. 8: 2)<sup>4</sup>.

**El Bierzo (León):** Esta pieza, a decir de G. Delibes (1994-1995: 68), es «muy voluminosa, en oro, del tipo documentado en Arrabalde 1 o San Martín de Torres. Se conoce exclusivamente a través de una escueta descripción y de una fotografía de Luengo», que afortunadamente para nuestro estudio recoge la cara inferior de la fíbula (fig. 8: 4) y permite comprobar el sistema de remachado también aquí.

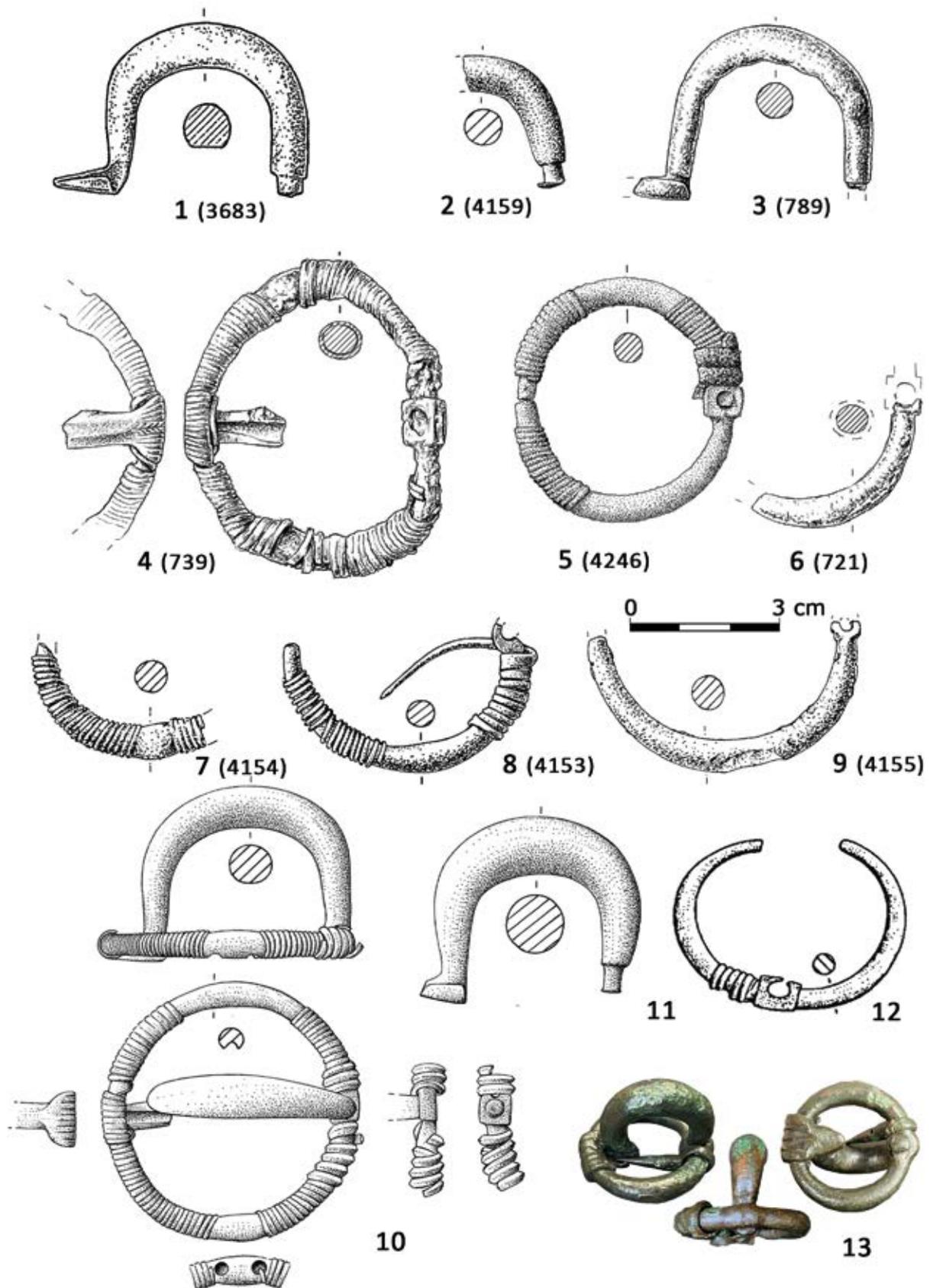


Fig. 7. Fíbulas anuales hispánicas de cabecera remachada (tipo 2.2 o tipo 19). 1 a 9. Necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Valladolid). 10. Tumba 31 de Miraveche (Burgos). 11 y 12. Villamorón (Burgos). 13. Palencia (quizá Paredes de Nava).

Un último ejemplar debe ser mencionado, aunque casi con seguridad no corresponda ya a este tipo de montaje con remachado. Es una fíbula de plata que pese a mostrar arrollamientos áureos en el anillo, puente y aro parecen haber sido moldeados en una sola pieza. Pudo formar parte del tesoro 1 de Palencia (aunque no es seguro) (fig. 9: 8)<sup>5</sup>, (Del Álamo, 2009: 336-355; Pérez y Delibes, 2012: 65).

Pasaremos a continuación revista a las diferentes partes de este grupo tan peculiar de FAH, con la intención de poder analizar su caracterización y transformación.

Unos de los rasgos más llamativos de este tipo es la profusión de arrollamientos que cubren por completo o en gran medida, la superficie de los anillos. Algunos de los aros pintianos han conservado una serie abultada de espiras generadas a partir de la sujeción caudal, del resorte o en algunos casos, parecen ser tramos de hilo independiente. El ejemplar 739, lo conserva íntegramente en la práctica totalidad de su superficie, mientras que los anillos 4153, 4154 y 4246 están libres de dicho hilo en la zona diametralmente opuesta al eje del puente, más engrosada. Tal engrosamiento del aro quizá pudiera servir de tope para evitar el deslizamiento de esta sujeción, lo que se complementa en la pieza de Miraveche con unos pequeños orificios cónicos en la base de esta zona del anillo para anclar dicha sujeción (fig. 7: 10).

El ejemplar 4246 muestra que los arrollamientos no siempre se desarrollan a partir de la sujeción o del resorte, pues en este caso el muelle conservado (dos espiras) presenta una sección claramente superior a la del alambre situado bajo él y por tanto de disposición posterior. De hecho, en esta pieza el hilo se asió al anillo, al menos en la zona de la cabecera, antes que el resorte pues este aparece sobrepuesto y lo mismo parece ocurrir en el ejemplar miravechano. Lo que induce a pensar que posiblemente al aro, una vez moldeado y dado su característica forma, pero antes de su remachado, se le arrollaba el alambre para su engalanado, lo que explicaría que la abrazadera caudal recogiera, además de la parte abierta del anillo, la cuerda de la sujeción. Para conseguir un aspecto de homogeneidad, dicha abrazadera incluiría una decoración incisa de líneas paralelas que simulan las propias espiras tanto en las piezas más antiguas como la 739 de *Pintia* o la de la tumba 31 de Miraveche (fig. 7: 4 y 10), así como en otras que consideramos más evolucionadas. Nos referimos a una fíbula de Paredes de Nava (fig. 9: 6) a cuya ancha abrazadera se le practicaron sendas incisiones pese a que en apariencia no tuvo sujeción alguna, y a un ejemplar de Monte Bernorio (fig. 9: 4) con la práctica totalidad del anillo cubierto por tales líneas incisas, salvo en las zonas medias (eje diametralmente opuesto al del puente), libres de decoración como en los ejemplares más antiguos.

Por otro lado, los distintos anillos de este tipo conservados en *Pintia* muestran diferencias morfológicas

que atañen a la zona perforada donde se remachará la pieza. Ello parece denotar cierto grado evolutivo pues contamos con algunos de gran sencillez al componerse de una pequeña superficie circular aplanada y horadada, como el de la pieza 4153, levemente distinto al de la fíbula 4155 cuya área ya no es tan laminar. La FAH 721, por su parte, presenta ya una pequeña zona cúbica, y un paso más serían los dados o pequeñas cartelas plenamente configuradas de los imperdibles 739 y 4246. Tal sería el caso de los anillos de Villamorón y de Miraveche (fig. 7: 12 y 10).

En cuanto a los tres puentes pintianos del subtipo 2.2 cabe mencionar que son macizos y amocillados y que su diferencia de grosor no es tan marcada como en otros modelos posteriores elaborados a molde, como el de tipo 4g de cartela, si bien sí que se observa cierto decrecimiento desde la cimera a los extremos, lo cual también es apreciable en el villamorico y en el palentino (fig. 7: 11 y 13).

Pero, ¿de dónde parte este sistema de montaje, sigue un prototipo o resulta de la creatividad espontánea?

## 2.2. Fíbula de pivote ¿antecedente o mera analogía?

Como es bien sabido, en la península Ibérica, desde al menos el s. X a. C. se documenta cierta variedad de imperdibles procedentes del entorno mediterráneo, tanto oriental (ámbito egeo/cretense), como central o itálico. Estos primeros modelos se caracterizan porque están estructurados en una sola pieza, salvo alguna excepción como las fíbulas de pivote y sus variantes. Estas se componen de un puente acodado con uno de sus extremos rematado en un vástago o eje cuya función es la de ser insertado en la aguja, la cual contiene a su vez una cabeza o pivote para ser enchufada, por lo que este tipo de imperdibles carece de resorte.

Los orígenes y el desarrollo del grupo de fíbulas que Cuadrado (1963) denominó «de pivote» y Almagro Basch (1966) «de dos piezas», son imprecisos, entre otros motivos por su gran antigüedad, carencia de asociaciones directas y un registro relativamente escaso. En los primeros trabajos publicados eran consideradas elementos extrapeninsulares y su existencia se enmarcaba entre los ss. X y VI a. C. En la actualidad se acepta que son piezas ibéricas y las cronologías barajadas las sitúan igualmente entre el Bronce Final y la primera Edad del Hierro (s. XI a.C. al VI a. C.)

A juzgar por el registro conservado el sistema de pivote, basado en un mecanismo de dos piezas, no debió de tener mucho éxito. Baste comparar su número y distribución por la Península con otros modelos primigenios ibéricos, como los de doble resorte. Además, se ha planteado que su uso pudo verse limitado a determinados actos de carácter funerario o diplomático, sin descartar otros meramente ornamentales (Carrasco, Pachón y Gámiz, 2016: 135).

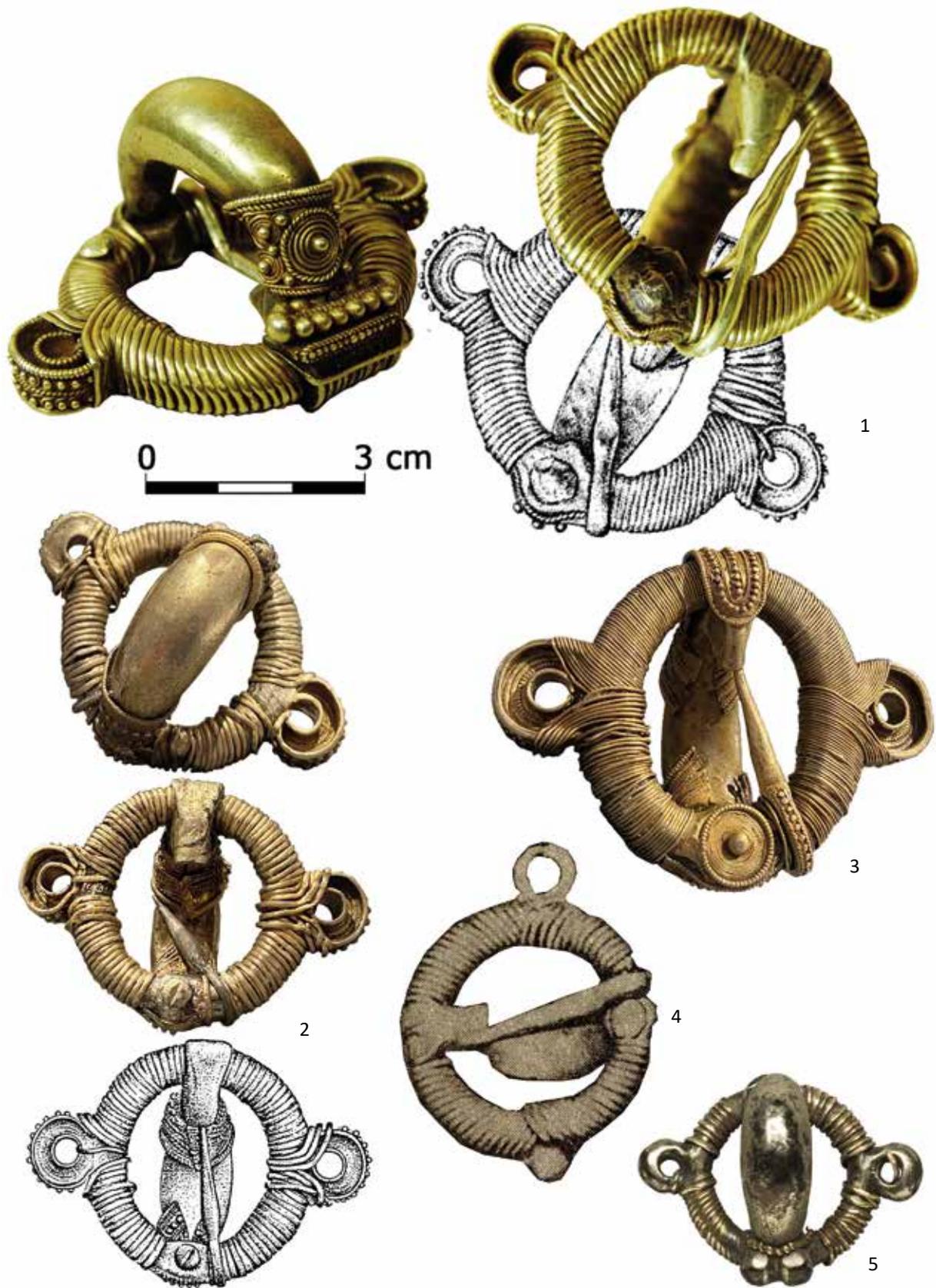


Fig. 8. Fíbulas anuales hispánicas de oro y plata. 1. San Martín de Torres (León). 2 y 3. Arrabalde 1 (Zamora). 4. El Bierzo (León). 5. Palencia. (Fotografías: 1. Museo de León; 2 y 3. CEVFW-UVa; 4. Luengo (1990: 161). 5. Hispanic Society of America; dibujos: 1 y 2: según Ángel Rodríguez-Germán Delibes/UVa).

El trabajo citado recoge buena parte de las fíbulas de pivote de la península Ibérica cuya cifra ronda las cuatro decenas. En su distribución cartográfica estos autores distinguen varios focos relacionados con tradiciones étnico-culturales, y perciben uno en la meseta Norte, con un total de 8 ejemplares descontextualizados (incluyendo las estaciones celtíberas de Numancia y Valdenarros, Soria); otro en la Celtiberia, refiriéndose a Teruel y Guadalajara, con unas siete piezas; el foco albaceteño cuenta con dos ejemplares; el del NE (Cataluña) y Levante, sería el más potente con más de una veintena de piezas (Graells, 2014: Tab. 2), y, finalmente, el andaluz cuenta con 2 fíbulas de pivote, una en Sevilla (Coria del Río) y otra en Granada (cerro de la Mora). Su origen y desarrollo lo sitúan, con carácter general, desde finales del s. XI hasta no más allá del IX a. C. (Carrasco, Pachón y Gámiz, 2016: 140). Además, crean una clasificación tipológica englobando a todos los ejemplares documentados. A partir de ella y de hallazgos que consideran procedentes de contextos claros y revisando otras propuestas establecen una franja cronológica que las sitúa exclusivamente en el Bronce Final. Tal valoración entra en contradicción con otros hallazgos bien fechados, como ocurre con algunos del NE en contextos fiables de entre finales del s. VIII a. C. hasta inicios del VI a. C. (Graells, 2014: 250) o en el yacimiento alicantino de La Fonteta donde un ejemplar prácticamente completo fue recuperado en un nivel del s. VI a. C. (Camacho *et al.*, 2022: 183), así como los dos celtibéricos de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara), uno de necrópolis (tumba 115) y otro de hábitat (vivienda c), situados en el Hierro I, ss. VIII-VI a.C. (Cerdeño y de Miguel, 2022).

Respecto al ámbito meseteño, los 8 ejemplares de pivote localizados en estas latitudes no cuentan con contextos precisos y en la mayoría de los casos ni siquiera se conoce su procedencia segura, más allá de viejas referencias generales tales como Meseta castellana, Castilla y León o meseta Norte. Únicamente la de la colección P. Saturio se asocia a Burgos y dos piezas a Sanchorreja (Ávila). Por otro lado, hay otros dos ejemplares de gran antigüedad, elaborados en una sola pieza, que se consideran «modelos transicionales entre los tipos arcaicos de codo y los modernos de pivote» (Carrasco, Pachón y Gámiz, 2016: 126). Se trata de dos hallazgos burgaleses, uno de contexto funerario, localizado en un dolmen en Las Loras (Las Arnillas, Moradillo de Sedano) (Delibes, Rojo y Sanz, 1986: fig. 14) y otro en Villamorón, sin contexto preciso, documentado tempranamente por varios autores. Recordemos que en este enclave turmogo se recuperaron, con posterioridad, fíbulas anulares del esquivo tipo 19.

En la provincia de Valladolid, en el entorno de *Pintia*, existen otros ejemplares situados cronológicamente en el Bronce Final III: en La Requejada de San Román de Hornilla, en el relleno de un enterramiento triple, se localizó una fíbula de codo hispánica, de tipo Huelva,

datada entre los ss. XI y IX a. C, con preferencia por este último (Delibes, 1978). De Soto de Tovilla (Tudela de Duero) es otra fíbula de codo *ad occio*, quizá de entre los ss. X y IX a.C.; ejemplares que se han considerado elementos de prestigio procedentes del mundo meridional (Quintana y Cruz, 1996: 54, 201).

De manera que en el núcleo central duriense de lo que andando el tiempo será el territorio vacceo contamos con imperdibles desde el Bronce Final, de codo (simple o *ad occio*), de los que pudieron derivar las fíbulas de pivote.

Sanz (1992) ya percibió analogías entre el sistema de cierre del modelo de pivote y la anular hispánica de tipo 19. La distancia cronocultural y la falta de datos arqueológicos siguen constituyendo formidables obstáculos para establecer alguna asociación coherente, aunque lo más probable es que no existiera ningún tipo de conexión y la fíbula de pivote transitara por una vía muerta, sin recorrido. La aparición de otro modelo con un sistema tremendamente eficaz, como fue el doble resorte, debió de favorecer su sustitución que pudo iniciarse en torno al s. VIII a.C. Sin embargo, como hemos visto, no faltan ejemplares de pivote en las postrimerías del Primer Hierro, si bien no resultan abundantes (como tampoco lo fueron en momentos anteriores). El más próximo a nuestra zona de estudio se localizó en Sanchorreja (Ávila), en excavaciones de la década de los treinta del siglo pasado, en un nivel donde además se recuperaron dos fíbulas de doble resorte, un fragmento de cerámica torneada y una plaquita de hierro. Maluquer (1958: 64) situó a este nivel *d* en un momento precedente a la llegada de la cerámica torneada ibérica, concretamente en el s. VI a.C. No resultaría extraño que desde el castro vetón, alguno celtibérico o directamente del mundo levantino, alguna fíbula de pivote alcanzara, en forma de bien importado, en primera instancia a alguna de las estaciones soteñas distribuidas al sur del Duero, tal y como debió de ocurrir previamente con las fíbulas *ad occio*, aunque hasta el momento carecemos de datos que lo confirmen.

### 2.3. Proceso evolutivo de la FAH tipo 19, subtipo 2.2 en este trabajo, o cabecera remachada

Ya hemos visto cómo el registro de este modelo, por más exiguo que sea, denota cierta evolución morfológica rastreable a partir de varios ejemplares que estimamos de fechas altas. Su limitado número y su quebradizo sistema de cierre parecen indicar que el modelo tuvo poca repercusión y terminó por extinguirse como le debió de suceder a la fíbula de pivote. Su reducida producción manifiesta su fallida operatividad y se ha pensado que pudo ser un «simple ensayo tipológico» (Sanz, 1992: 41).

En efecto, la fragilidad de este sistema parece claro a tenor de la escasez de hallazgos, sin embargo, 6 ejemplares se han conservado completos (fig. 7: 10 y 13; fig. 8: 1 a 4), si bien cabe recordar que al menos 3 de ellos formaban parte de tesoros, por lo que sus



Fig. 9. Fíbulas anuales hispánicas de bronce: 1. Tumba 31 de Miraveche (Burgos). 2. Necrópolis de Las Ruedas, *Pintia* (696). 3. Miraveche (Museo de Burgos). 4. Monte Bernorio (Museo de Santander). 5. Colección Aragón Nieto (n.º inventario 7847? MAN). 6. Palencia (quizá Paredes de Nava, n.º inventario 1051. Museo de Palencia). 9. Necrópolis de Fuentesanz (Monasterio de Rodilla, Burgos. Museo de Burgos). 10. Villanueva de Teba (Museo de Burgos). 11. Carabias (Fotografía: Fototeca Cabré). Fíbulas anuales hispánicas de plata y oro: 7. San Martín de Torres (León). 8. Palencia (Museo de Palencia e Hispanic Society of America, n.º inventario R3175.).

últimos lugares de deposición fueron escondrijos, lo que facilitó su conservación.

Por otro lado, la transformación que debió de experimentar este modelo desde sus inicios, ya puesta de

manifiesto, hubo de extenderse en el tiempo y tomar varios caminos, tal y como sucedería con las piezas de orfebrería como tendremos ocasión de analizar más adelante.

La FAH miniatura procedente probablemente de Paredes de Nava (fig. 7: 13) fue recogida por Cuadrado (1960) en su estudio sobre las anulares del norte de la Meseta, referidas a los tipos 2g de cúpula, 4g o anillo grueso con cartela y 7 o de puente ancho. Para este autor existen una serie de fíbulas que imitan a los prototipos de anillo grueso con cartela, que bajo nuestra opinión son las distintas variantes de nuestro subtipo 2.2 o de cabecera remachada. Tales imitaciones presentan ciertas similitudes con aquellas objeto de su estudio; se refiere a dos ejemplares de Numancia, uno de Miraveche (Cuadrado, 1960: fig. 7: 7) y el de Palencia mencionado (Cuadrado, 1960: fig. 7: 8). Dejando a un lado los ejemplares sorianos, por alejarse demasiado de la morfología que nos interesa, la pieza miravechana (fig. 9: 3) presenta puente y anillo engrosados y lisos, como en el tipo 19, aunque a diferencia de esta aquella fue elaborada en el mismo molde, como la 4g de cartela. Sin embargo, el ejemplar palentino es claramente de cabecera remachada, aunque con peculiaridades, tal y como hemos comentado. Cuadrado (1960: 87-88, fig. 7: 8) intuyó que algunos rasgos de esta pieza, como las incisiones simulando espiras en la abrazadera, provenían de ejemplares más antiguos, al tiempo que percibía la independencia de puente y de anillo, aunque no llegó a mencionar el sistema de remachado.

En este grupo de imitaciones (fig. 9) cabría incorporar la anular pintiana 696, sobre la que cabe recordar que es maciza y lisa, con un puente de grosor variable, aunque no tan adelgazado en el pie como las 4g de cartela lisa.

Pero veamos qué rasgos característicos presenta el modelo 4g o de anillo grueso con cartela establecido por Cuadrado. Este se define porque puente y anillo son macizos, de grosor notable y desigual, y están elaborados conjuntamente en un molde. El puente presenta una zona caudal extremadamente adelgazada, la cabecera consiste en una cartela cuadrangular, y generalmente la pieza presenta decoración incisa. Pero, ¿cómo surgió la idea de conformar esa cabecera maciza de forma cúbica? Para Cuadrado (1960: 67) la cartela es «sin duda, una reminiscencia de la robusta pieza cúbica de otras fíbulas, que se perforaba para el paso del anillo». No se quedó lejos, pero erró al considerar al puente como la parte perforada; de haber tenido conocimiento de las piezas inéditas de las excavaciones de 1923 en Villamorón probablemente habría identificado correctamente la filogenia del modelo.

No obstante, la intuición y el buen hacer preside su trabajo sobre las anulares del norte de la Meseta. En función del número de hallazgos, de sus localizaciones y cronologías, Cuadrado (1960: 96) plantea que los tres grupos de fíbulas, objeto de su estudio, surgieron en un amplio espacio que interpreta como turmogo, siguiendo a Sánchez Albornoz, desde donde se exportarían a otras áreas vecinas, entre mediados de los ss. III y II a. C. Pero, buena parte de los

hallazgos que documenta (aunque advierte que son una muestra representativa) son palentinos, sobre todo los 4g de cartela en su variante a, de puente liso.

Además, este autor pone en relación la distribución y origen de estos imperdibles con el puñal de tipo Monte Bernorio al que considera propio de la cultura Miraveche-Monte Bernorio. Todos los estadios tecnológicos de este arma (fases: formativa, de desarrollo 1 y 2, y de expansión) se han documentado en el yacimiento pintiano, que cuenta además con el mayor número de ejemplares de su primera fase, por lo que estos puñales se consideran originarios del mundo vacceo (Sanz, 1990; 1997; 2002; 2010; 2016); desde el territorio duriense alcanzaría otras áreas del ámbito meseteño (autrigona, turmoga, berona, vetona y en menor medida celtibérica), donde en algunos de estos talleres se reproducirían dando lugar a una producción local.

Respecto a las fíbulas sabemos que el núcleo burebano conocía las anulares de tipo 19 tempranamente pues el guerrero de la tumba 31 de Miraveche, datada en la primera mitad del s. IV a.C. (Sanz, 1990; 1992; 1997, etc.), contaba entre su importante ajuar, además de con la panoplia militar —espada de tipo Miraveche, puñal Monte Bernorio, *caetra*, arreos de caballo, puntas de lanza y de jabalina—, con otros elementos relacionados con el atuendo personal como cuatro fíbulas: la anular hispánica de tipo 19, muy probablemente importada, una de doble resorte de puente en cruz y dos de pie alzado. Asimismo, el yacimiento turmogo de Villamorón ha proporcionado dos FAH de este tipo que pudieron estar asociadas a placas de cinturón de tipo Bureba y a puñales bernorianos de tipología antigua (Sanz, 1992: 41).

El mundo burebano recibiría diversos objetos procedentes de otros territorios en forma de regalos diplomáticos, dotes o mercaderías. Algunos de ellos, los que contaran con mayor aceptación, serían reelaborados en talleres locales, como debió de suceder con los puñales bernorianos, dando lugar a nuevos productos de gran vistosidad acorde al nivel de riqueza de estas comunidades. Asimismo, cabe tener en cuenta que, en la zona palentina, se desarrollaban importantes *oppida* vacceos, tales como *Pallantia* o *Intercatia* donde igualmente pudieron surgir este tipo de anulares tipo 4g, tal y como parece atestiguar el registro arqueológico, si bien tales hallazgos carecen de contextos precisos. Desde estos centros de poder este tipo de fíbulas podrían haber alcanzado otros enclaves de su entorno tales como Villamorón, Monte Bernorio o Miraveche.

#### **2.4. Fíbulas anulares hispánicas de cabecera remachada en la orfebrería vaccea**

Un aspecto verdaderamente sorprendente del tipo de montaje analizado es su presencia también

en la joyería prerromana. El problema fundamental radica en explicar la cronología normalmente baja otorgada a estas joyas (ss. II-I a. C.) y el mantenimiento en ellas de un sistema de remachado que en los ejemplares bronceos parece no rebasar el s. IV a. C. Pero vayamos por partes y presentemos primero el registro al que nos referimos y partamos de la asunción de una idea principal: son las piezas de plata y oro llevadas por las elites de estas sociedades prerromanas las que servirían de modelo de inspiración a otras más humildes realizadas en bronce y, en buena lógica cabría pensar que los diversos pasos evolutivos deberían mostrar su reflejo en unas y otras de forma paralela. Aquí, sin embargo, nos toparemos con un inconveniente insalvable: con no ser muchos los ejemplares bronceos que nos permitan trazar la evolución del tipo 19 hasta llegar a los tipos 4g, en el caso de las fíbulas de oro y plata todavía son menos; intentar establecer una seriación tipológica con los apenas cinco ejemplares existentes estaría abocado al fracaso. Pero, por suerte, tenemos el espejo bronceo en el que las clases elevadas, pero más humildes que los *equites*, se miraban y desde el fondo del mismo podemos intuir cómo evolucionaron esas preseas desde un momento antiguo (y más austero) a otro moderno (y más barroco) que a su vez influiría en la gestación de un nuevo tipo bronceo: el 7 de Cuadrado.

Los ejemplares a los que nos referimos (fig. 8) constituyen parte de la orfebrería vaccea (Sanz y Romero, 2009b; Romero y Sanz, 2010; Sanz y Carrascal, 2016; Sanz, 2021) o «celtibérica» para otros (Cuesta, Delibes y Esparza, 2010: 397-436). Elaborados en oro y plata y con decoración barroca, su apariencia sería inspiradora (Delibes y Esparza, 1989: 119) para los modelos meseteños estudiados por Cuadrado (1960), entre los que se encuentra el tipo 4g de anillo grueso con cartela y el tipo 7 de puente ancho.

Las piezas de joyería formaban parte de tesorillos localizados en San Martín de Torres (León) (Delibes y Esparza, 1989; Delibes, 2002) y en Arrabalde (Zamora), así como otros ejemplares de El Bierzo (Delibes y Martín Valls, 1982; Delibes, Esparza y Martín Valls, 1996) y posiblemente de Palencia (Delibes, 2002; Del Álamo, 2009; Pérez y Delibes, 2012).

Martín Montes (1984a: 42) categorizó estas joyas con el tipo 8a de navecilla con decoración y apéndices laterales, maciza y lisa (variante a), para diferenciarlas de las de tipo 4g, con las que parecían compartir el mismo esquema estructural a partir de la elaboración a molde de puente y anillo. Sin embargo, en la fíbula de San Martín de Torres (León) (Delibes, 2002: 214 y ss., figs. 1, 2 y 4) se pudo constatar que el sistema de montaje de este imperdible era el de cabecera remachada, observable en la base donde había perdido el chapado áureo, lo que puso además de manifiesto que originalmente esta fíbula se elaboró en plata y fue recubierta posteriormente con un laminado de oro (Sanz y Romero, 2008: 54; 2010: 443, fig. 7; Sanz y Carrascal, 2016: 31).

En cuanto a las dos piezas zamoranas, similares a esta, en la mejor conservada, que además es la de mayor tamaño, el sistema de remachado solamente se intuye a partir de la forma circular de la chapita de oro que le remeda y cubre externamente. Por fortuna, en el otro ejemplar puede observarse con claridad, como consecuencia de lo que parece la pérdida del chapado en esa zona, que compartía este sistema de montaje entre anillo y puente, y asimismo que su interior era de plata.

Tanto en el ejemplar de San Martín de Torres, como en el de menor tamaño de Arrabalde y también en el de El Bierzo observamos que la forma en que puente y anillo entran en unión es la más sencilla posible, es decir, una simple perforación en el anillo sin apenas engrosamiento o refuerzo de esta zona debilitada, contrariamente a como ocurre en ejemplares más evolucionados que incorporan un prisma cúbico o cartela. Comparten también, con respecto al tipo 19 bronceo, unos puentes anchos, macizos, un tanto amorcillados, y lisos que, sin embargo, serán engalanados con láminas áureas a base de gránulos y filigrana en ambos extremos de contacto con el aro. Este conserva el típico arrollamiento filiforme en toda la superficie del anillo, salvo en la zona media donde se incorporan sendos apéndices circulares que sobresalen a modo de orejetas o asas. Una aguja libre, sin resorte de ningún tipo, queda anclada en el anillo a la izquierda de la cabecera del puente.

La analogía entre estas fíbulas de plata y oro, halladas en sendos tesoros, y las de tipo 4g de cartela ya fue observada al estudiar las llamadas «joyas de barro», como la FAH cerámica 3665 recuperada en la tumba 153 de Las Ruedas (Sanz y Romero, 2009b). La presencia de estas imitaciones cerámicas de joyas en tumbas infantiles como la 127b y, en especial para el caso que nos interesa, la 153, configura un gesto simbólico de gran interés ya que pudiera expresar el carácter hereditario de las preseas originales y la exclusión de este tipo de ítems del registro funerario, en la línea de lo descrito por Chapa y Pereira (1991:32) para el mundo ibérico.

Ahondando en esa idea de las joyas como herencia que permanece en el ámbito cotidiano y no se traslada al simbólico de la muerte, podríamos preguntarnos si la fíbula anular de la tumba 31 de Miraveche, correspondiente a un verdadero caballero de la más alta jerarquía social autrigona, habría constituido, a semejanza de la pieza cerámica de la tumba 153 pintiana, una réplica, en este caso broncea, con destino al registro funerario, y que otra similar en plata quedara en la familia, que iría pasando de generación en generación. Tal razonamiento nos llevaría a pensar en algunas piezas de rasgos atávicos perdurando en el tiempo, y paulatinamente enriquecidas en momentos más avanzados (chapados áureos con filigrana y granulado, anillas laterales, etc.).

También pudiera haber ocurrido un trasvase en sentido contrario si en el s. IV a. C. los tesoros vacceos aún no tuvieran carta de naturaleza, lo que llevaría a pensar en las piezas bronceas como inspiradoras de esas primeras joyas en plata.

Sea como fuere la dirección del préstamo en ese primer momento, en las posteriores imitaciones de bronce veríamos al menos dos tiempos: uno en el que el sistema de anclaje remachado del puente en el anillo sería visible, evolucionando desde anillos simplemente perforados hasta los reforzados por un cubo cada vez más sólido, que habría dado lugar a las fíbulas anulares hispánicas de cartela o 4g, con puentes gruesos y lisos. El segundo tiempo sería aquel en el que las fíbulas anulares de plata habrían sido embellecidas con los chapados de oro, gránulos y filigranas, ocultando ya el peculiar sistema de embutido; de esta forma nacerían las imitaciones de los ejemplares bronceos de puente y anillo solidario realizados a molde, del tipo 7a y 7b, que enfatizan la decoración característica de fíbulas como las de Arrabalde o San Martín de Torres, mediante el empleo de botones e incisiones que remedan aquellos gránulos y filigranas, en las que los puentes se acintan y ensanchan para poder desarrollar el barroquismo característico (fig. 9).

Esto nos lleva a plantear que, efectivamente, las fíbulas anulares de San Martín de Torres o las de Arrabalde serían piezas de cierta antigüedad antes de ser tuneadas, de un momento tal vez de final del IV a. C. o inicios del III a. C. como muy tarde, lo que proporcionaría margen suficiente para que este tipo de montaje estuviera vigente y pudiera ser observado e imitado.

Por su parte la pieza de plata y oro de Palencia, aunque no podemos comprobar con exactitud cómo se construyó, parece responder a un modelo de puente y anillo fundido, por lo que representaría un hito técnico y tipológicamente más avanzado en el tiempo (carente del atavismo de los ejemplares remachados), que igualmente encontraría su equivalente bronceo en ejemplares como el de Carabias (fig. 9: 11).

Así pues, en relación con estas piezas de orfebrería parece necesario insistir en la imagen de pastiche que transmiten, resultado probablemente de diversas remodelaciones y «puestas al día». De esta forma cabría entender el desconcertante y heterogéneo resultado analítico de composición de las piezas de Arrabalde en cada una de sus partes (Perea y Rovira, 1995, citado en: Delibes, 2002: 214, nota 3), la diferente factura de los arrollamientos filiformes o acintados de ambas (fig. 8: 2 y 3), la presencia de una orejeta macizada en el anverso de la pieza arrabaldina menor (fig. 8: 2) —estos apéndices poseen un rehundido central en el que se insertan placas con filigrana que aquí no sería posible incluir, creando una disimetría anómala—, o, finalmente también la inclusión de agujas sueltas, carentes de resorte, más acordes con los broches en omega que con las FAH. Además, en relación con este

último aspecto, la aguja de San Martín de Torres fue construida mediante su plegado en torno al anillo, lo que permite ver las dos mitades yuxtapuestas fundidas en el extremo aguzado; tal proceder incide en la idea de que puente y anillo ya estarían montados cuando se incorporó la nueva aguja.

En suma, joyas cuyo prolongado uso habría exigido actualizaciones, añadidos y reparaciones hechas con mejor o peor fortuna, que traducen una *biografía* larga y una probable transmisión de generación en generación. Por su parte, la pieza cerámica 3665 muestra el barroquismo característico de estas joyas que, en un momento de mediados del s. II a. C. en que podemos datar la tumba 153 en la que apareció, vemos que ya habrían incorporado las asas u orejetas. Aunque lo verdaderamente importante de esta pieza es que nos permite comprender, de un lado, la restricción de estas preseas al mundo de los vivos, y de otro, su carácter hereditario, de manera que la muerte prematura del destinatario de la misma llevara a representarla simbólicamente en su tumba, a fin de simular la recepción de la fortuna y legado familiar.

### 3. Análisis contextual y social de las FAH de *Pintia*

El alto grado de deterioro padecido por el registro funerario de *Pintia* ha imposibilitado que la totalidad de las piezas aquí tratadas se hayan podido recuperar en sus contextos precisos, esto es, en sepulturas. Tanto es así que de las 58 FAH que conforman esta colección únicamente 5 de ellas se asocian a conjuntos funerarios. El resto de las piezas cabe pensar que también formarían parte de tumbas, pero por diversos motivos (arada, expolio en combinación con desidia institucional, etc.), lamentablemente, no se han podido documentar en sus posiciones originales. Con todo, aquellas localizadas con metodología arqueológica guardan cierta proximidad con su lugar de origen lo que nos ha permitido realizar estimaciones cronológicas, a partir de la estratigrafía horizontal establecida en Las Ruedas.

El análisis de contextos cerrados de naturaleza mortuoria puede ofrecer datos de interés sobre la condición social de los fallecidos cuyos ajuares contaban con fíbulas anulares, además de otros objetos. Disponemos además de modernos estudios antropológicos realizados sobre las cremaciones, aunque el mayor grado de exigencia diagnóstico incide negativamente en el número de determinaciones de sexo alcanzadas. A ello se suman otros condicionantes relacionados con la recogida de los restos y su inclusión en la urna, una vez apagada la pira teniendo en cuenta que probablemente esta se realizaba en una zona de cremación comunitaria, sin olvidar la propia alteración del registro arqueológico. Con todo, podemos conocer la edad de algunos de los finados y en oca-

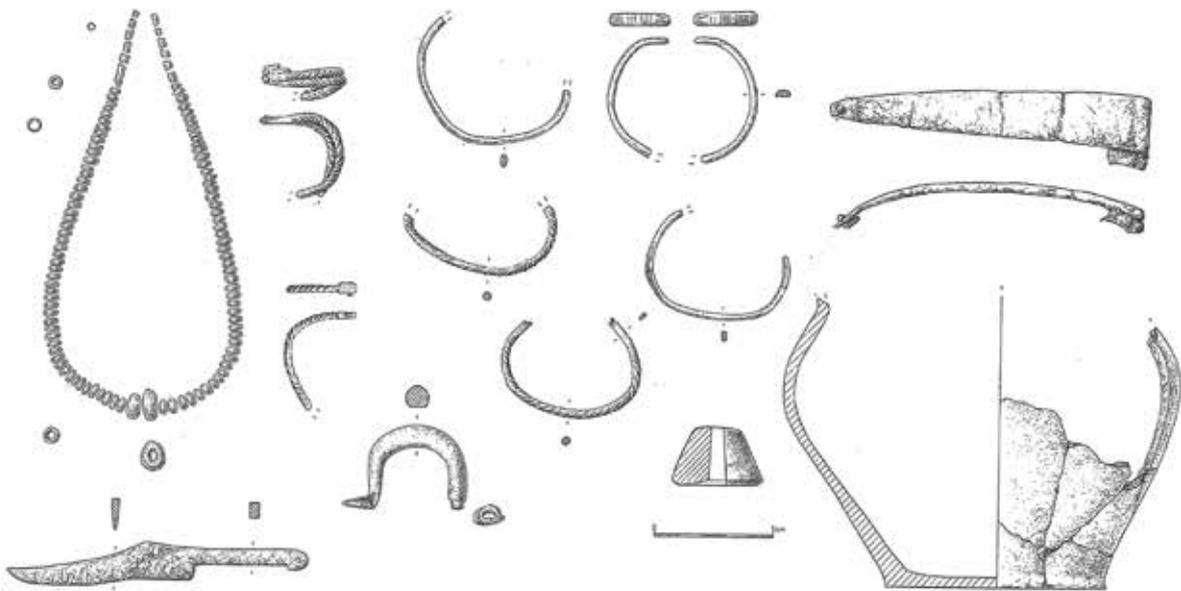


Fig. 10. Tumba 247a de la necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.

siones incluso el sexo; en este aspecto, en aquellos en los que no ha sido posible determinar su condición se han aplicado otro tipo de valoraciones relacionadas con sus ajueres personales que, si bien son de carácter apriorístico, pueden resultar de utilidad, aunque con las prevenciones necesarias.

Dicho lo cual, sabemos que las FAH se localizaron en sepulturas individuales (153), dobles (11 y 127b) y

triples (20 y 247). Veamos a quiénes pertenecieron y qué tipos de ajueres poseían.

La tumba 11 contenía los restos de dos individuos, uno adulto (de entre 17 y 60 años) y otro infantil (de 0 a 6 años), cuyo sexo no se ha podido determinar antropológicamente en ninguno de los dos casos (García Alcalá, 2021), aunque el primero quizá pudiera tratarse de una mujer. Pese a la alteración del depósi-



Fig. 11. Tumba 127b de la necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.

to se recuperaron en asociación con los restos óseos, sendas cuentas de bronce y de vidrio azul, con sus respectivos colgantes, que pudieron corresponderse con uno o dos collares; todos con signos de termoalteración por su paso por la pira con los cadáveres. No así la FAH 2919 (fig. 3), de nuestro subtipo 2.1 (cabe-

za perforada) o 4c de Cuadrado, que, aunque incompleta, no presenta tales huellas. El conjunto también contenía una fusayola decorada y un botón de bronce (Sanz, 1997: 59-60). Por la localización de este conjunto funerario en Las Ruedas, sector II-J, se le sitúa en el s. IV a. C.

La tumba 20, según el análisis antropológico de los restos, pudo pertenecer a tres personas. Uno de los paquetes óseos se halló agrupado, y se ha identificado con un individuo adulto, de entre 30-40 años, y a uno infantil, de 0 a 12 años. Asimismo, otros restos dispersos, a cierta distancia, eran de un adulto, de 30 a 60 años; en ninguno de ellos se pudo determinar el sexo (García Alcalá, 2021). El conjunto alterado pudo pertenecer a un hombre y a una mujer, acompañados de un infante. Los ajuares se componían —además de la fíbula termoalterada 2984 (fig. 3), también del subtipo 2.1 (cabeza perforada) o 2e de Cuadrado—, de un vaso trípode hecho a mano y de vajilla torneada fina anaranjada relacionada con la ingesta de bebida y alimentos (siete copas de gran formato, tres cuencos y un vaso), así como de una canica decorada. Además, contaba con armas, tales como un puñal de tipo Monte Bernorio de fase de desarrollo-1 con su tahalí y un fragmento de punta de lanza. Se recogieron abundantes restos de ofrendas de fauna, si bien dispersas, de caprino, ovino y suido (Sanz, 1997: 65-67).

Por su parte la tumba 247 se halló en buen estado de conservación, y perteneció a tres individuos. En la urna del conjunto 247a (fig. 10) se depositaron los restos de dos infantes, de sexo indeterminado, uno de aproximadamente un año y otro de entre 5 y 6. El grupo 247b se corresponde con un individuo adulto, mayor de 20 años, de sexo indeterminado, según el análisis antropológico (Pastor *et al.*, 2012), probablemente de un varón. La urna del primer conjunto, con los restos de dos infantes (uno de ellos quizá de una niña), es un vaso hecho a mano, el cual contenía además el fondo de otro vaso urdido, una fusayola, la FAH 3683 (subtipo 2.2 o cabecera remachada), ocho pulseras de bronce, un broche o un tahalí, y un cuchillo afalcatado, ambos en hierro. A esto hay que sumar más de cien cuentas de collar de vidrio azul, entre ellas dos de mayor tamaño y una de aspecto nacarado que, junto con algunas conchas de *dentalium* y berberecho, conformarían un aparente collar. Por su parte, la tumba 247b, contenía como urna un cuenco hecho a mano y pudo pertenecer a un varón cuyo ajuar se componía de elementos militares tales como una *caetra* y algunas piezas de un puñal Monte Bernorio, al que pudo pertenecer el tahalí depositado en la urna de la 247a, lo que ha llevado a plantear la existencia de un vínculo familiar entre los finados (Sanz, 2012: 6-8). El área de localización de esta sepultura triple en Las Ruedas, sector E2e4, así como los propios elementos que componen su ajuar inducen a situarla en al menos el s. IV a. C.

La sepultura 127b (fig. 11) perteneciente a un individuo infantil de 6 o 7 años, según el análisis antropológico, conformaba una tumba doble con la 127a, perteneciente a una mujer, de entre 30 y 40 años (J. Velasco, citado en: Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2019: 32). A escasos metros se localizó la tumba 128, sin-

crónica e identificada con un individuo femenino de entre 20 y 40 años (Pastor *et al.*, 2010: 133). Tres conjuntos femeninos, con probables vínculos familiares, de elevado estatus social, a juzgar por la riqueza de los ajuares y las ofrendas que acompañaron a sus restos óseos, entre los que destaca el de la pequeña con 69 piezas. Otro dato significativo por su excepcionalidad en Las Ruedas es su asociación con un *bustum* vinculado a los ritos de cremación *in situ* de estas mujeres. Además, se documentó un *silicernium* que pone de manifiesto la celebración de un banquete de despedida a juzgar por los restos cerámicos y faunísticos, entre los que cabe destacar algunos de cánido con marcas de descarnación, práctica muy restringida en el cementerio de Las Ruedas.

El ajuar de la pequeña, considerada una princesita, ofrecía numerosa vajilla vascular compuesta por un gran recipiente, dos jarros de pico, una copa, una taza y tres cuencos. También en pasta fina anaranjada comparecían más de una docena de botellitas o ungüentarios. Como urna cineraria se empleó una olla de pasta común y otra olla similar contenía las ofrendas de fauna (ovicaprino) (Pastor *et al.*, 2011). En cerámica urdida había varias fuentes barquiformes, con decoración a peine, dos *cyathus*, dos botellas bruñidas y vasos de borde reentrante; y las producciones singulares, de carácter profiláctico, están representadas por diecinueve canicas, una sonaja cilíndrica excisa y una cajita salero zoomorfa realizada con maestría. Llamen la atención las dos pequeñas piezas espiraliformes, quizá zarcillos para el pelo, «joyas de barro» —como la FAH de cerámica 3665, de la tumba 153—. Por otro lado, el ajuar metálico lo componen dos grapas (quizá de un cinturón), una pulserilla, una aguja de coser, abalorios y/o colgantes en bronce de un collar, sin olvidar varias cuentas de vidrio y una de ámbar procedente del Báltico, según análisis físico-químicos (Prieto y Sanz, 2015: 72-77). También cabe destacar el número de fíbulas que contenía esta sepultura, se trata de seis piezas de diversos modelos (una de tipo La Tène, una expresiva cabeza de lobo y tres resortes gigantes de piezas indeterminadas y la FAH, 3552, una miniatura-reliquia). Por otro lado, contaba con utensilios miniaturizados en hierro, relacionados con la manipulación del fuego (parrillita y pinzas) y con un huevo de ánade muy bien conservado con decoración bicroma de tonos rojizos y negruzcos. Ya hemos comentado que pese a su localización en Las Ruedas en un área considerada antigua (sector E2f6), estos conjuntos se han situado en función de los materiales que conforman sus ajuares, entre los ss. II y I a. C. (Romero y Sanz, 2009: 79 y 96, fig. 2; 2010: 458; Sanz y Romero, 2008: 9, fig. 6; Sanz y Carrascal, 2014: 37; Sanz, 2015: 262-281; Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2014; 2017; 2019: 29-33).

Finalmente, la tumba 153 (fig. 12) perteneció a un individuo joven, de entre 13 y 20 años, de sexo in-

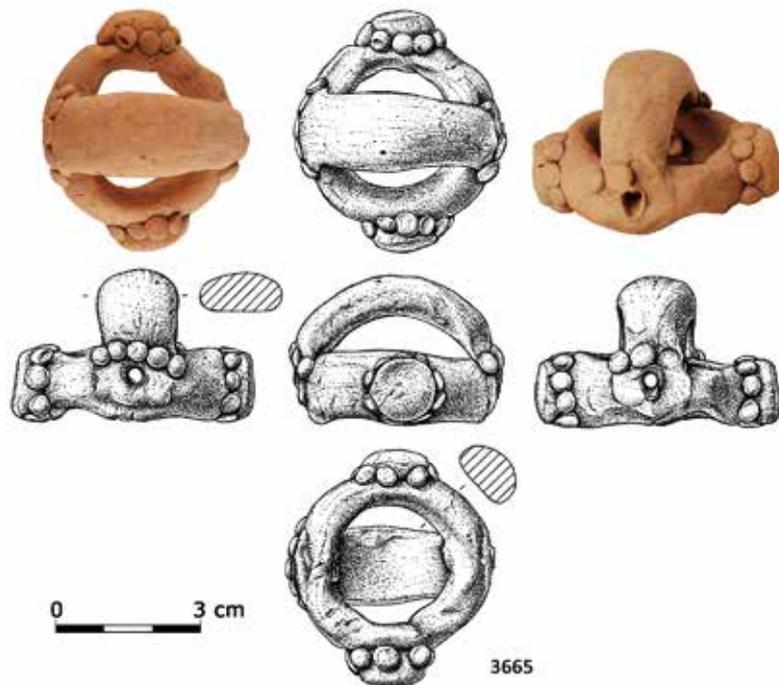


Fig. 12. Tumba 153 de la necrópolis de Las Ruedas, *Pintia*.

determinado (Pastor *et al.*, 2010: 47), probablemente una joven de la aristocracia vaccea. Junto a la urna cineraria se depositó un formidable ajuar conformado por 114 objetos de distinta naturaleza. El amplio repertorio cerámico, de pasta fina anaranjada, lo componen elementos vasculares de diversos tamaños y utilidades tales como crateriformes, pequeños vasos, una fuente, una tacita y la base de un recipiente utilizado como tapadera; además, cuenta con más

de veinte ungüentarios (uno en cerámica negra bruñida), y varias botellas; también se hallaron ollas de pasta común, una empleada de urna y el resto para contener las ofrendas de fauna (ovicaprino y suido) (Pastor *et al.*, 2011). Las producciones hechas a mano son vasitos, botellas bruñidas y un pequeño plato, elaboradas para los ritos de despedida. No faltan las producciones singulares con más de veinte canicas, dos *tintinnabula*, una sonaja en forma de bola, y ex-

cepcionalmente seis cajitas saleros zoomorfas. Por otro lado, las ocho pequeñas pellas de cerámica se han identificado con abalorios o colgantes, «joyas de barro». El conjunto metálico de hierro se compone de un pequeño asidero, quizá de un cajoncito de madera (algo deformado), y de una fíbula simétrica; en bronce hay dos agujas de coser, dos arillas y dos colgantes de tipo aguja, amén de una cuenta de ámbar del Báltico. El ajuar también contenía restos de una cáscara de huevo. Su disposición en el cementerio de Las Ruedas (sectores G2e1/G2e2) y la naturaleza y tipología de la mayor parte de los elementos de su ajuar la sitúan en el s. II a. C. (Romero y Sanz, 2009: 81; 2010: figs. 5, 6 y 21; Sanz y Romero, 2009a: 6-13; 55-5; Romero *et al.*, 2013: 108-109, figs. 10 y 11; Sanz y Carrascal, 2012: 41, fig. 5; 2016: 24-35; Sanz, 2015: 267-268; Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2014; 2017; 2019: 34-36).

Muy probablemente, los enterramientos dobles o triples se realizaban entre individuos del mismo grupo familiar, quizá entre mujer (madre)/infante, como en los conjuntos 11, 20 y con *seguridad* en el 127, y la de dos niños, ñas/varón tal vez en la tumba 247. En cualquier caso, tanto los pequeños como los adultos de estas sepulturas eran parte de la aristocracia local. Los ajuares de todos estos conjuntos estaban formados, entre otros, por objetos exóticos tales como collares de vidrio azul (tumbas 11, 127b y 247a) y cuentas de ámbar del Báltico (tumbas 127b y 153), y en algún caso (127b) por ambos elementos. Por otro lado, en prácticamente todas las sepulturas (20, 127b, 153 y 247) comparecen cerámicas urdidas o «de tradición», formas atávicas reproducidas con fines litúrgicos (Sanz, 2015: 272). Tampoco faltan elementos de vajilla vascular para la celebración del banquete, con recipientes adecuados para contener vino y otras sustancias costosas, como la sal, depositada en cajitas zoomorfas, sin olvidar la presencia de numerosas ollas toscas con ofrendas de fauna y algún cuchillo de hierro para el trinchado de viandas.

Nos hallamos, sin ninguna duda, ante conjuntos suntuosos, aunque entre ellos se observa cierta gradación. Tales diferencias bien pueden estar relacionadas con las cronologías de estas sepulturas, ya que la sociedad pintiana, y con ella el grupo dirigente, fue experimentando un desarrollo exponencial iniciado en el momento de su fundación (s. V a. C.), hasta alcanzar su culmen en los momentos previos a la romanización (ss. II-I a. C.).

Por otro lado, resulta llamativo que las FAH comparezcan en tumbas en las que alguno de sus protagonistas es un individuo infantil, además en asociación directa con los restos, si bien las sepulturas 11 y 20 padecían cierta alteración. A tenor de lo expuesto en determinadas ocasiones y/o para algunos individuos, las fíbulas anuales en *Pintia* debieron de contener ciertos valores profilácticos, adquiridos quizá desde su uso en vida y extensibles al mundo de ultratumba u otorgados exclusivamente para el ámbito ctónico.

Asimismo, y en este sentido, cabe destacar el elevado e inusual número de imperdibles de variada tipología que fueron depositados en la tumba 127b por lo que quizá, con carácter general, los imperdibles poseían ciertas propiedades mágico-religiosas.

Pero había otros elementos, en los ajuares objeto de estudio, que parecen poseer también este tipo de atributos, entre otras funcionalidades. La sepultura 127b, de la niña-princesa, poseía objetos asociados universalmente con la guarda mediante la producción de sonido, tales como una bella sonaja con decoración excisa y un collar con diversos abalorios. Asimismo, otros conjuntos poseen sendos collares (tumba 11, 247a y 153) y sonaja y *tintinnabula*, como la sepultura 153. Y al hilo de esto, también la aplicación de la técnica excisa pudo tener una connotación bienhechora, además de su sentido ornamental. Por último, la presencia en tumbas de determinadas sustancias como la costosísima sal, depositada en cajitas zoomorfas (tumbas 127b y 153), o los huevos de ave (tumbas 127b y 153) se relacionan con fines protectores y regeneradores, deseables en cualquier caso para un favorecer viaje al más allá.

#### 4. Consideraciones finales

A través de este estudio hemos tratado de realizar una aproximación al mundo de la FAH, cuyo registro peninsular es uno de los más abultado y complejo, entre los distintos modelos de imperdibles prerromanos, plagado de tipos, subtipos y variantes. Asimismo, y a pesar de contar con las distintas clasificaciones gestadas por varios especialistas (Cuadrado, 1957 y 1960; Martín Montes, 1984a y 1984b; Iniesta, 1983; Ruiz, 1989; Argente, 1994; González, 1999) hemos preferido elaborar una sencilla tipología, sin ánimo de aportar mayor confusión al estudio de este tipo de imperdibles, sino que se adecuara a la colección de anuales pintiana. Según lo que hemos observado, los modos de fabricación vacceos, al menos los documentados en Las Ruedas, parecen ser más estandarizados que otros conjuntos tales como el carpetano, vetón o celtibérico, probablemente porque estas sociedades se situaban en territorios mucho más permeables a los influjos ibéricos. En cuanto a nuestra tipología, su consolidación requerirá de futuros análisis metalográficos en curso que nos permitan constatar la producción a molde de determinadas piezas como los puentes de cabecera remachada (subtipo 2.2 o tipo 19), sobre las que albergamos naturales dudas.

Con todo, la estandarización de ciertas formas de fabricación parece bien constatada en las piezas de nuestro tipo 1 o forjadas, especialmente en el subtipo 1.2b, consistente en el montaje manual de la pieza formada por tres elementos, en el que invariablemente el puente genera el resorte el cual remata en la aguja, al margen del número de espiras que confor-

man al muelle; el anillo es independiente y presenta sujeción caudal.

Respecto al subtipo 2.2 o tipo 19, tras los nuevos ejemplares documentados, podría plantearse que su origen se encuentra en talleres vacceos, probablemente pintianos, desde donde alcanzaría otros enclaves. Este modelo pudo tomar varios caminos evolucionando tempranamente (finales del s. IV-inicios del III a.C.) hacia las piezas de plata y de oro, las cuales experimentaron a lo largo de distintas generaciones, numerosas remodelaciones y «puestas al día» lo que propició su recargada apariencia actual; otra senda llevó a sustituir en ejemplares bronceos la cabecera remachada del anillo por la cartela maciza, y en consecuencia su elaboración en molde, desembocando en las que Cuadrado denominó tipo 4g o de anillo grueso con cartela. A su vez, las piezas de orfebrería *tuneadas* con lámina de oro que incluyen filigrana y granulado constituyeron la inspiración de los modelos bronceos tipo 7 de puente ancho, de Cuadrado.

El paso consistente en la unión de puente/anillo a molde, imitando la cartela y el aspecto amorcillado, pudo surgir en alguno de los *oppida* vacceos, quizá en la *Pallantia* del Arlanza más próximo al mundo turmogo y/o autrigón. Por lo que respecta a la configuración de la pieza miniatura paredana (fig. 9: 13), diremos que la misma resulta en cierta medida contradictoria, por cuanto puente de cabecera remachada y anillo perforado sin cartela constituyen rasgos claramente atávicos, mientras que la ausencia de sujeción y sobre todo la aguja suelta (¿préstamo de las fíbulas o broches en omega?)<sup>6</sup> apuntan a momentos de cronología avanzada.

En otro orden de cosas, resulta probable que la franja cronológica propuesta para el uso y producción de las FAH en la necrópolis pintiana (segunda mitad del s. V y el s. III a.C.), no sea extensible a otros *oppida* vacceos, ni quizá al propio contexto habitacional cuyos niveles indígenas en la ciudad de Las Quintanas aún nos son desconocidos, por lo que carecemos de análisis comparativos que muestren las costumbres de los vivos y las creencias aplicadas a los muertos, pudiendo variar notablemente nuestra percepción sobre este aspecto. Sin embargo, al menos en lo relativo a lo que muestra actualmente el registro funerario todo induce a plantear que las anulares hispánicas se emplearon y produjeron en *Pintia* en el periodo mencionado, y los escasos ejemplares que se sitúan en fechas más bajas responden a pervivencias y/o a reliquias, como la 3552, de la tumba 127b.

Por su parte, la FAH cerámica de la tumba 153, confeccionada para evitar la amortización de la verdadera joya en el ámbito funerario, creemos que proporciona un sólido argumento a favor de que tales preseas fueran parte de una orfebrería específicamente vaccea. Pero al mismo tiempo nos habla del especial aprecio por una joya de gran belleza y singularidad, dotada de un alto valor social y economi-

co, reconocido y reconocible en el seno de estas comunidades prerromanas. Encontrarse entre las más vistosas de las joyas vacceas, explicaría su interés y éxito de emulación a nivel más asequible mediante su abundante reproducción en bronce, dentro del grupo de fíbulas que Cuadrado caracterizó como de la Meseta Norte, entre las que los tipos 4g y 7 destacarían por su fidelidad a los originales de plata y oro.

## Notas

1. Convendría ratificar mediante análisis metalográficos, de los que no disponemos, la estructura de los diversos elementos que constituyen estas fíbulas, lo que podría introducir algunos cambios en nuestra propuesta.
2. Los números hacen referencia a la identificación de los materiales en la base de datos *datapintia*.
3. Aunque no es seguro, probablemente esta pieza (Museo de Palencia, n.º inv. 1051) proceda de este yacimiento según la información proporcionada por el director del Museo, a quien deseamos expresar nuestro agradecimiento por las facilidades prestadas para su estudio y documentación.
4. Deseamos expresar nuestro agradecimiento al personal del Museo de Zamora por su amabilidad y diligencia a la hora de facilitarnos la consulta de las FAH de Arrabalde.
5. Las imágenes superior e inferior son cortesía del Museo de Palencia y de la Hispanic Society of America, respectivamente, a quienes reiteramos nuestro agradecimiento.
6. No descartamos, en cualquier caso, su relación con una aguja simple o libre de los broches anulares, considerados prototipos de las FAH por Almagro Basch (1966).

## Bibliografía

- ALMAGRO BASCH, M. (1966): "Sobre el origen posible de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas". *Ampurias*, 28, pp. 215-236. Madrid: Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Versión digital por cortesía del editor: Museu Nacional d'Art de Catalunya y de los herederos del autor, como parte de su Obra Completa. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/sobre-el-origen-posible-de-las-mas-antiguas-fibulas-anulares-hispanicas--0/> [consulta: 09-enero-2021].
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1994): *Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. Madrid: Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Serie: Excavaciones Arqueológicas en España.
- CABRÉ HERREROS, E. y MORÁN CABRÉ, J. A. (1977): "Fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental Hispánica". *Revista de la Universidad Complutense*. Homenaje a García Bellido, XXVI (109), pp. 109-143.
- CAMACHO RODRÍGUEZ, P. (2020): *Las fíbulas de la Vettonia. Adorno personal e identidades en la Edad del Hierro*. Alicante: Publicaciones Universitat D'Alacant. Serie Arqueología.
- CAMACHO, P. LÓPEZ, E., LORRIO, A. J., MONTERO, I. TORRES, M. y VINADER, I. (2022): "Ornamentos de vestuario en el Bronce Final y el Hierro Antiguo en el sureste de la península Ibérica: los casos de Herna/Peña Negra y La Fon-

- teta". En R. Graells, P. Camacho y A. J. Lorrio (coords.), *Problemas de cultura material. Ornamentos y elementos del vestuario en el arco litoral Mediterráneo-Atlántico de la península Ibérica durante la Edad del Hierro (ss. X-V a.C.)*. Alicante: Universitat d'Alacant.
- CARRASCO RUS, J., PACHÓN ROMERO, J. A. y GÁMIZ JIMÉNEZ, J. (2016): "Datos para el estudio de las fíbulas de pivote en la Península Ibérica. El ejemplar del cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada)". *Zephyrus*, LXXVII, pp. 119-145.
- CERDEÑO, M.<sup>a</sup> L. y DE MIGUEL, O. (2022): "Las fíbulas de Herrería III: elementos diagnósticos de la Primera Edad del Hierro". *Vínculos de Historia*, 11, pp. 237-259.
- CHAPA BRUNET y PEREIRA SIESO, J. (1991): "El oro como elemento de prestigio social en época ibérica". *AEspA*, 64, pp. 23-35.
- CUADRADO DÍAZ, E. (1957): "La fíbula anular hispánica y sus problemas". *Zephyrus*, VIII, pp. 5-76.
- (1960): "Fíbulas anulares típicas de la Meseta castellana". *Archivo Español de Arqueología*, XXXII, pp. 64-97.
- (1963): "Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica". *Trabajos de Prehistoria*, VIII, pp. 6-61.
- CUESTA GÓMEZ, J.F., DELIBES DE CASTRO, G. y ESPARZA ARROYO, Á. (2010): "¿Existe una joyería vaccea?". En C. Sanz y F. Romero (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 397-435.
- DEL ÁLAMO, C. (2009): "La colección de orfebrería de la Hispanic Society of America". En M. Bautista, P. de Zulueta y E. I. Escobar (coords.), *El tesoro arqueológico de la Hispanic Society of America*. Sevilla: Fundación Caja Sol, pp. 336-355.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1978): "Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)". *Trabajos de Prehistoria*, 35 (1), pp. 225-250.
- (2002): "El tesorillo de las Motas (San Martín de Torres, León), nuevo documento para el estudio de la orfebrería prerromana en territorio astur meridional". En M.A. de Blas y A. Villa (eds.), *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña, Coloquios de arqueología en la cuenca del Navia*. Navia: Ayuntamiento de Navia, pp. 211-224.
- (1994-1995): "Nuevos testimonios de joyería prerromana en territorio astur: a propósito de una arracada de oro, de apéndice en racimo, hallada en Castrillo de la Valduerna (León)". *Brigecio: revista de estudios de Benavente y sus tierras*, 4-5, pp. 61-74.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ESPARZA ARROYO, A. (1989): "Los tesoros prerromanos de la Meseta Norte y la Orfebrería celtibérica". En J. A. García (dir.), *El oro en la España Prerromana*. Madrid: Zugarto. *Monografías de Revista de Arqueología*, pp. 108-129.
- DELIBES DE CASTRO, G. y MARTÍN VALLS, R. (1982): *El tesoro de Arrabalde y su entorno histórico*. Guía de la exposición. Zamora: Caja de Ahorros Provincial de Zamora.
- DELIBES DE CASTRO, G., ESPARZA ARROYO, A. y MARTÍN VALLS, R. (1996): *Los tesoros prerromanos de Arrabalde (Zamora) y la Joyería Celtibérica*. Zamora: Fundación Rei Afonso Henriques.
- DELIBES DE CASTRO, G., ROJO GUERRA, M. y SANZ MÍNGUEZ, C. (1986): "Dólmenes de sedano II. El sepulcro de corredor de Las Arnillas (Moradillo de Sedano)". *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27, pp. 7-40.
- GARCÍA ALCALÁ DEL OLMO, G. (2021): *Análisis osteológico de las tumbas 1 a 66 pertenecientes a la necrópolis de cremación vacceo-romana de Las Ruedas, Zona Arqueológica Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Pesquera de Duero, Valladolid)*. Universidad de Valladolid. Informe inédito.
- GONZÁLEZ ZAMORA, C. (1999): *Fíbulas en la Carpetania*. Madrid: C. González; Zaragoza: Industrias Gráf. La Comercial.
- GRAELLS I FABREGAT, R. (2014): "Problemas de cultura material. Las fíbulas itálicas de la Primera Edad del Hierro en el Golfo de León occidental". *Madrid Mitteilungen*, 55, pp. 212-315.
- INIESTA SANMARTÍN, Á. (1983): *Las fíbulas de la región de Murcia*. Murcia: Región de Murcia, Consejería de Cultura y Educación.
- LUENGO MARTÍNEZ, J. M. (1990): *Estudios arqueológicos. Homenaje del Excmo. Ayuntamiento*. Zamora: Ayuntamiento de Astorga.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958): *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja. Estudio de las excavaciones realizadas por D. Juan Cabré, D. Joaquín M.<sup>a</sup> de Navascués y D. Emilio Camps, de 1931 a 1935*. Ávila-Salamanca: Excma. Diputación Provincial de Ávila. Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca.
- MARTÍN MONTES, M. A. (1984a): "La fíbula anular hispánica en la Meseta peninsular. I. Origen y cronología, su estructura y clasificación tipológica". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 19, pp. 36-46.
- (1984b): "La fíbula anular hispánica en la Meseta peninsular. II. Su distribución tipológica-geográfica. Algunas piezas de interés". *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 20, pp. 35-43.
- NAVARRO, R. (1970): *Las fíbulas de Cataluña*. Barcelona: Instituto de Arqueología y Prehistoria, Universidad de Barcelona.
- PASTOR VÁZQUEZ, J. F., BARBOSA CACHORRO, M., DE PAZ FERNÁNDEZ, F. J., GARCÍA VELASCO, M., FERRERO INFESTAS, E. y GUTIÉRREZ REGUERA, B. (2010): *Estudio antropológico de los restos óseos cremados hallados en la necrópolis de Las Ruedas correspondiente al oppidum vacceo-romano de Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel)*. Valladolid: Museo Anatómico, Departamento de Anatomía y Radiología, Facultad de Medicina, Universidad de Valladolid. Informe inédito.
- (2011): *Estudio osteológico de los restos de fauna hallados en el yacimiento arqueológico de Pintia (Valladolid)*. Campañas de excavación 2009-2010. Valladolid: Museo Anatómico, Departamento de Anatomía y Radiología, Facultad de Medicina, Universidad de Valladolid. Informe inédito.
- (2012): *Estudio antropológico de los restos óseos cremados hallados en la necrópolis de Las Ruedas correspondiente al oppidum vacceo-romano de Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel)*. Campaña de excavación, 2011. Valladolid: Museo Anatómico, Departamento de Anatomía y Radiología, Facultad de Medicina, Universidad de Valladolid. Informe inédito.
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J. y DELIBES DE CASTRO, G. (2012): "Los tesoros prerromanos de Palencia". *Vaccea Anuario*, 5, pp. 60-68.

- PRIETO COLORADO, A. C. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2015): "Cuentas de collar de ámbar del Báltico en tumbas aristocráticas vacceas infantiles". *Vaccea Anuario*, 8, pp. 72-77.
- QUINTANA LÓPEZ, J. y CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (1996): "Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte (Consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)". *BSAA*, LXII, pp. 9-78.
- ROMERO CARNICERO, F. y SANZ MÍNGUEZ, C. (2009): "Tiempo y género a partir de la Arqueología: La necrópolis de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)". En M.<sup>a</sup> I. del Val, C. de la Rosa, M.<sup>a</sup> J. Dueñas y M. Santo (coords.), *Protagonistas del pasado. Las mujeres desde la Prehistoria al siglo XX*. Valladolid: Castilla Ediciones, pp. 59-103.
- (2010): "Réplicas de barro de la orfebrería vaccea". En C. Sanz y F. Romero (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 437-465.
- ROMERO CARNICERO, F., SANZ MÍNGUEZ, C., GÓRRIZ GAÑÁN, C. y DE PABLO MARTÍNEZ, R. (2013): "Los sonajeros vacceos". *BSAA arqueología*, LXXIX, pp. 81-129.
- RUIZ DELGADO, M. M. (1989): *Fíbulas protohistóricas en el sur de la Península Ibérica*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- SÁNCHEZ CLIMENT, Á. (2015): *La cerámica celtibérica meseteña tipología, metodología e interpretación cultural*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Tesis Doctoral.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1990): "Metalistería prerromana en la Cuenca del Duero. Una propuesta secuencial para los puñales de tipo Monte Bernorio." *BSAA*, LVI, pp. 170-188.
- (1992): "Fíbulas anulares hispánicas con cabeza de puente remachada". *Boletín Asociación Española Amigos de la Arqueológica*, 32, pp. 39-42.
- (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas Padilla de Duero* (Valladolid). Salamanca: Junta de Castilla y León. *Arqueología en Castilla y León, Memorias* 6.
- (2002): "Panoplias prerromanas en el centro y occidente de la submeseta norte peninsular". En P. Moret y F. Quesada (coords.), *La guerra en el mundo ibérico y celtibérico (ss. VI-II a. de C.): Seminario celebrado en la Casa de Velázquez (marzo de 1996)*. Madrid: Casa de Velázquez. *Collection de La Casa de Velázquez*, 78, pp. 87-133.
- (2010): "El armamento vacceo". En F. Romero y C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos de la Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 319-361.
- (2012): "Campaña XXII-2011 de excavaciones arqueológicas en *Pintia*". *Vaccea Anuario*, 5, pp. 6-14.
- (2015): "Premature Death in the Vaccean Aristocracy at *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid). Comparative Study of the Funerary Rituals of two Little 'princesses'". En M. Sánchez, E. Alarcón y G. Aranda (eds.), *Children, Spaces and Identity*. Oxford & Philadelphia: Oxbow Books. *Childhood in the Past Monograph Series*, pp. 262-281.
- (2016): "La guerra y el armamento vacceo hoy (2014)". En R. Graells y D. Marzoli (eds.), *Bewaffnung und Archäologie des Krieges auf der Iberischen Halbinsel in der Vorrömischen Zeit (6.-1. JH. V. CHR.): Probleme, Ziele und Strategien*. Mainz: RGZM, pp. 193-228.
- (2021): "Vacceos como vacceos: el fin del paradigma arqueológico de la celtiberización en la cuenca media del Duero. Cuarenta años de investigaciones en *Pintia* (1979-2019)". *Actualidad de la investigación arqueológica en España III (2020-2021). Conferencias impartidas en el Museo Arqueológico Nacional*. Madrid: Ministerio de Cultura y Deporte. Gobierno de España, pp. 319-340.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y CARRASCAL ARRANZ, J. M. (2012): "La cerámica vaccea". *Vaccea Anuario*, 5, pp. 34-42.
- (2014): "Metalistería vaccea. II. Bronces de adorno personal". *Vaccea Anuario*, 7, pp. 34-43.
- (2016): "Metalistería vaccea. IV. Orfebrería". *Vaccea Anuario*, 9, pp. 24-35.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y PEDRO, R. (2015): "Campaña XXVI 2015, de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)". *Vaccea Anuario*, 9, pp. 6-10.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, E. (2019): "Campaña XXIX 2018, de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)". *Vaccea Anuario*, 12, pp. 6-12.
- (2020): "Campaña XXX 2019, de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)". *Vaccea Anuario*, 13, pp. 6-12.
- (2021a): "Campaña XXXI 2020, de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)". *Vaccea Anuario*, 14, pp. 5-17.
- (eds.) (2021b): *Investigaciones arqueológicas en la necrópolis de Las Ruedas de Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid). Tumbas 67 a 124 (campañas de excavación 2000 y 2002 a 2006)*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 11.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y ROMERO CARNICERO, F. (2008): "Campaña XVIII (2007) de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)". *Vaccea Anuario*, 1, pp. 6-12.
- (2009a): "Campaña XIX 2008, de excavaciones arqueológicas en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel)". *Vaccea Anuario*, 2, pp. 6-13.
- (2009b) "Joyas de barro vacceas". *Vaccea Anuario*, 2, pp. 55-59.
- (2010): "Réplicas en barro de la orfebrería vaccea". En F. Romero y C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 437-465.
- SANZ MÍNGUEZ, C., CARRASCAL ARRANZ, J. M. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, E. (2014): "Saleros-especieros zoomorfos, de barro y cerámica, en técnica excisa, del territorio vacceo (ss. IV-I a.C.)". En R. Morais, A. Fernández e M.J. Sousa (eds.), *As produções Cerâmicas de imitação na Hispania*. Braga: II Congresso Internacional da Secah-Ex oficina Hispana. Tomo II. *Monografías ex oficina Hispana II*, pp. 771-785.
- (2017): "Cerámica. Objetos singulares, I. Cajitas Vacceas". *Vaccea Anuario*, 10, pp. 22-32.
- (2019): *La excisión en la Pintia vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid.

# Simbolismo calendárico en la iconografía del equipo metálico de tipo Monte Bernorio de la tumba 32 de la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Peñafiel, Valladolid)

Roberto Matesanz Gascón

Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg  
Universidad de Valladolid

## Resumen

El objetivo de este trabajo es esclarecer si los suidos representados sobre el equipo metálico recuperado en la tumba 32 de la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Peñafiel, Valladolid) pueden incorporar algún tipo de significación temporal. A tal fin, se coteja su disposición y número sobre el referido equipo metálico, con las principales características del antiguo calendario céltico. Tras efectuar esta comparación, se concluye que la disposición de los suidos sobre el equipo metálico es coincidente con las grandes divisiones temporales del año céltico. Esta posible correspondencia ha de ser refutada o comprobada analizando otros documentos arqueológicos de la Céltica peninsular.

**Palabras clave:** iconografía vaccea, jabalí céltico (simbolismo), calendario céltico, calendario vacceo, zoomorfos en perspectiva cenital.

## Calendrical symbolism in the iconography of the Monte Bernorio type metallic equipment from tomb 32 of Las Ruedas necropolis (Padilla de Duero, Peñafiel, Valladolid)

### Abstract

The aim of this paper is to clarify if the Suids representations at the metal equipment from the tomb 32 of Las Ruedas necropolis (Padilla de Duero, Peñafiel, Valladolid) could incorporate some kind of temporal significance. To this end, their arrangement and number on the aforementioned metallic equipment are compared with the main characteristics of the ancient Celtic calendar. After making this comparison, it is concluded that the disposition of the Suids on the metallic equipment coincides with the great temporal divisions of the Celtic year. This possible correspondence has to be refuted or verified by analyzing other Celtic archaeological documents from the Iberian Peninsula.

**Keywords:** Vaccaean iconography, celtic boar (symbolism), celtic calendar, vaccaean calendar, zoomorphs in zenithal perspective.



Uno de los elementos más emblemáticos de aquella cultura material vaccea que nos es conocida es el pomo del puñal de tipo Monte Bernorio hallado en la tumba número 32 de la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Peñafiel, Valladolid). La destreza técnica con la que fue elaborado, hasta conseguir plasmar un rico programa iconográfico mediante la combinación de técnicas diversas, lo han convertido desde su mismo descubrimiento en un privilegiado objeto de estudio. En especial, su editor hizo un detallado análisis del posible significado de sus imágenes (Sanz, 1997: 439-448), que en lo referente a su extensión no ha tenido paralelo hasta fechas recientes (De Pablo, 2021). Además, en el ínterin se han publicado valiosos trabajos sobre la naturaleza de los zoomorfos que, desde una perspectiva cenital, aparecen representados en su reverso de manera prominente (por citar los más notorios: Blanco, 1997; Abarquero, 2006-2007; Romero, 2010; o Almagro-Gorbea, Ballesster y Turiel, 2017). Aquí, mi propósito es precisar algunos aspectos de naturaleza temporal que parecen subyacer en la iconografía del equipo metálico de la tumba 32 y sólo aludiré a los mencionados estudios en la medida en que sean relevantes para este problema específico. Disponer de un conocimiento más aquilatado del significado, en todas sus facetas, de la fascinante iconografía que ornamenta estas piezas vacceas, constituye un ineludible paso previo a todo cotejado de mayor extensión.

Por otro lado, han surgido algunas incertidumbres en torno a la datación que debe atribuirse a las distintas imágenes plasmadas sobre este equipamiento. El debate gira en torno a la posibilidad de que la decoración se ejecutara en tiempos distintos, en un lapso temporal comprendido entre los siglos III y I a. C. (Sanz, 1997: 439-440; Romero, 2010: 486-488; De Pablo, 2021: 13-14); y se vincula con la existencia de los denominados como “objetos de memoria”, productos de especial valor que parecen haber estado funcionando durante siglos como reliquias antes de ser inhumados (Sanz, 2008). Sólo de manera tangencial aludiré a estas cuestiones, que, siendo importantes, en cierto sentido son irrelevantes para comprender la iconografía que nos ocupa, pues incluso si los elementos decorativos fueran diacrónicos, ello no implicaría que se hubieran plasmado programas iconográficos inconexos y, de hecho, es probable que una decoración inicial hubiera determinado, en tal caso, el significado introducido mediante ornamentaciones posteriores.

### El contexto arqueológico: la tumba 32 de la necrópolis de Las Ruedas

El equipo metálico formaba parte del ajuar de una tumba que, en el momento de su descubrimiento, fue designada como número 32 (fig. 1). La misma



Fig. 1. Tumba número 32 de la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Peñafiel, Valladolid).

se localizó en el sector II-Y de la necrópolis de Las Ruedas. Resumiendo la descripción proporcionada por su excavador, cuando se halló el conjunto funerario había sufrido alteraciones postdeposicionales que afectaban sobre todo a su parte más oriental. En su lado más occidental, la urna cineraria (A), estaba protegida por una laja en su flanco este y sobre ella había una abrazadera de hierro (F), un tahalí (D) y la pieza naviforme de 265 mm de ancho del pomo de un puñal (E). Unos 15 cm hacia el este, había una botella fina hecha a torno (B) y cuatro pequeñas bolitas de aspecto carbonoso (G). Más al este y ligeramente a mayor profundidad, una cajita volcada (C). El resto de los materiales (H a T) aparecían repartidos y en estado fragmentario. Los objetos de la parte oeste parecían hallarse en su posición original, estando indiscutiblemente asociados en el depósito los designados como A, B, C, D, E y F. El resto eran fragmentos de más dudosa adscripción. La urna cineraria (A), constituida por un cuenco hecho a mano y decorado a peine, contenía 171 g de restos óseos. De su análisis se obtuvo la incierta conclusión de que pudieron pertenecer a un individuo femenino de entre 30 y 40 años. Además, junto a los elementos designados con la letra G, se recogieron restos de *Sus domesticus* y *Capra hircus*, esto es, de cerdo y de cabra (Sanz, 1997: 85-86 y 494).

### El conjunto metálico: el tahalí y el pomo de la tumba 32

Situados sobre la urna cineraria, los elementos metálicos incluidos en la tumba, todos los cuales formaron parte con claridad de la inhumación primaria, eran la abrazadera de hierro (F), los restos del pomo (E) y los del tahalí (D), ambos de tipo Monte Bernorio. El pomo, de tipo naviforme y con 265 mm de anchura,

permitía adscribir su factura a la fase de expansión de estas producciones, datándose su fabricación hacia mediados del siglo III a. C. (Sanz, 1997: 434-439). La asociación de los elementos metálicos dentro del depósito funerario en una parte inalterada del mismo sugiere que en su día pomo y tahalí formaron parte de un mismo conjunto metálico; o, lo que es lo mismo, que fueron obra de un único artesano o de un mismo taller. En principio, refuerza esta idea la evidencia de que tanto en una pieza como en la otra se han combinado diseños geométricos y elementos figurativos, característica poco habitual en las producciones de este tipo.

Del puñal al que perteneció el pomo faltan la hoja y la guarda, así como su vaina. En consecuencia, carecemos de elementos del equipo metálico que también pudieron servir como soporte para plasmar elementos iconográficos. No obstante, se ha considerado que la mayor parte de la iconografía aplicada al arma recalcó en el pomo, pues la hoja no suele portar decoración y la guarda, bastante más pequeña, hubiera proporcionado poco espacio como soporte decorativo (Sanz, 1997: 439). En cuanto a la vaina del puñal, es una parte en la que suelen predominar los motivos geométricos. En principio, su ausencia puede suponer una pérdida irreparable para comprender la iconografía presente en pomo y tahalí. Pero es posible, como se ha planteado, que la vaina y el resto del puñal no falten en el depósito funerario por las vicisitudes que han afectado a la preservación de este, sino que tahalí y pomo fueran las piezas seleccionadas del equipo metálico para acompañar al difunto por constituir las mismas una reliquia en el momento de ser inhumadas (De Pablo, 2021: 14); y cabe plantear que tal vez ello fuera así, en parte, porque esas piezas contuvieran un programa iconográfico completo en sí mismo.

La atención prestada a la decoración presente en los elementos metálicos conservados ha sido muy desigual, lógicamente. De la abrazadera cabe decir que tiene como única decoración una línea sinuosa central. En lo referente al tahalí (fig. 2), cuyo tramo superior lo forma una chapa rectangular de menor anchura que el resto, es de hierro chapado y está damasquinado en plata, mostrando una exuberante decoración, predominantemente geométrica. La misma incluye acanaladuras, círculos, triángulos, “eses encadenadas”, elementos cuadrangulares y líneas. Con estos elementos el artífice compuso diseños muy complejos que merecieron una meticolosa descripción por parte de su publicador (Sanz, 1997: 87), a la cual remitimos. Junto a esta decoración de tipo geométrico, se incluyeron en la parte distal del tahalí dos zoomorfos representados de perfil, con larga cola, lo que parecen orejas puntiagudas y un largo hocico vuelto hacia arriba, únicos elementos figurativos detectados en la pieza metálica. Desde la descripción inicial hecha por Sanz, la iconografía

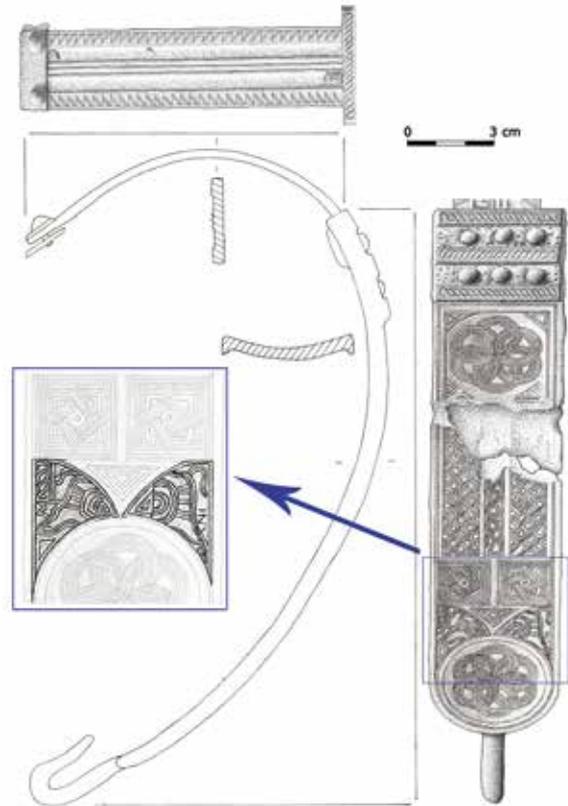


Fig. 2. Tahalí de tipo Monte Bernorio de la tumba 32 (Sanz y Blanco, 2015: 64, n.º 2.2.2).

del tahalí apenas ha merecido atención, salvo para aludir expeditivamente a estos dos zoomorfos. Sanz los consideró representación de sendos verracos (1997: 440). Pero la ausencia de colmillos y testículos en su figuración, así como sus orejas puntiagudas, hacen creer a De Pablo (2021: 3-4) que se trata de lobos aullando. Dado su esquematismo, podría pensarse incluso en otros animales, por ejemplo, bovinos o equinos. Pero los testimonios arqueológicos de la Edad del Hierro meseteña sugieren de manera clara su identificación con suidos por su morro largo, abocinado y curvado hacia arriba, por el rayado vertical que muestra su cuerpo y porque en ocasiones los suidos se representan con esas prominentes orejas; una iconografía general que no es propia de las figuras de lobo conocidas; mientras que en las fíbulas y otros objetos con imágenes de suidos, los testículos y los colmillos de estos pueden venir señalados o no (fig. 3).

En cuanto al pomo, fue descrito también en detalle por Sanz (1997: 87-88). Mas parece conveniente resumir aquí su descripción para tener una referencia próxima y precisa de los conceptos que vamos a manejar. Su cuerpo de hierro es de tipo naviforme y porta en su anverso motivos geométricos damasquinados en hilo de plata, conformando hileras de eses encadenadas en diversos sentidos, predominantes

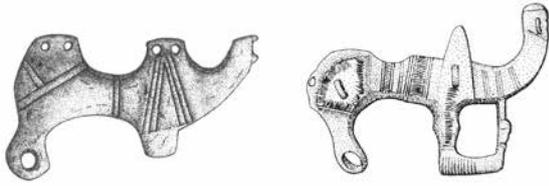


Fig. 3. Fíbulas meseteñas con puente en forma de suido (izquierda, según Blanco, 2018: 175, fig. 3.104; derecha, según Lenerz-de, 1991: taf. 234, n.º 960).

en la composición; a las cuales sólo se suman los elementos que enmarcan las hileras de eses y algunos pequeños trazos rectos realizados en sus escotaduras centrales (fig. 4).

En el reverso y en el canto superior del pomo, por el contrario, se ha grabado una variada decoración figurativa. En cuanto a las representaciones que decoran el canto superior de la pieza, conviene aclarar que la imagen que fue publicada inicialmente de las mismas (Sanz, 1997: 86), en la cual aparecen doce animales, no es pertinente. Posteriores revisiones mostraron la aparición de un decimotercer animal de pequeño tamaño en su extremo izquierdo. Además, en esa publicación inicial las imágenes del canto superior no aparecen junto a la parte del reverso que las corresponde, sino invertidas. Esto hace que la descripción contenida en esa publicación inicial no se corresponda en cuanto a orientación con los términos que emplearemos aquí. Asimismo, en publicaciones posteriores se han insertado imágenes invertidas del canto y del reverso del pomo (por ejemplo, Romero, 2010: 485, fig. 12; o De Pablo, 2021: 5, fig. 5), las cuales lamentablemente pueden inducir a confusión. La imagen correcta de reverso y canto superior del pomo, que es la publicada por Sanz (2010: 348, fig. 18), es la que se incluye aquí (fig. 5). En ella se muestra la posición de las escenas si, sosteniendo la pieza ante nosotros en sentido horizontal, la rotamos en sentido vertical. Todas mis explicaciones tendrán como único punto de referencia esta imagen.

Tras estas aclaraciones indiquemos que en el canto del pomo se figuran de perfil trece animales, cuyo contorno en la mayoría de los casos recuerda al de

un suido. Todos salvo uno muestran en su interior conjuntos de trazos rectos. A cada lado de las escotaduras centrales, seis animales con el cuerpo rayado parecen dirigirse en sendas procesiones hacia el respectivo extremo del canto. Al final del extremo izquierdo se figura un decimotercer animal de especie indeterminada y con cuerpo liso, enfrenteado a los otros seis de esa mitad del canto. En el lado derecho, el tercer animal figurado a partir de las escotaduras centrales no muestra el contorno de suido que caracteriza a los otros, sino una cabeza muy alargada, orejas triangulares, una larga cola y un cuerpo con un rombo relleno de trazos rectos. Sanz consideró (1997: 87-88) que podía tratarse de alguna especie de cánido, opinión compartida por De Pablo (2021: 6), quien lo considera un perro con orejas apuntadas y tal vez en posición agresiva.

En lo referente a la iconografía plasmada en el reverso del pomo, ocupan su sector medio tres zoomorfos cuadrúpedos de largo cuello representados cenitalmente. El central, entre las escotaduras, es el de menor tamaño y el que se representa de manera más esquemática, marcándose sólo su contorno y apareciendo dispuesto de forma vertical con la cabeza hacia abajo. A sus lados, los otros dos, en posición horizontal y de mayor tamaño, tienen el cuerpo relleno de trazos y aparecen con sus cabezas orientadas en direcciones opuestas, hacia el exterior de la escena. De ellas surgen sendas cintas sinuosas, cada una finalizada en un círculo reticulado. En torno al círculo del lado izquierdo, aparecen dos animales cuadrúpedos representados de perfil, de morfología diferente entre sí, así como un ave. Uno de ellos es un suido, ya sea un verraco doméstico (Sanz, 1997) o un jabalí (De Pablo, 2021), mientras que el otro se ha indicado que puede ser una cabra (Sanz, 1997) o un caballo (De Pablo, 2021). Junto al círculo reticulado derecho, se figuraron otros dos animales cuadrúpedos similares, asimismo diferentes entre sí, pero la mayor corrosión que ha sufrido esta parte del pomo no permite discernir si también aquí se representó otro ave. Sanz (1997) no halló indicio alguno de que se hubiera grabado en ningún momento; pero De Pablo (2021) cree que se ven restos de una figura, que por razones de simetría, supone que debió de ser un ave.

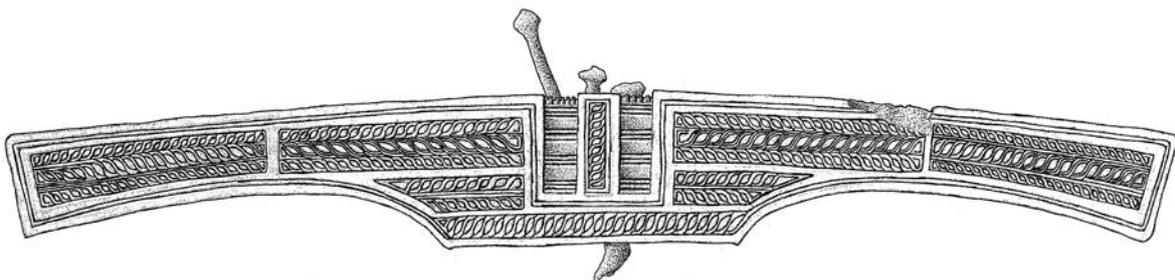


Fig. 4. Anverso del pomo de puñal de la tumba 32 (Sanz, 1997: 86, fig. 77).

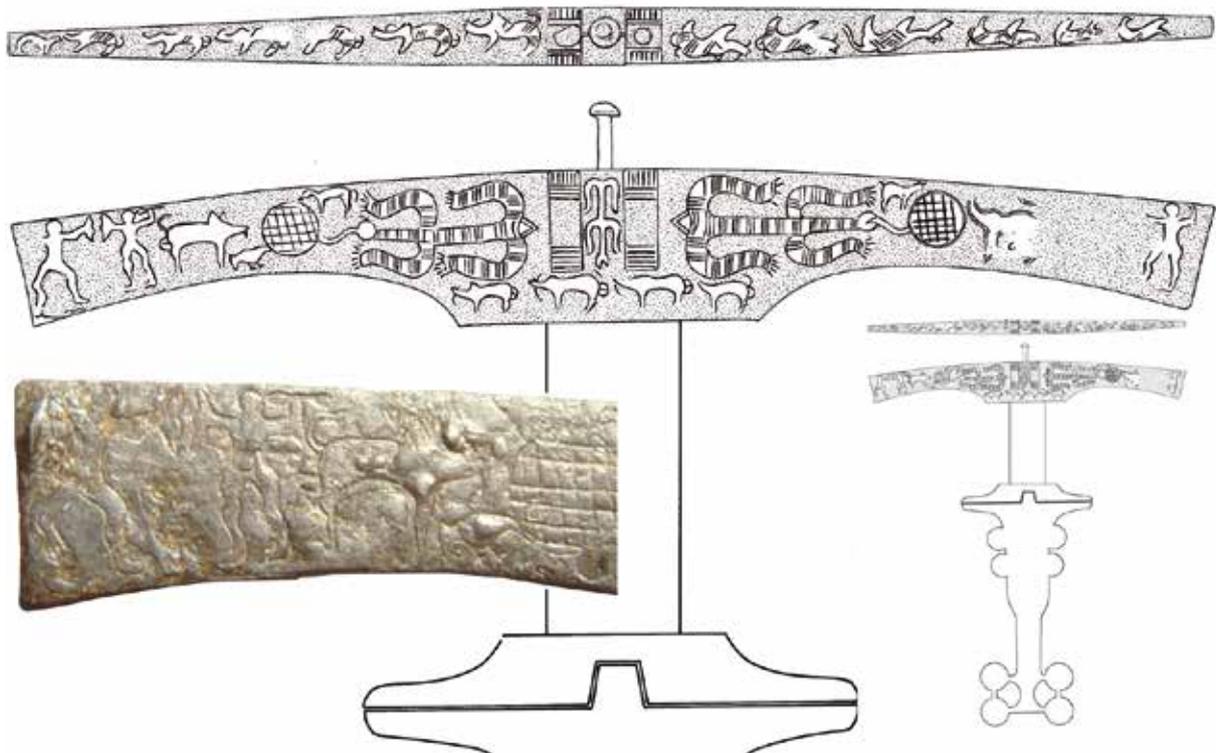


Fig. 5. Decoración figurativa grabada sobre reverso y canto superior del pomo de la tumba 32 (Sanz, 2010: 348, fig. 18).

Las partes más exteriores de la escena, en los extremos del pomo, parecen haber sido ocupadas por sendos combates singulares protagonizados por guerreros a pie, armados con lanza o jabalina y con un pequeño escudo circular tipo *caetra*. Sólo se percibe íntegra la monomaquia del lado izquierdo, pues en el derecho la corrosión parece haber difuminado por completo la línea incisa que figurara el contorno de uno de los contendientes. La imponente simetría, aunque no total, que caracteriza a la representación en su conjunto, así como el espacio vacío que queda sin ocupar delante del guerrero del lado derecho, sugiere de manera contundente que este es el único rival conservado de una inicial monomaquia. Finalmente, en la parte central e inferior del pomo, ocupando la zona de la embocadura bajo los zoomorfos representados cenitalmente, aparecen otros cuatro suidos, representados de perfil, orientados en procesión hacia la parte izquierda de la escena (Sanz, 1997: 87-88).

### Calendarios y suidos

Pese a que constituyen con diferencia los seres más representados en el pomo, los dieciocho suidos que comparecen en él no han merecido demasiada atención, si los comparamos con los enigmáticos seres representados cenitalmente extendiendo su lengua hacia un no menos enigmático círculo reticulado y con los guerreros que hacen gala del *ethos* agonís-

tico vacceo. Sanz (1997: 446-447) los valoró en sus diferentes facetas, incluyendo la cinegética y la funeraria, pero acabó considerando que su aparición en el pomo tiene ante todo una significación económica o productiva, denotada por sus grandes testículos, propios de los cerdos domésticos sementales. Por su parte, De Pablo (2021: 9) critica la anterior perspectiva por considerar que los animales representados son específicamente jabalíes y atribuye su prominente figuración a ser símbolo de coraje y ferocidad para la sociedad vaccea.

Lógicas en sí mismas, ninguna de ambas explicaciones parece poder dar cuenta por entero de la proliferación de suidos ni de la manera en la que proliferan. En la explicación de Sanz, sorprende que a todos esos sementales domésticos se añadieran, como símbolo de riqueza ganadera y, por ende, productiva, un solitario aviforme y, tal vez, algún ovicáprido, faltando por completo las especies equinas y bovinas que tan importantes parecen haber sido económicamente para los vacceos. Pero al mismo tiempo, no se percibe ninguna ferocidad en unos jabalíes que transitan tranquilamente sin abatir a nadie o ser abatidos ellos mismos, procesionando ordenadamente en grupo por las más diversas partes del pomo. No se enfrentan a hombres, a animales o entre sí, con la única salvedad de uno de los dieciocho especímenes (veinte, si incluimos los dos del tahalí), el cual aparece de cara a un pequeño animal sin que ello implique enfrentamiento violento.

Se pueden atribuir significaciones simbólicas muy diversas a este abundante conjunto de animales. Muchas de ellas ya han sido formuladas. Pero es posible que el magnífico conjunto iconográfico constituido por el tahalí y el pomo de la tumba 32 de la necrópolis padillense, sea la clave para poder atribuir a estos suidos un valor simbólico dentro del mundo céltico peninsular hasta ahora descuidado. En concreto, una significación vinculada con el cómputo del tiempo y con su expresión calendárica. Un ámbito que en la sociedad céltica, al igual que en otras sociedades antiguas, se expresó a través de una serie de manifestaciones sociales de tal riqueza, que da pie a sospechar que su mejor delimitación nos abriría una importante puerta de acceso a la mentalidad vaccea. Pues los usos y costumbres vinculados al calendario son muy resistentes al cambio y, en el campo del folklore, son los que proporcionan la imagen más amplia de una comunidad (Danaher, 1972: 11), en especial cuando esta es de naturaleza preindustrial.

Por desgracia, disponemos de pocas certidumbres sobre el calendario céltico y, además, a lo largo de los siglos los diferentes pueblos que lo emplearon debieron introducir en él adaptaciones y variaciones motivadas por diferentes causas. Es probable que los vacceos, sobre cuyo calendario sólo hay investigaciones iniciales aún en curso (Sanz y Blanco, 2015: 52-54), hicieran lo propio. En este caso, sólo podríamos disponer de datos limitados pero, también, únicamente próximos a la realidad vaccea, en ningún caso idénticos a los de esta. El propio concepto de “calendario céltico” es susceptible de análisis desde perspectivas muy diferentes. En principio, una exposición concisa, pero clara y exhaustiva, de las diversas facetas del problema, así como su adecuada extensión al registro arqueológico de los pueblos célticos peninsulares, puede verse en González-García, García y Belmonte (2016), en García y González-García (2017), o en Esteban, Romeo y Fatás (2019).

Como, gracias a los escasos testimonios antiguos conservados y a diversas tradiciones gaélicas, sólo podemos tener por ciertas algunas características genéricas de los calendarios célticos, en nuestra exposición emplearemos unas fechas convencionales, evitando precisar, por ejemplo, si el *Imbolc* celta se celebraba el 31 de enero, el 1 de febrero o durante una parte de ambos días. Asimismo, términos como *Beltaine* o *Samain* se emplearán como forma de simplificar la exposición, pero el nombre de estas festividades pudo ser distinto entre los vacceos y su naturaleza, en parte diferente. Como ocurre en prácticamente todos los campos de estudio sobre la cultura vaccea, en el actual estado de nuestros conocimientos las conclusiones que alcancemos sólo podrán ser provisionales. La principal característica de las hipótesis que formulemos deberá ser su contrastabilidad, de manera que puedan ser comprobadas o refutadas según avancemos más en nuestra comprensión de la referida cultura.

Unas pocas referencias literarias antiguas, el calendario galorromano de Coligny (datado en el siglo II d. C.) y una abundante, pero tardía, información gaélica, son la base sobre la que han de sustentarse los estudios sobre el calendario céltico. Aparentemente, el año celta tenía doce meses, cuatro estaciones y dos partes principales, una de luz y otra de oscuridad; y cada una de sus divisiones se empezaba a computar por su parte oscura o “nocturna”, la cual precedía a la “diurna” o luminosa (Julio César, *Guerra de las Galias*, VI 18). Plinio (*Historia Natural*, XVI 95) aporta algunas precisiones más sobre el calendario galo, incluida la noticia de que sus eras (*saecula*) eran de treinta años. La tradición gaélica sugiere que el inicio del calendario celta se situaba en *Samain* (1 de noviembre), momento en el que el verano llegaba a su fin y se iniciaba la parte “nocturna” del año. Por otro lado, parece que los pueblos celtas en la época prerromana empleaban ya un calendario de tipo lunisolar, cuyos meses lunares intentaron sincronizar con el año sidereal mediante intercalaciones periódicas de días o de meses, realizadas posiblemente de distinta manera. En el caso del calendario galorromano de Coligny, la sincronización parece haberse efectuado mediante la inserción de un decimotercer mes adicional cada dos años y medio, el cual se dividía, como todo el tiempo celta, en una parte “nocturna” y otra “diurna”. Además, los pueblos gaélicos de Irlanda, Escocia y la isla de Man han perpetuado la celebración de cuatro grandes festividades: *Samhain* o *Samain* (1 de noviembre), *Imbolc* (1 de febrero), *Beltane* o *Beltaine* (1 de mayo) y *Lughnasadh* o *Lughnasa* (1 de agosto), las cuales se celebraban al inicio de cada respectiva estación.

Como punto de partida, solo contamos con una coincidencia numérica. La estructura calendárica céltica consistente en un año dividido en dos partes principales, cuatro estaciones y doce meses, se corresponde con el número de suidos figurados sobre el pomo, los cuales aparecen agrupados en idéntica manera: dos en los lados y cuatro junto a su emboadura, en el reverso; y doce en su canto superior. De manera provisional, incluiremos entre estos últimos al “cánido” que en el lado derecho participa de la respectiva procesión y excluirémos al decimotercer animal del extremo izquierdo del canto. No tenemos conocimiento fehaciente de que los celtas (y mucho menos los vacceos) asimilaran en ninguna forma cerdos o jabalíes con períodos de tiempo (véase, por ejemplo: Green, 1992; y para el simbolismo del jabalí en el mundo céltico peninsular: Cerdeño y Cabanes, 1994; así como, en este volumen, la contribución de Luis Valdés García). En principio, la coincidencia numérica que indicamos pudiera ser casual. Pero es indudable que existe y, en consecuencia, podemos comprobar cuáles son sus implicaciones, adoptando provisionalmente una escéptica postura de *epojé*, esto es, de suspensión del juicio antes de afirmar o negar ninguna posibilidad.

Empezando por los suidos de mayor tamaño, los cuales aparecen junto a sendos círculos reticulados, cada uno forma parte de una escena que es similar a su opuesta, pero no igual. Aunque lo más probable es que existieran monomaquias semejantes en ambos lados del pomo y la aparición de un único ave en el lado izquierdo se haya discutido, no hay duda de que entre ambas partes existen diferencias que no son adventicias. Los propios suidos no son iguales, pues el derecho se ha trazado con un doble contorno que falta en el izquierdo. Además, en la derecha, el círculo reticulado tiene como orla un círculo ligeramente mayor, del cual carece el círculo del lado izquierdo. Asimismo, el zoomorfo en perspectiva cenital del lado izquierdo muestra dos incisiones en la parte delantera de su cabeza que Sanz interpretó como colmillos de jabalí, aunque De Pablo apunta (2021: 4-5) que pudieran ser orejas o cuernos. Lo sustancial ahora es que dichas incisiones no aparecen en su congénere del lado derecho. Además, la cabeza de ambos zoomorfos en perspectiva cenital se asemeja a un círculo, pero el espécimen de la derecha muestra a modo de boca un rebaje de unos cuarenta y cinco grados ausente en el espécimen izquierdo, aunque los dos extienden igualmente su lengua. Estas diferencias pueden interpretarse como indicativas de que los dos zoomorfos mayores, así como los dos círculos reticulados, son individuos diferentes, aunque pertenecientes a una misma especie. Sin embargo, también pueden interpretarse como indicativas de que se trata de los mismos individuos (círculo reticulado y zoomorfo) que aparecen representados en cada una de las dos partes del año celta: la clara y la oscura.

Si así fuera, hemos de reparar en que los suidos que aparecen junto a los círculos reticulados se han representado de manera diferente y cabe plantearse si uno representa o es propio del lado luminoso del año céltico y el otro de su lado oscuro. Esto pudiera ser relevante, en especial, a la hora de valorar otras representaciones de cerdos o jabalíes sobre fibulas, cinturones y otros documentos arqueológicos de la Céltica peninsular. En el caso de que pudieran ser adscritas con mayor certidumbre a una u otra morfología, su disposición en el pomo padillense pudiera constituir una variable analítica más para contrastar sus respectivos caracteres.

El elemento más próximo susceptible de cotejarse son los dos zoomorfos representados en la parte distal del tahalí de la propia tumba 32. Como hemos indicado, según Sanz (1997) se trata de verracos, entendiendo por tales cerdos sementales; mientras que De Pablo (2021) los considera lobos aullando. En principio, la documentación iconográfica de la segunda Edad del Hierro peninsular y, en especial la de la submeseta septentrional, obliga a identificarlos con suidos. En este caso, es difícil definir en el broche la existencia de un “lado” derecho o izquierdo. Además, hasta donde los daños producidos por la corrosión



Fig. 6. Zoomorfos sobre el tahalí de la tumba 32 (De Pablo, 2021: fig. 3).

dejan ver, ambos animales parecen similares, no mostrando más que muy ligeras diferencias morfológicas entre sí, atribuibles al azar de su ejecución. No obstante, sobre el lomo de uno de ellos, se ha damasquinado una corta secuencia de eses encadenadas (fig. 6). Se considera que en algunos casos estas eses pueden representar ánades (Alfayé, 2010: 558-559; Blanco, 2013: 174-175), un particular que aquí no podemos desvelar. Pero, en todo caso, esa breve secuencia parece introducir una diferencia simbólica clara, indicadora de que ambos animales no son dos individuos indiferenciados de una misma especie, sino que uno posee unas características de las que carece el otro, o bien, que se trata de un mismo espécimen representado en dos momentos o situaciones diferentes.

A tenor de la documentación irlandesa antigua, el año celta parece haber tenido, asimismo, cuatro estaciones. El número de los suidos que se hallan en la embocadura del pomo, conectando la escena de un lado con la del lado contrario, se corresponde con el de ellas. Si suponemos que el sentido de su marcha es acorde con la sucesión de estaciones del calendario celta, la consecuencia es que la parte “nocturna” del año es la del lado derecho del pomo, siendo la del lado izquierdo su parte “diurna”. En este conjunto de animales, hallamos además otro elemento discriminador: el tamaño o desarrollo de sus crestas. El principal inconveniente contra este criterio se deriva de la posibilidad de que la configuración de la cresta esté condicionada por el espacio disponible en el soporte, factor que parece haber influido en el tamaño relativo de los animales, siendo mayores los dos del centro y menores los de los extremos. Aun así, la diferencia morfológica perceptible es clara: el primer animal por la derecha carece por completo de protuberancia superior e incluso la parte anterior de su lomo muestra perfil cóncavo, mientras que en la del siguiente aparece ya una ligera curvatura hacia arriba; en el ter-

ceros se percibe un pequeño abultamiento y, ya en el cuarto, una eminente prolongación picuda. Esta evolución morfológica es independiente del tamaño de los cuatro suidos representados y parece denotar una evolución temporal representativa de su ciclo de crecimiento, que se desarrolla, al igual que el sentido de su marcha, de derecha a izquierda. Esta evidencia nos pone además ante una disyuntiva: ¿se trata de cuatro animales diferentes, o de un mismo animal representado en cuatro etapas evolutivas distintas?

La pregunta es especialmente pertinente porque, en todo caso, esta secuencia evolutiva es coherente con las diferencias morfológicas perceptibles entre los tres zoomorfos representados desde una perspectiva cenital. El que ocupa la posición central parece hallarse fuera del calendario, pues no se incluye en ninguna de las dos partes del año, sino que más bien las separa. Su cuerpo no muestra las incisiones rectas que caracterizan a los otros dos, no tiene cola ni garras, no extiende su lengua y no se asocia a un círculo reticulado. Sin embargo, su cabeza circular rebajada por una escotadura en V es similar a la del zoomorfo del lado derecho. Este, aunque mantiene aún ese rebaje angular a modo de boca, tiene cola y cuerpo relleno de trazos y extiende su lengua hacia un círculo reticulado, mismos rasgos que caracterizan al cenital izquierdo, el de la parte "luminosa" del año, la segunda y última. Pero la lengua de este último toca un círculo sin orla, su cabeza se ha completado desapareciendo el rebaje angular que marcaba su boca y de ella surgen ahora dos protuberancias marcadas mediante sendas incisiones (fig. 7). Más que de tres seres distintos, parece tratarse de un mismo ente mitológico del cual se muestra su evolución temporal a lo largo del año, una evolución orientada por los conceptos de crecimiento, desarrollo y totalidad, de manera parecida a como ocurre en el caso de los suidos de la embocadura. Una faceta temporal que podemos vincular con el concepto de triplicidad que ya Sanz (1997: 441) creyera ver presente en la escena.

Podemos plantearnos, aunque ello sea improbable, que la dirección plasmada por el artífice que grabó las imágenes fuera la inversa, es decir, que partiendo del zoomorfo cenital izquierdo, su proceso evolutivo acabe en el espécimen central; pero la secuencia que lleva del uno al otro parece la única posible, quedando en todo caso el zoomorfo del lado derecho en mitad del proceso. Desde un punto de vista iconográfico, esta evolución formal no resulta evidente porque no se plasma en una secuencia unidireccional; y esto parece ser así porque en tal caso el artífice no podría haber reflejado en la doble escena principal su carácter especular, el cual parece haber sido un concepto primordial en el diseño de la composición.

En lo referente al círculo reticulado, tan sólo cabe decir que el cambio que se percibe es que pierde su orla, algo a lo que pudiera buscarse una significación

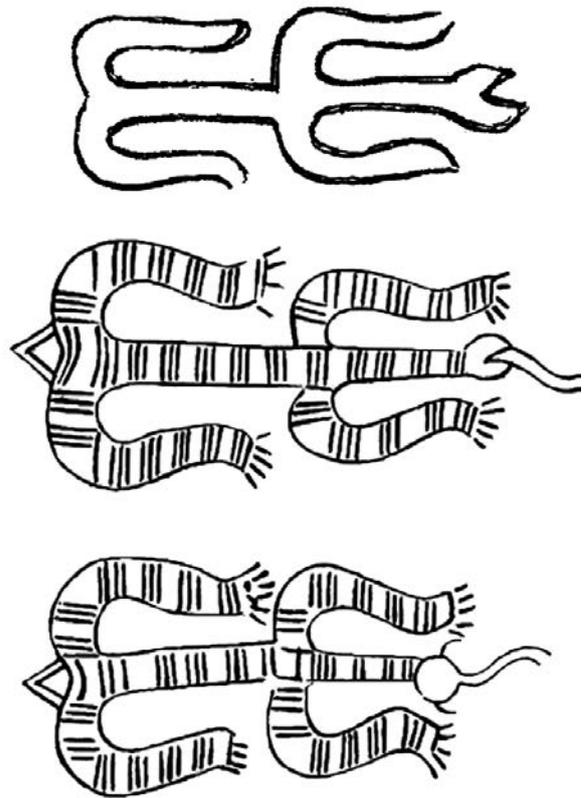


Fig. 7. Desarrollo morfológico, sin tener en cuenta su escala, de los tres zoomorfos en perspectiva cenital grabados sobre el pomo de puñal de la tumba 32.

asimismo temporal, pero que no es fácil de esclarecer. También el gran verraco junto al círculo reticulado pierde su doble contorno, si es que no se trata de dos suidos diferentes. Esta transformación, que bien puede simbolizar la pérdida de su doble contorno para un mismo verraco y círculo reticulado, es ambivalente. Podemos interpretarla, si atribuimos a las imágenes del reverso un sentido de izquierda a derecha, como una señal de que el año vacceo se va completando; pero con la misma propiedad podemos suponer, si las atribuimos un sentido de derecha a izquierda, que dicha mutación es indicadora de que el correspondiente año vacceo se va acabando y debilitando. Nuestro conocimiento de los patrones y códigos iconográficos vacceos es aún demasiado limitado como para poder profundizar más en el posible sentido de ese sutil cambio.

Quedan, finalmente, doce suidos en el canto superior que, en sendos sextetos, se disponen en procesión desde las escotaduras centrales hasta cada extremo del pomo, acompañados de un decimotercer animal que no participa de su doble comitiva. Otra vez encontramos una correspondencia numérica con el calendario celta, en este caso con sus meses. Su naturaleza simbólica puede venir indicada por el hecho de que sus cuerpos muestran incisiones paralelas. Estas aparecen en suidos representados en fibulas y broches de cinturón de la Meseta, donde pueden re-

presentar algún tipo de correaje o constituir la esquematización de rasgos morfológicos del animal real. A diferencia de lo que ocurre con los cuatro suidos ubicados en la embocadura del pomo, no todos los del canto se orientan en la misma dirección, sino que cada sexteto mira en direcciones opuestas. Reflejan conceptos distintos a los del reverso del pomo, donde los cuatro suidos parecen representar la transición de una parte del año a la otra y, de hecho, ocupan un sector en la parte central del pomo que no parece formar parte ni del lado izquierdo ni del derecho. Mientras que, por el contrario, cada uno de los dos sextetos del canto está incluido en la prolongación de uno u otro lado de la escena del reverso, es decir, de esa parte respectivamente “oscura” o “luminosa” del año celta, como posible indicación de que son los meses que pertenecen a cada una de ellas. Además, pese a que la variación de su tamaño impuesta por el espacio disponible en el canto no permite hacer apreciaciones incuestionables, en ambas procesiones los especímenes parecen tener una protuberancia dorsal cada vez más prominente y puntiaguda según ocupan una posición más retrasada en la procesión. Una evolución inversa a la que experimentan sus cuatro congéneres situados en la embocadura.

Pero, como sabemos, dos hechos rompen claramente esta simetría: la aparición en el extremo izquierdo del canto, orientado en dirección opuesta a la de los seis suidos que van hacia él, de un pequeño animal sin forma de suido y con cuerpo liso; y la inclusión en el sexteto opuesto del canto, en tercer lugar a partir de las escotaduras centrales, de un animal que, aun participando de la procesión con ellos, no parece ni un cerdo ni un jabalí, pues claramente posee fisiología y atributos singulares. Se trata de diferencias sustanciales que no se pueden achacar, como en el caso de la diversidad de tamaño, a la necesidad de adecuar las imágenes al espacio disponible en el soporte.

El animal que, participando de la procesión con los suidos, no se asemeja a los mismos, se sitúa según nuestra hipótesis en la parte “oscura” del año. Su similitud con un cánido no es evidente. En mi opinión, su contorno se asemeja sobre todo al de algunos mustélidos, en especial (por su morro alargado y por su cuerpo rechoncho y abombado en su parte posterior) al de un tejón, aunque también muestra más vagas similitudes con la silueta de la marta común o con la de una comadreja. En cuanto al diseño sobre su lomo, no se corresponde con la librea de un tejón ni, en general, con la de ningún otro mustélido o animal, luego su carácter simbólico es probable. Pero, ¿por qué podría haber sido incluido en la comitiva un ejemplar de esta especie o algún otro mustélido?

Recurriendo a documentos muy posteriores a la época celta, sabemos que el tejón común (*Meles meles*) ha estado asociado en Europa a un día concreto, el 2 de febrero, por ser una de las especies hiberna-

doras, junto con otros mustélidos, osos y serpientes, cuya conducta en esas fechas supuestamente permite pronosticar el fin del invierno o su prolongación durante algún tiempo más. En Alemania el 2 de febrero era denominado popularmente el Día del Tejón (*Dachstag*), celebración que fue importada en Norteamérica por inmigrantes alemanes mutando, por ser el tejón una especie exclusivamente euroasiática, en el *Groundhog Day* o Día de la Marmota (Ivey, 1964: 210-211, n.º 6.045). Pero en las zonas pirenaicas así como en las alpinas, a menudo ese papel predictor le era otorgado al oso (Agus, 2015: 27-29), en Irlanda también se recurría al erizo y, en un viejo proverbio escocés en lengua gaélica, se indica como el día 1 de febrero la serpiente saldrá de su agujero (*Carmina Gadelica*, ed. Carmichael, 1900, p. 169), permitiendo así pronosticar el tiempo invernal que queda.

Contando desde el inicio del año en *Samain* (1 de noviembre), estas fechas, 1-2 de febrero, se corresponden en el calendario irlandés antiguo con el inicio de la estación primaveral marcada por la fiesta de *Imbolc*, así como con el inicio del cuarto mes del calendario celta. El animal que pudiera caracterizarlo en el lado derecho del canto superior del pomo, ocupa el tercer lugar desde sus escotaduras centrales y el cuarto si lo contamos desde el extremo de la pieza. En consecuencia, si consideramos que desde el inicio del año celta (1 de noviembre) se trata del cuarto inicio de mes (1 de febrero), hemos de concluir, de acuerdo con nuestra hipótesis, que la sucesión de animales/meses del año vacceo empieza por el animal más cercano al extremo derecho del pomo y que el mismo es representativo de un mes equivalente a *Samain*.

Ahora bien, si *Samain* se sitúa en el extremo derecho del pomo, al inicio de los seis meses de la parte oscura del año vacceo, con el inicio de *Imbolc* en el cuarto lugar; y al otro lado del pomo hay otro sexteto de animales semejantes en procesión, que pueden simbolizar a su vez los seis meses propios de la parte “clara” del año vacceo, ¿qué explicación cabe dar a la aparición de un decimotercer animal en el extremo opuesto del pomo? Su menor tamaño no parece un criterio diferencial útil. Pero sí lo son su contorno distinto al de los demás animales del canto, su cuerpo liso y su oposición frontal al sexteto que compone la procesión de ese lado del pomo. Parece indudable que su naturaleza es en cierto modo diferente, aunque comparte con ellos el mismo espacio. Además, respecto del conjunto de doce animales que lo acompaña, se halla en el punto más alejado posible del que, en el otro extremo, suponemos representativo del primer mes del año, del cual lo separan todos los demás.

Las fases lunares son un método muy efectivo de computar el tiempo. Pero se suceden con una cadencia aproximada de 29,53 días, por lo que un año con doce meses sinódicos (o lunaciones) totaliza poco más de 354 días. El desfase temporal de este año lu-

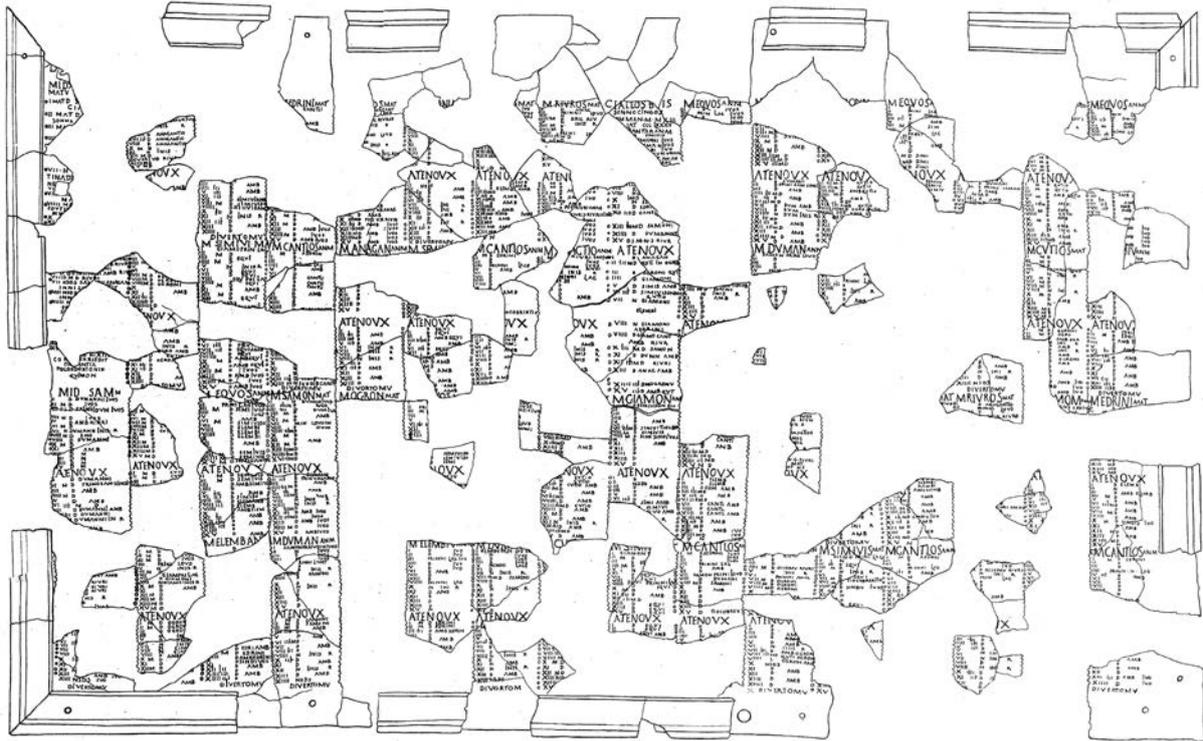


Fig. 8. Reconstrucción de la tabla de bronce con el calendario galorromano de Coligny, de finales del siglo II d. C. (según De Ricci, 1926).

nar respecto del año solar sidereal se traduce al cabo de algún tiempo en que las fechas del calendario no se corresponden con la época del año que inicialmente designaban. Los calendarios lunisolares compensan este desfase intercalando cada cierto tiempo un número determinado de días. En el calendario galorromano de Coligny (fig. 8), la solución adoptada parece haber sido intercalar un mes adicional cada dos años y medio. Pero a lo largo de la historia los mecanismos empleados para sincronizar el cómputo lunar y el solar han sido diferentes, incluyendo la intercalación de algunos días durante todos los años. Se trata de un problema que también afectó, en este caso por emplear cómputos iniciales inexactos, a los calendarios solares y para resolver el cual los egipcios añadían a sus períodos regulares de tiempo, que totalizaban 360 días, otros cinco días que los griegos denominaban *epagómenos*. También en el caso romano, hasta que Julio César introdujera su reforma calendárica en el año 46 a. C., existía un *mensis intercalaris* o mes intercalado que era denominado *Mercedonius* y que se introducía con cierto grado de aleatoriedad.

En el caso de los calendarios lunisolares, estos períodos intercalares han sido en cierto modo anómalos para quienes han debido valerse de ellos para adecuar el ritmo de su vida cotidiana a la natural y armónica sucesión de lunaciones, teniendo que añadirlos de manera irregular cada uno o varios años, en forma de días o de meses y, a menudo, tras la duodécima lunación, al final del año calendárico lunar. Es

posible que su carácter extraño y contradictorio con la sucesión de doce meses lunares se represente en el decimotercer animal del canto superior del pomo, situado en el lado contrario a *Samain* (el inicio del año) y enfrentado a los seis verracos de la segunda parte del año vacceo que se dirigen hacia él. Aparentemente, es el único animal representado en el canto superior con un cuerpo liso. Es cierto que los suidos que aparecen en el reverso también carecen de trazos en su interior. Aunque, si, como hemos visto, los dos animales representados en el tahalí con su cuerpo relleno de trazos también son cerdos o jabalíes, pudieran constituir otra forma de representar esa dualidad “oscura” y “clara” del año, siendo indicio de que estamos ante conceptos que podían ser representados mediante procedimientos distintos. En el caso del tahalí, la clara diferencia entre uno y otro animal se establece no mediante diferencias morfológicas entre ambos, pues ninguna de relieve puede indicarse, sino mediante la inserción de una pequeña sucesión de eses encadenadas sobre el lomo de uno de ellos. Unas diferencias iconográficas que podrían alimentar el debate en torno a la decoración sincrónica o no de los diferentes elementos del equipo metálico de la tumba 32. En todo caso, los animales figurados sobre el canto, que son los que hipotéticamente podemos etiquetar como “meses” y por lo tanto calificar como de un género conceptual similar a nuestro decimotercer animal, sí muestran trazos internos en su cuerpo de los que aquel carece.

A través de esta reflexión, volvemos al reverso del pomo, donde vemos también un conjunto de individuos de los cuales uno se muestra como especialmente singular: el zoomorfo representado en perspectiva cenital en el centro de la composición, entre las escotaduras laterales y, por ende, entre las dos supuestas partes del año vacceo, como en un espacio que no pertenece ni a un tiempo ni al otro, en una posible representación de un período intercalar. Sus rasgos morfológicos, su cuerpo orientado de acuerdo con un eje diferente, la ausencia de una lengua extendida y de un círculo reticulado en su extremo, lo diferencian claramente de los dos congéneres que lo flanquean (tal vez el mismo ente mitológico en sendos períodos del calendario celta empleado por los vacceos) y parecen ubicarlo en una especie de limbo temporal.

La estructura global del calendario de Coligny nos posibilita hacer una aproximación final al panorama general representado en el reverso del pomo (tabla 1). Descubierta en 1897 a unos 100 km de la antigua *Lugdunum*, este calendario galorromano estaba contenido en una gran tabla de bronce, la cual se conserva sólo en estado fragmentario. Su texto, en lengua gala, está escrito con letras capitales romanas. Su primera transcripción completa fue publicada por Dottin (1920: 172-207, n.º 53) y la edición por ahora definitiva del mismo es debida a Duval y Pinault (1986). Las interpretaciones en torno a su contenido son numerosas y a menudo divergentes. Sólo mencionaremos aquí algunas características generales del mismo, las cuales no son objeto de discusión y tienen como epicentro la naturaleza de sus intercalaciones calendáricas.

En concreto, los fragmentos de la tabla broncea muestran un ciclo de cinco años solares en el cual se insertan 62 meses lunares. Estos resultan de añadir a los doce meses lunares de cinco años, dos meses intercalares: uno antes del inicio del ciclo, es decir antes del mes *Samonios* (posible equivalente del *Samain* irlandés) del primer año; y otro en la mitad del tercer año (entre los meses de *Cutios* y *Giamonios*) y, por lo tanto, hacia mediados del ciclo total de cinco años. Si extrapolamos estos datos al reverso del pomo, todo

parece indicar que en conjunto sus imágenes representan la estructura de un año intercalado, es decir, con el zoomorfo cenital de su parte media representando o formando parte de un mes, mientras que los laterales se vinculan con los respectivos semestres del año.

Si esto es así y si intentamos buscar sus posibles similitudes con el calendario de tipo céltico de Coligny, el año intercalado que se representa en el reverso del pomo pudiera corresponderse con el año inicial de un ciclo, o bien con el situado en la mitad de este, es decir, su tercer año. En este último caso, caben dos opciones: la primera es que la parte izquierda del reverso sea representación del primer semestre del año (su parte “oscura”), la parte central lo sea del mes intercalado (entre *Cutios* y *Giamonios*) y la parte derecha de la segunda parte del año (la “clara”); la segunda opción es que el desarrollo temporal de la escena sea el inverso, situándose a la derecha la parte “oscura” e inicial del año y a la izquierda la segunda y “luminosa”. Como vimos, la orientación de los *suidos* situados en la embocadura y su desarrollo morfológico, así como la posible situación del mes que se inicia con la fiesta de *Imbolc* en la parte derecha del canto, parecen sugerir más esta última posibilidad. Sin embargo, el desarrollo morfológico del animal representado por triplicado en perspectiva cenital tampoco en este caso parece seguir una sucesión lógica.

La otra posibilidad es que el artífice representara un año intercalado antes de *Samain* o, lo que es lo mismo, el primer año de un ciclo de 62 meses lunares sinódicos, equivalentes de manera aproximada a cinco años solares. En este caso, el zoomorfo situado en la parte central superior del reverso representaría ese mes intercalado inicial mediante el cual se da comienzo al ciclo. A su derecha estaría entonces la primera parte, “oscura”, del año, la cual conectaría, a través de la parte central inferior del reverso, mediante la procesión de cuatro estaciones/*suidos*, con la segunda parte del año, la “luminosa” del lado izquierdo. El desarrollo morfológico de los zoomorfos en perspectiva cenital y de los cuatro animales de la embocadura, sería en tal caso coherente con esta sucesión tempo-

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16
Inter- calar 1	Riuros	Giamonios	Edrinios	Riuros	Giamonios	Edrinios	Riuros	Inter- calar 2	Equos	<b>Samonios</b>	Ogronios	Equos	<b>Samonios</b>	Ogronios	Equos
	Anagantios	Simivisonnios	Cantlios	Anagantios	Simivisonnios	Cantlios	Anagantios		Elemvivos	Dumanios	Cutios	Elemvivos	Dumanios	Cutios	Elemvivos
<b>Samonios</b>	Ogronios	Equos	<b>Samonios</b>	Ogronios	Equos	<b>Samonios</b>	Ogronios	Giamonios	Edrinios	Riuros	Giamonios	Edrinios	Riuros	Giamonios	Edrinios
Dumanios	Cutios	Elemvivos	Dumanios	Cutios	Elemvivos	Dumanios	Cutios	Simivisonnios	Cantlios	Anagantios	Simivisonnios	Cantlios	Anagantios	Simivisonnios	Cantlios

Tabla 1. Esquema del calendario galorromano de Coligny. En 16 columnas, los 62 meses de un ciclo lunisolar de cinco años se disponen de izquierda a derecha y en sentido vertical. Antes del primer año, se intercala un mes y otro a mediados del ciclo. El primer mes de cada año es *Samonios*, resaltado en rojo en la tabla.

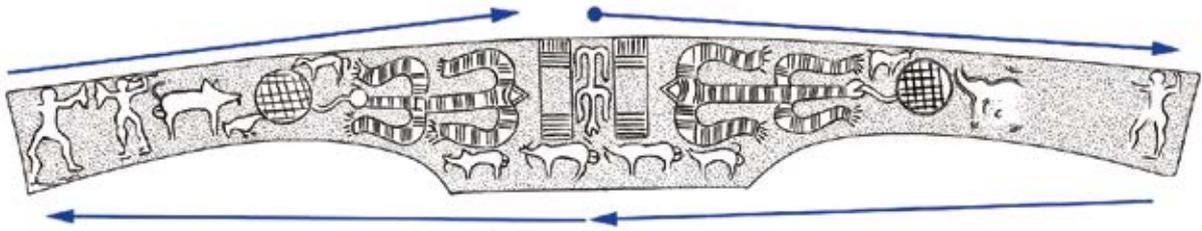


Fig. 9. Probable orientación temporal de tipo cíclico de las imágenes representadas en el reverso del pomo de la tumba 32.

ral. Y la imagen en conjunto del reverso mostraría, en toda la extensión del término, un período temporal expresado de manera cíclica, acorde con la mentalidad céltica. Es muy poco lo que conocemos aún de los códigos iconográficos vacceos. Pero en ausencia de otros criterios, los morfo-tipológicos de las propias imágenes figuradas indican que es esta representación cíclica del primer año de un ciclo lunisolar céltico de cinco años, similar al recogido sobre la tabla de bronce de Coligny, lo que aparece representado en el reverso y el canto superior del pomo (fig. 9).

Ahora bien, este ciclo temporal de cinco años debía integrarse, a tenor del pasaje ya citado de Plinio (*Historia Natural*, XVI 95), en una era de 30 años que, según el autor romano, constituía el *saeculum* celta. Dicho “siglo” debería, en consecuencia, estar constituido por seis de esos ciclos quinquenales mediante los cuales pretendía sincronizarse el año lunar con el sideral. En el equipo monte Bernorio de la tumba 32, hay un símbolo muy prominente que se corresponde con dicha configuración temporal. En realidad, si consideramos que la significación de esa era de 30 años constituida por seis ciclos penta-anales similares al representado sobre el calendario de Coligny, bien pudo ser de mayor relevancia que otros cómputos temporales de menor duración, su posible representación en ese equipamiento metálico pudiera ocupar el lugar privilegiado correspondiente: el broche en el extremo distal del tahalí, donde la compleja labor de lacería damasquinada junto a la cual se figuran los dos zoomorfos representados en la pieza, está compuesta por seis ciclos similares que se entrelazan entre sí (fig. 6). No obstante, la aparición de otra composición similar en la parte opuesta del broche metálico, deja abierta la posibilidad de que ambas simbolizen otro tipo de sucesión temporal, por ejemplo, el conjunto de seis meses de cada una de las partes del año celta.

## Conclusiones

Las imágenes representadas sobre el equipo metálico de tipo Monte Bernorio de la tumba 32 de la necrópolis de Las Ruedas pudieran estar figuradas de manera acorde con una organización calendárica del tiempo, simbolizada por los suidos. Esta vinculación ha de

ser cotejada con otros documentos arqueológicos y literarios, en especial de la Céltica peninsular. Nuestro desconocimiento de los calendarios empleados por los pueblos célticos es inmenso, lo cual aumenta nuestra incertidumbre sobre toda reconstrucción que se quiera hacer de aquellos. La hipótesis aquí desarrollada constituye tan sólo un análisis previo que requiere de ulteriores comprobaciones. Pero proporciona una interpretación global y coherente del programa iconográfico que conocemos de ese equipamiento que, además, es susceptible de corroboración o refutación mediante el eventual examen de otros testimonios.

En lo referente a los tres zoomorfos en perspectiva cenital representados en la pieza, podemos plantear que los tres congéneres representan tres fases distintas de un mismo ser; o bien, en otros términos, tres especímenes asociados, cada uno, a un momento específico del tiempo vacceo. Una naturaleza subyacente en el concepto de triplicidad tan caro a los pueblos célticos cuya presencia en la iconografía del pomo ya subrayó con claridad Sanz desde un inicio (1997: 441), siendo valorada positivamente por Blanco (2011-2012: 185); y que creo que es erróneo sustituir por episodios históricos *ad hoc* (De Pablo, 2021).

## Bibliografía

- ABARQUERO MORAS, F. J. (2006-2007): “Simbolismo cenital en el mundo vacceo a propósito de un recipiente de cerámica de Las Eras de San Blas (Roa, Burgos)”. *BSAA arqueología*, 72-73, pp. 183-209.
- AGUS, C. A. (2015): “Il tempo dell’orso, l’orso nel tempo: l’*exemplum* dell’arco alpino occidentale”. En E. Comba y D. Ormezzano (eds.), *Uomini e orsi: Morfologia del selvaggio*. Torino: Accademia University Press, pp. 15-36. Collana di studi del Centro Interdipartimentale di Scienze Religiose, Università di Torino, 6. [DOI: <https://doi.org/10.4000/books.aaccademia.1375>].
- ALFAYÉ VILLA, S. (2010): “Iconografía vaccea: una aproximación a las imágenes del territorio vacceo”. En F. Romero y C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, pp. 547-573. *Vaccea Monografías*, 4.
- ALMAGRO-GORBEA, M., BALLESTER, X. y TURIEL, M. (2017): “Tésera celtibérica con “lobo cenital” procedente de

- Burgos". *BSAA arqueología*, 83, pp. 157-185. [DOI: <https://doi.org/10.24197/ba.LXXXIII.2017.157-185>].
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1997): "Zoomorfos celtibéricos en perspectiva cenital: a propósito de los hallazgos de Cauca y el castro Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)". *Complutum*, 8, pp. 183-204.
- (2011-2012): "Triplismo en la Hispania céltica". *BSAA arqueología*, 77-78, pp. 171-202.
- (2013): "El lenguaje simbólico de las imágenes: peces y aves en la iconografía vaccea". *Real Academia de Cultura Valenciana: Sección de estudios ibéricos "D. Fletcher Valls"*. *Estudios de lenguas y epigrafías antiguas – ELEA*, 13, pp. 159-218.
- (2018): *Cauca vaccea: formación, desarrollo y romanización de una ciudad*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 5.
- CERDEÑO SERRANO, M. L. y CABANES MIRÓ, E. (1994): "El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular". *Trabajos de Prehistoria*, 51 (2), pp. 103-119.
- DANAHER, K. (1972): *The year in Ireland*. Cork - Dublin: The Mercier Press.
- DE PABLO MARTÍNEZ, R. (2021): "El puñal Monte Bernorio de la tumba 32 de la necrópolis de Las Ruedas ¿arma y objeto de veneración de los antepasados? Nueva propuesta sobre la iconografía desarrollada en su pomo". *Archivo Español de Arqueología*, 94, e12.
- DE RICCI, S. (1926): "Le calendrier celtique de Coligny". *Journal des Savants*, pp. 448-449.
- DOTTIN, G. (1920): *La langue gauloise: grammaire, textes et glossaire*. Paris: C. Klincksieck. Collection pour l'étude des antiquités nationales, 2.
- DUVAL, P.-M. y PINAULT, G. (1986): *Recueil des Inscriptions Gauloises (R. I. G.): Volume III. Les calendriers (Coligny, Villards d'Héria)*. Paris: Éditions du CNRS.
- ESTEBAN LÓPEZ, C., ROMEO MARUGÁN, F. y FATÁS FERNÁNDEZ, L. (2019): "El campo de túmulos de Peñas Pasera de la ciudad celtibérica de Aratis (Aranda del Moncayo, Zaragoza) y el calendario celta". *Zephyrus*, 84, pp. 115-137.
- GARCÍA QUINTELA, M. V. y GONZÁLEZ-GARCÍA, A. C. (2017): "Archaeological Footprints of the "Celtic Calendar"?". *Journal of Skyscape Archaeology*, 3 (1), pp. 49-78.
- GONZÁLEZ-GARCÍA, A. C., GARCÍA QUINTELA, M. V. y BELMONTE, J. A. (2016): "Landscape construction and time reckoning in Iron Age Celtic Iberia". *Documenta Praehistorica*, 43, pp. 479-497.
- GREEN, M. J. (1992): *Animals in Celtic Life and Myth*. Abingdon-on-Thames: Routledge.
- IVEY WHITE, N. (ed.) (1964): *The Frank C. Brown Collection of North Carolina Folklore, vol. VII*. Durham: Duke University Press.
- LENERZ-DE WILDE, M. (1991): *Iberia Celtica: archäologische Zeugnisse keltischer Kultur auf der Pyrenäenhalbinsel*. Stuttgart: Franz Steiner.
- ROMERO CARNICERO, F. (2010): "Las representaciones zoomorfas en perspectiva cenital. Un estado de la cuestión". En F. Romero y C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Wattenberg, Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 4, pp. 467-545.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Salamanca: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León. Monografías, 6.
- (2008): "Un puñal-reliquia vacceo hallado en Pintia (Padilla de Duero, Valladolid)". *Gladius*, 28, pp. 177-194.
- (2010): "El armamento vacceo". En F. Romero y C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 4, pp. 319-361.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y BLANCO GARCÍA, J. F. (2015): "Figuración y abstracción en el universo mental vacceo. El bestiario en Pintia (Padilla de Duero/Peñafiel, Valladolid)". *Vaccea Anuario*, 8, pp. 48-64.

Recibido: 16-09-2022  
 Aceptado: 30-10-2022

EST. 1927

# Protos



ENTRADA MÁS FUERTE EN LAS 50 MARCAS  
MÁS ADMIRADAS DEL MUNDO



 WINE INSTITUTE

El vino sólo se disfruta con moderación

DESCUBRE NUESTROS  
PRODUCTOS Y PROMOCIONES  
ESPECIALES EN EL QR

[www.bodegasprotos.com](http://www.bodegasprotos.com)

# Ciudades en el entorno del territorio vacceo

Juan Francisco Blanco García

Universidad Autónoma de Madrid  
Departamento de Prehistoria y Arqueología

## Resumen

En los bordes externos del territorio vacceo se localizan una serie de ciudades pertenecientes a turmogos, arévacos, vettones y astures –como Castrojeriz, Alto de San Pedro, Los Quemados, Sepúlveda, Segovia o Las Cogotas, entre otras–, que por su vecindad con las vacceas periféricas nos muestran algunos elementos de cultura material, sobre todo producciones cerámicas y joyería de plata, prácticamente indistinguibles de los propiamente vacceos, tanto desde el punto de vista tecnológico como tipológico y decorativo. Esto nos lleva a hacer una valoración inicial de la capacidad de influencia que sobre los núcleos periféricos del territorio vacceo tuvieron ciudades tan destacadas como *Pallantia/Palenzuela*, *Rauda*, *Pintia*, *Cuéllar/Colenda* o *Cauca*. Siendo detectables ya desde el siglo IV a. C., fue en los siglos II y I a. C. cuando mejor advertimos esas influencias materiales.

**Palabras clave:** territorio vacceo, ciudades fronterizas, turmogos, arévacos, vettones, astures, Edad del Hierro, valle del Duero, España

## Cities at the neighbourhood of the Vaccaean territory

### Abstract

At the neighbourhood of the Vaccaean territory, we find various cities localized in the land of the turmogi, arevaci, vettones and astures –Castrojeriz, Alto de San Pedro, Los Quemados, Sepúlveda, Segovia, Las Cogotas, and so on–, that show a cultural affinity with the vaccaean cities. Perhaps, the most important items of the material culture of those cities were the pottery production and the silver jewelry, and not only in technology, but in typology and decorative aspects too. This paper shows a preliminary exploration of the material influences of some Vaccaean cities, like *Pallantia/Palenzuela*, *Rauda*, *Pintia*, *Cuéllar/Colenda* or *Cauca*, over those cities. The period in which we can see clearly those material influences was during the 2nd and 1st centuries BC.

**Key words:** Vaccaean territory, cities at the frontier, Turmogi, Arevaci, Vettones, Astures, Iron Age, Duero River Valley, Spain.





## Castrojeriz (Burgos)

Situada a unos veinte km al sureste de *Dessobriga*, ciudad esta última que, por cierto, en ocasiones ha sido atribuida a los turmogos pero desde hace tiempo viene siéndolo a los vacceos (Torrione, 2018; Martín Hernández, 2018), el cerro testigo en el que estuvo situado el poblado prerromano de Castrojeriz, denominado cerro del Castillo, se eleva unos ciento treinta metros sobre la llanura circundante, parcialmente recorrida por el río Odra. La plataforma superior del cerro, de poco más de dos hectáreas de extensión, constituye la parte central del poblado prerromano, ya que este la desbordó ampliamente, habiéndose documentado restos de viviendas tanto en algunas plataformas de la ladera como al mismo pie del cerro. Las probables defensas que pudo haber tenido parece ser que encerraban un espacio de unas veinte hectáreas en el que las fotografías aéreas muestran calles rectas. No obstante, estas calles no está nada claro si pertenecen a época prerromana o romana, con lo que sólo las excavaciones podrán en el futuro sacarnos de dudas.

Ya desde los niveles de la primera Edad del Hierro y aquellos otros de inicios del Segundo Hierro las cerámicas de fabricación manual recuperadas en Castrojeriz muestran estar más directamente relacionadas –tanto desde el punto de vista tecnológico como tipológico– con las producciones del centro de la cuenca del Duero que con las tierras altas de la misma. Los cuencos y vasos trípodes, por ejemplo, están más próximos morfológica y decorativamente a los de Palenzuela, *Rauda*, El Soto de Medinilla, Simancas o Cuéllar que a los de Numancia o Gormaz, lo que también se puede constatar en Ubierna y otros yacimientos de la zona. Estas evidentes influencias del mundo vacceo inicial, que se siguen observando en los siglos IV y III a. C., se vuelven más acusadas, si cabe, durante la etapa tardía, en época postsertoriana y las primeras décadas del Imperio,



Fig. 2. Castrojeriz (Burgos). Urbanismo de calles rectas al pie del cerro del Castillo (fotografía de Julio del Olmo).

hasta mediados del siglo I d. C. (Abásolo y Ruiz, 1976-77; Abásolo, Ruiz y Pérez, 1983). Los recipientes cerámicos que se están fabricando en ciudades de esta zona burgalesa (Castrojeriz, Olmillos de Sasamón...), son de las mismas características tecnológicas y decorativas que los tardovacceos de las grandes ciudades del centro de la cuenca sedimentaria. Recientemente, a este conjunto de yacimientos se han sumado otros, como el cerro de Castarreño o el cenizal de El Espinillo, en territorio turmogo, cuyas cerámicas tardovacceas son un ejemplo más de las influencias del centro del Duero que también es detectable en la forma de ocupación del territorio (García y Carmona, 2017; Costa-García *et al.*, 2021: fig. 4). Y es que las relaciones culturales entre el centro del Duero y las comarcas burgalesas debieron de ser muy fluidas desde inicios del Hierro II hasta bien entrado el Imperio.

## Alto de San Pedro (Pinilla Trasmonte, Burgos)

Situado a unos treinta y dos km al norte de *Rauda*, sobre el poblado que se localiza en el Alto de San Pedro, en Pinilla Trasmonte, existen dudas en cuanto a su adscripción étnico-cultural ya que no sabemos si perteneció a los arévacos o a los pelendones, e incluso no faltan quienes lo consideran vacceo. De haber pertenecido a cualquiera de las dos etnias citadas en primer lugar, de nuevo estaríamos ante una ciudad cercana a la frontera con los vacceos en tiempos del Hierro II –como bien advirtieron hace unos años Abarquero y Palomino (2007) a propósito de las excavaciones que practicaron en la necrópolis de El Pradillo–, en la que su cultura material se encuentra muy influida por ese mundo del centro de la cuenca del Duero. Se localiza en un espigón cuya zona más vulnerable se protegió mediante un muro, de tipo gálico según J. D. Sacristán (2007: 49; 2010: 197), con terraplén ataludado hacia el interior, pared vertical al exterior, empalizada de madera y un foso, al otro lado del cual parece existir un segundo recinto en el que no existen claros indicios de haber estado habitado. Su tamaño se ha estimado en unas 17/18 hectáreas pero hacen falta comprobaciones sobre el terreno para ajustarlo y sondeos estratigráficos en diversos puntos para concretar sus fases de desarrollo dentro del Hierro II. Lo que sí parecen indicar los restos materiales en él recuperados es que hacia época sertoriana se deshabita y esta es la razón por la que, en opinión del investigador que acabamos de citar, no aparece mencionado en las fuentes de época imperial.

Los mejores referentes cerámicos nos los brinda no el poblado, sino la necrópolis del Pradillo (Moreda y Nuño, 1990; Abarquero y Palomino, 2007), que tiene varias hectáreas de extensión, en la que las jarras muestran unas características muy cercanas a las de tipo numantino, tanto desde el punto de vista formal como



Fig. 3. Alto de San Pedro (Pinilla Trasmonte, Burgos) (SIGPAC Castilla y León).

en lo decorativo, pero en las que se advierten ciertas influencias vacceas, al igual que otros recipientes cerámicos. Necesitaríamos un repertorio más extenso y variado de vasos para poder evaluar el peso que pudo tener la alfarería vaccea en este importante enclave no muy distante de *Rauda* y tampoco de *Pallantia*/Palenzuela.

### Los Quemados I (Carabias, Segovia)

Este es un enclave celtibérico, arévaco en concreto, que se sitúa estratégicamente al pie de la Serrezuela de Pradales, junto a la vía natural que comunica el paso de Somosierra con las vegas del centro del Duero en las que los núcleos poblacionales de referencia eran *Pintia* y *Rauda*. Es un cerro amesetado de planta prácticamente cuadrada, ceñido por una muralla construida con mampostería de piedra caliza escasamente trabajada y sillarejo en los cimientos de la que se sabe aún poco por falta de excavaciones —en qué momento se construyó, dónde se sitúan las puertas, si poseía torres o no, si dispuso de foso como complemento defensivo en el flanco más vulnerable, que era el oriental, aunque parece ser que sí, etc.—, pero que encierra un espacio habitacional de unas catorce hectáreas (López, 2008: 91). En torno a él se tienen localizadas varias posibles escombreras, algo muy característico de las ciudades vacceas y algunas celtibéricas.

Por los materiales recuperados en su superficie, parece surgir como poblado estable durante el *Celtibérico Pleno*, en el siglo IV a. C., y deshabitarse hacia finales del siglo II o comienzos del I a. C. Con tan escasos argumentos como la cronología del abandono (que habría de ser confirmada mediante la realización de sondeos en varios puntos estratégicos) y su situación geográfica, a occidente de Tiermes, en alguna ocasión se ha propuesto identificar este poblado con la *Colenda* de los textos clásicos, lo cual parece, al menos por el momento, una idea tan aventurada como la que la sitúa en Sepúlveda. Únicamente el hallazgo de epígrafes en los que apareciera referida tal ciudad justificaría cualquier cambio



Fig. 4. Jarra de la necrópolis de El Pradillo (Pinilla Trasmonte, Burgos). Museo de Burgos (fotografía del autor).

de localización que se sugiera distinto a la habitual reducción *Colenda*/Cuéllar.

Sus cerámicas a torno con decoración pintada, tanto en lo que se refiere a las masas arcillosas empleadas como a los acabados superficiales y la densidad de las pinturas, recuerdan bastante a las de Sepúlveda, enclave que seguidamente veremos, las cuales muestran claras influencias de la potente alfarería vaccea más que de la celtibérica.



Fig. 5. Vista cenital de Los Quemados (Carabias, Segovia) (fuente, IGN).

### Cerro de Somosierra (Sepúlveda, Segovia)

Situado entre los ríos Duratón y Casilla, el poblado arévaco que en este destacado promontorio se levantó tiene unas dimensiones cercanas a las ocho hectáreas. Las 25 o 26 que recientemente se vienen proponiendo por parte de algún que otro autor a partir de unas muy escasas y poco consistentes evidencias —un par de huellas de postes sin materiales asociados en la zona anexa de La Picota, fragmentos de adobes quemados en la calle de San Millán, niveles de cenizas en la calle Hoces del Duratón, pero de nuevo sin aportar los imprescindibles materiales arqueológicos justificativos para conocimiento de la comunidad científica—, creemos que carece de fundamento, pues para alcanzar esas dimensiones hubiera sido necesario abancalar en todo su perímetro las laderas del cerro, bastante pronunciadas por cierto, como paso previo para edificar y, sin embargo, no existen indicios de tales trabajos de acondicionamiento del terreno. Por otro lado, como deberían haber sido bancales amplios para acoger las viviendas y las vías de acceso a las mismas, no cabe pensar en que la erosión los haya eliminado porque perfectamente tendrían que ser reconocibles en la topografía actual, incluso tras los dos mil años transcurridos, como se observan aún hoy en numerosos poblados ibéricos levantinos, del valle del Ebro y andaluces.

Este es un enclave que hace unos años se quiso identificar con la ciudad de *Colenda*, citada por los autores clásicos con motivo de la campaña de Tito Didio del 98/96 a. C., pero de nuevo esta propuesta choca con la falta de unas bases sólidas e incuestionables (epigráficas sobre todo) para que pueda quedar demostrada. El estudio que nosotros mismos llevamos a cabo, hace ya más de veinte años, de una importante colección particular de materiales recogidos en superficie en el cerro de Somosierra así como de otros depositados en el Museo de Segovia (Blanco, 1998), nos condujo a proponer el inicio de la ocupación estable de este enclave en momentos indeterminados del siglo IV a. C. (quizá en la primera mitad) y su final hacia mediados del I a. C., tras un periodo de abandono prolongado que coincide con el nacimiento de la ciudad romana situada en la finca de Los Mercados, en Duratón, lugar en el que algunos autores creen que se situó la *Confloenta* citada en los textos clásicos, aunque esta es una propuesta que no todos los investigadores aceptan, al no existir epígrafes que lo demuestren.

Uno de los aspectos que más nos sorprendió cuando estudiamos la referida colección arqueológica privada fue que los fragmentos de vasos cerámicos estaban, tanto desde el punto de vista tecnológico como decorativo, más cerca de las producciones de *Cauca* y *Rauda* que de las característicamente celtibéricas, esto es, que de las fabricadas en ciu-

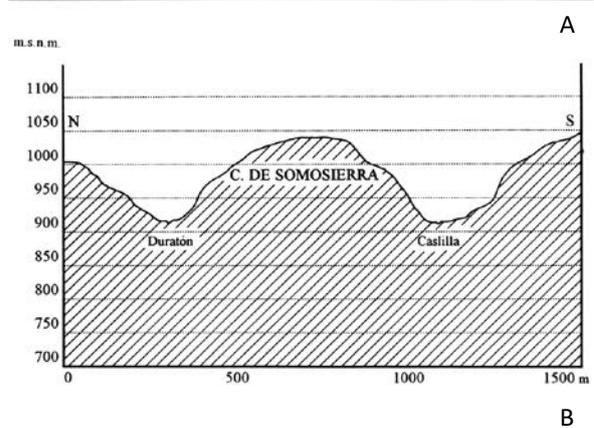
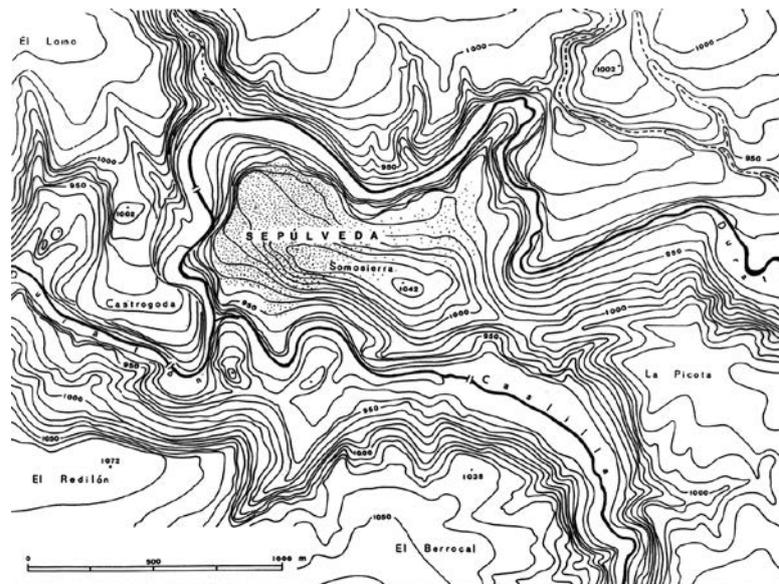


Fig. 6. Topografía del cerro de Somosierra (Sepúlveda, Segovia) (dibujo del autor, a partir del MTN escala 1:25 000).

dades situadas hacia el este de Sepúlveda, como Ayllón, Tiermes, San Esteban de Gormaz, *Uxama* o la propia Numancia. Esta característica afectaba no sólo a los recipientes, sino también a los objetos cerámicos de carácter singular: figuras zoomorfas, canicas, fusayolas. El dado de cerámica que, procedente del cerro, un tiempo después dimos a conocer, de nuevo tiene características técnicas e iconográficas más propias de las producciones vacceas que de las celtibéricas (Blanco, 2004). Estos rasgos del material cerámico contrastan con el hecho de que los objetos metálicos —dos espadas de antenas atrofiadas, dos puntas de lanza, varias fíbulas (anulares hispánicas, de La Tène...), recuperados tanto en la necrópolis de La Picota como en el poblado—, sí que son característicos de los cementerios celtibéricos, pero esto no tiene nada de extraño. Más bien al contrario, es lo habitual en toda esta parte oriental de la provincia de Segovia.

Sepúlveda, al igual que ocurre en Segovia, constituye un nuevo ejemplo de cómo la potente industria alfarera de las populosas ciudades vacceas más cercanas influyó decisivamente en sus producciones



Fig. 7. Dado y cerámica policroma con pez pintado, ambos de Sepúlveda (fotografías de J. F. Blanco).

cerámicas. Porque de lo que no tenemos muchas dudas es del hecho de que la mayor parte de las cerámicas celtibéricas sepulvedanas, al menos las que en 1996-97 pude personalmente analizar –que fueron varios cientos de fragmentos–, son de producción local, aunque desconozcamos por ahora en qué lugar o lugares estuvieron ubicados los alfares, presumiblemente en las vegas próximas a los ríos. Se puede decir que son cerámicas que muestran muchas concomitancias con las del poblado situado en el cerro de Tormejón, en el término municipal de Armuña, un establecimiento de dimensiones pequeñas, aún insuficientemente investigado arqueológicamente, para el que no hay ninguna referencia en los textos clásicos y del que no sabemos si estuvo ocupado por arévacos, por vacceos o por gentes de ambas entidades étnicas en convivencia pacífica, que tampoco sería descartable (Blanco, 2006: 49-51, fig. 3; 2020: 172-174, fig. 7; Martín, 2021).

Por otra parte, no queremos dar por terminados los comentarios relativos al poblado situado en el cerro de Somosierra sepulvedano sin dejar constancia de un hecho que redundo en esa idea general de que las ciudades vacceas influyeron materialmente en cuantas tenían a su alrededor: cuando a mediados de los años noventa del pasado siglo se me propuso –por parte de Almudena Orejas– colaborar con el CSIC en las tareas de clasificación de materiales obtenidos en prospección del entorno de la referida ciudad de Los Mercados, en Duratón, casi toda la cerámica recuperada de finales de la Edad del Hierro e inicios del Imperio era, tanto desde el punto de vista tecnológico como decorativo, muy vaccea, indistinguible prácticamente de la de *Cauca*, *Pintia* o *Rauda*, razón por la que en la actualidad no dudaríamos en denominarla *tardovaccea*, mejor que *tardoceltibérica*, como en su día hicimos.

## Segovia

En el nacimiento de Segovia como núcleo poblacional estable convertido con el tiempo en gran *oppidum* celtibérico, arévaco concretamente, se dan cita cuatro elementos de vital importancia para una co-

munidad de la Edad del Hierro: una topografía muy ventajosa que facilita enormemente la defensa del grupo humano en él instalado; una situación geográfica privilegiada de cara al tráfico comercial, ya que, en sentido norte-sur, parte del que discurría entre el centro del Duero y el área carpetana se canalizaba a través de ella, con el puerto de La Fuenfría por medio, y en sentido este-oeste fue punto obligado entre las ciudades arévacas del alto Duero y los castros vettones abulenses; una diversidad de recursos agro-ganaderos que no sólo aseguraba el autoabastecimiento, sino que seguramente también serviría para exportar, pues además de las vegas del Eresma disponía de las amplias llanuras cerealistas que se extendían hacia el noroeste y los excelentes terrenos de pastos en dirección a la sierra; y en cuarto lugar, abundantes recursos hídricos, pues al agua aportada por los ríos se añade la de un elevado número de manantiales (Blanco, 2000-2001). En suma, Segovia es, al igual que la carpetana *Toletum*, uno de esos puntos destacados en el territorio, estratégicos tanto desde el punto de vista económico y comercial como militar, que explican una continuidad poblacional que se remonta a hace más de veinticinco centurias.

En los últimos treinta años ha ido aumentando progresivamente la información sobre la ciudad arévaca, aunque de una manera más lenta de lo que los estudiosos deseáramos, debido fundamentalmente a que sus restos se encuentran sellados por la ciudad romana y estos a su vez por las de las épocas medieval, moderna y contemporánea. Ahora sabemos de ella más de lo que sabíamos en los años setenta del pasado siglo, pero tan cierto es esto como que quizá no todo lo que se le está vinculando sea de aquellos momentos prerromanos. No obstante, sí hay un aspecto de su realidad histórica que no plantea dudas de interpretación, es el de la cultura material de las gentes que la habitaron: el de los útiles, herramientas y armas de los que disponían para ganarse la vida y defenderse, el de los objetos con los que adornaban su cuerpo y su vestimenta, el de los recipientes cerámicos que habitualmente usaban en sus casas o acababan amortizados en sus sepulturas, etc. Dentro del elevado nivel de autosuficiencia económica que, al igual que el resto de las ciudades prerromanas meseteñas, hubo de tener la Segovia arévaca, debido a su ubicación geográfica, en un punto nodal entre ambas submesetas así como en el centro del piedemonte septentrional del sistema Gredos-Guadarrama-Somosierra, es de suponer que fuera una ciudad más abierta al contacto con el exterior que otras, más, si se nos permite, “cosmopolita”, y por ello cabe esperar que en los próximos años vayamos teniendo cada vez más datos que avalen esa condición de ciudad abierta a mercados de amplio radio.

De momento, y por encima de las posibles diferencias de carácter étnico, las relaciones comerciales entre Segovia y *Cauca* debieron de ser muy estrechas

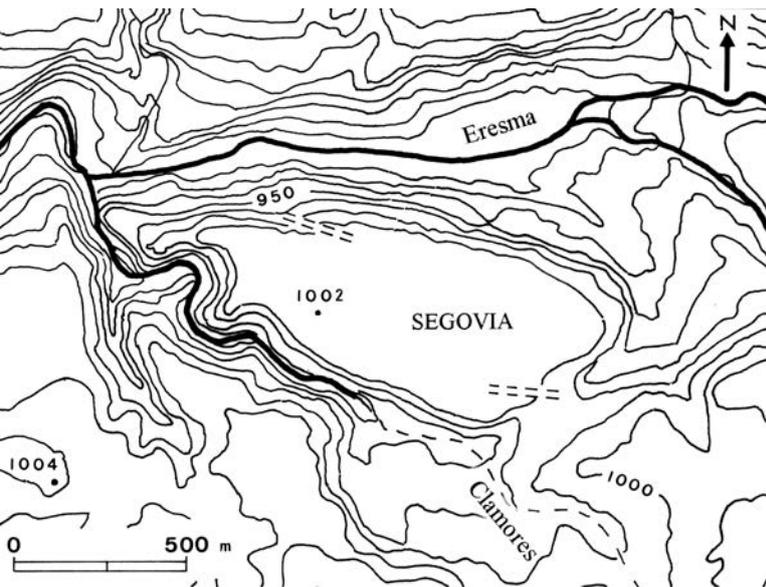


Fig. 8. Topografía de Segovia (dibujo del autor, a partir del MTN escala 1:25 000).

a lo largo de la segunda Edad del Hierro. Si nos fijamos de nuevo en el elemento arqueológico más significativo y abundante, que es la cerámica, advertimos cómo, vista en detalle la que se ha recuperado tanto en las excavaciones practicadas en los últimos años como en vertederos antiguos (HH. Maristas, p. ej.), hemos de concluir que junto a las producciones locales, arévacas, se importaron vasos cerámicos vacceos, muy probablemente de *Cauca*, por ser la ciudad vaccea más cercana. No resulta nada fácil distinguir ambos tipos de producciones con los fragmentos en la mano porque a pesar de que las segovianas se puede decir que son *muy vacceas*, siempre hay determinados rasgos que las desmarcan respecto de las caucenses. Neta-mente caucenses parecen ser ciertos fragmentos de vasos grises bruñidos de imitación argétea, algunos cuencos y copas policromos, platos, etc. Varios buenos ejemplos se pueden ver en publicaciones recientes, como los recuperados junto a ciertos bloques de piedra cortados irregularmente que se vienen interpretando como pertenecientes a la muralla celtibérica de Segovia (Labrador y Martín, 2015).

Por otra parte, Segovia debió de ser la ciudad a través de la cual algunos productos alfareros vacceos se hacían llegar a territorio carpetano, del mismo modo que en varios enclaves vacceos, como *Cauca*, *Pintia*, Cuéllar y Soto de Medinilla, se han identificado fragmentos de cerámica “jaspeada” carpetana (Blanco, 2018: 195). Hace unos años pudimos identificar en varios enclaves madrileños (El Llano de la Horca, El Malecón...) caliciformes grises finamente bruñidos, de imitación argétea, que quizá fueran de fabricación caucense, junto a otros que ya eran locales, a imitación de aquellos, tecnológicamente más burdos, de paredes más gruesas y peor calidad del

bruñido. Y en el cerro de La Gavia algunos fragmentos de vasos oxidantes con decoración pintada parecen de importación septentrional porque se distancian desde el punto de vista tecnológico de los producidos localmente (Quero *et al.*, 2005), así como de las ciudades celtibéricas situadas en las actuales provincias de Cuenca y Guadalajara.

### Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila)

Siendo uno de los más clásicos enclaves de los vettones, su posición en la cuenca media del Adaja, al borde de las llanuras sedimentarias características de las campiñas meridionales del Duero, le confieren ese carácter de *oppidum* vecino y fronterizo del espacio vacceo<sup>1</sup>. De hecho, en más de una ocasión hemos señalado cómo los análisis petrográficos realizados a los tres verracos de *Cauca* demuestran que están fabricados con granito de Cardeñosa. Es sobre todo en los siglos II y I a. C. cuando más claramente se observan influencias de la alfarería vaccea. No sólo en algunos de los recipientes a torno con decoración pintada, sino también en ciertas producciones singulares como las cajitas excisas. Si Cogotas es el enclave vetton que más fragmentos de cajitas ha deparado puede que se deba a su cercanía al territorio vacceo (Blanco, 2019: 90-91), con diferencia el pueblo prerromano meseteño que en mayor número, con más diversidad tipológica y de recursos decorativos las produjo (Sanz, Carrascal y Rodríguez, 2019: 56-81 y 127-249). Lo que no sabemos es si las cajitas de Las Cogotas, así como cierta figura zoomorfa obtenida por corte a bisel, son producciones autóctonas imitadoras de las vacceas o bien auténticas importaciones. Y esto mismo lo podemos extender a la cerámica gris bruñida imitadora de los vasos argéteos, producidas masivamente entre el 130 y el 70 a. C. tanto en *Cauca* como en *Pintia*,

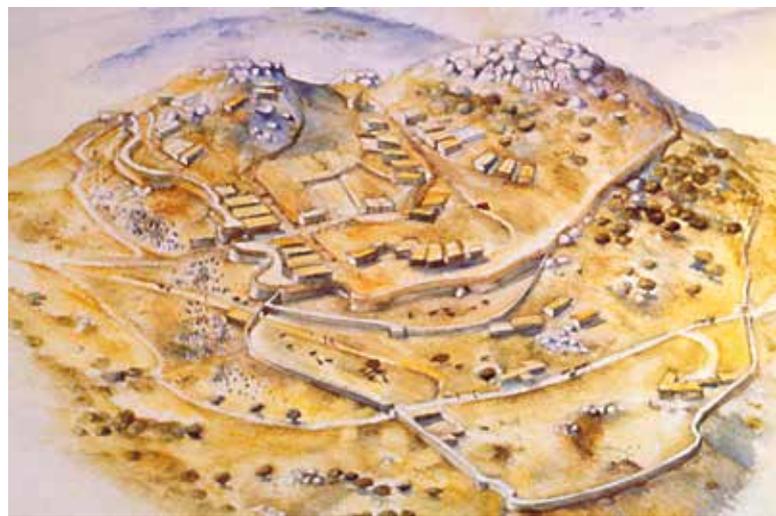


Fig. 9. Recreación ideal de Las Cogotas (Cardeñosa, Ávila) (dibujo de V. Mayoral en G. Ruiz Zapatero y J. Álvarez-Sanchís, 1995).

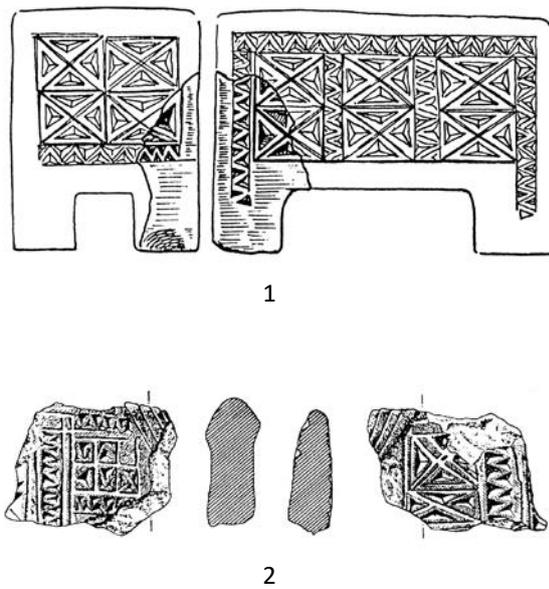


Fig. 10. Las Cogotas. 1. Cajita excisa; 2. Figura zoomorfa excisa (dibujos de E. Cabré y C. Sanz Mínguez, resp.).

de la que existen testimonios no sólo en Las Cogotas, sino también en La Mesa de Miranda y *Ulaca*.

Las influencias de la industria alfarera vaccea se detectan incluso más al sur de Las Cogotas, en Ávila capital, quizá la *Obila* de Ptolomeo (*Geographia*, II. 4), cuyo nacimiento como ciudad, hacia la segunda mitad del siglo I a. C., se ha puesto en relación con el despoblamiento del propio enclave cogoteño así como de La Mesa de Miranda y, sobre todo, de *Ulaca*, aunque aún sea muy poco lo que se sabe de este hipotético proceso de trasvase poblacional, teóricamente impulsado por Roma.

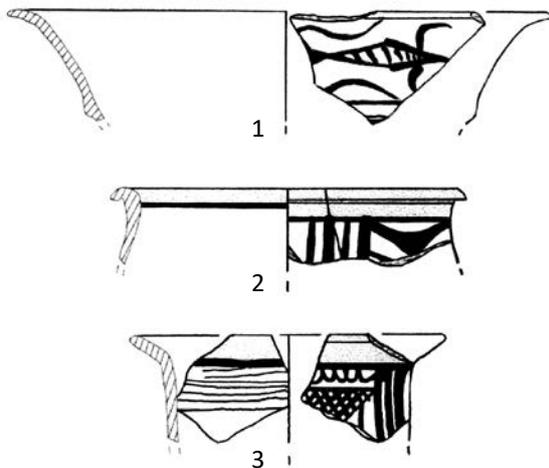


Fig. 11. Cerámica de tipo vacceo del Mercado Grande de Ávila. La n.º 1 con zoomorfo en perspectiva cenital a derecha (Quintana, Centeno y Ruiz, 2003-04).

Numerosas cerámicas a torno pintadas obtenidas tanto en la plaza de Santa Teresa como en el solar del palacio de Don Gaspar del Águila y Bracamonte están muy directamente influenciadas por las producciones vacceas (Quintana, Centeno y Ruiz, 2003-2004; 2006). Realmente, en casi nada se diferencian de las de *Cauca*, por lo que verdaderamente no sabemos si se deben a esas estrechas influencias o son auténticas importaciones caucenses. Incluso los esquemáticos zoomorfos en perspectiva cenital que han sido pintados en tres fragmentos –identificados inicialmente de forma poco acertada con peces, pero reconocidos después como cuadrúpedos cenitales por F. Romero (2010: 510-511, figs. 27 y 28)– son desde el punto de vista iconográfico idénticos a varios de los documentados en la referida ciudad vaccea. Al hilo de todo esto, de los alfares caucenses de época avanzada, de los siglos II y I a. C., deben de haber salido las cerámicas recuperadas en el interesante yacimiento de El Senderillo, en Papatrigo, situado a medio camino entre Las Cogotas y Arévalo, seguramente ocupado no por vettones, como habitualmente se viene proponiendo por parte de algunos autores, sino por vacceos (Blanco, 2020: 177-179, figs. 11-13).

### ***Helmantiké/Salmantica* (Salamanca)**

Esta es una ciudad que en unas ocasiones ha sido considerada por parte de la investigación como perteneciente a los vacceos, las más de las veces a los vettones, y en algún caso ha sido interpretada como inicialmente vaccea pero más tarde situada en la órbita de los vettones. En cualquier caso, de nuevo estamos ante una ciudad fronteriza, quizá disputada entre ambas entidades étnicas por la importancia económica y estratégica que poseía. Ya hemos señalado cómo las fuentes la citan en tiempos de Aníbal como vaccea y después como vettona, lo cual no significa cambio étnico alguno, sino posiblemente cierta confusión entre los autores clásicos a la hora de su atribución étnica. Fuera cual fuese el perfil étnico de sus habitantes, hay que decir que su cultura material –sobre todo las producciones cerámicas–, tiene unas características tecnológicas y ornamentales más cercanas al mundo vacceo que al vetton.

La aldea fundacional, perteneciente al horizonte cultural del Soto de Medinilla, estuvo situada en el cerro de San Vicente, un altozano de paredes escarpadas en las tres cuartas partes de su perímetro que se localiza en el extremo suroccidental del casco histórico, asomado al Tormes. Protegida por una muralla de piedra y barro en su flanco noeste, que era el más vulnerable, su caserío alcanzó una extensión máxima de 3,75 hectáreas, si bien tras el derrumbe de la muralla se levantaron algunas construcciones en el exterior (Macarro y Alario,

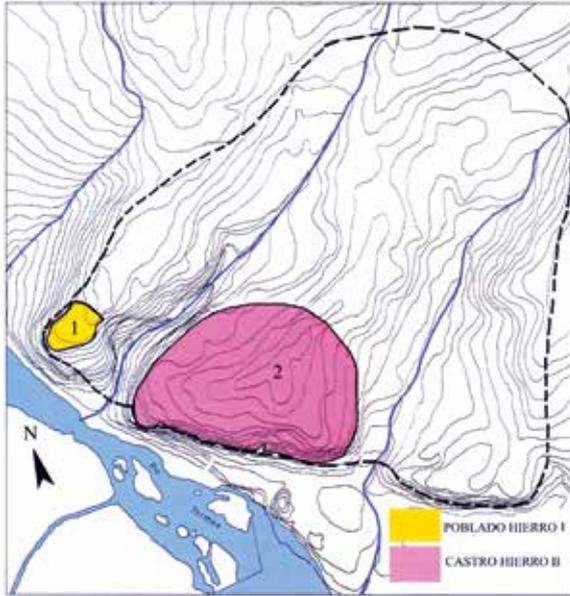


Fig. 12. *Helmantiké/Salmantica*. 1. Cerro de San Vicente; 2. *Oppidum* del Hierro II, en torno al teso de las Catedrales (dibujo de C. Macarro y C. Alario, con modificaciones).

2012). Es en este momento cuando se produce un traslado de la población al Teso de las Catedrales, el núcleo principal del *oppidum* de *Salmantica*, protegido por una gran muralla, que en sus momentos de mayor desarrollo, en plena segunda Edad del Hierro, se estima que llegó a alcanzar unas dieciocho hectáreas de extensión (Martín Valls, Benet y Macarro, 1991; Benet, 2002).

Las cerámicas de mesa fabricadas a torno con decoración pintada del Hierro II recuperadas tanto en el cerro de San Vicente como en el teso de las Catedrales es muy significativo que muestren una más destacada cercanía tecnológica y decorativa con



Fig. 13. Botella recuperada en el "solar del Trilingüe", de Salamanca (Museo de Salamanca).

las propiamente vacceas, de ciudades como *Cauca*, *Pintia* o *Rauda*, por ejemplo, que con las de los castros vettones. Parece evidente que los alfareros salmantinos prerromanos no tomaron como modelo las producciones de sus vecinos surorientales, los vettones abulenses, sino las de los grandes centros alfareros vacceos. Esto tuvo que deberse también a que al estar situada Salamanca en zona sedimentaria sus ceramistas dispusieron de arcillas de mejor calidad en el entorno que las que tenían sus homólogos de los castros vettones. De entre los muchos ejemplos de cerámica de tipo vacceo que se pueden traer a colación, queremos fijar nuestra atención en cierta botella recuperada en el denominado "solar del Trilingüe", ubicado en el teso de las Catedrales. Fechada en las últimas décadas del siglo I a. C. o inicios de la nueva era, tanto el tipo de pasta como el acabado de la superficie externa, con una especie de engobe cremoso, sintaxis compositiva de los dos friosos que la decoran y densidad de la pintura empleada, en nada extrañaría si en lugar de en la ciudad del Tormes hubiera sido hallada en *Cauca* o en *Pintia*. Similares a estas cerámicas de filiación netamente vacceas se conocen en yacimientos más al oeste de Salamanca, como Ciudad Rodrigo, por ejemplo, y varios ya incluso dentro del territorio portugués así como en la franja occidental de la provincia de Zamora, lo que está indicando que las influencias de las producciones vacceas alcanzaron comarcas alejadas de su territorio.

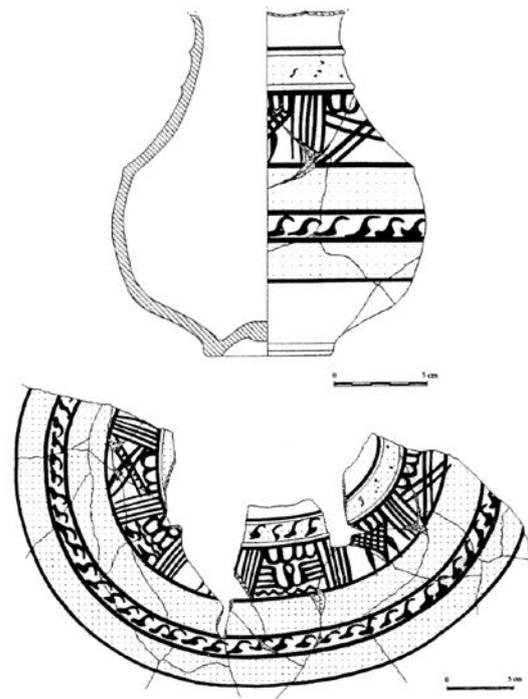


Figura 14. Desarrollo gráfico de la botella del "solar del Trilingüe", de Salamanca (dibujo de C. Alario y C. Macarro, 2012).

### ***Brigeco/Brigaecium* (Fuentes de Ropel, Zamora) y La Corona-El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora)**

Aunque aún no es del todo seguro, pues algunos autores barajan otras alternativas, en el *oppidum* localizado en La Dehesa de Morales, en el término municipal de Fuentes de Ropel, parece que debemos situar la *Brigeco* o *Brigaecium* citada por las fuentes clásicas (Ptolomeo, 2.6.29; *Itinerario de Antonino*, 439.8 y 440.1; *Anónimo de Rávena*, 319.1; *Itinerario de Barro*, 3.3) y a cuyos habitantes se alude en algunos otros textos (Floro, 2.33.56) e inscripciones funerarias. Este gran yacimiento se halla emplazado en el lugar en el que el río Cea desemboca en el Esla, en una meseta suavemente ondulada que posee muchas ventajas naturales para la defensa, fácil puesta en práctica de un urbanismo bien planificado, junto a una extensa vega de gran valor económico para una población de la Edad del Hierro y abundantes recursos hídricos. De no haber sido citada por las fuentes como ciudad perteneciente a los astures, por el lugar en el que se localiza, tan inmediato al territorio vacceo; por su medio natural plenamente sedimentario, muy adecuado para desarrollar una agricultura cerealista de secano; el modelo de poblamiento en el cual queda inserta y a pesar de tener algunos núcleos menores a su alrededor que le apartan algo del propiamente vacceo; el trazado urbanístico que las fotografías aéreas captan (Del Olmo, 1996 y 1998), muy similar al de Las Quintanas de *Pintia*, Valoria la Buena o La Ciudad de Paredes de Nava, por ejemplo; y los



Fig. 15. Vista aérea de *Brigeco/Brigaecium* (Fuentes de Ropel, Zamora) (fotografía de Julio del Olmo).

materiales arqueológicos que viene rindiendo, especialmente la cerámica, a buen seguro hoy día la consideraríamos como una ciudad vaccea más. De hecho, en algunas ocasiones ha sido incluida en los mapas del territorio vacceo (Sanz *et al.*, 2003: fig. 2; Sacristán, 2010: fig. 1), dando prioridad a los criterios arqueológicos sobre los literarios. Se le calcula una extensión de unas 8/10 ha, una población de unos 2800 habitantes (Martino, 2017-2018: 116 y 122), y aunque se encuentra pendiente de comprobación arqueológica, parece ser que dispuso de muralla y quizá de un foso (Esparza, 2012).



Figura 16. La Corona-El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora) (fotografía de Strato, S. L.).

La proyección de las influencias urbanísticas y materiales vacceas hacia el oeste supera con mucho el territorio rural de *Brigeco/Brigaecium*, como se observa en varios poblados entre los que quizá el más destacado, por ser bien conocido arqueológicamente, sea el de La Corona-El Pesadero (Manganeses de la Polvorosa, Zamora) (Misiego *et al.*, 2013). Situado este poblado astur también a tan sólo 16 km al oeste de la referida ciudad, conocemos mejor su fase del Hierro I (Manganeses I, con cuatro subfases) que la del Hierro II (Manganeses II, con dos subfases). Aun así, por las prospecciones y excavaciones practicadas –llevadas a cabo sobre todo por la empresa Strato, S.L.–, sabemos que en esta segunda fase alcanzó una extensión de unas diez hectáreas; que en las viviendas se va imponiendo la planta cuadrangular (fase IIb), si bien pervive la circular del Hierro I y la fase inicial del Hierro II (fase IIa); que a veces pueden tener una especie de patio central o corral, común a varios recintos habitacionales (fase IIa); y que se disponen a lo largo de calles empedradas que en algún tramo pudieron haber contado con aceras semejantes a las que se han podido identificar en ciertas ciudades vacceas como por ejemplo Montealegre de Campos (Valladolid) (Blanco *et al.*, 2011).

La cerámica a torno recuperada en las dos fases del Hierro II, siendo de fabricación local, pues en la zona occidental del poblado parece haberse identificado un área alfarera, muestra unas abultadas influencias de la alfarería vaccea. Tan es así, que sólo en ciertos detalles, como enseguida veremos, se distinguen de las que se están fabricando a oriente del Esla. Son cerámicas, tanto las anaranjadas como las grises, de una excelente calidad técnica, fabricadas con barros muy bien tamizados, pintadas las primeras con idénticos frisos y composiciones que vemos en las vacceas y, si acaso, quizá un poco más descuidadas a la hora de llevar el pincel al campo decorativo. Al hilo de esto último, las labores de torneado y retorneado también son aquí un poco menos cuidadas, sobre todo si las comparamos con las realizadas en cerámicas de *Pintia*, *Rauda* o *Cauca*, por ejemplo, o con las aún más cercanas de Molacillos. Las superficies externas de los vasos anaranjados, sobre todo de las tinajillas y recipientes de almacenaje, no suelen ser curvas parabólicas perfectas o casi perfectas, como vemos en los referidos yacimientos, sino que habitualmente son una serie de planos de modelado sucesivos que les restan vistosidad y suavidad al tacto. Con independencia de estos aspectos, sobre los que habría que profundizar con detalle, a tan sólo 15 km al noroeste de La Corona-El Pesadero, en tan importante enclave como es el castro de Las Labradas (Arrabalde, Zamora), las cerámicas anaranjadas a torno que se conocen, tanto las lisas como las monocromas y policromas, son de nuevo de una calidad técnica y decorativa propia de los alfareros del centro del valle del Duero.

### Lancia (Villasabariego, León)

Situada junto a la orilla derecha del río Esla, límite occidental del territorio vacceo –aunque en esta zona en concreto no se sabe muy bien si ese límite pudo haber sido más bien el Cea–, cada vez vamos sabiendo más del *oppidum* prerromano de *Lancia* gracias a los trabajos que en los últimos años se vienen realizando. En la actualidad se propone para el mismo una extensión de unas treinta y cinco hectáreas, sumando a la zona principal de ocupación, de unas treinta, el barrio satélite de La Griega, situado en un promontorio a 1,5 km de aquella, con posible muro terrero y uno o dos fosos, que podría haber alcanzado las 3,5 hectáreas (Celis, 2018).

Aún es poco lo que se conoce sobre las estructuras de habitación de *Lancia* prerromana, en buena medida debido a que las construcciones de época romana las han destruido. No obstante, sí se han podido documentar suelos de tierra apisonada endurecida por el fuego, huellas de postes, restos parciales de muros de adobes y de hogares, un horno, hoyos colmatados de basuras, potentes escombreras muy ricas en materiales arqueológicos y calles empedradas que han sido puestas en relación con las de Melgar de Abajo y La Corona-El Pesadero, todo ello fechado en los siglos III-I a. C.

Siendo como es *Lancia* un gran *oppidum* perteneciente a los astures, sus investigadores reconocen en él muchas características propias de los vacceos, tanto en lo que se refiere al modelo de asentamiento que se identifica en su comarca como a las estructuras inmuebles y a los materiales arqueológicos, sobre todo la cerámica. No hay apenas diferencias técnicas entre las cerámicas anaranjadas propiamente vacceas y las recuperadas aquí, como tampoco entre el repertorio de útiles y adornos metálicos o de hueso que suelen aparecer en las ciudades vacceas y el recuperado en este núcleo (fibulas de torrecilla, zoomorfas, *psalia*, etc.), todo lo cual explica que en



Figura 17. Vista aérea del *oppidum* de *Lancia* (fotografía de J. Liz).



Fig. 18. Vaso de *Lancia*, de influencia vaccea (dibujo y fotografía de J. Celis).

alguna ocasión se haya utilizado el término “vacceización” para reflejar un panorama cultural que no es exclusivo de *Lancia*, sino también de otros poblados de los astures meridionales como La Corona-El Pesadero en su fase del Hierro II o Las Labradas de Arrabalde.

### Concluyendo

Durante la mayor parte del siglo XX, el mundo de los vacceos, o mejor, lo poco que de su arqueología se conocía, era interpretado como proyección hacia el centro del Duero de las potentes culturas que a su alrededor tenía, fundamentalmente las de celtíberos y vettones. De este modo, la cultura vaccea era interpretada por parte de los investigadores de la arqueología meseteña como algo con escasa personalidad al ser simplemente receptora de elementos exógenos y que, como única concesión, de propio sólo cabía ver en ella la capacidad de haber desarrollado un peculiar sistema de explotación extensiva del agro basado en el cultivo de cereales adaptado al centro de la cuenca sedimentaria, con un régimen de explotación, además, tan singular que no se podía reconocer en ningún otro pueblo prerromano peninsular. Su cerámica a mano con decoración a peine era calificada de “cogoteña”; la torneada era “celtibérica”; su joyería, “celtibérica” también; y sus armas, de hechura bernoriana. Todos estos aspectos, en los que no me extenderé, han sido desarrollados por parte de Sanz Mínguez en algunos de sus últimos trabajos (2010: 194-196, fig. 1; 2021), por lo que a ellos remitimos.

El considerable avance que en los últimos treinta años ha experimentado la arqueología de las ciudades y cementerios vacceos nos ha permi-

tido ir identificando rasgos de singularidad en la vida material de este pueblo. Rasgos que poco a poco van consolidando un mundo vacceo de tanta personalidad como la que desde hace un siglo ha venido reconociéndose a sus vecinos. Nadie puede dudar de las influencias que recibieron de los celtíberos o de los vettones, pero estas se desarrollaron en un marco de interacción en el que los vacceos, por un lado, las reinterpretaron, pero por otro, fueron capaces de crear elementos que les singularizaban, de generar formas de hacer adaptadas a su universo mental y a sus necesidades materiales, y más allá de esto, de hacer aportaciones culturales a sus vecinos que se pueden reconocer en las ciudades que orlan su territorio y que cabe calificar de “fronterizas”, entendiendo el término “frontera” no como una línea demarcatoria bien definida similar a la que separa a los estados modernos, sino como una franja más o menos ancha entre entidades étnicas vecinas. Un espacio de nadie. Como ejemplo de cuanto decimos no hay más que fijarse en tres aspectos que habiendo adquirido un gran peso en el mundo vacceo influyeron en las ciudades y etnias de sus alrededores: la iconografía del zoomorfo en perspectiva cenital, las decoraciones excisas por corte a bisel desarrolladas en una gran diversidad de objetos cerámicos singulares (cajitas, “pies votivos”, sonajeros, *tintinnabula*...) y la cerámica gris de imitación de vasos argénteos.

La alfarería debió de constituir el principal sector artesanal de las populosas ciudades vacceas. Ubicadas estas en lugares con excelentes y variados tipos de arcillas en sus inmediaciones, como corresponde a la geología del centro de la cuenca del Duero, esto debió de ser determinante para que con el tiempo llegara a adquirir tal prestigio entre

los pueblos meseteños que se exportó a muchos enclaves de los alrededores del territorio vacceo e incluso se imitó, como estamos viendo. A estas alturas de la investigación, ahora ya sí empezamos a distinguir, en esos poblados periféricos, algunas de las posibles importaciones vacceas así como de las posibles imitaciones locales que se fabricaron, todo ello, evidentemente, con un cierto margen de duda y siempre a partir del análisis visual directo de los materiales en el que se incide especialmente en las formas de fabricación, los tipos de acabados aplicados a las superficies, los tipos de pinturas y cómo se combinan, las formas de trazar las decoraciones (especialmente las figurativas, pero también las geométricas), etc.

Hablamos de importaciones e imitaciones locales, pero no debemos descartar que en algunos casos esos productos vacceos hayan llegado a esas ciudades fronterizas por simples traslados de familias vacceas. Cuando pensamos en las ciudades prerromanas, generalmente tenemos formada la idea de que sus habitantes pasaban toda la vida en ellas, y en muchos casos sería así, pero solemos dejar poco margen al hecho de que los cambios de residencia de muchas de esas familias debían de ser habituales y que, lógicamente, se trasladarían con sus equipos domésticos completos, así como con los útiles y herramientas de trabajo que les servían para ganarse el sustento. Es obvio que resulta extremadamente difícil desde el punto de vista arqueológico identificar estas situaciones de cambio de residencia, pero debieron de producirse de manera habitual, tanto en tiempos de paz, como, más aún, en contexto de guerra. Determinar el alcance de las influencias materiales del mundo vacceo en las ciudades situadas en las comarcas que orlan su territorio nos va a permitir, en el futuro, alcanzar un conocimiento más exhaustivo de cuánto de original y propio tuvieron los vacceos en su devenir histórico, que, como vamos viendo, es mucho más de lo que se creía hasta inicios de los años noventa del pasado siglo.

## Notas

1. En los últimos años, algún que otro autor ha dado como vetton el poblado de La Tejada (o La Tejada), sito en el término municipal de Orbita (Ávila), junto a la orilla derecha del Adaja, en el espigón formado por este río y el arroyo del Pontón. Sin embargo, tanto sus características físicas como el medio plenamente sedimentario en el que se encuentra, así como los materiales cerámicos que en superficie se pueden ver, apuntan hacia una consideración más cercana al mundo vacceo que al vetton. Es un poblado de morfología muy similar a los de Sieteiglesias (Matapozuelos, Valladolid) y Cuesta del Mercado (Coca, Segovia), de no más de 3 o 4 hectáreas de extensión (Blanco, 2020: 174-176, figs. 8 y 9).

## Bibliografía

- ABARQUERO LÁZARO, F. J. y PALOMINO MORAS, A. L. (2007): "La necrópolis de 'El Pradillo', Pinilla-Trasmonte (Burgos). Evolución de los ritos funerarios en el confín occidental del territorio celtibérico". En J. Morín, D. Urbina y N. Ferreira (eds.), *Actas do IV Congresso de Arqueologia Peninsular. As Idades do Bronze e do Ferro na Península Ibérica*. Faro: Universidade do Algarve, pp. 249-262.
- ABÁSULO ÁLVAREZ, J. A. y RUIZ VÉLEZ, I. (1976-77): "El yacimiento arqueológico de Castrojeriz. Avance al estudio de las cerámicas indígenas". *Sautuola*, II, pp. 263-280.
- ABÁSULO ÁLVAREZ, J. A., RUIZ VÉLEZ, I. y PÉREZ RODRÍGUEZ, F. (1983): "Castrojeriz I: el vertedero de la Colegiata". *NAH*, 17, pp. 191-318.
- BENET JORDANA, N. (2002): "La ciudad de Salamanca, de su formación a la repoblación". *Salamanca. Ciudad Europea de la Cultura 2002*. Salamanca: Consorcio Salamanca 2002, pp. 15-43.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1998): "La Edad del Hierro en Sepúlveda (Segovia)". *Zephyrus*, LI, pp. 137-174.
- (2000-2001): "Agua, municipalidad y propaganda política en Segovia romana". *Lancia*, 4, pp. 173-189.
- (2004): "Pieza cúbica celtibérica de arcilla hallada en Sepúlveda". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 30, pp. 131-139.
- (2006): "El paisaje poblacional segoviano en época prerromana: ocupación del territorio y estrategias de urbanización". *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 2, pp. 35-84.
- (2018): *Cauca vaccea. Formación, desarrollo y romanización de una ciudad*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 5.
- (2019): "La cerámica con decoración excisa a bisel en el entorno cultural de los vacceos". En C. Sanz y J. F. Blanco (eds.), *Producciones excisas vacceas. Antecedentes y pervivencias*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. Vaccea Monografías, 7, pp. 85-99.
- (2020): "La 'frontera' sureste del territorio vacceo en los siglos II-I a. C. Propuesta de definición". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 46, pp. 165-186.
- BLANCO GARCÍA, J. F., LUCENDO DÍAZ, D., RETUERCE VELASCO, M. y TORRES GONZÁLEZ, T. (2011): "El oppidum vacceo de Montealegre de Campos (Valladolid) a la luz de las últimas excavaciones arqueológicas". *Vaccea Anuario*, 4, pp. 78-82.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (2018): "Lancia: oppidum prerromano y civitas romana". *El urbanismo de las ciudades romanas del valle del Duero*. Anejos de Segovia Histórica, 2, pp. 319-340.
- COSTA-GARCÍA, J. M., GONZÁLEZ-ÁLVAREZ, D., GAGO MARINO, M. FONTE, J., GARCÍA SÁNCHEZ, J., MENÉNDEZ BLANCO, A., BLANCO ROTEA, R. y ÁLVAREZ MARTÍNEZ, V.C (2021): "Una década de investigación del colectivo RomanArmy.eu: novedades y desafíos sobre la conquista romana del noroeste ibérico". *Actualidad de la Investigación Arqueológica en España, III (2020-2021)*. Madrid: Museo Arqueológico Nacional, pp. 153-170.
- DEL OLMO MARTÍN, J. (1996): "Arqueología aérea en la Dehesa de Morales". *Brigecio*, 6, pp. 57-74.
- (1998): "Arqueología aérea en tres ciudades indígenas romanizadas". En A. Rodríguez (coord.), *Los orígenes de*

- la ciudad en el noroeste hispánico*, vol. I. Lugo: Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Lugo, pp. 409-428.
- ESPARZA ARROYO, Á. (2012): "Los astures". *Vaccea Anuario*, 5, pp. 16-24.
- GARCÍA SÁNCHEZ, J. y CARMONA BALLESTERO, E. (2017): "El cenital de la Segunda Edad del Hierro de El Espinillo (Villadiego, Burgos)". *Nailos*, 4, pp. 55-85.
- LÓPEZ AMBITE, F. (2008): "Poblamiento y fronteras durante el periodo Celtibérico Pleno y Tardío en la zona nordeste de la provincia de Segovia: el surgimiento de las ciudades y su destrucción". *BSAA arqueología*, LXXIV, pp. 75-148.
- MACARRO ALCALDE, C. y ALARIO GARCÍA, C. (2012): *Los orígenes de Salamanca. El poblado protohistórico del Cerro de San Vicente*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos. Serie Minor, 2.
- MARTÍN GARCÍA, C. y LABRADOR VIELVA, J. M. (2015): "La muralla celtibérica de Segovia". En S. Martínez y S. Vilches (coords.), *Imago urbis Romae. Ciudades romanas de Segovia*. Segovia: Diputación Provincial de Segovia – Junta de Castilla y León, pp. 39-44.
- MARTÍN HERNÁNDEZ, E. (2018): "Intervención en zonas rituales y área central vacceo-romana del oppidum de Dessobriga (2016/2017)". En C. Sanz y J. F. Blanco (eds.), *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas*. Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg. *Vaccea Monografías*, 6, pp. 49-71.
- MARTÍN VALLS, R., BENET JORDANA, N. y MACARRO ALCALDE, C. (1991): "Arqueología de Salamanca". *Del Paleolítico a la Historia*, pp. 137-163. Salamanca: Museo de Salamanca.
- MARTÍN VELA, R. (2021): "Entre vacceos y arévacos: Cerro Tormejón (Armuña, Segovia)". *Vaccea Anuario*, 14, pp. 79-94.
- MARTINO GARCÍA, D. (2017-2018): "Aproximación al urbanismo de la antigua ciudad de Brigacium (Conventus Asturum)". *Estudios Humanísticos. Historia*, 16, pp. 109-133.
- MISIEGO, J. C., MARTÍN, M. A., MARCOS, G. J., SANZ, F. J., PÉREZ, F. J., DOVAL, M., VILLANUEVA, L. A., SANDOVAL, A. M., REDONDO, R., OLLERO, F. J., GARCÍA, P. F., GARCÍA, M. I. y SÁNCHEZ, G. (2013): *Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de 'La Corona/El Pesadero', en Manganeses de la Polvorosa. La Edad del Hierro y la Época Romana en el norte de la provincia de Zamora*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León. Memorias, 19. Edición electrónica.
- MOREDA, J. y NUÑO, J. (1990): "Avance al estudio de la necrópolis de la Edad del Hierro de 'El Pradillo'. Pinilla-Trasmonte (Burgos)". En F. Burillo (coord.), *II Simposio sobre Celtiberos. Necrópolis Celtibéricas*. Zaragoza: Institución "Fernando el Católico", pp. 171-181.
- QUERO, S., PÉREZ, A., MORÍN, J. y URBINA, D. (2005): *El Cerro de La Gavia. El Madrid que encontraron los romanos*. Catálogo de la Exposición (Museo de San Isidro, Madrid, 2005). Madrid: Ayuntamiento de Madrid, Museo de San Isidro.
- QUINTANA, J., CENTENO, I. y RUIZ, R. (2003-04): "El nacimiento de la ciudad de Ávila. Nuevos datos a partir de las cerámicas del Mercado Grande". *BSAA*, LXIX-LXX, pp. 147-177.
- (2006): "Una ciudad integrada en el orbe romano. Desde sus raíces hasta el final del Alto Imperio". En S. Estremera (coord.), *Arqueología urbana en Ávila. La intervención en los solares del Palacio de Don Gaspar del Águila y Bracamonte (Antiguo Convento de los Padres Paúles)*, pp. 79-110. Valladolid: Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León.
- ROMERO CARNICERO, F. (2010): "Las representaciones zoomorfas en perspectiva cenital. Un estado de la cuestión". En F. Romero y C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 467-545.
- RUIZ ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. (1995): "Las Cogotas: *Oppida* and the Roots of Urbanism of the Spanish Meseta". En B. Cunliffe and S. Keay (eds.), *Social Complexity and the Development of Towns in Iberia: from the Cooper Age to the second century AD*. Oxford: Oxford University Press. *Proceedings of the British Academy*, 86, pp. 185-222.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (2007): *La Edad del Hierro en la provincia de Burgos*. Burgos: Diputación Provincial de Burgos.
- (2010): "El poblamiento y el urbanismo vacceos". En Romero, F. y Sanz, C. (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 123-161.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (2010): "Un vacío vacceo historiográfico: sus necrópolis". En F. Romero y C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 4, pp. 193-230.
- (2021): "Vacceos como vacceos: el fin del paradigma arqueológico de la celtiberización en la cuenca media del Duero. Cuarenta años de investigación en Pintia (1979-2019)". *Actualidad de la Investigación Arqueológica en España, III (2020-2021)*. Madrid: Museo Arqueológico Nacional, pp. 319-340.
- SANZ MÍNGUEZ, C., CARRASCAL ARRANZ, J. M. y RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, E. (2019): *La excisión en la Pintia vaccea*. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 8.
- SANZ MÍNGUEZ, C., VELASCO VÁZQUEZ, J., CENTENO CEA, I., GALLARDO MIGUEL, M. A. y DEL OLMO MARTÍN, J. (2003): "Pintia: nacimiento y desarrollo de un oppidum vacceo-romano". En C. Sanz y J. Velasco (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 45-65.
- TORRIONE, M. (2018): "Dessobriga: oppidum vacceo, mansio altoimperial... Una búsqueda en curso". En C. Sanz y J. F. Blanco (eds.), *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas*. Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca. Valladolid: Centro de Estudios Vacceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid. *Vaccea Monografías*, 6, pp. 31-48.

# Objetos singulares de la Hispania céltica, de su realidad material al contenido inmaterial

Luis Valdés\* e Isabel Arenal\*\*

\*Real Academia de la Historia, correspondiente por Bilbao (Vizcaya)

\*\*Denboraren Argia

## Resumen

Una parte de los objetos singulares que revisamos ofrecen un importante escollo, la falta de contexto y cronología. Su iconografía revela que tras ellos se encuentra una compleja información. Sin tradición oral y sin que los escritores clásicos profundizasen a ese nivel de detalle, aproximar su contenido social o mitológico es casi imposible. Sin embargo, es posible avanzar atendiendo a los paralelos de contexto y a los rasgos iconográficos considerando el imaginario de la Hispania céltica, los estudios de mitología comparada y la historia de las religiones. Es posible detectar la zona de confluencia en la que se desarrolla una parte importante del día a día. El área donde las esferas de lo material y de lo inmaterial coexisten sin solución de continuidad. Estamos ante objetos que contienen datos particulares de la estructura social y de las creencias. Son objetos personales o de reputación o de autoridad que pueden sugerir funciones particulares en una sociedad urbana jerarquizada.

**Palabras clave:** fíbula de caballito, fíbula de jabalí, cabezas humanas, *signa equitum*, enseña, númenes, avatar, rito, Edad del Hierro.

## UNIQUE ARTIFACTS FROM CELTIC HISPANIA, FROM THEIR MATERIAL REALITY TO THEIR IMMATERIAL CONTENT

### Abstract

Some of the singular artefacts we have reviewed present an important obstacle, the lack of context and chronology. Their iconography reveals that complex information lies behind them. With no oral tradition and without the classical writers going deeply into such detail, it is almost impossible to approximate their social or mythological content. Nonetheless, it is possible to make progress taking account of contextual parallels, iconographic features considering the imaginary of Celtic Hispania, comparative mythology studies and the history of religions. It is possible to detect the confluence in which an important part of everyday life takes place, the area where the spheres of the material and the immaterial coexist without solution of continuity. We are dealing with artifacts that contain particular data on the social structure and beliefs. They are personal objects or objects of reputation or authority that may suggest special functions in a hierarchical urban society.

**Keywords:** Horse fibulae, wild boar fibulae, human heads, *signa equitum*, ensign, numen, avatar, rite, Iron Age.



Dos representaciones mentales nos fascinan. La primera, deriva de la expresión “la caza de cabezas o las cabezas cortadas” y las historias de los reductores de cabezas difundidas en cómics y películas. La otra es “el gran jabalí”, el animal de monstruosas dimensiones motivo de uno de los trabajos de Hércules; también, cuando le une al calificativo “blanco” para formar el sobrenombre de los más sabios entre los druidas. Esos druidas que realizaban terribles rituales de sangre en bosques sagrados. Evidente contaminación de asuntos realmente trascendentes, históricos y culturales, banalizados y sustraídos a su contexto por la fantasía moderna en beneficio del éxito de la neo-construcción literaria. Ambas representaciones mentales forman parte de la realidad, pertenecen al área de los usos, creencias y costumbres que se alojan en el espacio común de las inseparables dos esferas: la realidad o tangible y la intangible.

La “caza de cabezas” es una práctica compartida por muchos pueblos, de culturas diferentes, en regiones de prácticamente todo el Mundo, de toda época y cultura, practicada (Sterckx, 2005: 53-54) desde el Paleolítico, llegando a estar documentada su práctica puntual en el siglo XX, anormalmente ejecutada por miembros del ejército de sociedades adelantadas; supuestamente. El Gran Jabalí, el terrible asolador de vastas regiones, castigo enviado por los dioses y muerto por el Héroe, es también como se designa al Druida más sabio. Un epíteto que permitía a los escritores clásicos contar la historia que confronta la imagen del bárbaro a los cultos conquistadores, que lógicamente eran los “nosotros”, que en muchos casos está documentado que eran tan bárbaros o más que los desacreditados por interés.

Vamos a dedicar este artículo a estas dos figuras: la cabeza exenta o cortada y al jabalí como posible trofeo, dos potentes figuras que aportan significado a los objetos donde están presentes. Son figuras secundarias en objetos de reconocida utilidad, las fíbulas, o, la menos concretada, el caso de los *signa equitum* o cetros o bastones de mando. La complejidad de la aparente sencillez iconográfica y el significado que tuvo en su época está relacionada con la estructura de la sociedad, su ideología, sus creencias y sus mitos. La lectura de la iconografía, considerando el imaginario de la Hispania céltica, los estudios de mitología comparada, la historia de las religiones, nos lleva a la zona de confluencia de las dos esferas en las que se encuadra el día a día: la material y la intangible.

Lo que percibimos a través de nuestros sentidos es lo que conocemos como “la realidad o el mundo material”. Platón lo establece como “esencias”, que denomina “ideas” y es lo que percibimos como verdadero. Para Aristóteles, la realidad reside en la esencia misma de “la forma y la materia”. Pero más allá de la realidad, que ambos filósofos definen en paralelo y sincronía, se encuentra la esfera de lo inmaterial e intangible: las creencias, los conocimientos, la

tradicción, los sentimientos, los mitos y los númenes de toda época. La indisoluble relación entre ambos mundos o esferas es la constante en las sociedades humanas pasadas y lo será en las futuras. Ambas son característica esencial del ser humano, que es el creador de objetos e inventor de ritos sociales y sacros, es el diseñador de liturgias y de la conducta orientada. Es el *homo ritualis*, en la línea de la investigación de Michaels (2015).

A falta de textos que describan con largueza los detalles concretos de ambas esferas en la Hispania céltica, evaluamos los conocimientos acumulados y el grado de la relevancia intelectual de la sociedad a través de como percibimos la estructura de sus hábitats, sus necrópolis y los objetos que recuperamos, sean comunes o singulares. Interpretamos los componentes de los utensilios y elementos singulares: forma, materia y tecnología, yendo más allá, para aproximarnos a la sociedad donde fueron útiles y encontrar el porqué. Este es un proceso no exento del riesgo de caer en anacronismos, al analizar el pasado partiendo de la realidad y mitología de nuestra sociedad, que en definitiva es la consecuencia del sumatorio de muchas evoluciones, avances y retrocesos sucesivos.

El interés de la investigación por las particularidades que atañen a lo intangible ha sido permanente, desde el nacimiento de nuestra disciplina. Pero no ha atraído a todos los científicos por igual, al considerarlo un proceso indirecto y subjetivo. La combinación del esfuerzo hecho por distintas áreas de la Ciencia investigando interdisciplinariamente las sociedades del pasado, ha estimulado el progresivo abandono de viejos prejuicios. Así, se reconoce que los pueblos antiguos no son sociedades bárbaras en sí, sino que responden a otras circunstancias, por tanto, tienen otras habilidades, capacitaciones y credos, que difieren de los actuales. La tendencia es comprender su organización básica antes de proceder a estudiarlos comparándolos con otros sincrónicos. Grecia o Roma, como sociedades desarrolladas antecesoras, han sido estimadas y admiradas, en detrimento de las indígenas peninsulares, conquistadas, aculturadas y tenidas por más bárbaras. El incremento de datos y la creciente diversidad de los aspectos investigados les proporcionan, hoy, una justa medida llevándolas a ser loadas, a veces en exceso. Es un proceso de identificación cultural idealizada, de enculturación forzosa y normalización de los nacionalismos, aunque tengan que remodelar o reescribir partes de su propia historia (Valdés *et al.*, 2022: 96).

Como resultado del desarrollo de la investigación interdisciplinaria hay un incremento de noticias sobre las facetas más corrientes del día a día. En consecuencia, se ha hecho indiscutible la compleja realidad conceptual, intelectual y/o técnica alcanzada, que va más allá de los aspectos estrictamente formales. Aquellos románticos bárbaros primitivos del siglo XIX han pasado a gozar de una descripción más amable

por ser más exacta. Es reconocida su realidad, con conocimientos, capacitaciones a veces sorprendentes y criterios particulares para la resolución de sus necesidades. La información recuperada muestra una realidad compleja donde los resultados transitan entre el éxito y el fracaso; tal y como sucede en la imperfecta actualidad que vivimos.

## 1. Objetos singulares

Las sociedades protohistóricas de la Hispania céltica cuentan con la certificación científica de un notable nivel de conocimientos empíricos, que si bien un día fueron producto de la casualidad en algún lugar, se comprendió el resultado obtenido y sus ventajas, convirtiéndolos en una innovación de gran valor. Un hecho patente por la constatación de la calidad técnica descubierta y la percepción de la capacidad organizativa necesaria para conseguir tanto los elementos singulares como los más comunes (Valdés *et al.*, 2009: 223 y ss.).

En este artículo nos vamos a centrar en objetos singulares en su forma y escasos por su número. El grupo de estudio lo forman las fíbulas zoomorfas del grupo équidos y suidos y los *signa equitum*. Entre ellos, los más singulares, los que incorporan como figuras secundarias la cabeza humana exenta o un suido. Está en nuestra reflexión el propósito de descifrar la singularidad de esas manufacturas relevantes, el significado que tuvieron en su tiempo, más allá del proceso y de su función común. *A priori* sabemos que sirve para sujetar una prenda la fíbula de tipo caballito y jinete, tenga o no una figura secundaria, p.ej. un pequeño jabalí o una cabeza exenta en su diseño, más ¿eso es todo? (fig. 1). Directamente intuimos que no, que su iconografía va más allá, por dos motivos. El primero, es el reducido número de las que así se han diseñado en relación con el número total de las fíbulas coetáneas. El segundo, parte de la forma general, la estética, la composición iconográfica y el presumible valor económico, que se desprende de la originalidad del objeto. Tal singularidad nos lleva a otra pregunta: ¿cuál es su significado? Es en las dos esferas donde podemos encontrar respuesta. La primera, la distinción al juzgarla como un signo de posición social. La segunda, es considerar que puede haber otro valor difícil de extraer relacionado con la esfera de lo inmaterial (Almagro-Gorbea y Torres, 1999; Cerdeño y Cabanes, 1994). Cuantas acciones físicas y partes distintas concurren en la voluntad de crear una determinada pieza, forman un “patrón mental” con el que se materializa un “ideograma” común o de mayor contenido informativo. De los tipos seleccionados no van a ser objeto de atención los que carecen de figura secundaria. Serán utilizados como elemento de contraste. En los singulares su forma, su iconografía y el modo y motivo de exhibición pueden ser la expres-



Fig. 1. a) Fíbula de caballito de Numancia (6191 n.º-cat. 325), web del Museo Numantino. b) Fíbula procedente de la provincia de Palencia (MAN 1913/59 n.º-invt. 22925).

sión-narración sintética de un hecho notable o heroico o una fábula mítica. En cualquier caso cumplen con el fundamento de la distinción del portador.

Con el examen de estas producciones artesanales aspiramos a comprender el binomio: lo material-lo intangible. Buscamos recuperar el nodo que permita progresar en el imaginario de la sociedad. La dificultad del proceso estriba en cómo reconstruir toda o parte de la clave que permite la lectura de la iconografía y la forma para acceder a su contenido. Buscamos una posible evidencia del contenido que el trascurso del tiempo ha difuminado o ha perdido con la mutación de las culturas, el cambio de creencias y de sus paradigmas.

Con los avances en las técnicas de análisis, la materia, en tanto que substancia, es paulatinamente más accesible al conocimiento del arqueólogo. Por el contrario, la representación social o el imaginario mítico contenidos permanecen inasequibles de forma directa. El motivo personal de exhibición social que se ha propuesto para los elementos singulares es una hipótesis sostenible, asequible, formulada en base al valor, las características y el conocimiento de la sociedad. Un objeto singular, en forma y belleza, denota que quien lo posee debe tener un estatus que le permite su adquisición. Cuando además confluyen elementos del imaginario y de las creencias, tales que la combinación de signos o figuras animales tenidas por avatares, el interés de la búsqueda se amplía al incorporar parte de la esfera de lo intangible. Un incremento del valor que no podemos estimar en la actualidad.

El procedimiento de encuesta es más complejo y requiere incluir los textos clásicos, interpretar los escasos restos ancestrales conservados en las tradiciones y en el folclore y en los datos de las excavaciones arqueológicas. La deculturación que ha llevado a la total pérdida de la memoria colectiva o muerte cultural en áreas significativas hace irrealizable el proceso, en ocasiones.

## 2. Forma, materia e iconografía

En esta línea, el incremento de los estudios arqueométricos minuciosos contribuye a visibilizar la actividad artesanal, al artesano y sus técnicas, sus necesidades, conocimientos y las actividades precisas que visualizan una mayor complejidad en la sociedad de cómo había sido imaginada hace un siglo. Aunque se ha considerado que la existencia de una clase aristocrática naciente consume los elementos más bellos, complejos y de mayor valor, carecemos de pruebas suficientes en los *oppida*. ¿Cuál es la posición de un artesano y cómo desarrolla su actividad en la sociedad? ¿Cómo es un alfar o un taller metalúrgico? ¿Existe una estratificación del trabajo por competencia: maestro, oficial y aprendiz? ¿Cómo se aprovisiona de materias primas, de combustible? Y aún podemos formular más preguntas. Aunque se trabaja en casi todos estos frentes aún estamos alejados de dar respuestas concluyentes a los pasos de la cadena productiva hasta el objeto final, sea singular o no. Se admite, en hipótesis, que habría distintas categorías de artesanos y que los objetos de mayor calidad no serían realizados por manos inexpertas. Es especialmente evidente al examinar el arte de los abridores de cuños de estampación de moneda. Visto el tamaño de un denario y los motivos diseñados, el abridor de cuños es un artesano de gran pericia y calidad. Es cierto que la casualidad no es un factor con el que se pueda justificar el proceso productivo ni la calidad de la iconografía. Consideración que estimula a valorar el conocimiento, la evolución de la tecnología y, por supuesto, la evolución estética y su transmisión.

La creciente complejidad que se percibe en la sociedad de la segunda Edad del Hierro y los avances técnicos que se van conociendo, incrementa el interés por los propietarios de determinados objetos singulares, suntuosos y escasos. Objetos en los que se presume se encuentran los relevantes indicios sobre las creencias, el género, el estatus, la clase, e incluso la procedencia étnica, etc. La iconografía lleva a preguntarse por el significado, el motivo y el valor distintivo en lo social, área de la esfera de lo inmaterial. Las influencias bidireccionales de media y larga distancia detectadas ratifican el viaje de las ideas y con ellas las nuevas formas y gustos estéticos, la adquisición o renovación de ritos y liturgias, de nuevas creencias, noticias y relatos mítico-heroicos que son descubiertos

y apetecidos, ya que sabemos sirven para justificar la genealogía de quien detenta o ansía el poder ante el resto de la comunidad. Datos que se conservan en los cuentos y fantasías mitológicas del norte de Europa.

La investigación arqueológica admite en una parte de los objetos singulares la existencia de un vínculo entre la forma y la materia con la esfera de lo inmaterial, ya que así cobran mayor sentido que el de ser solo un simple útil, aunque resulte complicado entender esa utilidad. Esta hipótesis considera que se establece una relación de distinción/beneficio en el orden de lo inmaterial, ya sean objetos de uso colectivo o individual. La prueba la encontramos en casos bien documentados entre los vecinos galos. Las enseñas y estandartes de la comunidad se guardan en los santuarios saliendo para procesiones o para ir a la guerra, como dice Polibio (*Hist.*, 2.32.5). De la Galia citaremos las enseñas y *carnyx* de Neuvy-en-Sullias o Tintignac, representados en monedas junto con el portador a caballo o a pie.

La iconografía de la Hispania céltica comparte imaginario y repite combinación de motivos naturales y geométricos con el resto de la *Keltiké*. Aunque en la elección de las figuras principales se detectan algunas diferencias en los estilos regionales y en la cronología, son compartidos: el caballo, el jabalí, el toro, el lobo, las aves, peces y vegetales, las figuras fantásticas mixtas, los símbolos geométricos y las astrales. Admitido el valor básico funcional del objeto, ¿qué valor aporta y cuál es el significado de los motivos: las figuras animales, humanas o los signos esquemáticos? ¿Es solo una cuestión de estética de la búsqueda de la belleza por ella misma? Hemos de contar que haya existido la voluntad de enriquecer/embellecer una producción, bien por encargo, bien por voluntad del artesano.

De la variada lista de motivos de la Hispania céltica centramos el interés en dos: la cabeza humana exenta o cabeza cortada y el jabalí, cuando estas aparecen como figuras secundarias en objetos metálicos. Esta elección nos lleva a los tipos funcionales ya citados. Estas figuras tienen una gran relevancia iconográfica y social en las culturas de sustrato indoeuropeo. La representación humana es tardía entre los celtas, considerándose su arte anicónico hasta La Tène, cuando recibe la influencia de las culturas mediterráneas, en torno al siglo I a. C. La representación naturalista al estilo de los escitas no desaparece con la aparición de las figuras antropomorfas. En los objetos que estudiamos la abstracción, el esquematismo o reducción a volúmenes geométricos convive con el naturalismo. Blanco (2003: 93), al analizar la iconografía del caballo basándose en la pintura sobre cerámica propone esa convivencia, lo que le lleva a concluir que el estilo no es baremo adecuado con el que establecer cronología. Es un recurso a tomar con precaución sin un preciso contexto arqueológico.

Podemos preguntarnos por el sentido y la función que cumplen los motivos compositivos propuestos. Entendemos que la preferencia en la elección de los

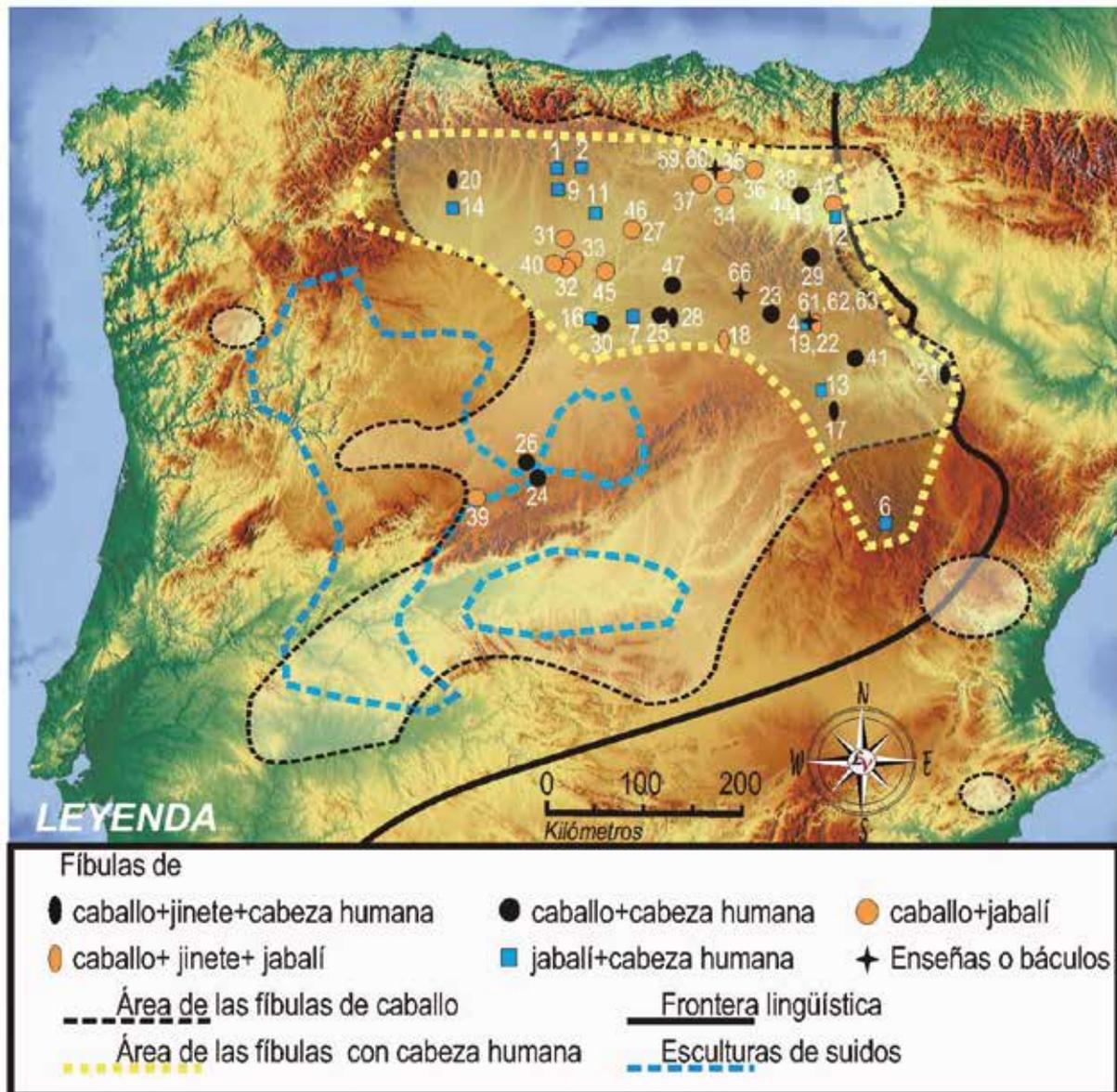


Fig. 2. Área de distribución de las fibulas y *signa* considerados en este artículo. Procedencia LV (más identificación de los sitios). Sin procedencia (s.p.): 3, 5, 10 y 15; Álava: La Hoya 38, 43 y 44; Ávila: Las Cogotas 24 y La Osera 26; Burgos: Roa de Duero 7, Clunia 25 y 28, Lara 27 y 46, Silos 29, Villanueva de Teba 34, Miraveche 35, 59 y 60, Miranda de Ebro 36, y Quintanaélez 37; Castilla y León (s.p.): 11; Navarra: La Custodia 12 y 42; Soria: Numancia 4, 19, 22, 61, 62 y 63, Monteagudo de las Vicarias 13, Requijada de Gormaz 18, Almaluez 23 y Ucero 64; Guadalajara: Luzaga 17; León: provincia (s.p.) 14 y Tierras de León 20; Palencia: provincia (s.p.) 1, 2, 9, 31, 32, 33 y 45, Paredes de Nava 40 y Palenzuela 47; Salamanca: El Berrueco 39; Teruel: Griegos 6; Zaragoza: Herrera de los Navarros 21 y Arcóbriga 41; Valladolid: Padilla de Duero 16 y 30.

motivos principales en estos objetos es un tema relevante. Está vinculada en primer lugar, con el territorio y el medio natural en el que se ubica (fig. 2). En segundo lugar, con el imaginario de la etnia, sus númenes y la importancia que se confiere a determinada figura como símbolo de una función. Pero, ¿qué puede aportar una determinada composición o una forma poco habitual para atraer el interés de la investigación más allá de la realidad tangible y funcional? Los conjuntos cerrados de las tumbas ofrecen, por los objetos que acompañan al muerto, la visualización de un periodo. La ordenación del mundo de los vivos en estratos por medio de la población recuperada de un cementerio,

siendo interesante y oportuno, presenta bastantes complicaciones y restricciones. Por lo que nuestra certeza no puede ir más allá de poder considerar grupos de poseedores de objetos por: el valor / la originalidad /la utilidad. No se puede valorar la voluntad y criterio de los allegados en cuanto a lo que se deposita dentro de la tradición de cada periodo y/o creencia. No se espera encontrar los objetos más destacados en los ajuares de los aparentemente menos afortunados de un cementerio. Es esperable encontrar en las tumbas más ricas o más surtidas los objetos más distinguidos. A idéntico tipo la diferencia estará en la estética, la iconografía y la destreza del artesano ejecutor.

### 3. Los mitos universales: avatares y númenes

En el ancestral sustrato animista, los fenómenos naturales, determinados animales o vegetales están dotados de vida, son “seres sobrenaturales” y comparten características del ser humano, pero propias de un “plano inalcanzable y poderoso”. En los relatos adquieren semejanza con los mortales y poseen poderes mágicos, como nos han legado los textos gaélicos y bretones. La arquitectura que crean de su Mundo resulta magnificada pero coherente con la suya, adaptada a los actores divinos que la habitan, establecida por sus comportamientos y por la sociedad que se cree que tienen, ya que los narradores carecen de referencias directas con las que imaginar un escenario distinto. Solo debemos recordar la descripción del lugar y la actividad que se desarrolla en el Monte Olimpo. Idea que ha sido expresada con el mismo convencimiento por Ovidio (*Ars Amandi* I, 637), Petronio (*Fragments* n.º 76) o Voltaire «Si dieux n'existait pas, il faudrait l'inventer» (*Épître à l'auteur de trois imposteurs*, 1771, v. 22). Más próximo a nuestra idea y tiempo escribió Aldous Huxley «men make Gods at their own likeness» (*Ensayos*, 1929: 47), nota de opinión que establece que no es posible imaginar el mundo de los dioses si no es similar al de los hombres, ¿o acaso en el Olimpo soñaron con robots? Desde la Antigüedad los humanos inventaron los dioses y les dejaron guiar sus vidas. Con los dioses aparecen soluciones para las que se usaron fantasías mitológicas asociadas al paisaje local, para crear los lugares sacros de comunicación con el más allá y explicación a cuanto les atemoriza. Pero también aporta beneficios: la esperanza de protección efectiva, la tutela específica a los humanos, a sus bienes y a sus dominios; y dones, mientras todo vaya bien.

Por tanto, no es inconcebible que en las figuras animales se encuentren reflejados los atributos distintivos de los númenes locales, tanto por su esencia como por sus acciones y actitudes. Son las cualidades y rasgos que le sirven al humano para entender y/o explicar incomprensibles estados de la naturaleza: el trueno, el rayo, el sol y su ciclo, la luna y su ciclo, la lluvia, la sequía, etc. y que se imputan a la idiosincrasia y voluntad de las divinidades. Resultan adecuados para la expresión de conceptos abstractos tales como: Vida o Regeneración por la Muerte. Pueden dar explicación al favor y al castigo hacia el humano y sus bienes. De la naturaleza, determinados animales son tenidos como los que interactúan con los seres superiores. Están dotados de poderes mágicos entre los que cuentan: la transformación en humano o que es la divinidad misma. En ese estado es el avatar que no es inmortal, en las Islas del Norte pueden ser muertos en una persecución o ser sacrificados para un festín para volver la vida y ser muertos al día siguiente, y nuevamente servidos, en un proceso sin fin. La muerte de los dioses está

también contemplada, como sucede con la séptima muerte de Cián, el padre de Lug cuando se encuentra trasmutado voluntariamente en jabalí (Valdés *et al.*, 2022: 222)

Las transformaciones son una capacidad tratada por los mitos universales, tanto para los propios fines de la divinidad, como para sus devaneos: Zeus se transforma en toro para raptar a Europa, Loki se trasmuta en foca y otros animales con el fin de sembrar el caos entre los dioses, Varaja es la transformación en jabalí de Visnú. Algunos de estos animales aparecen en la mitología como los enviados de una divinidad para cobrar venganza. De Grecia y del arte decorativo de Roma tenemos los casos de los jabalís de Erimanto, Calidón y Clazomene.

El aspecto y comportamiento de determinadas bestias feroces, impresionantes, raras y esquivas se toman para representar los atributos de los númenes: agresividad, bondad, ira, fecundidad, creatividad, etc. Mas los humanos, por otra parte, ven en algunas de esas características la descripción de actitudes, de modelos a seguir. Es el caso de la actitud de bravura ciega y persistente que ofrece el jabalí cuando se le acosa, decayendo solo con la muerte; del oso y su fortaleza, al que se considera en el mundo nórdico próximo al Ser humano (Pastoureau, 2007: 110) o del caballo y su nobleza. Este espacio mitológico con tintes sacros debe ser considerado propio del imaginario colectivo de las creencias en la Edad del Hierro de la Hispania céltica. Perpetúa ancestrales tradiciones indoeuropeas, posiblemente llegadas a la península al inicio del II milenio a. C.

El panteón celta es complejo. De los ritos y liturgias se conservan débiles rastros sobre la esperanza de contactar con las divinidades, con lo sobrenatural, con la esfera de lo intangible, de disfrutar de su poder, de su protección y recibir los posibles dones a través de sacrificios y ofrendas. Aún pervive en la península la memoria de algunos ritos asociados a lugares naturales: peñas, cuevas, fuentes y árboles, también en lugares precisos tales como saunas y santuarios (Almagro-Gorbea y Valdés, 2017; Almagro-Gorbea y Alonso, 2022). Lugares en los que una tradición establece que en determinadas fechas y con ofrendas, serás oído, tu ofrenda valorada y tus deseos, como siempre ha sucedido: ¡ya se verá! A lo largo del tiempo, de alguna manera, en ciclos difíciles de comprender y explicar, perduran, desaparecen y retornan creencias transformándose en el proceso, al igual que sucede con la iconografía con la que se mantiene la esencia de creencias dichas paganas en tiempos cristianos.

### 4. Las esferas del imaginario

Para comprobar la certeza de la expresión del binomio esfera material - esfera inmaterial, sugerida por algunos objetos, hemos utilizado vectores de gran significado:

el jabalí y el caballo. Son dos motivos animales presentes como figuras principales junto a la cabeza humana exenta y el jabalí como figura secundaria. Salvo el jabalí ausente de la cerámica, los otros motivos se encuentran sobre objetos comunes y en la pequeña escultura. Sin embargo, en el estado actual de la investigación, sería muy poco realista esperar que cada uno de los objetos tipo que portan uno o varios de estos motivos contenga un nexo con la esfera de lo intangible.

Quizá los objetos que expresan, a través de la iconografía, narraciones míticas o escenas distintivas estén socialmente limitados a un determinado estatus jerárquico, a una recompensa, a una dignidad y/o a una función, tanto si se trata de un individuo, como de un colectivo. El poder exhibir un determinado objeto singular de especial composición y significado puede responder a: pasos de pubertad, combates singulares, jefaturas o dignidad sacra, etc. Es difícil establecer el porqué. Es posible que esta sea una hipótesis arriesgada, ya que faltan muchos datos arqueológicos objetivos con los que sostener su enunciado, pero pudiera ser. La hipótesis de una divisa de pertenencia a un grupo o dignidad se ha desarrollado como una posible explicación de las fíbulas de caballito, con o sin jinete. El caballo, olvidando su valor de trabajo, se considera propio de un guerrero ecuestre o del estamento ecuestre aristocrático, la fíbula en consecuencia es una forma de identificación de esa clase. En cuyo caso es lícito preguntarse ¿debería ser más habitual en las necrópolis? Por el momento, la relación entre el número de tumbas de guerrero con ajuar de caballo y fíbulas de caballito es desfavorable, aunque hay una evolución de los objetos que se depositan en el enterramiento.

¿Qué buscamos en objetos de los que ya se ha estudiado su iconografía con continuidad y solvencia? Partimos de la premisa de que son objetos a cuya figura principal se la reconoce un valor en el imaginario y que tiene atestada presencia en los textos clásicos y en los relatos míticos, por lo que la posibilidad de que represente más que lo que su forma evidencia, es posible. Esperamos hallar indicios de un mayor significado al leer la estructura y los elementos de la composición. Encontramos argumentos favorables a este planteamiento en el hecho de una descripción ordenada y objetiva de la composición y, son más subjetivos, al tratar de establecer si existe o no una escena o relato mítico. Por el contrario, es desfavorable al objetivo que nos proponemos, la gran cantidad de estos objetos que carecen de una exacta procedencia geográfica y de un contexto arqueológico, en consecuencia, también de una cronología absoluta. Pero aún es más grave la situación al determinar su autenticidad indudable. Por desgracia, la procedencia de algunos objetos singulares del mercadillo de la falsificación es real, como se ha determinado con el estudio metalúrgico de la colección de téseras del Marqués de Cerralbo (Torija y Baquedano, 2007: 304).

## 5. Iconografía para las élites

De los textos clásicos y distintas composiciones iconográficas obtenemos fragmentos de la imaginada relación de esa fauna con las divinidades. Las élites ecuestres prestarán interés a los animales cuya mitología y valor real sirva para dar forma y respaldar su imaginario fantástico. El auge que la imagen del caballo va a tener durante la segunda Edad del Hierro supera en protagonismo a las representaciones antropomorfas, incluyendo las cabezas exentas de los vasos cerámicos. Vamos a concentrar el interés en las dos figuras principales: caballo y jabalí y en las secundarias: la cabeza humana y el jabalí cazado, inerte.

No está en el interés de este texto establecer los porcentajes de unas figuras frente a otras, por varios motivos: la seguridad de que no todo lo que se encuentra en los fondos de los museos está catalogado, que parte de lo clasificado no atiende correctamente a la especie y porque, con estas reflexiones, entendemos que los conteos son provisionales en el ya de por sí inseguro compendio del total de lo recuperado. De hacerlo, el resultado poco puede aportar, dado lo inseguro del conteo.

### 5.1. El caballo

La autoconstrucción de su imagen por las élites, los guerreros aristócratas ecuestres, no plantea duda. El caballo está profusamente representado en los complementos personales y en lo doméstico en las cerámicas de lujo (fig. 3). Si queremos extender la encuesta a si este animal representa al total de la sociedad, si es su emblema, la respuesta entraña gran dificultad ya que no podemos estimar la realidad sobre su representación en materiales perecederos: tejido, cestería, madera, etc. Por los escritos conser-

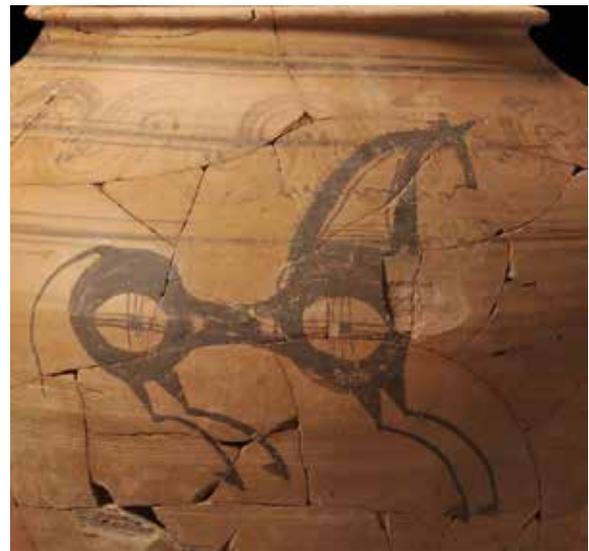


Fig. 3. Cerámica de almacenamiento decorada con motivos pintados de escenas con caballo, Ciadueña, Soria (web del Museo Numantino).

vados, podemos estimar que el número de cabezas es importante, que es una estampa social y personal inequívocamente ligada como compañero en la guerra y en el trabajo, en la vida y en la muerte. Que es moneda para el pago de impuestos. En la iconografía es la figura más representada, aun sin contar cada denario acuñado con un jinete.

El caballo posee un halo mítico y sobrenatural, siendo tenido por psicopompo tanto en el mundo celta como en el ibérico y mediterráneo. En la mitología, aun siendo de nacimiento divino ocupa un papel secundario de servicio como montura de los dioses. Pegaso nace de la sangre de Medusa decapitada, es la montura de Zeus, o Arión, nacido de Deméter tras ser violentada por su hermano Poseidón. En la mitología nórdica tenemos a Sleipnir, el veloz caballo de ocho patas de Odín. No hay un culto a ninguno de ellos, ni encontramos posible referencia a pesar de las numerosas representaciones que hay en santuarios como Roquepertuse, en Villalba de Villastar, en Gastiburu, o con sacrificios en el s. V a. C., la singular hecatombe de Casas del Turuñuelo o en Cancho Roano, ambos tartésicos (Celestino, 2002: 24-26 y 32; Celestino y Rodríguez, 2019: 357 y ss.). Se considera asociado y protegido por divinidades como Poseidón que dio el primer ejemplar a los humanos o la arcaica Epona. Como mensajero es sacrificado en ritos muy precisos y de muy alto valor sin recurrir al sacrificio humano. Son relatos de ciertos pueblos indoeuropeos, por ejemplo, en referencia a la instauración de un rey, tras una relación sexual real o ficticia con una yegua que será después sacrificada (Dowden, 2002: 172) o en Roma con el sacrificio del caballo de octubre a Marte, con el que se purifican las armas y se cierra la campaña de guerra.

En Hispania céltica es una de las fíbulas más interesantes, con o sin jinete. Es la figura del cuño del reverso en la estampación de miles de monedas, aparece en anillos sello de chatón en actitud que se verá en la heráldica, en la decoración del mango de sítulas, en empuñaduras de puñales y adornos personales, entre otros objetos. Los grabados de caballos son reveladores de la heroización de los jinetes, de su alto valor simbólico y de información en su uso en tácticas militares (Royo, 2005: 190).

## 5.2. El jabalí

Es una de las figuras más representadas. Para interpretar su trascendencia en el imaginario de la Hispania céltica, no podemos dejar de referirnos brevemente a la atención que se le dispensa con la escultura de tamaño natural de la que está ausente el caballo. En total se han catalogado 200 ejemplares de suido, que por diferentes circunstancias hay que reducir a 146 conservados. La expresión corporal de la mayoría es la actitud agresiva/defensiva (fig. 4). De los que conservan la cabeza completa, el detalle de sus defensas ha sido tallado en el 36 %.



Fig. 4. Suido de Yecla de Yeltes (Salamanca); fotografía cedida por Dña. Lara Fraile Agudo, alcaldesa de la localidad.

En los pueblos de sustrato indoeuropeo el jabalí ocupa una posición substancial como mensajero de los humanos hacia las divinidades, por detrás del caballo y el toro. En estas esculturas es posible que se represente al jabalí del sacrificio, como proponen Lorrío y Olivares (2004: 80 y ss.). Por las investigaciones de Lissner (1961: 223) podemos avanzar aún más en esa hipótesis. En esas esculturas se puede haber materializado el espíritu del animal sacrificado, cuando abandona el mundo real y transita al mundo inmaterial llevando la petición de los humanos a la divinidad expresada con el sacrificio. Los Gilyaks, de la isla de Sajalín, Rusia, tienden un puente entre el mundo real y el de la divinidad, creen: «The bear is not, therefore, sacrificed, as he was in the days of Neanderthal man, but dispatched on a mission. He is only the conveyor of sacrifice, not its victim». En esa función apreciamos dos sentidos de dirección contrapuestos. El primero va del humano hacia las divinidades, iniciado con la liturgia que envuelve al sacrificio ritual. El segundo, como emisario de los dioses para aportar beneficios o castigos. Parece posible considerar un pensamiento similar en las tribus célticas de Hispania, dada la base animista que subyace en sus creencias. Los animales sacrificados serían poseedores de un espíritu y este sería el mensajero. Esta consideración de difícil prueba arqueológica, confiere una mayor sentido al acto del sacrificio, por establecer una conexión entre ambos mundos y no limitarla al acto de sangre. Dando por hecho que el sacrificio es recibido, está establecido el límite de los estudios de los rituales de sacrificio, no se traspasa la puerta de comunicación con la esfera en la que se encuentra el espacio de las divinidades. Pero en la forma de pensar del que afronta el hecho, considerar el final en el mismo acto de la muerte es dejar en un punto de ambigüedad el acto ritual del sacrificio, cuando hay referencias en textos que posibilitan plantear que creen en la comunicación directa

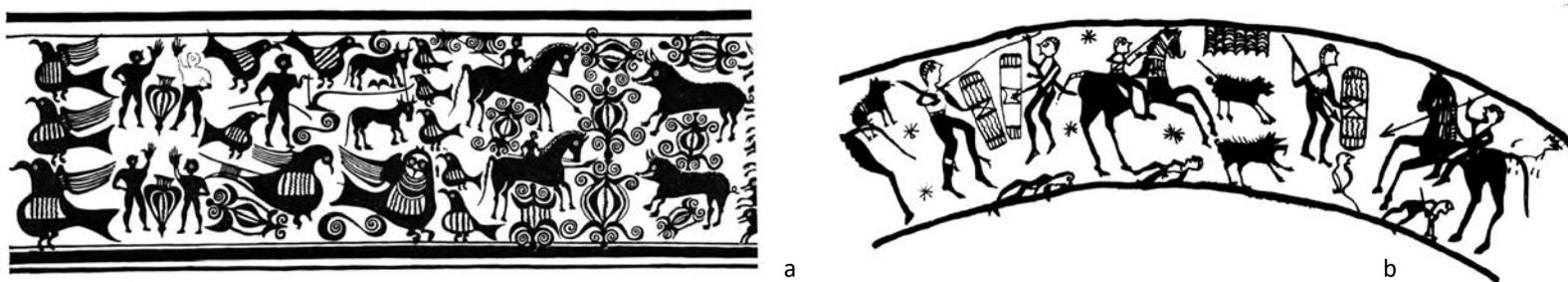


Fig. 5. a) Friso del *kalathos* de Alcorisa, Teruel. Origen: J. Cabré. b) Friso con tres escenas, la central es la caza del jabalí. *Kalathos* procedente de Archena, Murcia. Origen: J. Cabré.

con la divinidad mediante el viaje del espíritu del sacrificado como portador de las peticiones.

En la Hispania céltica el interés por su figura e idiosincrasia es más evidente que en el área ibérica, donde forma parte de escenas cinegéticas dobles, que incluyen otros temas formando una narración, como en el *kalathos* de Cabezo de la Guardia, Alcorisa, Teruel (fig. 5).

Se ha supuesto que su captura está reservada a ritos de iniciación, de pubertad, a caza ritual o heroica, al menos los grandes ejemplares de *Sus scrofa Linnaeus* y del *castillanus*. Es un animal de sacrificio de sangre, ofrecido en pactos y consumido en banquetes tras los rituales. Su carácter esquivo, fuerte, feroz e indómito que iniciada la lucha no abandona hasta la muerte, veloz y peligroso en ataque, armado de colmillos afilados que pueden causar heridas mortales ha servido a Homero para describir en la *Iliada* a los

héroes, a Odiseo (IX, 414-419), a Héctor (XII, 41-49) o a Idomeneo (XIII, 471-477). En el acoso y el ataque, eriza las cerdas de su dorso, detalle que es motivo destacado en las monedas y figuras de bronce celtas (fig. 6). El jabalí solía ser el animal sacrificado según ritos ancestrales para sellar un pacto, como describe Homero (*II. IX, 205*) cuando Áyax y Odiseo van a llevar a Aquiles el ofrecimiento de paz de Agamenón. La escultura de los suidos está tallada en granito, material que no reúne las condiciones para esculpir la crinera, de ahí que se destaque la línea dorsal. La tensión previa a la acometida furibunda la consiguen mediante la posición de las patas.

Ya hemos citado a los jabalís enviados por los dioses, el destructor y maligno. La tardía y peculiar cristianización del norte de Europa, de las islas, permitió que muchos mitos y leyendas gaélicas y germanas pasasen en los *scriptoria* de los monasterios



Fig. 6. a) Figurita de jabalí macho. Museo de Valencia de Don Juan (León). b) Figura de un jabalí procedente del área del Duero, de la colección Salamanca MAN 3082; fotografía de Arantxa Boyero Lirón. c) Figura de un jabalí procedente de la colección G. Ligabue. d) Moneda de bronce gala de los aulerques eburovices con enseña de jabalí (50-40 a. C.; en Wikimedia. Licencia CC).

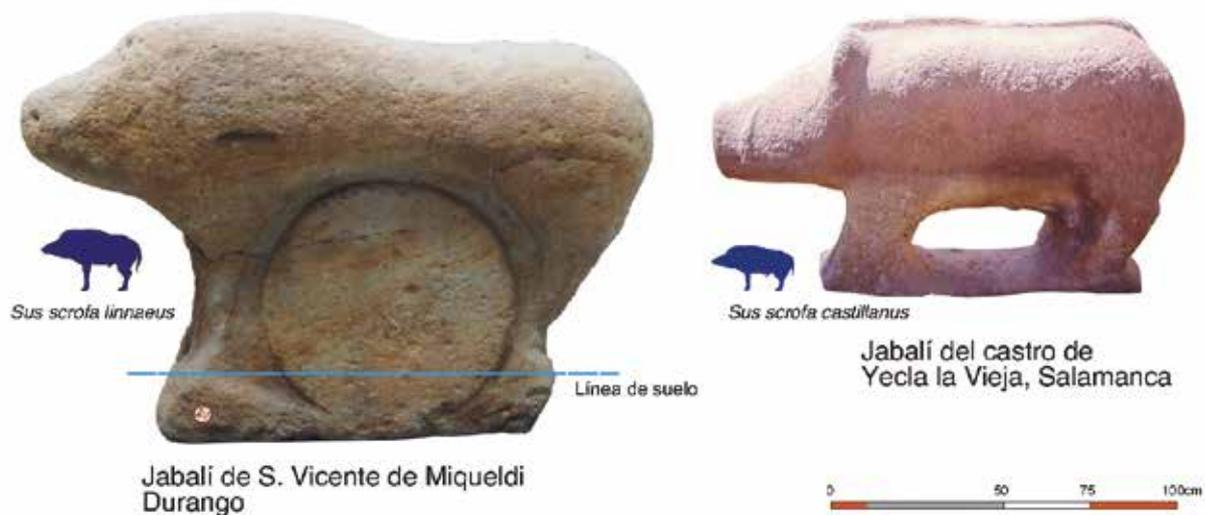


Fig. 7. Comparativa de dos esculturas de suido, de Durango (Vizcaya) y de Yecla de Yeltes (Salamanca) (Valdés *et al.* 2022: 120, fig.52).

a narraciones que fosilizaron interesantes vestigios precristianos. Un importante testimonio que refuerza el reconocimiento de la figura mítica del jabalí, como avatar o representación de la divinidad. Es el animal asociado a Endovélico, divinidad ctónica en Lusitania, a la divinidad solar Teutates, o a la arcaica Lug entre los celtas (Hatt, 1989: 124). En el territorio de los carietes de la costa cantábrica, un disco que representa el binomio Sol-Luna está bajo el vientre de un jabalí que lo protege (fig. 7) (Valdés *et al.*, 2022: 247), es una compleja alegoría que expone el ideario mítico de quienes lo crean. Entre los germanos el dios Freyr cabalga a Gullinbursti, el jabalí rojo de cerdas de oro, como dios del sol, de la lluvia y de la fertilidad. Su hermana Freyja, lo hace sobre Hildsvin, bestia de oro macizo. En la literatura hispana hallamos la leyenda sobre la fundación del monasterio de Aguilar de Campoo, Palencia, en la que intervienen dos jabalís que llevan a los cazadores hasta una iglesia consagrada abandonada junto a una gran piedra y un sauco, árbol sagrado en la tradición céltica. Es en ese lugar desconocido donde será construido el monasterio.

La atención y culto se irá perdiendo bajo el evermerismo de la Iglesia. El mensajero ha mutado en la fórmula cristiana entre un ser infernal y un beneficioso guía, este es el que puede ser habitado por el Cristo Jesús, según San Paulino de Nola (Charbonneau-Lassay, 1996: 174). En Hispania el sacrificio de sangre ha sido borrado ya que choca con los principios de la religión. Los jabalís de nuestras leyendas abandonan la escena quedando en una anécdota su papel de emisario de la divinidad, que un día fue pagana. Aunque mutado en cerdito rosa hace cuatro siglos, se le ha convertido en el acompañante de San Antonio o San Vicente Mártir, a los que también se asocia el cuervo, figura protectora en el relato de la vida de ambos santos. A pesar del menoscabo de su

mito y función, la tradición popular no olvida su pasado ni las acciones favorables que emprende, como la de guiar los espíritus al más allá, llevarles hacia beneficios materiales o conducir al humano elegido por la divinidad, evidentemente pagana, hacia ella y sus designios. En la literatura céltica gaélica e irlandesa el jabalí es cazado, muere, renace, es el mismo dios, es un ser infernal o es el conductor de los espíritus hacia el más allá.

Con todo conservará su simbólica figura, aunque desterrado a un papel secundario, casi irrelevante, pero no se prescinde de él. En cualquiera de las ocasiones que está presente su caza cobra tintes heroicos y es presentado como una gran pieza, propia de un gran personaje. Varios poemas épicos le incluyen como necesario. En el de Fernán González, el gran jabalí le conduce a un encuentro con el monje Pelayo del que recibe un augurio de victoria frente a Almanzor. El maléfico, pero de dudosa maldad, salvo para los censores integristas, en la leyenda del barón de Artal de Mur y la misa por la conversión del diablo, es el genio que le trae beneficio a él y a su hijo. También lo usa para un encuentro decisivo en la genealogía de Lope de Haro con la Dama de Amboto, divinidad ctónica vasca con un pie de cabra. El conde de Barcelos, en su obra *Livro dos linhagens*, de 1340, narra este episodio. En el relato se deja a la comprensión del lector el origen semidivino de los descendientes de Lope de Haro, por la hierogamia con la divinidad Mari o Dama de Amboto. Podemos citar la excepción del gran jabalí muerto por ese Lope de Haro, sin cometido salvo el de ser muerto y comido. Sin embargo, su función simbólica es benéfica en el marco del cristianismo, ya que sirve para reconducir a Lope y a su hijo a la senda de la cristiandad, rompiendo la relación marital y filial que tienen con la divinidad ctónica Mari.



Fig. 8. Ara del *fanum* de Tardets (Francia), dedicada por Valerius Valerianus a Heraucorritse o el Jabalí Rojo (CIL, XIII 395; J. Gorrotxategui, 2020: 21, fig. 14).

El ara dedicada a Heraucorritse, el jabalí rojo (fig. 8) teónimo indígena encontrado en Tardets, Pirineos-Atlánticos, Francia, faculta a señalar que la imagen del jabalí fue venerada y usada para visibilizar la protección que como patrono confiere a la tribu. Como avatar de una divinidad se le considera próximo a Marte (Gorrotxategui, 2020: 273 y ss.). En las fíbulas encontramos posibles muestras que insinúan la vinculación con las divinidades. El jabalí como figura secundaria comparte espacio en las fíbulas de caballito. Está representado inerte, es un cadáver expuesto que cuelga de la quijada hasta el pie de la fíbula, ofreciendo el dorso a la línea de avance. Es un componente en una historia que no aparenta dificultad en ser interpretada, es la presa de una partida de caza.

### 5.3. La cabeza humana exenta o cabeza cortada

Las cabezas son figuras secundarias cuyo significado en asociación al caballo y al jabalí es impulsora de nuestras reflexiones. Entre los pueblos indoeuropeos, la cabeza es la parte del cuerpo donde consideran que reside la esencia propia del ser humano, sus cualidades y capacidades. Por ese motivo, la existencia de cráneos separados de sus cuerpos documentados arqueológicamente en posiciones diversas y los relatos de Diodoro (V, 29, 4); Polibio (II, 28) o Estrabón (IV, 4, 5); y Livio (XXIII 24, 11) han cristalizado en tesis que defienden un culto celta al cráneo. Como se constató en el santuario de Ribemont-sur-Ancre, Francia, hubo una exposición de cadáveres decapitados tras la muerte, respetando sus armas y joyas, sin que fuesen despojados o saqueados durante dos siglos (Brunaux, 2006: 248-249), sin que se hallasen los cráneos en el lugar. No es la intención aportar la larga serie de yacimientos europeos ni las evidencias de la Península que sostienen la práctica de la decapitación de enemigos y de sa-

crificados. Están presentes desde la estatuaria a las monedas, por ejemplo la emitida por el jefe eduo Dummorix, mediados del siglo I a. C. (fig. 9a, b, c).

El siglo XX ha mantenido esta tradicional interpretación: la captura de las cualidades del decapitado, el impedimento a pasar al más allá, y la deshonra, aun pudiendo encontrar otras explicaciones, sin que por ello sea necesario abandonar esta (Aguilera, 2014: 295-296). La cabeza cortada es un epíteto poderoso, un tópico de larga tradición que puede estar encubriendo otras funciones distintas al "ritual de decapitar y exhibir un cráneo". Es evidentemente un trofeo valioso y un acto mágico. Los testimonios indican que la creencia de la decapitación de los enemigos unida a ciertos ritos específicos infringe una muerte superlativa que excluye represalias y por otra parte permite transferir el poderío vital del decapitado, bien al que le mata o al que para enriquecer a su comunidad. Cada comunidad es un microcosmo y la vida depende del rito: la cabeza es tenida por el receptáculo del potencial vital del individuo, como esa cantidad es limitada deben cortarse cabezas para asegurar la renovación y la perpetuación de la cadena vital (Sterckx, 2005: 106).



Fig. 9. a) Moneda del jefe eduo Dumnorix (www.alchetron.com). b) Denario de Sergi (MAN 54083). c) Monedas con cabeza humana cortada. Emisiones de Cunobelinus, jefe de los Catuvellauni (Allen, 1980: pl.22, 317, citado en: Heron, 2020) y web del British Museum.

La costumbre de cortar la cabeza del enemigo muerto es más que un complejo ritual, conlleva creencias sobre cómo se trasmite el principio vital que da origen a un hijo, da base al culto al ancestro y permite comprender la proximidad de los celtas a la filosofía de los pitagóricos (Brunaux, 2006: 172 y ss.), compartiendo la teoría de la metempsicosis (Sterckx, 2005: 107). César recoge lo que considera más esencial de la enseñanza druidica: las almas no mueren nunca, después de la muerte pasan de un cuerpo a otro (*Bell. Gall.* VI, 4, 4). Pero aún hay mucho camino hasta poder sostener que el concepto principio vital y esperma existía entre los celtas (Sterckx, 2005: 109). De las prácticas de conservación del cráneo, sobre su exhibición y su uso como copa se ha escrito mucho, Reinach, Lambrechts, Bosch-Gimpera o más recientes Medrano (2017), Aguilera (2014), Gurruchaga (2019). Pero es un asunto que siendo muy interesante solo es una parte del objeto de este texto. Sea cual sea el soporte, sea bulto redondo, alto o bajo relieve, grabado o pintado una cabeza humana exenta se ha convertido en un filtro que asocia celta a la decapitación en cuantos pueblos muestren algún rastro que induzca a pensar en esa práctica.

La cabeza humana exenta o cortada está presente solo en parte de los objetos de los tipos escogidos, un elemento de valor clasificatorio. Se trata de una figura secundaria, de reducido tamaño frente a la principal. En todos los casos ocupa la misma posición, llegando a estar estilizada hasta alcanzar formas geométricas, que no recuerdan al original. Esta abstracción es una particularidad achacada a la evolución estilística. Esos ejemplares hacen dudar sobre si la clasificación es la correcta. Sea cual sea la variante tipológica del tipo funcional, la repetida presencia en el diseño de una cabeza humana exenta, los distingue entre los ya objetos singulares de su clasificación tipológica, fíbulas de caballito, de jabalí y *signa equitum*. Favorece la discriminación el corto número de ejemplares conocidos.

Esta figura secundaria genera tres preguntas: la primera es ¿qué representa?, la segunda ¿cuál es su significado?, la tercera ¿qué valor social o "gremial" aporta su incorporación al objeto funcional?

## 6. Los objetos con carga de distinción

En los objetos que centramos nuestra atención, las fíbulas zoomorfas, no conocemos ninguno que incorpore juntas las dos figuras secundarias. A todos ellos la interpretación los vincula con un significado social de representación que parece estar destinado a la distinción de quienes ocupan la primera y segunda función de la sociedad indoeuropea propuesta por Dumézil, donde la singularidad, la procedencia y el reducido número de ejemplares conocidos cobra su máximo sentido. Trascendiendo a la imagen las carac-



Fig. 10. Detalle del vaso de plata de Lyon, escena que representa a Teutates y al cuervo de Lug (Hatt, 1989: 124, fig. 97).

terísticas sugieren un significado más amplio. Partimos del convencimiento de que, en la época que se manufacturaron, la composición iconográfica de los objetos singulares es parte del imaginario colectivo, por lo que era comprendida. Podemos considerar que contengan un relato aún sin descifrar con un nexo entre el mundo real y la esfera de lo inmaterial, de los mitos; más allá de la estética y de la calidad de las figuras y símbolos.

En la actualidad, ya no se puede leer en esos símbolos y figuraciones, porque, sencillamente, se han perdido las claves con las que interpretar el orden en que están dispuestos y lo que representan. La esfera de lo inmaterial se encuentra en desventaja frente a la formal-material. Sin embargo, la investigación asume que los objetos expresan trascendencia: social, jerárquica y/o discriminadora. Sobre los que investigamos coexiste una doble finalidad: la evidente, su utilidad y la supuesta, que distingue y singulariza al propietario en su entorno, bien por su coste, bien por su significado. Con este escenario es difícil llegar a una explicación que resulte ajustada y a la vez satisfactoria.

Los objetos, sean grandes o pequeños, pueden atesorar una narración ajena a la evidencia funcional; pero no siempre. Al repasar los objetos de perfiles zoomorfos y los *signa equitum* estimamos que algunos pueden contener un mitema. Ciertas imágenes animales están reconocidas como el avatar de un numen. Una parte a partir de los textos o al participar en la narración contenida en algunos objetos de prestigio y sacros. Es el caso de la representación de Teutates en el vaso de plata de Lyon junto a los cuervos de Lug (fig. 10) o en el monumento de la Tour (fig. 11), donde Taranis en forma de águila sostiene un medallón con la representación de Esus, junto a ellos el jabalí y el carnero de Teutates-Mercurio (Hatt,



Fig. 11. Monumento de la Tour, Saint-Maurice-lès-Châteauneuf, Saône-et-Loire, Francia. Disponible en: [https://www.persee.fr/doc/racf\\_0035-0753\\_1966\\_num\\_5\\_4\\_3008](https://www.persee.fr/doc/racf_0035-0753_1966_num_5_4_3008).

1989: 123-124) o el enfrentamiento entre Taranis y Teutates representados por avatares, el primero bajo la forma de águila y el segundo por el jabalí androcéfalo del reverso de una moneda de los Osismii, cuyo anverso muestra la cabeza de Teutates rodeada por cabezas cortadas y coronada por una enseña de jabalí (fig. 12)(ALT, 1967: 69).

### 6.1. Las fíbulas zoomorfas: perfil *Equus* – perfil *Sus*

De la Hispania céltica, las series de fíbulas zoomorfas de perfil de caballito, con o sin jinete (fig. 2), y las de perfil de jabalí son las más características. Aunque hay otros animales representados en las fíbulas, de ninguno de ellos conocemos que lleve asociado el jabalí o la cabeza humana. La clasificación tipológica del conjunto de las de caballito, sus elementos y su significado ha sido sistematizada por Almagro-Gorbea y Torres (1999), Argente Oliver las de la Celtiberia (1994) y las de Vettonia por Camacho Rodríguez (2020), tratadas en ambos casos con el resto de las fíbulas conocidas en la región. Cerdeño y Cabanes (1994), por su parte, han sistematizado las de jabalí. Por lo que no vamos a entrar a reconsiderar el aspecto tipológico ni el cronológico. En general para las equinas se establece entre 250-220 al 100-50 a. C., para el motivo del jabalí, con menos datos de con-

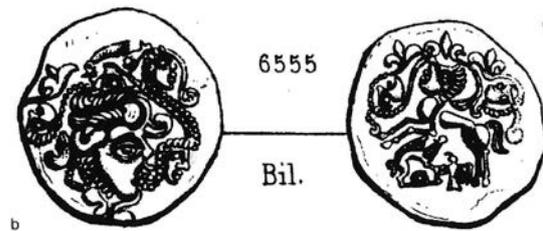


Fig. 12. Moneda de los Osismii. Procede de ALT.1967 (Hatt, 1989: 69, fig. 53a).

texto arqueológico, la propuesta de Cerdeño es de finales del siglo IV- III a. C. y la de Llanos del siglo V al II a. C. que resultan demasiado amplias, considerando más adecuada del siglo III-I a. C., más acorde por estilo y proximidad a las de caballito (Valdés *et al.*, 2022).

**6.1.1. Las fíbulas de caballito.** La serie de perfil equino es interpretada como distintivo social y de clase de la aristocracia ecuestre, de los guerreros para los que el caballo es una herramienta y un compañero que les da ventaja y les protege en el combate. Es por tanto, una posesión valiosa. Sus características, su idiosincrasia y la mitología que envuelve al caballo, ya sean machos o yeguas, caso de las legendarias lusitanas, le procuran el rango más alto como mensajero ante los dioses, cuando es sacrificado. En este cometido solo es superado por el sacrificio de un humano. El espíritu del animal sacrificado, cuando abandona el mundo real y transita al mundo inmaterial del más allá, es el heraldo, no un sacrificio sin más, es portador de las súplicas, los deseos, las demandas y las necesidades como afirma Lissner (1961: 233) (*vid. supra*).

El caballo no tiene un ritual de culto propio, aun cuando participa en las exequias fúnebres del guerrero. Sacrificado cumple la función de acompañante y guía del espíritu, motivo por el que se le encuentra enterrado en las infrecuentes tumbas de personajes aristocráticos, uncido al carro o libre como una montura de silla. Entre los ejemplos más llamativos se encuentran las tumbas de carro de Warcq, Ardenas, Francia, del final del siglo II – I a. C. (fig. 13 a y b), o en la tumba de Pocklington, York, Inglaterra del 320, al 174 a. C. (fig. 14). En Hispania céltica no se conocen tumbas similares. La importancia que la familia del muerto otorga a la posesión del caballo está en la entrega a la tumba de los arreos, atalajes y las reveladoras espuelas. El ritual de incineración impide saber si hubo otros cuerpos sacrificados en la pira y si hubo arreos en materiales perecederos, sin enganches de bronce o hierro. A la incineración no llegan restos que indiquen la cremación de un caballo en un rito de acompañamiento, como con las tumbas de carro citadas. En el holocausto de Viriato se mencionan sacrificios pero no se especifica si se trató de caballos. Aunque también se citan combates de gladiadores, tampoco se aclara cómo se desarrollaron ni cómo se trataron los cuerpos de los vencidos (Diodoro, *Biblioth. Hist.* II, 33, 21).



Fig. 13. a) Tumba de carro de Warcq, Ardenas (Francia) (Renaud Bernardet/INRAP). b) Enterramiento tracio con carro de cuatro ruedas del s. I a. C., Karanovo (Bulgaria) (fotografía de UBB/Veselin Ignatov).



Las dos variantes de nuestro interés, con o sin jinete, tienen mayoritariamente el diseño del perfil animal simple con estampaciones de símbolos solares, círculos concéntricos, anillas y calados en algunos casos. De las 126 sin jinete, en solo trece figura una cabeza humana exenta y en doce un jabalí. En las fíbulas de caballito que tienen una cabeza humana sobreelevada del pie hay una excepción; se encuentra en la zona 2, tumba 4 de la necrópolis de La Osera, Ávila (fig. 15a), en la que se une el barboquejo a la cabeza y al pie. La cabeza humana más naturalista procede de Clunia (Silos 1), tienen una discreta abstracción las restantes de Clunia, Quintanaélez y Padilla de Duero. Muy esquemáticas, siendo casi un volumen simple proceden de La Hoya, Álava (fig. 15b) y Almanuez, Soria, las únicas para las que el contexto arqueológico aporta una imprecisa cronología relativa por ser demasiado amplia la horquilla temporal. Lamentablemente, el resto son

hallazgos descontextualizados que fuerzan la seriación tipo-cronológica por estilos, método relativo no siempre certero. Entre las trece de la variante con jinete, solo cinco incluyen la figura de la cabeza exenta; proceden de Herrera de los Navarros, Zaragoza, necrópolis de Los Centenares, Guadalajara (fig. 16a, b y c), de la habitación 12 de Numancia y necrópolis de La Requijada, Gormaz, Soria y, sin precisión, de Palencia o León. Este conjunto es más naturalista que las de caballito. En las de Herrera de los Navarros, La Osera, Vega de Magaz y en una palentina sin procedencia, la conexión mediante incisiones paralelas a los círculos concéntricos podría estar esquematizando un interesante petral.

En las trece fíbulas de caballito con figura secundaria de jabalí inerte, este une el extremo del pie con el barboquejo del caballo. Villanueva de Teba es la única en que el jabalí no sigue esta disposición. La más naturalista procedente de Numancia, fue encontrada en una tumba del siglo II a. C. (fig. 17a). Las de jabalí sin estilizar proceden de Burgos: Villanueva de Teba, Lara, Miranda de Ebro y Palenzuela (fig. 17b), llevando todas anillas en crin y cola. Las otras seis tienen el posible jabalí esquematizado.

Sea cual sea la figura secundaria, la estilización/abstracción de la cabeza humana y del jabalí hace que estas figuras sean más una deducción que una evidencia innegable, aceptando como prueba la similitud de la posición. Las cabezas más detalladas presentan una interesante unidad en las que parte de la cara no se detalla. La decoración básica de todas ellas son los círculos concéntricos con punto central a los que se considera representaciones solares, aunque en algunos casos coincide con la marca del ojo, casos de Numancia 11 y Paredes de Navas 86 y 88 o los nodos del posible petral. La estampación es el sistema más corriente para los punzones de círculos concéntricos con punto central, los punzones de "S", puntos dobles o de pequeños cuadros. La



Fig. 14. Tumba de carro de Pocklington (Reino Unido) (fotografía de MAP, Archaeological Practice).



Fig. 15. a) Fíbula de la necrópolis de La Osera (fotografía del proyecto BHIT). b) Fíbula procedente de La Hoya con supuesta cabeza esquemática (fotografía cedida por Agote, Museo BiBat, Álava).



presencia de segmentos rectos paralelos en cuello y tronco, sin que se aprecien cambios cuando estos son evidentes en la figura principal, es posible por su sincronía cronológica, por una fórmula regional o debido a un taller, aunque con exactitud no podemos establecer la correlación de las variantes con su tiempo real.

**6.1.2. Las fíbulas de perfil de suido, jabalí.** Este tipo de fíbula ha sido considerada por Almagro-Gorbea una variante de la de caballito. Se interpreta en paralelo a un objeto distintivo, propio de la aristocracia ecuestre. Del más de medio centenar de fíbulas de perfil de jabalí conocidas, solo 16 portan una figura secundaria, la cabeza humana exenta. En dos de ellas es clara, la MAN 7887 y 23042 (fig. 18 a y b), supuestamente procedentes de las provincias de León y Palencia, mientras que en las restantes el grado de esquematización excesivo es la norma. En este perfil, la coincidencia de la posición es común con las de caballito, lo que ha permitido suponer más que confirmar la clasificación como cabeza. Salvo la fíbula procedente de La Custodia, Navarra, que tiene estampados círculos concéntricos en escápula y cadera, ninguna de esta variante los lleva estampados, a diferencia de las fíbulas de caballito. Los restantes punzones son compartidos. Estas fíbulas tienen una particularidad en común con las téseras de jabalí y con ocho fíbulas de caballito del norte del Duero y valle del Ebro. El cuerpo, entre torso y vientre, está marcado con pares de trazos rectos verticales, a modo de una faja, quizá representando una silla sencilla de montar.

## 6.2. Los *signa equitum*

En 1924, José Ramón Mélida junto con M. Álvarez, S. Gómez Santa Cruz y B. Taracena daban a conocer los resultados de la excavación de 1923 en Numancia. Entre otros muchos, el hallazgo singular fue un «cetro real o de alta dignidad», de bronce, engastado en un astil de 1,5 m. Uno de los extremos es una pequeña contera cónica y, en el otro, dos prótomos de caballo



Fig. 16. a) Fíbula de jinete con cabeza humana, Herrera de los Navarros. Museo de Zaragoza. b) Fíbula de jinete con cabeza humana procedente de Luzaga, Guadalajara (composición del autor; MAN n.º-invt. 1940/27/1391).

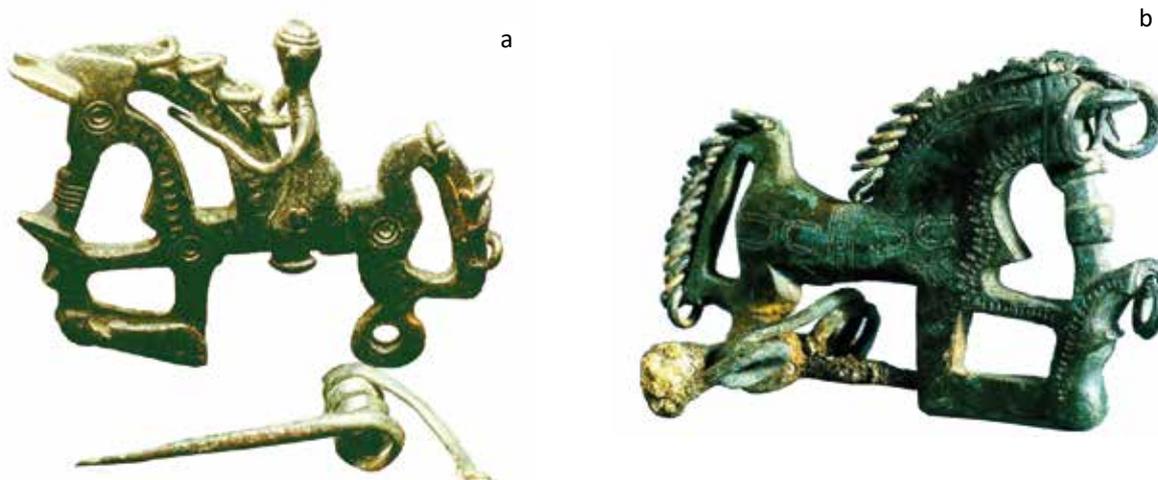


Fig. 17. a) Fíbula de jinete con jabalí inerte, tumba 32 de Numancia (Jimeno *et al.*, 2004: fotografía de A. Plaza). b) Fíbula con jabalí inerte procedente de la necrópolis de Palenzuela, Palencia.

contrapuestos decorados con círculos concéntricos estampados. Se encontró junto a dos fíbulas de caballito y otros objetos, entre ellos grapas en hongo, en la calle U. Atrae la atención la asociación de dos fíbulas de caballito y la enseña. Numancia ha aportado el número más importante de enseñas recuperadas en conjuntos cerrados, en 12 tumbas (Jimeno *et al.*, 2004: 163 y ss.). Una tipología ajustada a tres modelos: simple, de cabezas humanas y de prótomo de caballo (más cabezas humanas). Han sido recuperadas asociadas principalmente a objetos de adorno y en menor medida a algún arma. Solo un ejemplo, del tipo más simple hecho de hierro (t-62), rompe esa tónica con la inclusión de un puñal y una lanza.

La falta de relación con armas hace pensar que estos singulares objetos pueden ser informativos de diversos usos y de un cometido amplio. En los dos tipos más historiados concurren elementos simbólicos relevantes. En el primero (tipo 9b de Lorrio) la horquilla se remata en una cabeza humana exenta, casos de Uvero y Numancia (fig. 19a y b). En el segundo (tipo 9c) la horquilla sirve de apoyo al doble prótomo de caballo, casos de Numancia (fig. 20). Ambos tipos están estampados con símbolos solares y algunas anillas. Las cabezas de las rodillas de los caballos guar-

dan consonancia con las de las fíbulas de caballito. En el tipo 9b, las cabezas que coronan la horquilla son muy naturales con anillas en las orejas. El tipo 9c, tiene dos variantes, una versión con cabezas en posición idéntica a las fíbulas de caballito orientadas en la dirección de la marcha. La segunda versión presenta sustituyendo una de las patas una cabeza humana orientada ortogonal a la marcha. En las dos piezas con jinete, vistas por el lado ancho, este cabalga en direcciones opuestas. ¿Un capricho del artista o un indicio de significado concreto que no alcanzamos, ya que proceden de una tumba donde el muerto posee dos enseñas?

Jimeno (2004: 167) recorre las propuestas de interpretación sobre el conjunto general que han manifestado: Sopeña atribuyéndoles un carácter dual; o el simbólico de heraldo de Capalvo basado en un texto de Apiano (*Hisp.* 48); el de Pastor que plantea un báculo de distinción, un emblema o insignia personal, un determinante de mando, rango o dignidad; la propuesta de Lorrio de una expresión heráldica; un estandarte, *signa equitum* de Almagro-Gorbea y Torres. Jimeno se decanta por báculos, un término en el que puede incluirse casi todo lo dicho por no estar directamente ligado a lo militar.



Fig. 18. a) Fíbula de jabalí procedente de la provincia de Palencia. MAN7887. Composición L.V. b) Fíbula de jabalí con cabeza humana sin procedencia. MAN23042. Composición L.V.

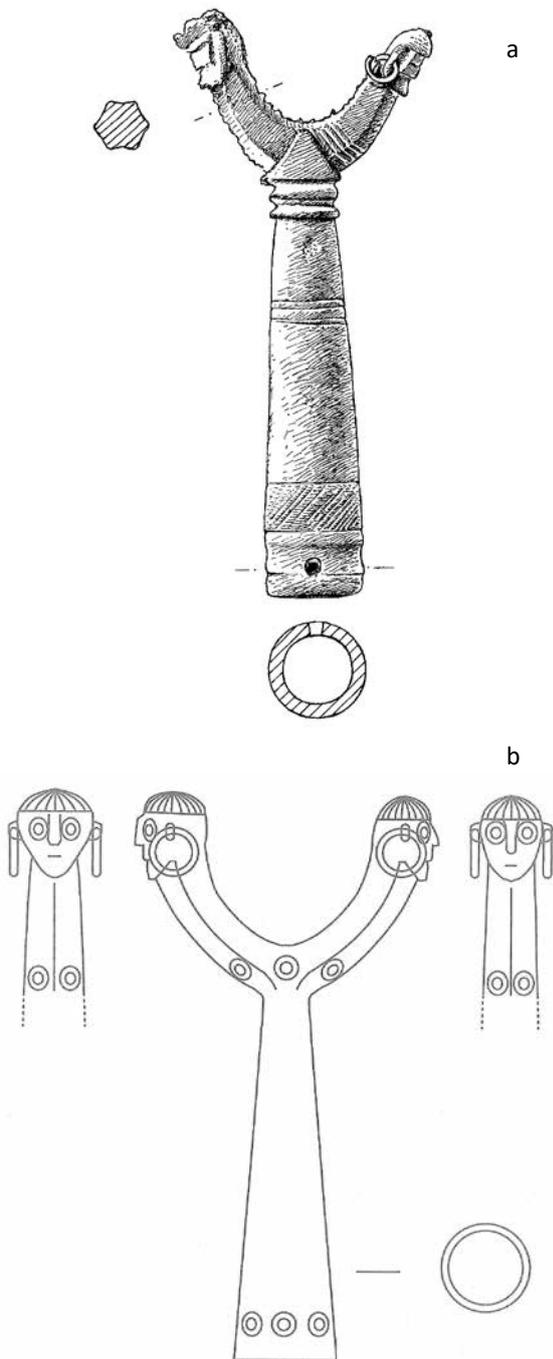


Fig. 19. a) *Signum equitum* de Ucero (tipo 9b de Lorrio). Dibujo cedido por E. García-Soto Mateos. b) Báculo de la necrópolis de Numancia, tumba 106 (Jimeno *et al.*, 2004: fig. 90, modificada por L.V.).

La figura de la cabeza humana es menos abstracta que las de las fíbulas de caballito y de jabalí. La figura secundaria del jabalí inerte no está presente. La cronología es de final del siglo III y II a. C (Lorrio, 2010: 446) coherente con las fechas propuestas para las fíbulas de caballito y las de jabalí. En Numancia, la fecha del 133 a. C., sería el año *ante quem*. En los *signa equitum* calados de Miraveche, el jabalí, junto con los círculos concéntricos



Fig. 20. Báculo 2382 de la necrópolis de Numancia, tumba 38 (Jimeno *et al.*, 2004: fig. 50).

están presentes mientras que la cabeza humana no (fig. 21). La iconografía cambia en la medida en la que los símbolos animales pierden relevancia en la composición. Pequeño tamaño, posición periférica y diseño simétrico. No tienen paralelo en la Celtiberia.

La interpretación de los *signa* por su forma y por su simbología se concentra en tres grupos principales: los anicónicos o simples, horquillados en los que se incluyen los remates en voluta; los calados con zoomorfos y los historiados de cabeza humana y caballo, con o sin jinete. Un factor discriminante se ha establecido en la comparación del tamaño (Martínez y Fernández, 2017: 216, fig. 12). Según estos autores la visibilidad a cierta distancia sería reducida, lo que no los hace aptos como estandarte, en el sentido de guía visual. De los conocidos, por su tamaño, serían apropiados los de Miraveche y Numancia como enseñas colectivas (fig. 21). Los que son más pequeños tendrían una función como remates de cetros o bastones de mando. La escala jerárquica de los mandos de los caballeros guerreros no es necesaria traerla aquí, la forma en la que son distinguidos los responsables de cada agrupamiento nos es desconocida.

Es interesante la iconografía base que refleja posibles diferencias intertribales. De la Celtiberia procede el grupo conocido de mayor recorrido temporal (Lorrio, 2010: 446, fig. 1). Los modelos de la Cantabria histórica guardan el estilo, son dos prótomos más sobrios y menos desarrollados y no incorporan ninguna figura secundaria (fig. 22). Los procedentes de

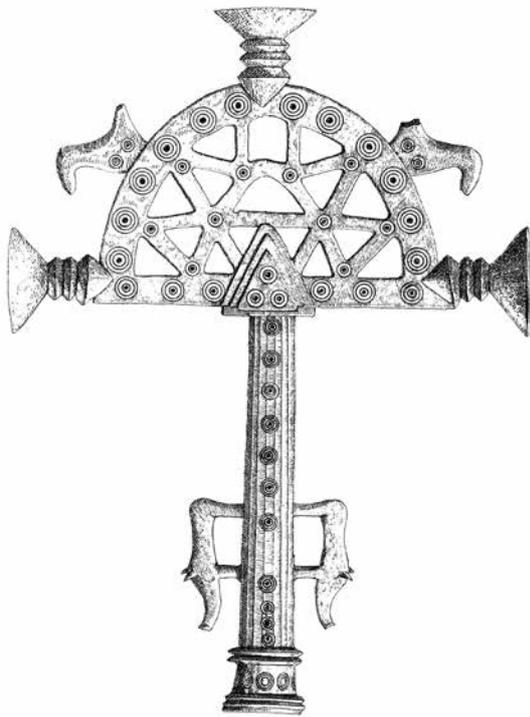


Fig. 21. Posible *signum equitum* de Miraveche (Almagro-Gorbea y Torres, 1999: fig. 32, a partir de Schüle, 1969).

Autrigonia solo comparten la figura secundaria del jabalí, pero no como trofeo inerte. Las influencias hacia el occidente de Celtiberia quedan marcadas por las piezas de La Osera y la tardía de Cáceres el Viejo. Con el escaso número de objetos con los que se cuenta y la variedad de modelos e iconografía que presentan es difícil crear el encuadre evolutivo más allá de la situación actual. Sin embargo, sirven para establecer las diferencias temáticas detectadas en la iconografía

que, sin duda, responden a la variabilidad en el imaginario, a la ideología y a los signos que se comparten internamente y diferencian de los vecinos.

### 7. Reflexión final

En este texto hemos tratado sobre tres tipos singulares y de prestigio en los que concurren figuras secundarias que concretan y aportan valor simbólico. La cabeza humana exenta es el denominador común. La figura secundaria del jabalí inerme en unas, es principal como pasante en otras. Esta selección es demasiado corta para poder realizar un análisis estadístico fructuoso. Queda evidente que la aparente sencillez iconográfica conserva segmentos de la ideología, las creencias, los mitos o la estructura de la sociedad. Lo que hoy es sin duda enigmático era comprendido, tanto el enunciado como el contenido.

Tras las cabezas exentas o cabezas cortadas, en su interpretación más tradicional, reside una gran complejidad, tanto si las tomamos en su aspecto mágico como trofeo o como representación de un numen. En su larga historia Steckx y Onians han reconocido que es común al trofeo su magia, al igual que su beneficio es acumulable. Tema fundamental ausente en las fuentes clásicas. La necesidad origen de esa práctica está en la esfera de lo inmaterial. Sorprenden los grandes paralelismos conceptuales entre pueblos certificados como practicantes de esta conducta y alejados geográfica y temporalmente.

La representación de númenes o de los héroes fundadores puede ser razonada como una interpretación alternativa, dada la tradición celta de cabezas exentas no ligadas a la decapitación. Es el caso de la figura del anverso de las monedas de influencia mediterránea o de las esculturas de la Hispania céltica. Esta

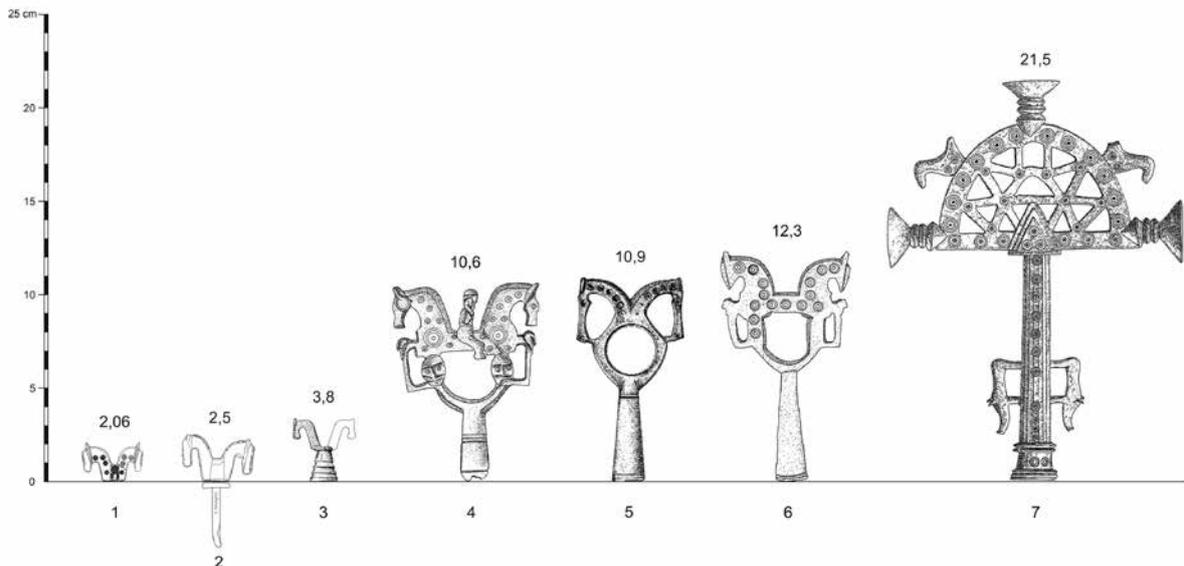


Fig. 22. Cuadro comparativo del tamaño de los distintos tipos considerados *signum* o báculos (Martínez y Fernández, 2017: fig. 12).

interpretación es más fácil de sostener en las fíbulas de jabalí. El paralelismo en las fíbulas de caballito y jabalí es completo, la posición es intermedia y semejante la abstracción. Por otra parte, nos es desconocido un texto que mencione el hecho de colgar cabezas cortadas del cuello de un jabalí. Este animal ¿puede representar la alegoría de un guerrero heroico trasmutado? Quizá su función y significado estén en la distinción de un segmento de guerreros diferente a los montados. Un grupo de características y actitudes asimilables al comportamiento del suido salvaje, una hipótesis de arriesgado sustento en el escaso contexto arqueológico y organizativo que tenemos.

El jabalí inerme de las fíbulas de caballito tiene idénticas dificultades por su estilización/abstracción. Interpretarlo como trofeo parece lo más convincente. Dadas las características del animal asociado a divinidades ctónicas, local como Endovélico o a la pancéltica Lug, puede representar la oposición entre el mundo de los vivos y el de los muertos. También puede ser una alegoría en la que están presentes dos avatares que guían a los espíritus al más allá. En la estructura jerárquica quedaría por estimar quién llevaría este distintivo de prestigio. Si las de caballito representan a guerreros de la elite aristocrática, a los poseedores de caballos, esta alegoría con el jabalí ¿distinguiría a estos *equites* con la función de ejecución de los ritos apropiados hacia los muertos tras la batalla? Por atractiva que parezca esta hipótesis, nada nos permite sostenerla con los textos clásicos o hasta que conozcamos mejor la estratificación de la sociedad y sus cometidos distintivos.

Los *signa equitum* o de dignidad, han sido estudiados en su función social y jerárquica con el éxito que puede proporcionar la gran variabilidad tipológica en tan escaso número. Encontramos que la singularidad de las figuras en su composición sigue una línea semejante a la usada en las fíbulas. La distribución territorial se ajusta a modelos concretos: prótomos de caballo opuestos por el cuello en la Cantabria histórica, jabalís pasantes en Autrigonia y prótomos de caballo opuestos por el tronco con cabezas exentas de la Celtiberia. Las diferencias son evidentes y las funciones específicas indescifrables. Lo cierto es que en la literatura clásica encontramos datos que desvelan una jerarquización en la organización y funciones de la sociedad de los *oppida* desde el final del siglo IV hasta inicio del III a. C. Posiblemente son signos de dignidad, tanto sea militar, aunque la relación con armas o elementos de monta está por acreditar, como política o religiosa. La presencia de las cabezas exentas y de los símbolos solares mantiene una iconografía próxima a las fíbulas. El emblema del cargo o de clase expone un efecto apotropaico y un nexos con las divinidades y/o los héroes fundadores.

El conjunto examinado son los objetos de distinción jerárquica de una sociedad de organización compleja tanto vertical como trasversal, alejada de una de

conciencia igualitaria. En su iconografía incluyen las figuras míticas pertinentes del imaginario colectivo. Esto lleva a un espacio de expresión generado en la reunión de las esferas material e inmaterial, como soporte de la distinción de la persona y/o cometido en la sociedad. ¿Qué significan dos enseñas en la tumba 38 de Numancia? Y ¿dos fíbulas de caballito junto a otra enseña en el poblado? Motivados por haber generado más preguntas que respuestas seguiremos el curso a los nuevos hallazgos y a sus contextos arqueológicos. Nos resistimos a no incluir esta última consideración: sabemos que las cabezas cortadas de los galos aplacaban a Júpiter Taranis, ¿a quién aplacaban las cortadas por los pueblos de la Hispania céltica?

## Bibliografía

- AGUILERA DURÁN, T. (2014): "El rito celta de las cabezas cortadas en Iberia: revisión de un tópico historiográfico". En F. Burillo y M. Chordá (coords.), *Nuevos Hallazgos, Nuevas Interpretaciones. VII Simposio sobre los celtiberos (Teruel 2012)*. Daroca: Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda, pp. 295-302.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1998): "*Signa equitum* de la Hispania céltica". *Complutum*, 9, pp. 101-115.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y ALONSO ROMERO, F. (2022): *Peñas sacras de Galicia*. Betanzos: Fundación L. Monteagudo.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A. (2010): "El *Heros ktistes* y los símbolos de poder en la Hispania prerromana". En F. Burillo (coord.), *Ritos y Mitos. VI Simposio sobre celtiberos (Daroca, 2008)*. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico", pp. 157-183.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES ORTIZ, M. (1999): *Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Zaragoza: Institución "Fernando El Católico".
- ALMAGRO-GORBEA, M. y VALDÉS, L. (2017): "Les sanctuaires de l'*Hispania Celtica*: nouvelles données". En Ph. Barral y M. Thivet (Éd.), *Sanctuaires de l'âge du Fer. 41<sup>e</sup> colloque international de l'AFEAF. (Dole, 2017)*. París: AFEAF (AFEAF; 1), pp. 15-30.
- ALT: TOUR, H. de la (1967): *Atlas des monnaies gauloises*. París: Commission de Topographie des Gaules, Ministère de l'Instruction Publique. pl. XXII, 6.555, pp. 69.
- ARGENTE OLIVER, J. L. (1994): *Las fíbulas de la Edad del Hierro en la meseta oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. Madrid: Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Excavaciones Arqueológicas en España.
- BARCELOS, Conde de (1344): *Livro dos Linhagens*, manuscrito. Disponible en: <https://digitalis.uc.pt/bookreader/eBookReader/index.php?id=71540#page/138/mode/1up> [consulta: 14/9/2022]
- BLANCO GARCÍA, J. F. (2003): "Iconografía del caballo entre los pueblos prerromanos del centro-norte de Hispania". En F. Quesada y M. Zamora (eds.), *El caballo en la Antigua Iberia*. Madrid: Real Academia de la Historia y Universidad Autónoma de Madrid. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 19.
- BRUNAUX, J.-L. (2006): *Les druides. Des philosophes chez les Barbares*. París: Éditions du Seuil.

- CAMACHO RODRÍGUEZ, P. (2020): *Las fibulas de la Vettonia. Adorno personal e identidades en la Edad del Hierro*. Alacant: Publicacions Universitat d'Alacant.
- CELESTINO PÉREZ, S. (2002): "El palacio santuario de Cancho Roano". *Revista de Arqueología*, 23 (249), pp. 22-35.
- CELESTINO PÉREZ, S. y RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, E. (2019): "Un espacio para el sacrificio: el patio del yacimiento tartésico de Casas del Turuñuelo (Guareña, Badajoz)". *Complutum*, 30 (2), pp. 346:366. [DOI: 10.5209/compl.66337].
- CERDEÑO, M.<sup>a</sup> L. y CABANES, E. (1994): "El simbolismo del jabalí en el ámbito celta peninsular". *Trabajos de Prehistoria*, 51 (2), pp. 103-119.
- CHARBONNEAU-LASSAY, L. (1996): *El bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media*. Palma de Mallorca: José J. de Olañeta Editor. Sophia Perennis, 44-45.
- DOWDEN, K. (2002): *European Paganism. The Realities Of Cult From Antiquity To The Middle Ages*. London and New York: Routledge Taylor and Francis Group.
- GARCÍA DE SALAZAR, L. (1454): *Las Bienandanzas e Fortunas*. Disponible en: <https://www.biblioteca-antologica.org/es/wp-content/uploads/2017/07/GARC%C3%8DA-SALAZAR-Bienandanzas-e-Fortunas.pdf> [consulta: 14/9/2022]
- GORROCHATEGUI CHURRUCA, J. (2020): "Aquitano y Vascónico". *Palaeohispanica*, 20, pp. 721-748.
- GURRUCHAGA SÁNCHEZ, M. (2019): "El culto céltico a la cabeza cortada en Cantabria: realidad arqueológica, mito y pervivencias". *Altamira: Revista del Centro de Estudios Montañeses*, 90, pp. 6-28.
- HATT, J. J. (1989): *Mythes et dieux de la Gaule. 1. Les grandes divinités masculines*. París: Picard.
- HUXLEY, A. (1929): "Do What you will. One and Many". En R. E. Kuehn (ed.), *A collection of critical essays*. Hoboken: Prentice Hall.
- JIMENO, A., DE LA TORRE, J. I., BERZOSA, R. y MARTÍNEZ, J. P. (2004): *La necrópolis celtibérica de Numancia*. Salamanca: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 12
- LISSNER, I. (1961): *Man, God and Magic*. Nueva York: G .P. Putnam's sons.
- LORRIO, A. J. (2010): "Los *signa equitum* celtibéricos: origen y evolución". *Palaeohispanica*, 10, pp. 427-446.
- LORRIO, A. J. y OLIVARES, J. C. (2004): "Imagen y simbolismo del toro en la Hispania céltica". *Revista de Estudios Taurinos*, 18, pp. 81-141.
- MARTÍNEZ VELASCO, A. y FERNÁNDEZ AGÜERO, L. (2017): "El *signum equitum* de El Otero (Rueda de Pisuerga, Palencia) y los *signa equitum* de la Cantabria histórica". *Complutum*, 28 (1). Disponible en: <http://dx.doi.org/10.5209/CMPL.58419> [consulta: 14/9/2022]
- MICHAELS, A. (2015): *Homo Ritualis: Hindu Ritual and its significance to ritual theory*. Oxford: Oxford University Press.
- MEDRANO MARQUÉS, M. (2017): "Cabezas Sagradas, Cabezas Emblemáticas". *Revista Aragonesa de Emblemática*, 23, pp. 157-192.
- ONIANS, R. B. (1951): *The origins of European thought. About the body, the mind, the soul, the world, time and fate*. Cambridge: Cambridge University Press. Disponible en: doi:10.1017/CBO9780511552724 [consulta: 14/9/2022]
- PASTOUREAU, M. (2007): *L'ours. Histoire d'un roi déchu*. Paris: Éditions du Seuil.
- ROYO GUILLÉN, J. I. (2005): "Las representaciones de caballos y de élites ecuestres en el arte rupestre de la Edad del Hierro de la Península Ibérica". *Cuadernos de Arte Rupestre*, 2, pp. 157-200.
- STERCKS, C. (2005): *Les mutilations des ennemis chez les celtes préchrétiens*. Paris: L'Harmattan. Collection Kubaba, série Antiquité.
- TORIJA LÓPEZ, A. y BAQUEDANO BELTRÁN, I. (2007): "Las *teserae* de la colección Cerralbo. Viejas conocidas, nuevas perspectivas". *Palaeohispanica*, 7, pp. 269-336.
- VALDÉS, L. (2009): *Gastiburu, el santuario vasco de la Edad del Hierro*. Madrid: Real Academia de la Historia. Biblioteca Archaeologica Hispana, 29.
- VALDÉS, L., ARENAL, I., ALMAGRO-GORBEA, M. y ALDECOA RUIZ, A. (2022): *Luminoso Ídolo Oscuro. Miqueldi, historia y significado*. Fundación Popular de Estudios Vascos (FPEV). Disponible en: <https://drive.google.com/file/d/1o63apvDQrBzWYw7YyYW-CMPTGZs03MOZ/view?usp=sharing>.

Recibido: 01-09-2022  
Aceptado: 20-10-2022

# El puente antiguo de Peñafiel sobre el río Duero. Estudio histórico y arquitectónico

Salvador Repiso Cobo

Historiador medievalista

## Resumen

El puente de piedra sobre el río Duero, objeto de este estudio, se ubica en el término municipal de Peñafiel, en la carretera que une esta población con la de Esguevillas. Posee dos estructuras claramente diferenciadas: una románica, de mediados del siglo XII, cuando se funda la villa; otra del renacimiento tardío (1624). Sobre la primera se efectuarán añadidos y reformas en periodos posteriores. A finales del XIX el puente es ya casi una reliquia. Se conciben planes de restauración y ensanche, que no se llegan a ejecutar. En 1945 se construyó un puente nuevo, paralelo al primitivo. Este se abandona; algunos de sus componentes se arruinan. En 2006 se restaura y es destinado para el ocio: tráfico de peatones y bicicletas. Efectuamos su estudio a partir de fuentes diplomáticas y del análisis de sus estructuras arquitectónicas procurando establecer cronologías. Lo arropamos en todo momento con su oportuno contexto histórico.

**Palabras clave:** Duratón, arroyo Botijas, puente de Valdovar, Juan de la Verde, Bartolomé de Barreda, Juan de la Cuesta Miera, tajamar, espolón, villa y tierra.

## The old bridge over the river Duero. Peñafiel Historical and architectural study

### Abstract

The stone bridge over the Duero river, which is the subject of this study, is located in the municipality of Peñafiel, on the road that links this town with Esguevillas. It has two clearly differentiated structures: one Romanesque, dating from the mid-12th century, when the town was founded; the other from the late Renaissance (1624), which is an extension of the previous building. Additions and alterations were made to the former in later periods. By the end of the 19th century, the bridge was almost a relic. Restoration and widening plans were drawn up but were never carried out. In 1945, a new bridge was built parallel to the original one. The bridge was abandoned; some of its components fell into ruin. In 2006, it was restored and used for leisure purposes: pedestrian and bicycle traffic. We carried out a study based on diplomatic sources and the analysis of its architectural structures, always trying to establish chronologies. It is always wrapped up in its corresponding historical context.

**Key words:** Duratón, arroyo Botijas, Valdovar bridge, Juan de la Verde, Bartolomé de Barreda, Juan de la Cuesta Miera, *tajamar*, spur, villa and land.



El día veinticuatro de julio, del año pasado, se levantó tal tempestad en la jurisdicción de esta villa de Peñafiel —en concreto en los lugares de Castrillo, Olmos y Mérida— y cayó tal abundancia de agua, piedra y granizo que el caudal del arroyo Botijas creció de tal manera que, llegando hasta el río Duero, se llevó de paso el segundo ojo de su puente y trastocó gran parte de su fábrica. Así describe un diploma de 1650 en esencia, la gran tormenta acaecida en el valle del Botijas y algunos de los estragos que generó en el valle del Duero<sup>1</sup>. Esta avenida no sería la primera ni la última, ni tampoco los daños ocasionados. Toda la historia de nuestros puentes está teñida de contratiempos producidos por lluvias torrenciales, nieves, deshielos a deshora, sobrepesos de carga sobre su plataforma y, hasta en ocasiones, por la propia acción del hombre.

Los puentes de antaño, por lo general, no eran edificios tan duraderos como los de ahora. Y esto hablando sólo de los de piedra. Pues, los había también de madera y de pilas de piedra y plataforma de madera. La madera era un remedio provisional, cuando la construcción en piedra se retrasaba, que era casi siempre. Un pueblo, que disponía de puente, no podía permanecer por mucho tiempo aislado, pues su vida social y su economía se resentían. Hubo lugares que desaparecieron a causa del hundimiento y no reparación de su puente.

En resumen: con toda esta serie de avatares climáticos, deterioros, derrumbes, artilugios de madera, y sus posteriores rehabilitaciones, han tenido que convivir, a lo largo de su historia, nuestros puentes del Duero, del Duratón y del Botijas.

Estos —y casi todos— se asemejan, permítaseme el símil, a aquellos pantalones de pana que vestían, los días de trabajo, nuestros abuelos en el pueblo, tenían tantos añadidos, parches, cicatrices —en rodillas, culeras, perneras—, y de tantos colores que ya era casi imposible distinguir, entre tanta variedad, la tela originaria de la supletoria.

Bajo estos presupuestos voy a analizar el puente del río Duero, en Peñafiel. Dejaré para trabajos posteriores, si las circunstancias lo permiten, los del río Duratón —Mercado y Valdoval—; incluso, las puentecillas de Roa y Carraovejas, sitas en el arroyo Botijas.

Tomo como fuentes de estudio los datos extraídos de la documentación, así como del análisis minucioso de los restos arquitectónicos; vistos estos con perspectiva arqueológica. Es el método que nos permite superar apreciaciones subjetivas, de interés sentimental o demasiado localistas, para elevarnos a lo que, de verdad, se puede considerar como investigación científica. Los datos resultantes, a veces en exceso fríos, irán acompañados, en lo posible de un pequeño contexto histórico, para aportar razón de ser al mero testimonio arquitectónico.

Sugiero al lector que en el conjunto del puente aprecie dos estructuras básicas: una de época románica —mediados del siglo XII—, compuesta, como se verá por cinco arcos y otra del renacimiento tardío (se finaliza en 1624), conformada por tres arcos, y añadida *ex novo* a la fábrica anterior. Los arcos 2º, 3º y 5º —siempre teniendo como referencia el fluir de la corriente, mirando de izquierda a derecha—, incrustados en la estructura románica, son de época posterior e imitan de alguna manera a los renacentistas.

Se ha convertido en un tópico, incluso en ámbitos cultos, aplicar a todo puente de piedra, con cierta apariencia de antigüedad, un origen romano. Y como puente romano se cataloga a menudo, por vía oral o escrita, a este de Peñafiel. Pero, sin ningún fundamento: no se aprecia en él estructura romana alguna. Debemos liberarnos cuanto antes de ese tópico<sup>2</sup>.

## El puente románico

Las primeras menciones históricas de Peñafiel datan del siglo X<sup>3</sup>. Era este por entonces un castillo o castro de frontera, tal vez con una pequeña aldea cobijada junto a su falda. El marco histórico en el que se desenvuelven ambos es el de la llamada “Repoblación del Valle del Duero”. Por repoblación entiendo la articulación del espacio; articulación política, dirigida tanto a los pobladores que habían permanecido, desde siempre, en el lugar de sus antepasados —y la toponimia da sobrada fe de ello— como a los que vinieron de fuera. El castillo, como otros de sus alrededores —Castroverde, Curiel, Roa, Sacramenia, Cuéllar—, se convirtió en el centro de referencia de una serie de aldeas que conformaban su territorio o alfoz. Tanto la fortaleza como el alfoz eran regidos por un representante del conde —de Monzón primero, luego de Castilla—, quien a su vez dependía del rey de León.

Es posible que el castillo de Peñafiel o su aldea, al ocupar el punto neurálgico del territorio, acogiese algún tipo de mercado, extremadamente comarcal, donde los pueblos del alfoz y de los alfozes cercanos, intercambiaran sus escasos excedentes. Para acceder al castro desde la zona norte del Duero, por la que también se extendía su territorio, era preciso cruzar el cauce del río y, por ello, se necesitaba de un punto concreto de paso. Serviría este, a su vez, para comunicarse con los castillos cercanos, con la cabecera del condado y con la capital del reino. Desconocemos la naturaleza y asiento de dicho paso. Además de los vados —en época de bajo caudal—, de los pasajes de barcas o barcazas, se requería un puente de madera. De ser así, este pudo ubicarse en el mismo lugar en el que hoy se asienta el de piedra. Todos los indicios aludidos —castillos, poblaciones, condado, reino, con su pertinente y necesaria comunicación—, nos permiten aceptar tal hipótesis.

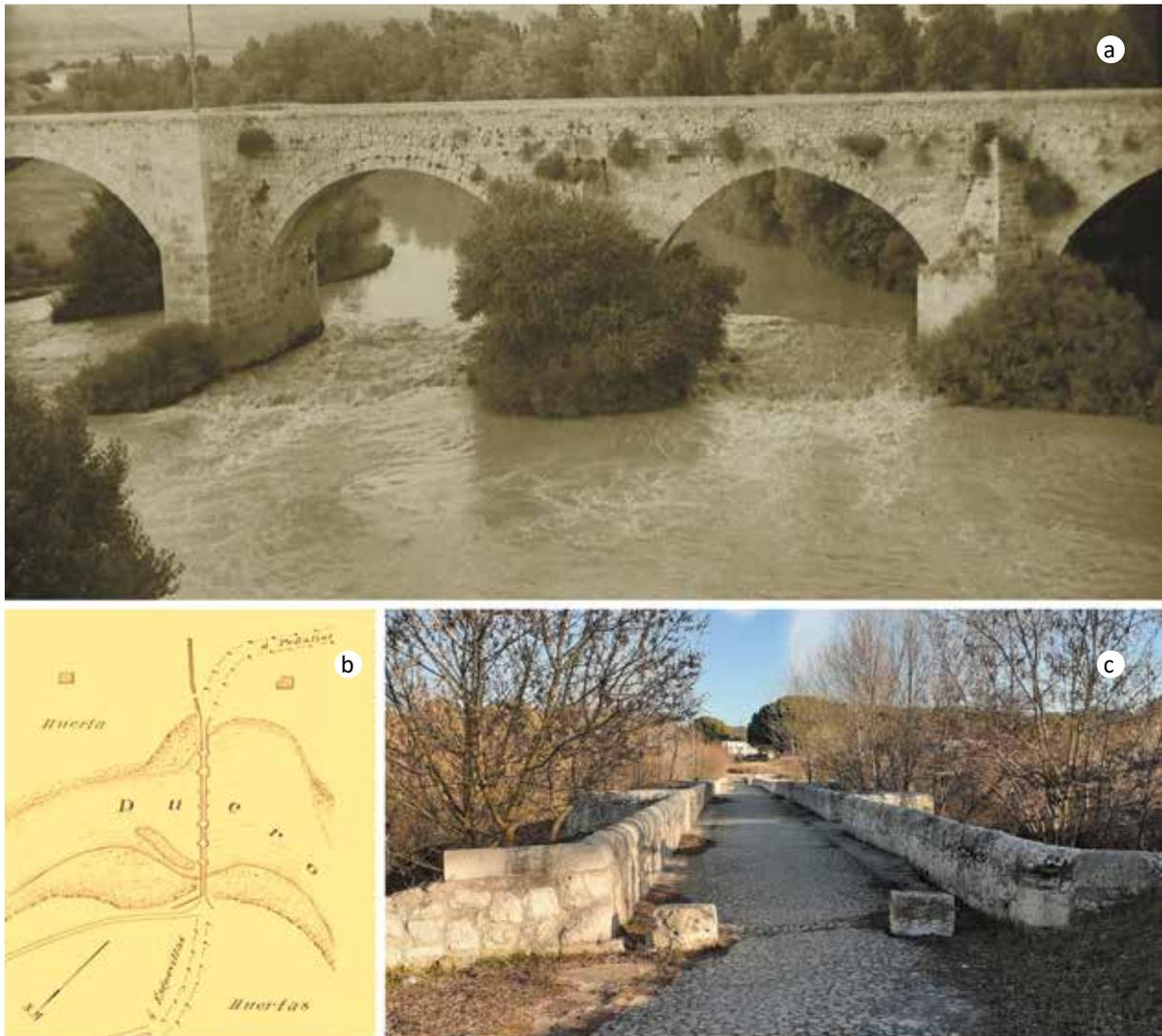


Fig. 1. a) Vista general del puente, con los arcos 4.º y 5.º aún sin derruir, 1957 (de la colección fotográfica de Juan José Moral Daza). b) Vista general del puente. Plano del proyecto de reparación y ensanche de 1906 (Eduardo Domingo Mambrilla). c) Calzada, 2022 (fotografía del autor).

Desde el último tercio del siglo XI comienza a vislumbrarse, con relación al periodo anterior, una evolución de las estructuras sociales del reino. Evolucionan la monarquía, la nobleza, la iglesia y el pueblo llano. Gran parte de este pueblo, que vive en tierras de retaguardia, integrado mayoritariamente por campesinos libres, contrae ahora lazos de dependencia con la nobleza laica o eclesiástica, y se señorializa. En cambio, en la misma tierra de frontera, llamada a partir de ahora *Extremadura* 'los extremos', en la que se incluyen los alfores de Peñafiel, Curiel, Roa, Cuéllar, cristaliza un nuevo tipo de gentes, que recibe de manos del rey un estatuto que les permite organizar sin grandes restricciones su vida social, política y administrativa. El proceso culmina hacia la mitad del siglo XII, dando lugar a las Comunidades de Villa y Tierra. Peñafiel es una de ellas.

La villa es el centro y eje de la comunidad: núcleo de una población con aspiraciones urbanas,

poseedora de castillo y murallas, conformada por trece barrios, cuyos nombres asumen el de sus respectivas parroquias. Los vecinos se agrupan como concejo y reciben del monarca un amplio territorio —la tierra, donde se asientan las aldeas— sobre el que ejercen todos los derechos de propiedad y organización. Por encima del concejo sólo se halla el rey.

Como en el periodo precedente, Peñafiel tiene necesidad de comunicarse con la margen derecha del Duero. Allí posee aldeas, dehesas y montes. Por allí transcurren también tres calzadas que desbordan el ámbito local y comarcal: el camino Real de Aragón, el camino Real de Burgos y el camino Real de Palencia —que conecta la villa con la cabecera de la diócesis—. Esta comunicación necesita, en tiempos tan avanzados, de un puente con garantía de estabilidad, es decir, un edificio de piedra. Hablamos ya del puente románico.



Fig. 2. a) Vista general después de la restauración de 2006 (fotografía de Carlos Infante). b) Vista cenital del puente, 2021 (fotografía de Juan José Moral Daza).

La primera noticia que se posee de él —suponiendo que la mención haga referencia, efectivamente, a los restos arquitectónicos conservados— data del 22 de enero de 1217, y la extraigo de un diploma de la catedral de Palencia. En este se nos dice que un tal Domingo Ferrero y su mujer venden, al obispo don Tello, unas aceñas en Peñafiel, «que son en el Duero, sobre la puent, quantra Coriel»<sup>4</sup>.

Pero, como es de sospechar, este puente no se erige en la fecha mencionada. Podemos suponer que el edificio ya contaba con varios años, incluso decenios, de existencia. Es muy probable que su construcción se remonte al periodo en el que se consolida la villa, es decir, a la primera mitad del siglo XII. Un caso similar al de Ávila, cuyo puente románico, conservado, parece que es coetáneo al de sus murallas<sup>5</sup>. También, junto al Duero, en 1153, se asienta un pueblo con el nombre de *Sancto Iohannes de la Ponte* ‘San Juan del Puente’, hoy Sardón de Duero; en 1200 se cita el puente de Rubiales (en San Martín de Rubiales); en 1231: «por camio de la piedra de la puente de Sentinos», un despoblado de Tudela de Duero; y

es muy posible que, por esta época, existiera también el puente de Peñalba de Duero —un castro importante— aunque documentado, por primera vez, en 1441<sup>6</sup>.

El puente de Peñafiel —lo sabemos por cartas posteriores y por los vestigios materiales que subsisten— contaba con cinco arcos, de medio punto; tal vez, con doble rasante. Como el de Ávila y el resto de los puentes románicos, dispondría de pequeños tajamares, en ángulo, pero no de espolones.

Aunque el edificio no es romano, mantiene la tradición clásica: sigue los mismos esquemas que los puentes romanos. Pero, a diferencia de estos, su técnica constructiva es más endeble, sus materiales más pobres, la labra de sus piedras más descuidada, y la mezcla de sus morteros de inferior calidad<sup>7</sup>.

De este primitivo puente románico se conservan los siguientes elementos: el estribo de la izquierda, construido en mampostería; el arco 1º, con sus pilares —el de la derecha parece que se halla incrustado en el que se levantó con posterioridad—; el arco 4º, con sus pilares, tanto aguas arriba como aguas abajo, con anexos ulteriores; el pilar 5º, casi absorbido por el



Fig. 3. a) Arco 1.º, románico. Antes de la restauración de 2004 (fotografía del autor). b) Arco 4.º, románico. Antes de la restauración de 2004 (fotografía del autor).

de época renacentista, pero que muestra aún restos de su fábrica. La tipología de sus piedras, la configuración de sus dovelas —alargadas y estrechas—, la pronunciada erosión de sus sillares, incluso el color, denotan en esta estructura una mayor antigüedad que en las del resto del edificio. Sobre el arco 1º, aguas arriba, la calzada cabalga, hacia el exterior, sobre una serie de canes que, por el tipo de piedra y por su labra, son ajenos al románico. Es un suplemento tardío, acoplado con el fin de ensanchar la calzada. El tajamar y el espolón también son de un periodo posterior. El arco 4º está desrifiñado y da la falsa apariencia de rematar en punta.

### Las reparaciones de época gótica

Una fecha significativa para Peñafiel es el 5 de abril de 1283. En ella el infante don Sancho que posee ya el poder efectivo del reino, concede a su tío don Manuel, en señorío, la comunidad de villa y tierra. Este año sirve de hito cronológico inicial de un nuevo periodo, que, en puridad, se extiende hasta el primer tercio del siglo XIX<sup>8</sup>.

La señorialización trae consigo, no sólo el traspaso de competencias de la Corona a manos del señor, sino la sustracción por parte de este de otras prerrogativas que hasta entonces habían pertenecido en exclusiva al concejo y convierte a los nuevos dueños en los árbitros indiscutibles de la antigua comunidad.

Pero el traspaso de poder, aunque de importancia, no es el único fenómeno relevante que afecta a Peñafiel durante los siglos XIV y XV. Se dan también movimientos sociales de consideración, como la lucha feroz entre caballeros y pecheros, en la primera mitad del XV, por el control de los oficios del concejo que sale debilitado. Se erigen dos monasterios masculinos, el de los franciscanos y el de los dominicos, con el consabido grado de influencia sobre el conjunto municipal. Crece el vecindario: en

1463 posee la villa unos 2056 habitantes, gracias sin duda a la política proteccionista de los Téllez Girón, señores del concejo, que mandan repoblar tanto la villa como las aldeas. Este crecimiento demográfico se hace patente en el estamento judío: en la fecha indicada se contabilizan 123 familias —más de 1/4 de la población—. Se generan también cambios económicos, institucionales, de transformación del paisaje urbano y rural.

Todos estos acontecimientos suscitan un mayor trasiego de gente entre la villa y el exterior facilitando una relación más fluida y, sobre todo, promueven el comercio. Peñafiel dispone de un mercado franco, todos los jueves, de ámbito comarcal y de una feria anual concedida en 1268 por privilegio de Alfonso X que dura un mes —quince días antes y quince después de San Juan—. Recordemos, por último, el papel tan importante que para el comercio y las transacciones monetarias ejerce la abundante comunidad judía, lo que haría de la villa un lugar muy concurrido. Resumiendo: Peñafiel consigue un despegue, en todos los órdenes, a partir de mediados del siglo XV, despegue que se prolonga hasta casi finales del XVI, aunque siga inmersa en la llamada sociedad tradicional, propia de la Edad Media.

Por lo que respecta al puente del Duero, objeto central de nuestro estudio, no conozco desde 1214 una nueva referencia hasta el 5 de septiembre de 1351. En esa fecha Juan Sánchez Manuel, sobrino de don Juan Manuel, dona a los frailes de San Juan y San Pablo una huerta situada «cerca de la puente de Duero»<sup>9</sup>. La noticia que le sigue es ya de 1432. A principios de este año, o tal vez en el que le precede, un tal Ruy Sánchez, cantero, efectúa ciertas obras en el puente, por una cantidad de 8000 maravedís<sup>10</sup>. Ese mismo año otro maestro, de nombre Alfonso Pérez, realiza nuevos trabajos, aunque desconocemos de qué naturaleza. Para sufragar los gastos, que ascienden a 44 500 mrs., el concejo acude al tan socorrido remedio de la derrama entre los vecinos de villa y tierra<sup>11</sup>.

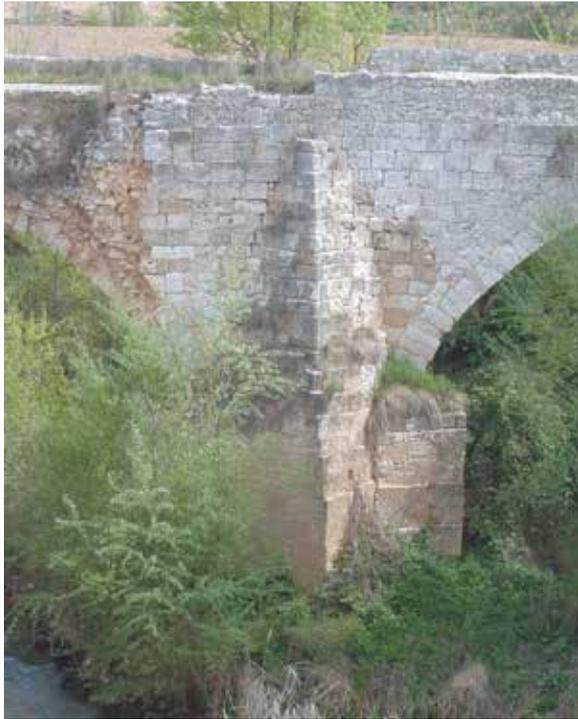


Fig. 4. Espolón escalonado del tercer pilar, gótico (fotografía del autor).

En el transcurso del año siguiente las tareas continúan. Ahora a cargo de los artífices Juan y Ruy Gutiérrez, posiblemente hermanos. Colaboran con ellos dos canteros de rango inferior y dos obreros. Sólo nos consta que se ejecutó *el revestimiento del arco de hacia Curiel y el revestimiento del pilar*, parece que del mismo arco. El coste se repartió, como siempre, entre todos los vecinos de villa y tierra: a la villa le correspondieron 3/8 del total, a las aldeas, 5/8. En este tipo de obras, de acuerdo con un artículo de *Las Siete Partidas*, pagaban todos los estamentos —caballeros, pecheros, clérigos y judíos—, pues no se consentían privilegios<sup>12</sup>.

En 1434, prosigue la obra. Está a su cargo Fernando de Solórzano, tal vez trasmerano. Se compromete a hacer el arco viejo del puente del Duero, el revestimiento de su pilar y el espolón de la puerta de San Miguel. Se le han de dar 15.000 mrs., más 300 carretadas de piedra<sup>13</sup>.

En el apartado de gastos del concejo, del 1 de octubre 1444, se anota un dato curioso y no fácil de interpretar: se destina una pequeña cantidad, 527 mrs., para reparar la *casa de la puente de Duero*<sup>14</sup>. Desconozco cualquier otra referencia sobre esta "casa". Me pregunto: ¿el puente del Duero dispondría, como el del Mercado, de una torre sobre uno de sus pilares? A la torre del Mercado —*Torre del Agua*— se la denomina en muchas ocasiones con el término "casa". Descarto que fuese un local relacionado con el pago del *pontazgo*, pues dicho tributo lo cobraban los dominicos de San Pablo, no el concejo.

Otros datos señalan como, el 28 de agosto de 1463, el ayuntamiento ordena a su mayordomo reparar «la puente de Duero», en particular el «arco de madera, con madera muy fuerte de pino»<sup>15</sup>. Tal vez, una avenida, u otro percance, había arruinado el arco de piedra y como medida provisional se mandó colocar la tan socorrida estructura de madera.

Para finalizar con la Edad Media, únicamente me resta por preguntar: ¿qué subsiste en la actualidad de aquellas obras del siglo XV? He de responder que, en apariencia, casi nada. Tal vez sólo el espolón, escalonado, del tercer pilar; el del cuarto, del mismo estilo, se derrumbó a mediados de los sesenta de la pasada centuria. Parece ser que las construcciones o añadidos del XV desaparecieron, absorbidas por las nuevas reformas de periodos posteriores. Los arcos apuntados, 2º y 3º, con sobreañillos que podrían considerarse góticos, como hemos de ver más adelante, pertenecen al siglo XVII.

### La ampliación renacentista de 1624

Llega ya el turno de analizar la segunda gran estructura que comentaba en la introducción: la renacentista. Desde el 1463 hasta el 1618, lapso de ciento cincuenta y cinco años, desconozco cualquier referencia sobre el puente, ya por la escasez de documentos ya por no haber topado con los oportunos. Pero, incluso teniendo en cuenta estas carencias, sospecho que las obras, si es que se llegaron a ejecutar, no debieron de ser significativas, pues no han dejado huellas apreciables. Hasta 1618 la estructura románica, con los oportunos anexos góticos, se debió de conservar más o menos íntegra. La intervención de este momento sí ha de modificar, para siempre, el plano original del edificio.

Poco antes de febrero de este año un procurador de Peñafiel presenta, ante el Consejo de Castilla —órgano estatal encargado de gestionar las obras públicas—, un memorial<sup>16</sup>. Comienza diciendo que en Peñafiel existe un «puente de piedra, de cinco ojos», en el camino real que viene de la ciudad de Burgos y pueblos de Laredo, Bilbao y Santander; y se dirige, entre otros lugares, a las ciudades de Segovia y Toledo. Declara que el puente resulta *corto*, por cuyo motivo, cuando el río viene muy crecido, deja la «madre» por un lado y el paso se interrumpe. Alega que, para remediar dicha contrariedad, era necesario añadir «otros dos ojos». Explica, también, que por ser el edificio tan corto y no tener el río por donde expandirse tiene arruinados los estribos (tajamares) de los ojos principales, socavadas sus cepas y arrancadas muchas piedras del edificio. Adelanta que, si la obra no se acomete con urgencia, en vez de costar 8000 ducados —estimación del momento—, más tarde podría ascender a más de 50 000. Ya de paso, expone que Peñafiel tiene también «otras dos puentes», la de Valdovar y la del Mercado, «muy antiguas, con necesidad de re-

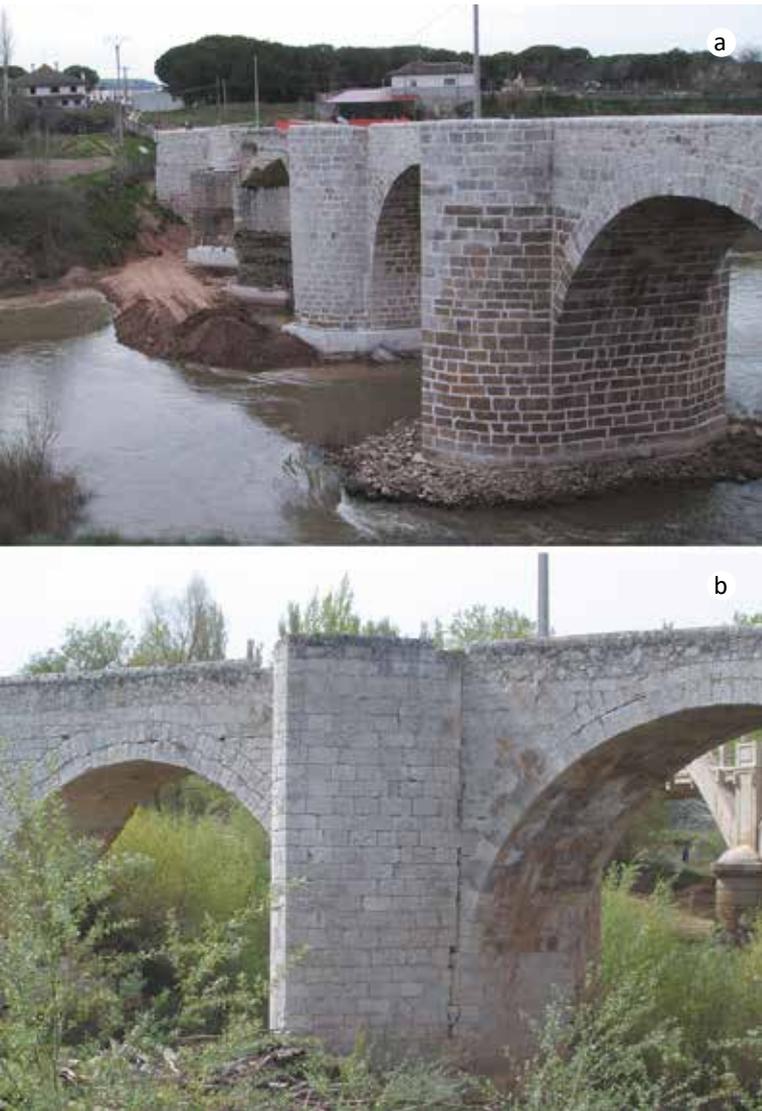


Fig. 5. a) Vista general, con el 6.º y 7.º arco renacentistas. Véase la uniformidad de la estructura y pureza de líneas (fotografía de Carlos Infante). b) Vista de los arcos 6.º y 7.º, con su tajamar, renacentistas (fotografía del autor).

paros, por estar muy maltratadas por las crecidas». Y, como es propio de este tipo de escritos, se añade que la villa y su jurisdicción no disponen de propios ni rentas para la reparación, por lo que se precisa repartir los costos entre los lugares de veinte leguas a la redonda. Por fin, se suplica a los señores del consejo que envíen a la villa su provisión en la que se recoja sus peticiones y se las mande dar cumplimiento.

El 12 de febrero de 1618, el Consejo de Castilla, envía dicha provisión, y accede a la súplica. En ella nombra juez, para tramitar y ejecutar la obra, al corregidor de Aranda, el de realengo más cercano<sup>17</sup>. A partir de ese momento se pone en marcha toda la enmarañada burocracia que el momento y este tipo de trabajos requería. Pedro Díaz de Palacios, maestro cantero, vecino de San Miguel de Aras (Trasmiera), es el encargado de dar las condiciones y trazas del proyecto. La tarea para ejecutar sería la siguiente:

- El reparo de dos pilares viejos, sitos en la madre del río (tal vez el 3º y 4º).
- La apertura de dos pilares tajamares nuevos (el 6º y 7º), más medio pilar (el 5º), que se ha de rehacer —la otra mitad corresponde al puente románico—. Tanto los tajamares como los espolones de estos pilares se han de elevar hasta la calzada.
- De dichos pilares, a la altura que se indica, arrancarán sus tres arcos —no solo dos como se pedía en el memorial—. Serán estos de medio punto, con sus anillos (dovelas, roscas) y sobreañillos (doble rosca).
- Se derruirá el estribo y manguardias viejos —pues se quedan cortos— y se construirán otros nuevos, en la parte alta del terrero de la margen derecha.
- Se especifica que la nueva calzada ha de quedar al nivel de la antigua, con rasante única, para unir, en línea horizontal, las dos orillas. Esta se ha de empedrar e imitándola reparar la antigua, «para que las dos partes parezcan una».
- Se construirán los pretiles o antepechos, con sus pasamanos ochavados y aperpiñados, a imitación de los antiguos. Se abrirán los oportunos abellones, con sus respectivas gárgolas, con el fin de que expulsen el agua hacia el exterior y no se dañe la calzada.
- Si en el fondo del río, entre pilar y pilar, no saliere suelo firme, se debe hacer un zampeado, con piedra suelta de mampostería, para evitar que el agua al fluir arruine las bases de los pilares.

El precio de la obra se fija en 10 300 ducados. Se remata, conforme a las condiciones expuestas, en los canteros Juan de La Verde (natural de Soano, Trasmiera) y Bartolomé de Barreda (natural de Aras, Trasmiera, pero con vecindad en Valladolid). Estos empiezan a trabajar a comienzos de 1619. Surgen contratiempos: cuando los rematantes ya tenían cortada parte de la piedra y excavados los cimientos de los pilares, otros dos canteros, Juan de Echevarría y Pedro Díaz de Palacios —el tracista—, presentan una nueva baja ante el Real Consejo, causando perturbación y pérdidas económicas a los contratantes, y malestar a las autoridades de Peñafiel<sup>18</sup>. El problema se resuelve y los rematantes prosiguen con su tarea. Esta se da por terminada en 1624<sup>19</sup>.

El rasgo de estilo que une al tracista y a los canteros ejecutores es el clasicismo. Un clasicismo propio del periodo renacentista; de un renacimiento tardío, que hace hincapié en la depuración de formas. Pero, en el puente de Peñafiel no todo es clasicismo tardío, también existe, inserto en la misma estructura, un renacimiento temprano. A este tipo de renacimiento, el que sigue los cánones de Diego de Siloé —el gran arquitecto de la primera mitad del siglo XVI—, pertenecen los tajamares y espolones de nuestro puente: tajamares en forma de huso —el corte presenta un



Fig. 6. a) Tajamar renacentista, entre los arcos 6.º y 7.º (fotografía del autor). b) Espolón trapezoidal, renacentista, entre los arcos 6.º y 7.º (fotografía del autor).

arco apuntado— y espolones con figura cúbica —los de Peñafiel con forma de trapecio isósceles—. A los puentes de ese periodo se los denomina de estilo burgalés<sup>20</sup>. En resumen: al del Duero se le puede considerar como renacentista arcaizante, tradicional, en cuanto a tajamares y espolones. Pero, en cuanto a su estructura general, lo podemos catalogar como puramente clasicista; encuadrado en el clasicismo que Aramburu-Zabala define como de depuración formal; reservándole el lapso que media entre 1575 y 1610, aunque con posibilidad de desbordar esta última fecha, como ocurre en nuestro caso. Es el clasicismo que ciertos autores bautizan también como de aire palladiano, que tendrá su reflejo más significativo en el puente de Herrera de Pisuerga. El autor aludido lo explica de esta manera:

El resultado es que los tajamares y espolones se disponen de manera simétrica, siempre en ángulo recto; y se proyectan hacia lo alto, hasta quebrar los pretiles de los apartaderos. Por el contrario, los arcos se desvalorizan, engarzándose sólidamente entre los tajamares, a quienes se subordinan. Los pilares han unificado el conjunto, desapareciendo la división en dos pisos<sup>21</sup>.

El puente más cercano, en estilo, al de Peñafiel es el de Olivares-Quintanilla (Valladolid). En cuanto a la doble rosca (dovelaje doble), ya la poseían algunos romanos como el de Alcántara, y la posee el de Ga-



Fig. 7. Arco 7.º, renacentista, aguas abajo, 2006. Se puede apreciar la armonía de toda la estructura y una regla para marcar el nivel del agua (fotografía de Carlos Infante).

lapagar (Madrid) de Juan de Herrera, así como algunos arcos de los de Reinoso (Palencia) y Roa de Duero (Burgos).

Y, como siempre, para acabar con el capítulo, me pregunto: ¿qué permanece hoy de esa estructura renacentista? He de responder que prácticamente todo. No existen añadidos, ni rupturas, ni hiladas con quiebros: destaca la uniformidad. Ello denota el buen diseño del tracista, los buenos materiales empleados y la buena técnica constructiva de los maestros que lo ejecutaron.

### La gran riada del arroyo Botijas y sus consecuencias

A pesar de que el puente se remodela en 1624, su estabilidad no queda asegurada. El hombre lo alarga, pero el cielo no se deja controlar. En efecto, entre los años 1646 y 1649, Castilla y León sufrió una situación ciclónica fuera de lo normal, que trajo consigo la destrucción o deterioro de un sinnúmero de puentes y calzadas. El del Duero no escapó a tal desastre. El 27 de julio de 1649, una gran tempestad de agua, granizo y piedra se expandió por el valle del Botijas, llevándose consigo todo estorbo que encontró a su paso: panes, ajos, garbanzales, ganados; hasta peligraron las personas que faenaban en los campos<sup>22</sup>.

Al desaguar el arroyo a menos de un km, aguas arriba, del puente del Duero, de inmediato, el turbión se espesó contra su fábrica e hizo que el arco segundo se derrumbara; desencajó, también, toda la estructura antigua. El desplome del arco trajo consigo, una vez más, la incomunicación entre las dos riberas. Personas de a pie, labradores con sus bestias, trajineros, recuas, carros con bastimentos se vieron con el paso interceptado. Como en otras ocasiones, las autoridades de la villa, sin dilación, colocaron una estructura de madera y restablecieron el tránsito.

La tarea posterior consistía en emprender el largo y engorroso proceso de reconstruir el arco en piedra. Las diligencias para seguir ya las conocemos por las obras de 1624. La solicitud al Consejo de Castilla, con el detalle de los hechos y la súplica, se acuerda, en concejo abierto, el 20 de febrero de 1650. Como la vez anterior, piden también que se reparen los puentes de Valdovar y del Mercado, pues se encontraban con mucho deterioro. Se destinan 1.000 rs. para los gastos de la gestión en Madrid, cantidad que, aunque no muy elevada, para Peñafiel, en ese momento, era un dispendio. Debemos tener en cuenta la situación por la que atraviesa la villa: la institución asfixiada por las deudas y los vecinos empobrecidos<sup>23</sup>.

El 20 de septiembre se recibe la real provisión del Consejo autorizando el reparo, acordando la derrama como en otras ocasiones y nombrando juez de comisión al corregidor de Aranda<sup>24</sup>. Pero, durante los seis años siguientes, Peñafiel no hace uso de la licencia

real ni pide al corregidor que la ejecute. Y ello por problemas económicos acuciantes, no porque las autoridades se desentendieran del asunto. Todos los años, tanto en los concejos abiertos como en las reuniones de ayuntamiento, sale a relucir el tema: «las puentes amenazan gran ruina y, en particular, la del Duero». En el acta del ayuntamiento, que se celebra el 14 de junio de 1655, se especifica:

[Que tiene] la de Duero undidos dos ojos, y que se pasa por enzima de unos maderos y que con las muchas aguas siempre están amenazando ruina, por estar los puntales dentro de las aguas del mismo río; y de faltarle se seguirían muchos daños y pérdidas, además de que las zepas y arcos que an quedado en dicha puente están atormentados y en gran peligro de llevárselos la creciente, si con toda brevedad no se hacen dichos ojos y reparos necesarios<sup>25</sup>.

### La construcción del 2º y 3º arco.

#### Juan de la Cuesta Miera

En el concejo abierto del 10 de agosto de 1654, ante la carencia de recursos, los congregados piden que se busque un maestro cantero para que efectúe las diligencias por su cuenta, aunque se le haya de *prestar* un adelanto<sup>26</sup>. El cantero elegido es Juan de la Cuesta Miera, natural de Liérganes (Trasmiera), residente en ese momento en la villa de Guzmán (Burgos). El 14 de junio de 1655, el ayuntamiento le da poder para que, con las provisiones reales, se presente ante el juez de comisión y le pida que inicie las gestiones y las prosiga hasta que la obra se dé por terminada. El concejo presta al cantero, para gastos, 2000 rs., los cuales ha de devolver íntegros, si gana el remate; de lo contrario, solo ha de reintegrar 1000<sup>27</sup>. Por otra acta del consistorio, del 6 de junio de 1656, sabemos que la obra ya se había rematado en Juan de la Cuesta<sup>28</sup>.

No dispongo de más noticias sobre el reparo hasta pasados tres años. Durante ese lapso se gestionarían los trámites burocráticos. El 5 de mayo de 1659, Juan de la Cuesta, esta vez ante un escribano de Curiel, se conviene con tres carreteros de la zona pinariega de Burgos para que le acarreen desde la cantera que tiene abierta en Curiel hasta el puente del Duero, «que actualmente está fabricando», toda la piedra, canto y cal «que hubiere menester». El transporte debía finalizar el día 30 de noviembre. Supongo que, sin más contratiempos, el maestro acabaría la obra<sup>29</sup>.

Contrastando los datos diplomáticos con los restos arquitectónicos conservados parece lógico deducir que en 1659 Juan de la Cuesta levantaba el arco 2º del puente —el de la riada del Botijas—, más el 3º que, según el documento de 1655, se arruinó después. Los pilares 1º y 2º y el aderezo del 3º tienen el mismo estilo arquitectónico que los renacentistas de La Verde-Barreda, es decir, clasicista. Valga para ellos los mismos comentarios que expuse en su momento. Pero, dichos arcos son apuntados. No por eso



Fig. 8. a) Arco 2.º, aguas abajo, 2006 (fotografía de Carlos Infante). b) Arco 3.º, aguas abajo, de 1981 (fotografía de Juan José Moral Daza).

debemos inferir que sean de época gótica, resultaría una incongruencia. ¿Por qué, entonces, el cantero, los construyó con ese estilo? Lo desconozco. Tal vez, porque los destruidos por la corriente eran góticos, herederos a su vez de los primigenios románicos; y se exigió al artífice que mantuviese su forma. Si esta lectura es correcta, los nuevos arcos son manifiestamente un arcaísmo. También pudo ocurrir que el tracista dio prioridad a la estabilidad arquitectónica sobre la manifestación estética: uso de arcos apuntados, aunque no góticos. Por otro lado: presentan, en su dovelaje, doble rosca, imitación clara de los de La Verde-Barreda. El tajamar 1º tiene forma de huso: tal vez, una copia más. Los dos espolones presentan figura cúbica. Tanto estos como los tajamares se elevan hasta la calzada, otra modernidad del renacimiento tardío. La estructura general de esta nueva obra es, por tanto, clasicista. Existe unidad orgánica entre pilares, arcos, espolones y tajamares. Esta unidad se aprecia, con más detalle, en la organización de las primeras y últimas hiladas, donde no se muestran quiebras ni ensamblajes abruptos.

#### El desmonte y reconstrucción del 5º arco. Francisco de Araviñas y José Ruiz de la Cotera

La riada del Botijas debió de provocar también la inestabilidad del 5º arco. Se necesitaba una nueva intervención. Esta, en principio, se remató, poco antes del 26 de agosto de 1675, en Antonio Gutiérrez, por 14 000 ducados. El nuevo cantero subcontrató a Francisco de Araviñas —natural de Curiel— como carpintero. Por la escritura de la subcontrata conocemos la obra a realizar: «la toma del agua de dicha puente (ataguía), quitándola en el arco que se a de demoler y volver a redificar». También se habían de ejecutar las ataguías «en las tres zepas de dicha puente, que están azia la villa de Peñafiel, todas tres consiguientes»; y montar la oportuna cimbra para llevar a cabo la operación<sup>30</sup>. Pero, pasados casi ocho meses sin que la obra se iniciara, el ayuntamiento recusa al cantero: por no tener prevenidos los materiales a pie de obra, ni la madera oportuna para facilitar el paso una vez que el arco se hubiera desmontado. La

interrupción del tráfico causaría graves perjuicios tanto al viandante como al comercio<sup>31</sup>.

A continuación, otro maestro de cantería, José Ruiz de la Cotera, junto con el propio Francisco de Araviñas —que ahora figura también como cantero— presentan, ante el Real Consejo, una baja de 3500 ducados, sobre la cantidad rematada en Gutiérrez, y con las mismas condiciones. Se admite la propuesta, y les piden fianzas. Sabemos que la mujer de Araviñas, María Arribas, firma la suya el día 10 de mayo de 1676. El Consejo las recibe y acepta, pero exige su ratificación. El 14 de junio, los canteros firman una nueva obligación<sup>32</sup>. Aquí finalizan, por ahora, los informes que conozco sobre el tema. Por otros documentos indirectos y por el propio silencio de los diplomas de fecha posterior, doy por hecho que Ruiz de la Cotera y Araviñas ejecutaron el trabajo del puente.

Relacionando esta documentación con la obra de fábrica que subsiste, concluyo que dichos maestros canteros desmontaron y reedificaron el quinto arco. Y lo digo por vía de exclusión: los arcos 1º y 4º son románicos; el 2º y 3º se los he atribuido a Juan de

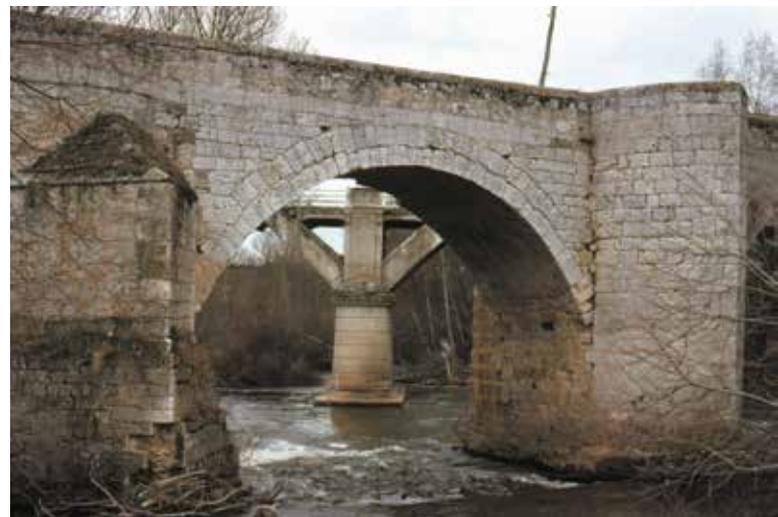


Fig. 9. Arco n.º 5, aguas arriba, de 1981 (fotografía de Juan José Moral Daza).

la Cuesta; el 6º, 7º y 8º son los renacentistas de La Verde-Barreda. Sólo nos queda, pues, el 5º sin dueño. Se apoya este sobre el 4º pilar románico y sobre el 5º rehecho con la obra renacentista. El nuevo arco es réplica, a mi entender, de los erigidos por La Verde-Barreda: de medio punto, con doble fila de dovelas, con unidad estructural; aunque con peor técnica constructiva y peores materiales.

### El puente del Duero en el siglo XVIII: necesidad y picaresca

En la primera década del siglo XVIII, una vez más, los tres puentes de Peñafiel necesitan reparos: las condiciones climáticas los deterioran; los maestros no siempre eran eficaces; los materiales, los mejores; y la vejez tampoco se podía corregir. Y, para no variar, Peñafiel carece de recursos para acometer las obras. Pero, lo que ocurre en Peñafiel acaece en toda la península. No hemos salido todavía de la gran depresión del XVII. Así que cada ciudad, cada villa o cada lugar, en lo que a obras públicas se refiere, busca siempre las mejores estrategias para que estas salgan adelante, aun a costa de utilizar artimañas no siempre del todo ortodoxas.

Recordemos que, en la Edad Media, cada población se encargaba de gestionar y sufragar sus obras. Desde el siglo XVI, es el Estado quien las gestiona, pero no el que las paga. A Peñafiel, en 1696 y en 1704, le llegan los cupos para el reparo de los puentes de Lerma y Villahoz, que asume sin problemas<sup>33</sup>. Pero, a partir de entonces, sus autoridades cambian de estrategia: tal vez piensan que les resulta más rentable hacerse cargo de los dos cometidos —que podían controlar mejor y soslayar, si viniera al caso— que embarcarse en el pago, por derrama, del arreglo de puentes ajenos. Se torna al sistema medieval. Así, en 1711, cuando el corregidor de Valladolid les envía la cuota para la reforma de la calzada de La Cistérniga (Valladolid), con mucha sutilidad, alegan que no les compete, pues no transitan por dicho camino; añaden, además, que, a su costa, reparan sus tres puentes, más los dos pontones del Botijas. Lo mismo invocan, en 1715, cuando se les hace entrega de la derrama del de Saldaña; en 1617, de las de Reinoso, San Esteban de Gormaz y Roa; y, en 1723, de la del puente Mayor de Valladolid. Siempre responden lo mismo: estamos arreglando, por nuestra cuenta, sin pedir facultad real, nuestros puentes, que son pasos generales del reino. En ellos llevamos gastados mucha cantidad de maravedís y los que están aún por gastar. Señalan, a su vez —y aquí está el fondo de la cuestión—, que la villa se halla con cortos medios, pues el hielo, la piedra y otros agentes adversos les dejaron sin frutos de pan y de vino y, a sus vecinos, empobrecidos<sup>34</sup>.

Pero, la estrategia —sincera o con ribetes de picaresca— no les dura por siempre. En 1725, el puente de Barbadillo del Mercado (Burgos) requiere de re-

paración. El corregidor de Burgos les cursa la cuota de derrama. Peñafiel se resiste por dos veces al pago, alegando las citadas razones. El corregidor, mediante un auto del 6 de febrero de 1726, les exige que abonen el cupo o de lo contrario que firmen una carta de obligación comprometiéndose a concluir, de una vez y a su costa, las obras de sus puentes; y, además, con aprobación del Consejo de Castilla. Les concede tres meses de demora. El 28 de marzo, los miembros del ayuntamiento y los diputados de la villa firman la obligación, accediendo a las demandas del corregidor, con tal de que les libere de la derrama del puente de Barbadillo<sup>35</sup>. Tal exención pecuniaria persiste hasta el 24 de abril de 1735.

En esta fecha, tal vez porque la ruina de los edificios era ya alarmante y no bastaba sólo con los pequeños remiendos ejecutados por el concejo, sus autoridades elevan una petición al Consejo Real suplicando licencia y facultad para el reparo de dichas fábricas. Se insiste, cambiando de estrategia, que el repartimiento se efectúe entre los lugares de veinte leguas al contorno. Pero se incluye en la súplica una nueva demanda —y he aquí la novedad—, que se repartan, también, «todos los gastos y reparos que esta villa y sus vecinos han hecho de muchos años a esta parte, sin haber contribuido en ellos persona alguna», y esos gastos que se les descuenten de su cupo<sup>36</sup>.

Antes del 1 de octubre de dicho año, el Consejo ya había extendido la real facultad por la que accedía, a todas las peticiones de Peñafiel, menos a una: la villa debería pagar un sexto del repartimiento de las obras, como había hecho siempre, sin descuento<sup>37</sup>. El ayuntamiento insiste en su demanda anterior. El Consejo, el 28 de enero de 1737, firma un decreto nombrando al cantero Diego de la Riva, natural de Heras (Trasmiera), ejecutor de las obras; y se reafirma en cuanto al cupo a entregar por la villa<sup>38</sup>. Nueva carta del ayuntamiento pidiendo, una vez más, la inclusión de lo gastado desde antiguo. Desconozco, por ahora, el desenlace del contencioso. Sospecho que a Peñafiel le tocaría pagar la cantidad asignada. Según Cadiñanos Bardecí, en 1739, «Andrés Mazón y Juan de los Cuetos reconocían los materiales acopiados y proponían nuevas obras»<sup>39</sup>. En 1740, según este autor, «Juan A. Ortiz y Francisco M. del Cueto lo dieron todo por correctamente ejecutado, a falta de algún detalle»<sup>40</sup>.

No sé el tipo de reparos que De la Riva acometió en el puente del Duero. Sólo me consta, por el diploma del 2 de agosto de 1717, que a este le faltaba *una nariz* (un tajamar); y que, cuando los tres puentes fueron reconocidos por los maestros Jerónimo Ruiz y Francisco Pinedo, el del Duero «tenía muchas ruinas y necesitaba de manguardias»<sup>41</sup>.

Antes de finalizar con el siglo XVIII, quiero plantear y dar respuesta, a dos interrogantes que tengo en suspenso desde 1624 —cuando el puente se alarga—. Son estos: 1º, ¿por qué el concejo de Peñafiel, como institución, desde el último tercio del siglo XVI, hasta casi la

mitad del XVIII, se encuentra casi imposibilitado para reparar sus puentes?; 2º, ¿cuál fue la causa de que la villa, en general, se encontrara tan empobrecida?

Respondo a la primera cuestión con un fragmento literal de un poder del concejo, que ya se ha visto visto (1650.2.20):

por no tener esta villa bienes algunos de donde lo poder sacar, por estar sus propios tomados posesión por sus acreedores, como se constará del pleito de concurso que está y pasa ante los señores de la Real Audiencia y Chancillería de la ciudad de Valladolid<sup>42</sup>.

¿Por qué carece Peñafiel de bienes concejiles y comunales, cuando, hasta finales del XVI, estos eran tan copiosos? Simplemente, porque los ha perdido. Y los ha perdido por diversas incidencias negativas. Para superar estos percances, había solicitado créditos con intereses, «censos», que llevaban consigo la hipoteca de sus bienes. Al no poder pagar el principal e intereses de muchos de esos créditos, se embargaron sus bienes y, por fin, le fueron expropiados.

De 1571 a 1598, se contabiliza la toma de veintiocho censos. La razón es varia: para comprar trigo para la alhóndiga —sobre todo en 1584—; para redimir censos o réditos anteriores; para pagar unas tierras concejiles compradas al Rey; para costear la derrama de un puente ajeno; para sufragar los gastos de unos soldados que se aposentaron en la villa; para ayudar al duque de Osuna, su señor, que estaba empeñado... Pero, como el valor de los créditos e intereses supera al de los bienes de hipoteca, se produce una lucha feroz entre los acreedores por ver quién cobra con anterioridad, qué cuantía y de qué tipo de bienes se extrae. La situación llegó hasta tal punto que, en 1621, por petición del Cabildo de Valladolid —un acreedor—, la Real Chancillería mandó secuestrar todos los propios de Peñafiel, y nombró un administrador, con vara de justicia, para que los rigiese<sup>43</sup>. Se establece concurso de acreedores y se ordena pagar a cada uno según su graduación. Mas, el pleito no finaliza con el concurso: todavía, en 1668, coleaba el proceso. Luego, bien por renuncia bien por agotamiento de los litigantes, el pleito se da por “olvidado”<sup>44</sup>. Peñafiel, a causa de estos censos y de las querellas subsiguientes, pierde la mayor parte de sus rentas y propios: la heredad del Cercado —junto a San Francisco—, el Pinar Grande y el de La laguna, La Dehesa —luego llamada de Los Canónigos—, parte de Vega Sicilia, la heredad del Carpio —en Rábano—, la Grijera —en Castrillo—, los predios de Valimón...

Respondiendo al segundo interrogante: ¿cuáles fueron las causas del empobrecimiento del vecindario? He aquí algunas de ellas. En primer lugar: las consecuencias de la pérdida de *rentas y propios* concejiles. Si no había bienes comunales, los gastos del concejo tenían que ser asumidos por los vecinos, a través de derramas. Por otra parte, los impuestos de la época eran asfixiantes: había impuestos para el rey,

para el duque de Osuna (señor de la villa), para el duque de Béjar (señor de Curiel) —las tercias—, para el clero —los diezmos—, para el concejo. Un tercio de la producción de los campesinos se les iba en impuestos. Con los otros dos tenían que hacer frente al pago de la renta —si la había—, a la reserva para la siembra, al alimento del ganado y, lo restante, se destinaba a la propia subsistencia. Y esto, sin contar con las condiciones climáticas, plagas y enfermedades personales. Recordemos la riada del Botijas de 1649. Y las consecuencias generadas por las lluvias, en toda la comarca, los años subsiguientes. Bien lo expresan, en 1650, veinte labradores, presos en la Torre del Agua, por no devolver a tiempo el grano prestado por la alhóndiga, para la siembra:

que atento la grande esterilidad que, por la misericordia de Dios, a avido y ay en esta villa y otras partes de falta de cosecha de pan, por aver acudido a ella mucha cantidad de langosta, y por niebla y segura y piedra, que al presente no se halla el trigo necesario a comprar...<sup>45</sup>.

Todos estos factores influyeron en la demografía: si Peñafiel, a finales del siglo XVI, contaba con unos 680 vecinos —2720 habitantes—, en 1737, dice un documento —quizá con exageración—, que sólo tiene 300<sup>46</sup>. No es de extrañar, pues, que el vecindario se sintiera casi impedido para sufragar el reparo de sus puentes. La situación mejora a partir de mediados del XVIII y se perpetúa durante el resto de la centuria.

## El puente de nunca acabar: siglos XIX-XXI

### Entre franceses y guerrilleros. El puente *se rompe*

Nos encontramos a comienzos del siglo XIX, en concreto en el 26 de agosto de 1811. Un documento del Archivo Histórico Provincial de Valladolid nos informa de que ese día «se hundió el puente» del río Duero de Peñafiel<sup>47</sup>. Dejo para más adelante las circunstancias relativas a este acontecimiento. Ahora sólo quiero apuntar que nos encontramos en plena Guerra de la Independencia y que en la villa se asienta una guarnición de tropas francesas.

Es ya un tópico comentar que el 2 de mayo de 1808, surgió, en Madrid, la chispa del alzamiento contra los franceses; y que sucedió lo mismo, en la ciudad de Valladolid, el 31 de dicho mes. Pero, casi nadie conoce que, en Peñafiel, antes del 30 de septiembre, ya habían acaecido disturbios de la misma naturaleza. En efecto, sabemos que, en esta fecha, un escribano de la villa —José Herizo— denuncia, ante la Real Chancillería, a dos personas por crearle afrancesado, lo que había provocado que una turba de gente se presentara ante su casa y le apedreara sus vidrieras. Esto sucedió, dice el documento, «cuando los alborotos que hubo en esta villa, con el motivo de que estaba alterada la Nación sobre los franceses»<sup>48</sup>.



Fig. 10. a) Carta de recibo de provisiones del comisario francés. 6 de enero de 1813 (AHPV, fotografía del autor). b) Carta de recibo de provisiones del comisario francés. 20 de enero de 1813 (AHPV, fotografía del autor).

A principio de 1810, los apuros económicos del municipio, a causa de la guerra, son ya una realidad. Causa de ello —valga para todo el periodo—: las muchas contribuciones, los empréstitos forzosos, las requisas, las multas, el suministro de víveres para los soldados y de forraje y grano para las caballerías, el mantenimiento de los hospitales...; y, en muchas ocasiones, también, por el auxilio que se presta a las partidas de guerrilleros. Para solventar, en parte, la difícil situación económica, el ayuntamiento vende, este año, 6 ha de terreno municipal —medida actual—, en el prado del arrabal de Mérida, sito en ambas márgenes del Botijas; 0,50 ha de un pradillo, en el arrabal de Aldeyuso, y 3 ha de sembradura, en los pagos de Las Navas y Pradillos, cerca del pinar de San Pablo. El resultado de la venta: 44 820 reales<sup>49</sup>. Antes del 14 de julio, la Junta de Criminalidades de Valladolid multa a la villa con 6600 rs., «con el pretexto de haber acogido en ella a unos hombres de guerrilla»<sup>50</sup>. Una nueva multa, le fue cursada, poco antes del 15 de noviembre, esta vez por el capitán general de la Alta España, nada menos que de 200 000 rs., tal vez alegando la misma causa que la anterior. Se sufraga mediante derrama. Luego, el capitán, en parte, se la perdona<sup>51</sup>.

A comienzos de 1811, una guarnición francesa se acantona en Peñafiel, acuartelándose en el que fuera convento de dominicos. Para guarecer a la tropa, el comandante levanta parapetos, estacadas, zanjas y corta la calle, incomunicando la Judería con el Barriohondillo. Quienes salen más perjudicados son los arrendatarios del molino de San Pablo, que ven disminuida su clientela y, por tanto, sus ingresos; también los comerciantes de la zona<sup>52</sup>.

Ya entrado el año 1812, la situación económica se vuelve a hacer insostenible. Se le piden más de 80 000 rs. de contribución. Esta suma, manifiestan las autoridades, es imposible de satisfacer por el vecindario «sin que resulten unas fatales consecuencias». El 7 de abril, para hacer frente al pago, que urge, deciden enajenar un nuevo terreno concejil: esta vez, la heredad llamada Casa de la Reina. Es un predio de 60 ha; linda a poniente con el prado de Mérida. Aunque

es tierra del concejo, desde la Edad Media disponían de ella —en usufructo— el estamento noble y el estamento general de la villa. Al no salir postores en la subasta se vende, por imposición forzosa a varios vecinos acomodados, por la cantidad de 45 000 rs.<sup>53</sup>

Desde el 1 de enero al 8 de marzo, de 1813, se vuelve a establecer una guarnición francesa en Peñafiel, compuesta por 2600 hombres y 800 caballos. Tanto la villa como el partido pagan el suministro, en raciones para la tropa y en grano y forraje para los caballos<sup>54</sup>. Con el desalojo, momentáneo, de los franceses no finalizan los infortunios para el concejo. Sabemos que el general en jefe de Valladolid, unos días antes del 7 de marzo, mandaba repartir a la villa un cupo diario de 216 raciones de comida, con el fin de abastecer a la guarnición gala acantonada en Tudela. Como aquella se retrasara en el envío, le amenazó con un apremio militar, si no se cursaban los pedidos de inmediato. En el entretanto, tomó a nueve personas como rehenes, a los que tenía presos en Tudela «a pan y agua». Para evitar el apremio, liberar a los rehenes y aliviar al vecindario —que se hallaba exhausto con tantos gastos—, el ayuntamiento decide vender otros cuatro pedazos de terreno y un huerto en el prado de Mérida (8 ha). Los compradores entregan 31 790 rs. Con todo el montante se paga la deuda en metálico y los rehenes salen de prisión<sup>55</sup>.

Desde el 23 de marzo hasta el 3 de junio la corte de José I se instala en Valladolid: la presencia francesa se multiplica en el valle del Duero. Una nueva guarnición de 900 hombres —400 de caballería y 500 infantes— se emplaza en Peñafiel<sup>56</sup>. El 14 de abril, el cura Merino hostigaba a los franceses por los alrededores de Roa. En esta fecha envía dos avanzadas de caballería a los puentes de San Martín de Rubiales y de Peñafiel para evitar la expansión gala<sup>57</sup>. La población de Peñafiel, durante las semanas de abril y mayo, vive una situación límite: el concejo carece de arbitrios; muchos vecinos se niegan al pago de contribuciones; los propietarios con más caudal se excusan de adelantar más crediticios al municipio; los más pobres se encuentran asfixiados económicamente; una nueva

derrama no cubriría, además, todos los gastos que se deben. Como solución, las autoridades vuelven, de nuevo, sus ojos hacia el tan requerido prado de Mérida: venden el último fragmento que les quedaba: algo más de 5 ha, por 20 200 rs. Con lo recaudado pagan las primeras urgencias, ciertos débitos en Valladolid, algunos créditos y, ya acabada la guerra, sufragar deudas generadas por las partidas de guerrilleros, sobre todo por la de Tomás Príncipe, pero también por las de Julián Sánchez y Benito Marquínez<sup>58</sup>.

Retornando al puente del Duero. La primera cuestión por plantear es si su ruptura o ruina, el día 26 de agosto de 1811, fue provocada por agentes naturales o más bien por alguno de los implicados en la guerra, con el fin de impedir el paso al adversario. Los diplomas manifiestan, con claridad, que se deterioró por causas naturales. Cuando el comisario de Bienes Nacionales, el 17 de marzo de 1812, vuelve a sacar a remate el portazgo, bien se cuida en dejar claro que «se arrendaba por un año y que no se había de romper el contrato aún cuando acaezca la ruina de algún puente o puentes u otro caso fortuito raro, contingente e inopinado imprevisto»<sup>59</sup>. Con fórmula similar se expresa el propietario del molino de Palacio, cuando lo arrienda, en 1813.

La segunda cuestión para tener en cuenta es el tipo de deterioro que sufrió. Los documentos lo califican como «ruptura», «ruina». Este desperfecto debió de ser significativo, pues de lo contrario no se hubiera clausurado el puente y no se habría tendido una estructura de madera, grande o pequeña. Pero, por ahora desconozco que tipo de ruina se generó ni su localización. Tal vez se derrumbó algún estribo, manguardía, pretil, parte de calzada o el extremo superior de algún tímpano, de los que no es fácil detectar su reforma.

Respondo, ahora, a un tercer interrogante: ¿Peñafiel, en medio del conflicto bélico, o a continuación, tuvo la capacidad suficiente para gestionar o hacerse cargo de la rehabilitación integral del edificio? No he de explayarme con la respuesta. El lector conoce las consecuencias generadas por la guerra. Ni Peñafiel, ni ningún pueblo de España, salieron bien parados del conflicto. Para ver nuestro puente reconstruido en piedra hemos de esperar al año 1830.

Pero, antes de conectar con esta fecha, he de aludir a un acontecimiento en relación con la estructura de madera. El día 18 de febrero de 1814, unos desahensivos o, más bien, unos sujetos que pretendían ganancias económicas llevan a cabo un destroz singular «en el último tramo del puente provisional del Duero». El alcalde de Peñafiel abre causa y remite el testimonio a la Sala del Crimen de la Real Chancillería. Asegura haberse ejecutado el desperfecto «por mano violenta y con instrumentos de barra de hierro y palancas de madera». El reparo se sufraga por los arrendatarios de los molinos de Arenillas y de Palacios, muy perjudicados por el desperfecto. Pero, al poco tiempo, lo vuelven a desbaratar. Entre otros

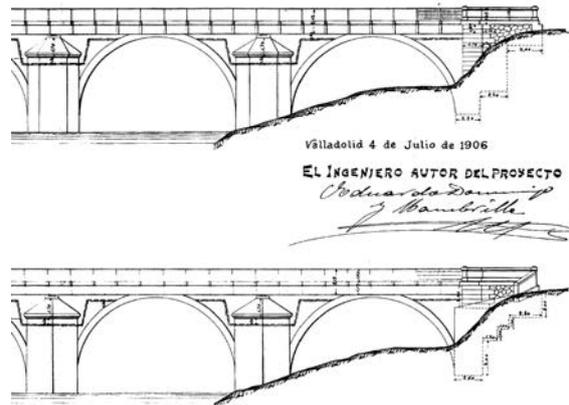


Fig. 11. Fragmento de plano, del proyecto de reparación y ensanche. 7.º y 8.º arco, con el estribo, 1906. (AHPV, fotografía del autor).

sospechosos, se encuentran Eusebio Antón y Faustino, su hijo, molineros de San Martín de Rubiales. Se conduce a estos al juzgado de Peñafiel con el fin de tomarles declaración. Ante lo infructuoso de los interrogatorios, se da por libres a todos los sospechosos y la causa se deja en suspense<sup>60</sup>.

En 1824 se inicia la gestión para reconstruir el puente en piedra. El día 4 de marzo de 1830, Ignacio Delgado, constructor, vecino de Peñafiel, dice haber conseguido el permiso necesario para reedificar el del Mercado, reparar el del Duero y ejecutar otras obras en la población, aprobadas por la Real Academia de San Fernando. La cantidad que se fija es de 619 950 mrs., que había de ser repartida entre los pueblos de treinta leguas al contorno. Las obras debían estar finalizadas en el término de dos años. El 8 de mayo, Ignacio Delgado acuerda con Martín Monedo, Luciano Novo, Manuel Novo y José Delgado, todos vecinos de Peñafiel, el reparto de tareas, gastos y beneficios en las obras, es decir, constituyen una compañía de construcción<sup>61</sup>.

#### Un regalo de Navidad: 25 de diciembre de 1860

El día 25 de diciembre de 1860, día de Navidad, el ingeniero jefe de obras públicas de la provincia, Carlos Campuzano, cursa una misiva al director general de obras públicas de Madrid, en la que se expresa con los siguientes términos: «Recibo en este momento, que son las nueve de la mañana, parte del administrador del portazgo de Peñafiel, que la crecida del río Duratón ha llevado dos ojos del puente de la carretera de esta ciudad a Soria»<sup>62</sup>. Las lluvias torrenciales caídas en torno al día de Navidad, y las avenidas que les siguieron, no sólo afectaron al puente del Mercado sino también a los de Valdovar y Duero. El que más sufrió, sin duda, fue el del Mercado, pues quedó casi destruido. En el del Duero se arruinaron gran parte de los pretils, acumulándose sus sillares y mampuestos sobre la calzada; la cual sufrió también mucho deterioro. Además, las piedras desprendidas de la fábrica y la madera arrastrada por el río obstaculizaron, en gran medida, el paso del agua por los arcos.

A primeros de enero de 1861, el puente se abre al tráfico. Para ello se desembaraza el cauce de piedras y maderas, se compran vigas y machones para fabricar las barandillas, se despeja la calzada y se extiende sobre ella una capa de cascajo. A este reparo provisional le sigue la reconstrucción en piedra. El ingeniero jefe de obras públicas, el 15 de abril, se hace cargo de la reforma, que sufraga la Diputación Provincial. Se remata en Ezequiel Rojo, vecino de Peñafiel, por la cantidad de 8519 rs. Es condición que varios pueblos del partido contribuyan en el acarreo de la piedra necesaria desde las canteras de Valdelaíno (Peñafiel) hasta pie de obra. Se da por finalizada en noviembre de 1862.

### ¿Reparación? Abandono. Recuperación para el ocio

Desde el año 1862 saltamos hasta el 1903, fecha en la que volvemos a disponer de datos significativos sobre el estado de conservación del puente. En el ínterin se ha construido la carretera de Peñafiel a Dueñas (proyecto, 1861) y se ha inaugura la línea férrea de Valladolid a Ariza (1895). Ya antes, merece la pena destacarlo, se construyó la carretera nacional de Valladolid a Calatayud (comienzo de los cincuenta), que atraviesa la villa de Peñafiel. Y, después la carretera provincial de Peñafiel a Encinas de Esgueva, por el valle del Cuco (se está trabajando en 1906); ese mismo año, se hace el replanteo previo de la carretera de Fuentecén (Burgos) a Valdearcos de la Vega (Valladolid).

Al puente del Duero, como no podía ser de otra manera, le afectan, positivamente, todos estos eventos viarios. Aunque, padece de un mal intrínseco: se ha quedado anacrónico. Su fábrica se encuentra en un estado deplorable y su estrechez le hace poco menos que inservible. Valgan dos citas para ilustrar esta contradicción. La primera data del 11 de abril de 1903. El ella la Jefatura de Obras Públicas de Valladolid comunica a la Dirección General de Obras Públicas de Madrid la situación ruinosa de este puente, *hoy tan importante*<sup>63</sup>. La segunda, de 1906. El ingeniero que proyecta la restauración y ensanche del edificio comenta:

La importancia grandísima que el puente de que me estoy ocupando tiene, sobre todo desde la construcción de la línea férrea de Valladolid a Ariza, ha sido la causa de que se haya hecho al mismo tiempo que el proyecto de consolidación de esta obra, el del ensanche de la misma (...) En efecto, la importancia que ha adquirido el mercado de Peñafiel es tan considerable que en los días que este se verifica (una vez por semana) la aglomeración de vehículos y ganados en el puente ya ha dado lugar a cuestiones entre los viajeros, y espantos en el ganado que han podido producir desgracias<sup>64</sup>.

Por las causas aludidas se ve la necesidad de su reparación y ensanche. Las gestiones comienzan en 1903. En 1905, el ingeniero, don Eduardo Domingo Mambri-lla, se encarga del proyecto. En ese año inspecciona



Fig. 12. a) Ruina de los arcos 4.º y 5.º, con su pilar, aguas abajo, 2005. b) Proceso de reparación de los arcos 4.º y 5.º, aguas abajo, 2006 (fotografía de Carlos Infante). c) Proceso de reparación de los arcos 4.º y 5.º, aguas abajo, 2006 (fotografía de Carlos Infante).

el puente y toma nota de sus desperfectos: se debe reparar el tercer arco, reforzar los pilares, reformar el zampeado, efectuar obras en los tajamares de los pilares 3º y 4º, construir manguardias nuevas en la ribera izquierd. Por otra parte, ve necesario su ensanche. Se proyecta una calzada de 8 m, con dos andenes de 1 m de ancho para el paso de peatones. Todo ello, reaprovechando y reparando la obra de fábrica y añadiendo las oportunas estructuras metálicas. El presupuesto asciende a 163 795,76 ptas. El 20 de septiembre de 1906, el proyecto es aprobado por la «Superioridad», pero no se llega a ejecutar. Se redactan proyectos parciales en 1913 y 1924, proyectos totales en 1924 y 1927, pero ninguno se lleva a la práctica<sup>65</sup>.

El 14 de julio de 1936, cuatro días antes de estallar la guerra civil, se aprueba un primer proyecto, he aquí la novedad, para la construcción de un nuevo puente, que habría de ubicarse junto al viejo edificio de origen

medieval. Pero como resulta comprensible, el plan se hace inviable. Sólo cuando acaba la contienda, las autoridades del nuevo régimen retoman el proyecto y lo ejecutan. Su recepción definitiva tiene lugar el 10 de marzo de 1945<sup>66</sup>.

El viejo puente se abandona «a su suerte». Su fábrica se deteriora con el paso de los años. Los hielos, las avenidas, la maleza arbórea, la mano del hombre lo afectan negativamente. Hacia la mitad de los sesenta del siglo pasado, incluso la mitad del 4º y 5º arco –aguas abajo– se derrumban, llevándose consigo parte del pilar y el espolón que les servía de soporte. En esta penosa situación se encontraba a comienzos del mes de octubre de 2004.

Las obras en la carretera VA 101, entre Peñafiel-Esguevillas, y en concreto, en el tramo de Peñafiel a Pesquera de Duero estaban incluidas en el Plan Regional de Carreteras 2002-2007 de la Consejería de Fomento de la Junta de Castilla y León. La sección de proyectos y obras del Servicio Territorial de Fomento (Valladolid) era la que se debía de encargar de su dirección. Estas tuvieron lugar en el periodo comprendido entre octubre de 2004 y diciembre de 2006. La empresa adjudicataria fue la Constructora Hispánica, S. A. En dicha actuación se llevó a cabo la rehabilitación de los dos puentes sobre el río Duero. La dirección de la obra estuvo a cargo de D. José Alberto Arroyo Pérez (ingeniero de caminos, canales y puertos) y de D. Carlos Infante Echevarría (ingeniero técnico de obras públicas)<sup>67</sup>.

La rehabilitación del puente antiguo tenía como finalidad, además de la recuperación de tan emblemático monumento, el tránsito de peatones y bicicletas. Para ello se efectuaron diversas actuaciones: la tala de árboles y malezas que se hallaban en su entorno; la consolidación de las pilas y arcos con hormigón; el cubrimiento de las partes vistas con mampostería de piedra del lugar; el sellado de las juntas; la inyección de morteros fluidos con el fin de darle consistencia; la limpieza con chorro de arena y el reparo de pavimentos y desagües. En definitiva, se llevó a cabo la restauración integral que, desde hace tantos años, por no decir siglos, el puente estaba requiriendo. Hoy vuelve a lucir en todo su esplendor. Pero, cuidado, se dice que un edificio no se perpetúa con sólo su restauración; la labor más compleja viene después, la de su mantenimiento.

Para acabar, únicamente me queda por decir: ¡Mantengamos nuestro puente! ¡Quitémosle las malezas arbóreas que, aunque bellas, de nuevo le vuelven a asfixiar! ¡Que ninguna avenida del Duero o del Botijas nos lo arrebate!

## Notas

1. AGS. RGS, 1650.9.20.

2 En cuanto a la nomenclatura de los diversos elementos de un puente remito al lector, para su comprensión, a las aclaraciones

que adjunto. Tajamar: cara apuntada de un pilar de puente, aguas arriba, para romper la fuerza de la corriente; suele ser de planta semicircular, angular –aguda, recta, obtusa– y en forma de huso. Espolón: el machón de piedra, para proteger el pilar, en la parte opuesta al tajamar, es decir, aguas abajo del río; puede tener diversas plantas geométricas. Estribo: construcción destinada a contrarrestar el excesivo empuje de los pilares y arcos de un puente; se funda en los terreros o lados extremos de la obra. Manguardias: cualquiera de las dos paredes o murallones que refuerzan por los lados los estribos de un puente. Ver también, Internet: <https://www.caminoscastillayleon.es>. *Anejo II. Vocabulario de ingeniería de puentes*, 34-54.

3 Repiso, 2017: 64.

4 Abajo, 1986: nº 141.

5 Aramburu-Zabala, 1992: 107.

6 Antón, 1942: Serie 1ª, nº 9 (San Juan de la Puente); Serrano, 1933: 125 (Rubiales); Castro, 2010: n.º 125 (Sentinos); ARCHV, (D) Alonso Rodríguez, c. 355-1 (Peñalba). Agradezco a mi buen amigo Miguel Ángel de Benito su asesoramiento sobre el puente de Peñalba, así como en otros temas.

7 Aramburu-Zabala, 1992: 13.

8 AHN, Clero, c. 3435, nº 1.

9 AHN, Cód. y Cart., l. 1264, *Becerro de San Juan y San Pablo de Peñafiel*, f. 211.

10 AGDV. PV, *Cuaderno 1º*, f. 6.

11 *Idem*. f. 6.

12 *Idem*, ff. 3, 3 vº, 4, 4 vº, 21, 21 vº, 22, 23, 25, 27, 27vº, 28, 28 vº.

13 *Idem*, ff. 34, 37, 37 vº.

14 AGDV. PV, *Cuaderno 2º*, f. 11.

15 AGDV. PV, *Cuaderno 6º*, f. 36.

16 AHPV, Protocolos, 14 127, ff. 80-112 vº.

17 *Idem*.

18 AGS. RGS, 1620.12.10.

19 AHPV, Protocolos, 14 128, f. 32.

20 Aramburu-Zabala, 1992: 61.

21 *Idem*, 73.

22 AGS. RGS, 1650.9.20.

23 AHPV, Protocolos, 14 176, f. 59.

24 AGS. RGS, 1650.9.20.

25 AHPV, Protocolos, 14 172, f. 202.

26 *Idem*, 14 172, f. 174.

27 *Idem*, 14 172, f. 202.

28 *Idem*, 14 172, f. 265.

29 *Idem*, 14 627, f. 63.

30 *Idem*, 14 630, f. 35.

31 *Idem*, 14 261, f. 86 (1676.4.22).

32 *Idem*, 14 226, f. 190.

33 *Idem*, 14 266, f. 28; 14 267, f. 165.

34 *Idem*, 14 268, f. 44; 14269, f. 90; 14 269, f. 31; 14 325 (1726.3.28).

35 *Idem*, 14 325 (1726.3.28).

36 *Idem*, 14 320, f. 56.

37 *Idem*, 14 320, f. 138.

38 *Idem*, 14 344, f. 18 vº.

39 Cadiñanos, 2007: 112.

40 *Idem*, p. 112.

41 AHPV, Protocolos, 14 269, f. 31; Cadiñanos, 2007: 112.

42 AHPV, Protocolos, 14 176, f. 60 vº.

- 43 ARCHV, Masas (Olv.), c. 1622-1.  
 44 ARCHV, Masas (Olv.), c. 1619-1; 1.625.  
 45 AHPV, Protocolos, 14 156 (1650.8.24).  
 46 *Idem*, 14 344, f. 18 vº.  
 47 *Idem*, 14 403, f. 38 vº.  
 48 *Idem*, 14 393, f. 95.  
 49 *Idem*, 14 403, f.72; 14 403, f. 62; 14 403, f. 114.  
 50 *Idem*, 14 394, f. 79.  
 51 *Idem*, 14 428, f. 78.  
 52 *Idem*, 14 403, f. 82.  
 53 *Idem*, 14 428, f. 79.  
 54 *Idem*, 14 403, f. 96.  
 55 *Idem*, 14 403, f. 21.  
 56 Iglesias, 2015: 271.  
 57 *Idem*, 272.  
 58 AHPV, Protocolos, 14 403, f. 21.  
 59 *Idem*, 14 403, f. 39.  
 60 ARCHV, SC, 886,4; ADPV, c. 5580, Exp. 54 159, Libro de actas del 14 y 18 de marzo de 1814.  
 61 AHPV, Protocolos 5747, f. 677; 11 950, f. 70; 14 408, f. 134.  
 62 AHPV, Obras Públicas, 1340-8.  
 63 *Idem*, 133,2.  
 64 *Idem*, 133,2.  
 65 *Idem*, 133,3.  
 66 *Idem*, 245,1.  
 67 Agradezco a Carlos Infante su generosidad por proporcionarme copia de su trabajo y todas las fotografías que, sobre los puentes del río Duero de Peñafiel, tenía a su disposición. Igualmente, recuerdo a Juan José Moral Daza, que ha colaborado en la selección e informatización de las fotografías que aparecen en el trabajo.

## Bibliografía

- AHPV: Archivo Histórico Provincial de Valladolid.  
 AGS. RGS: Archivo General de Simancas. Registro General del Sello.  
 AGDV. PV: Archivo General Diocesano de Valladolid. Peñafiel, Villa.  
 ADPV: Archivo Diputación Provincial de Valladolid.  
 AHN: Archivo Histórico Nacional.  
 ARCHV: Archivo Real Chancillería de Valladolid.  
 ABAJO MARTÍN, T. (1986): *Documentación de la Catedral de Palencia (1035-1247)*. Burgos: J. M. Garrido Garrido.  
 ALONSO RUIZ, B. (1992): *El arte de la cantería. Los maestros trasmeranos de la Junta del Voto*. Santander: Editorial Universidad de Cantabria.  
 ALZOLA y MINONDO, P. (1899): *Las obras públicas en España. Estudio histórico*. Bilbao: Imprenta de la Casa de Misericordia.  
 ANTÓN, F. (1942): *Monasterios medievales de Valladolid*. Valladolid: Librería Santarén.  
 ARAMBURU-ZABALA HIGUERA, M. A. (1992): *La arquitectura de puentes en Castilla-León (1575-1650)*. Valladolid: Junta de Castilla y León.  
 BRAVO LOZANO, J. (2017): "Aliviar a los vecinos: el Consejo de Castilla y las obras públicas en el reinado de Carlos II. Puentes y vecinos". *Studia Histórica. Historia Moderna*, 39 (2), pp. 257-291.  
 BUSTAMANTE GARCÍA, A. (1983): *La arquitectura clasicista del foco vallisoletano (1561-1640)*. Valladolid: Instituto Cultural Simancas.  
 CADIÑANOS BARDECÍ, I. (1996): "Los puentes del sur de la provincia de Burgos durante la Edad Moderna". *Biblioteca: estudio e investigación*, 11, pp. 8-44.  
 — (2006): "Los puentes de la provincia de Valladolid durante la Edad Moderna (I)". *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 26, pp. 187-214.  
 — (2007): "Los puentes de la provincia de Valladolid durante la Edad Moderna (II)". *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 27, pp. 107-130.  
 CAGIGAS ABERASTURI, A. I. (2015): *Los maestros canteros de Trasmiera*. Tesis doctoral, Universidad de Cantabria. Inédita.  
 CASTRO TOLEDO, J. (2010): *Documentos de la Colegiata de Valladolid 1084-1300*. Valladolid: Diputación Provincial de Valladolid.  
 CHÍAS NAVARRO, P. y ABAD BALBOA, T. (2008): "La construcción del territorio: caminos y puentes en Castilla y León". *Historia de las Obras Públicas en Castilla y León: Ingeniería, Territorio y Patrimonio*, pp. 299-414.  
 DIAGO HERNANDO, M. y LADERO QUESADA M. Á. (2010): "Caminos y ciudades en España de la Edad Media al siglo XVIII". *En la España Medieval*, 33, pp. 347-382.  
 GARCÍA MORALES, M. V. (1990): *La figura del arquitecto en el siglo XVII*. Madrid: Editorial UNED.  
 GONZÁLEZ ECHEGARAY, M. C., ARAMBURU-ZABALA, M. A., ALONSO RUIZ, B. y POLO SÁNCHEZ, J. J. (1991): *Artistas Cantabros de la Edad Moderna*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.  
 IGLESIAS BERZOSA, F. J. (2015): "Burguesía y revolución liberal en la Ribera del Duero burgalesa (1808-1840)". Tesis doctoral, Universidad de Burgos. Inédita.  
 INFANTE ECHEVARRÍA, C. (2013): *Rehabilitación estructural de puente medieval de piedra y puente de hormigón sobre el río Duero, Peñafiel*. Trabajo Fin de Grado, Universidad de Salamanca. Inédito.  
 MORENO GALLO, I. (2006): *Vías romanas. Ingeniería y técnica constructiva*. Madrid: Ministerio de Fomento CEDEX-CEHOPU.  
 PELAYO FERNÁNDEZ, J. M. (2003): *El puente de Olivares y Quintanilla*. Valladolid: Editorial Jesús María Pelayo Fernández.  
 REDONDO CANTERA, M. J. y ARAMBURU-ZABALA, M. A. (1996): "La construcción de puentes en el siglo XVIII: innovación y tradición", *Actas del I Congreso Nacional de Hª de la Arquitectura*. Madrid: CEHOPU, pp. 435-443.  
 REPISO COBO, S. (2005): *Informe histórico-arquitectónico sobre el puente del río Duero en Peñafiel (Valladolid)*. Servicio Territorial de Fomento de Valladolid. Inédito.  
 — (2017): "Después de Pintia. El monasterio de San Salvador de Peñafiel". *Vaccea Anuario*, 11, pp. 64-74.  
 SÁNCHEZ RIVERA, J. I. (2005): "Importancia de las comunicaciones en el siglo XVIII: los puentes". *Biblioteca: estudio e investigación*, 20, pp. 363-412.  
 SERRANO, L. (1933): "Los Armíldez de Toledo y el monasterio de Tórtolas". *B.R.A.H.*, 103, p. 125.  
 — (1951): "Repertorio de todos los caminos de España, 1546" (mapa). En G. Menéndez-Pidal, *Los caminos en la historia de España*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

  
**Pinna fidelis**  
RIBERA DEL DUERO



[www.pinnafidelis.com](http://www.pinnafidelis.com)



**MATARROMERA**

EXCELENCIA  
DISTINCIÓN  
ELEGANCIA

[WWW.MATARROMERA.ES](http://WWW.MATARROMERA.ES)



 WINE-MODERATION.COM  
415 24 91222  
EL VINO SÓLO SE CONSUME CON MODERACIÓN

## ÍNDICE

- 138 S.M. la reina emérita D.<sup>a</sup> Sofía entrega los premios Hispania Nostra en Toledo
- 139 Proyecto de investigación «Análisis físico-químico de las cuentas de vidrio del yacimiento vacceo de *Pintia*: una ventana al pasado de la Ribera del Duero»
- 140 Exposición y conferencias sobre Cuéllar y las ciudades vacceas
- 141 El Museo de Segovia reúne a especialistas sobre celtíberos y vacceos en torno al urbanismo
- Joaquín Barrio, miembro del CEVFW, Premio Reserva 2021
- 143 Viaje a las minas de betún de Maeztu (Álava)
- La Fundación Palarq financia un estudio del CEVFW



## S.M. la reina emérita D.<sup>a</sup> Sofía entrega los premios Hispania Nostra en Toledo, entre ellos el concedido al Proyecto Pintia por la rehabilitación de la necrópolis de Las Ruedas

Su Majestad la reina D.<sup>a</sup> Sofía, presidente de Honor de Hispania Nostra, presidió el 3 de mayo, en el Museo Sefardí de Toledo, el acto de entrega de los Premios Europeos de Patrimonio/Premios Europa Nostra y de los Premios Hispania Nostra a las Buenas Prácticas en Patrimonio Cultural y Natural (correspondientes a las convocatorias de 2018, 2019, 2020 y 2021), que se conceden para reconocer y fomentar las mejores prácticas relacionadas con el patrimonio cultural y natural.

Al acto acudieron el presidente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Emiliano García-Page; la alcaldesa de Toledo, Milagros Tolón; la presidenta de Hispania Nostra, Araceli Pereda; el director general de Patrimonio Cultural y Bellas Artes, Isaac Sastre; la directora de la Representación de la Comisión Europea en España, María de los Ángeles Benítez; y la jefa de departamento de Europa Creativa, Barbara Gessler-Dünchem, entre otras autoridades. El galardón recibido por el Proyecto Pintia fue recogido por el director del CEVFW, Carlos Sanz.

El proyecto «La necrópolis de Las Ruedas de Pintia, un espacio rehabilitado para la memoria», recibió un accésit en la primera categoría de los Premios Hispania Nostra (intervención en el territorio o en el paisaje) correspondiente a 2020. El jurado quiso «reconocer la importante labor de protección y difusión que supone esta intervención, así como la implicación de personas de distintos ámbitos en un proyecto que



Entrega del premio Hispania Nostra por S. M. la reina D.<sup>a</sup> Sofía a D. Carlos Sanz Mínguez, director del CEVFW de la Universidad de Valladolid.

contribuye en gran medida a concienciar a la población sobre la riqueza de su patrimonio y la necesidad de conservarlo». Se valoró, además, la sostenibilidad del proyecto y el valor social de los diversos programas que vienen realizando el CEVFW y la Asociación Cultural Pintia en el entorno.

Entre los elementos concretos de esta rehabilitación cabe señalar la realización de un itinerario para las visitas guiadas, el acondicionamiento de un espacio didáctico en relación con programas educativos, la recuperación de la vegetación de ribera en el arroyo de La Vega que delimita el cementerio, etc.

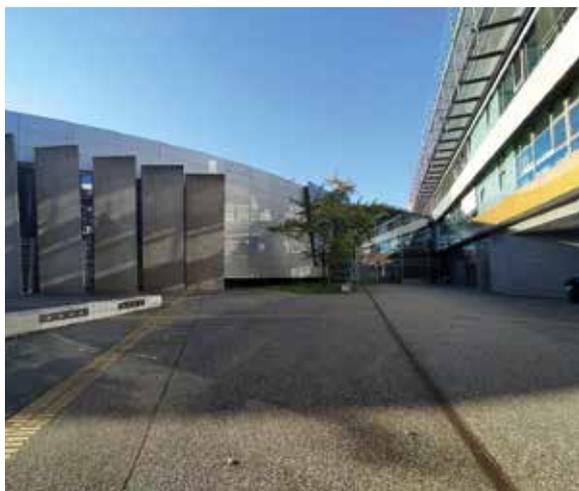
Como consecuencia de estas y otras acciones se ha conseguido crear un valor añadido y donde antes solo se veía una tierra de labor, en la actualidad el ciudadano adquiere consciencia del legado patrimonial allí existente. Asimismo, las acciones furtivas de teledetección pueden considerarse prácticamente erradicadas de esta zona.



Entrega de los Premios Europeos del Patrimonio “Premios Europa Nostra” y de los “Premios Hispania Nostra” a las buenas prácticas en Patrimonio Cultural y Natural. Fotografía de grupo de S. M. la Reina Doña Sofía con los premiados. Toledo, mayo de 2022.

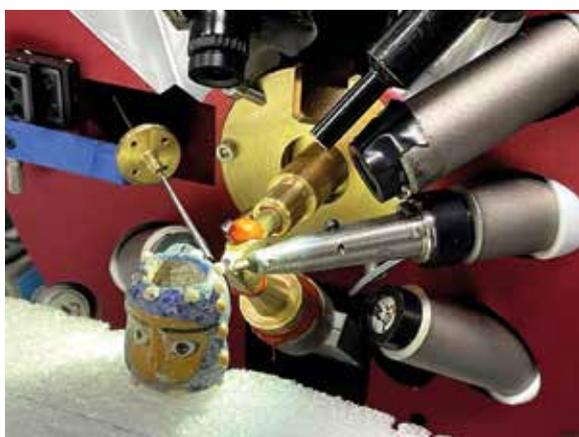
## Proyecto de investigación «Análisis físico-químico de las cuentas de vidrio del yacimiento vacceo de *Pintia*: una ventana al pasado de la Ribera del Duero»

En el mes de octubre de 2021 los investigadores del grupo AHMAT llevaron a cabo una intensa actividad relacionada con el proyecto de investigación «Análisis físico-químico de las cuentas de vidrio del yacimiento vacceo de *Pintia*: una ventana al pasado de

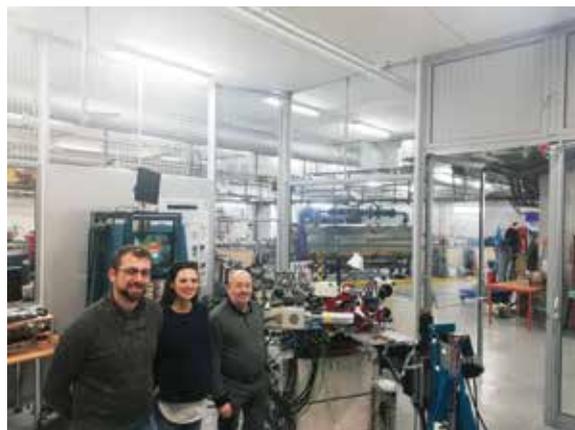


Acceso principal del sincrotrón BESSY-II del Helmholtz Zentrum Berlin (Alemania).

la Ribera del Duero» (VA210P20). En primer lugar, del 4 al 10 de octubre se llevó a cabo una campaña de medidas en las instalaciones del sincrotrón BESSY-II del instituto de investigación Helmholtz Zentrum Berlin (HZB) (Alemania). Esta campaña de medidas fue concedida en concurrencia competitiva por el HZB con el objeto de llevar a cabo una



La muestra 5442 preparada para ser analizada en el acelerador de partículas AGLAE del Museo del Louvre (París).



Los investigadores del grupo AHMAT, Javier Pinto, Suset Barroso y Carmelo Prieto, en las instalaciones del acelerador de partículas AGLAE del Museo del Louvre (París).

caracterización mediante espectroscopía infrarroja en modo microscópico de 65 cuentas de vidrio prerromanas procedentes de la necrópolis de Las Ruedas. Esta campaña de medidas fue llevada a cabo por Javier Pinto, obteniéndose resultados de interés en relación con la preservación de las cuentas de vidrio y la identificación de las alteraciones superficiales más comunes.

En segundo lugar, Suset Barroso, Javier Pinto y Carmelo Prieto se desplazaron a París del 11 al 15 de octubre para llevar a cabo otra campaña de medidas sobre las cuentas de vidrio, en este caso en el acelerador de partículas AGLAE del Museo del Louvre. Esta campaña también se obtuvo en concurrencia competitiva, siendo financiada por el programa europeo IPERION HS. A lo largo de esa semana se estudiaron un total de 67 muestras, en su mayoría polícromas o de particular relevancia, mediante las técnicas de emisión de rayos X, emisión de rayos gamma y luminiscencia inducidas por un haz de partículas (respectivamente PIXE, PIGE e IBIL). Estas técnicas no invasivas han proporcionado una determinación de la composición elemental de las cuentas de vidrio con una precisión superior a cualquier estudio previo, lo que unido a la amplitud y representatividad de las muestras estudiadas permitirá profundizar en el estudio de las procedencias de las cuentas de vidrio, y por ende de las relaciones comerciales y políticas de los vacceos.

Por último, Javier Pinto presentó un trabajo titulado «Raman Spectroscopy Study of Ancient Vaccaei (s. IV-I BC) Glass Beads found at the Necropolis of Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid, Spain)» (Autores: Javier Pinto, Suset Barroso, Jorge Souto, Elvira Rodríguez, Carlos Sanz y Carmelo Prieto) en la 2021 IEEE *Internacional Conference on Metrology for Archaeology and Cultural Heritage* (MetroArchaeo 2021) celebrado el Milán (Italia) del 20 al 22 de octubre, despertando gran interés entre los asistentes.

## Exposición y conferencias sobre Cuéllar y las ciudades vacceas

El pasado 30 de diciembre de 2021 se inauguró en el Centro Cultural Tenerías (Cuéllar) la exposición *Cuéllar vaccea. Los orígenes de nuestro pueblo*. La muestra exhibió por primera vez una selección de las piezas halladas en los yacimientos arqueológicos de esta localidad (plaza del Castillo, Las Erijuelas), además de otras de las cercanas ciudades de *Cauca* y *Pintia*, todas datadas entre los siglos V y I a. C. Durante este período se asentó y afianzó el pueblo vacceo en el valle medio del Duero, hasta su paulatino aculturamiento con la civilización romana.

Como añadido, se pudieron contemplar las ilustraciones creadas en exclusiva para esta exposición por Fernando Checa y Pablo Donado, así como los magníficos murales que recrean los rituales funerarios registrados



Momento de la inauguración de la exposición, con su comisario J. Barrio ofreciendo la explicación.



en las tumbas 127 y 128 de la necrópolis de Las Ruedas realizados por Luis Pascual Repiso.

La exposición fue organizada por los comisarios Joaquín Barrio Martín y Montserrat García Muñoz, en colaboración con el Servicio de Conservación, Restauración y Estudios Científicos del Patrimonio Arqueológico (SECyR) de la Universidad Autónoma de Madrid. Además, contó con la participación del CEVFW, la Junta de Castilla y León, los museos de Segovia y Valladolid y el Programa Pintia de Innovación Educativa 2.0.

En paralelo a la citada exposición, se celebró además un ciclo de conferencias bajo el título «Cuéllar vaccea y sus ciudades vecinas», que contó con el siguiente programa: «Cuéllar vaccea. Los orígenes de nuestro pueblo», por Joaquín Barrio Martín (Universidad Autónoma de Madrid); «Cerro Tormejón (Armuña) vacceo», por Raúl Martín Vela (Proyecto Eresma Arqueológico); «Pintia vaccea», por Carlos Sanz Mínguez (Universidad de Valladolid); y, «Cauca vaccea», por Juan Francisco Blanco García (Universidad Autónoma de Madrid).

# TR3SMANO.

RIBERA DEL DUERO | DENOMINACIÓN DE ORIGEN

Padilla de Duero. VALLADOLID

[www.tresmano.com](http://www.tresmano.com)



## El Museo de Segovia reúne a especialistas sobre celtíberos y vacceos en torno al urbanismo

Entre los días 20 y 21 de mayo de 2022, el Museo de Segovia celebró la Semana Internacional de los Museos reuniendo a arqueólogos profesionales e investigadores del mundo celtibérico y vacceo. Bajo el tema *Celtíberos y vacceos. Origen y desarrollo de la ciudad en la Protohistoria en el alto y medio Duero*, los distintos intervinientes disertaron sobre diversos aspectos relacionados con el propio concepto de urbano, la organización poblacional en la segunda Edad del Hierro meseteña, así como la conformación de importantes *oppida* que hubieron de hacer frente a la presión romana en el proceso de conquista. Los yacimientos estudiados se distribuyen en un amplio territorio que abarca los valles del Duero (medio y alto), del Eresma, Duratón y Riaza. Así el prof. G. Ruiz Zapatero comenzó «explorando la complejidad de las ciudades en la Edad del Hierro», seguido de J. Barrio que disertó sobre el pasado protohistórico cuellarano. El director del Museo de Segovia, S. Martínez, presentó nuevos planteamientos sobre dos yacimientos clave del alto Duratón (Sepúlveda y Los Sampedros), al que siguió F. López con la génesis de los *oppida* del valle del Riaza. E. Alfaro abordó el fenómeno urbanístico en el alto Duero y la prof. C. García Merino se centró en la ciudad arévaca de Uxama.

La segunda sesión fue inaugurada por el prof. C. Sanz quien trató sobre el urbanismo vacceo a través del *oppidum* de *Pintia* y, por su parte, F. J. Abarquero presentó los resultados de su investigación sobre las defensas de La Ciudad paredana. El yacimiento soriano Las Eras de Ciadueña conserva importantes vestigios urbanos estudiados por C. Taberner, y R. Martín Vela, mostró los conocimientos atesorados sobre diversos aspectos del cerro Tormejón, ya en el valle del Eresma. Otros datos de interés sobre otros yacimientos fronterizos, también segovianos, fueron presentados por J. I. Gallego.

En la última sesión, celebrada el sábado 21 de mayo, el prof. F. Burillo ilustró a los presentes sobre la organización socio-política de los *oppida* celtibéricos y el prof.



J. F. Blanco repasó la dinámica poblacional del mundo soteño y vacceo, a través del registro caucense. Similar recorrido realizó S. Martínez con la *Termes* arévaca y ya en las «estribaciones del territorio vacceo» situó a los asistentes E. Martín con su presentación sobre la palentina *Dessobriga*. Finalmente, J. M. Labrador y C. Martín repasaron el desarrollo urbanístico protohistórico documentado en la ciudad de Segovia.

Las jornadas, que tuvieron lugar entre el Museo Zuloaga y el Museo de Segovia, sirvieron para el intercambio de opiniones y la formulación de diversas cuestiones que favorecieron el desarrollo de interesantes debates.

El Museo de Segovia organizó esta actividad con un doble objetivo: además de presentar y analizar los distintos enclaves protohistóricos celtíberos y vacceos, la reunión estuvo abierta al público para que la sociedad conozca su patrimonio arqueológico a través de la investigación realizada desde distintos ámbitos: profesional, museístico y académico, lo que sin duda enriqueció la reunión. Esta concluyó con una visita guiada a la exposición temporal sobre la *Cuéllar vaccea* que acoge el Museo, continuación de la realizada en el enclave cuellarano.

El encuentro resultó de gran interés para el aprendizaje del urbanismo de las poblaciones protohistóricas de esta zona de la submeseta Norte, tanto desde el punto de vista académico como divulgativo, así como para el establecimiento de relaciones e intercambio de ideas entre los profesionales e investigadores de la Arqueología.

## Joaquín Barrio, miembro del CEVFW, PREMIO RESERVA 2021

Joaquín Barrio Martín, ha recibido el Premio Reserva 2021 que otorga el Grupo Español de Conservación (GE-IIC) del International Institute for Conservation of Historic and Artistic Works. Catedrático de Arqueología y Restauración del Patrimonio Arqueológico de la Universidad Autónoma de Madrid, creó en 2006 y dirige el Servicio de Conservación, Restauración y Estudios Científicos del Patrimonio Arqueológico (SECYR). El Premio está destinado a valorar una trayectoria profesional relevante. Fue creado para



reconocer la importancia de una larga experiencia y una destacada contribución en el campo de la Conservación y Restauración. ¡Enhorabuena al premiado!



## EUFEMIO DE SEBASTIAN E HIJOS, S.A.

EXCAVACIONES - ARIDOS  
MATERIALES DE CONSTRUCCION  
**HORMIGONES**

 y Fax 983 88 18 00

E-mail: pilar@desebastian.com

Ctra.de Pesquera, 56 (Frente azucarera)  
47300 PEÑAFIEL

MADERAS  
**m DE LA f**

marino de la fuente s/a

### IMPORTACION DE MADERAS

maderas tropicales (africanas - americanas)  
maderas europeas (frondosas - resinosas )  
maderas americanas (frondosas - resinosas)  
maderas nacinales

elaboración propia de tarimas y frisos  
vigas , vigas laminadas ..  
cepillado de tablón y viga  
tratamiento de madera - autoclave  
sección de ferretería  
puertas y molduras

[marinodelafuente.net](http://marinodelafuente.net)

#### SANTANDER

telf.942.369.006  
POLÍGONO DE RAOS

#### SEVILLA

telf.955.631.361  
POLÍGONO I. LA RED

#### VALLADOLID

telf.983.304.622  
P. I. SAN CRISTOBAL



## Los Tres Olmos

Reservas: 983 682 455  
[www.losTresOlmos.com](http://www.losTresOlmos.com)  
c/Real 2, Santibañez de Valcorba  
47331 Valladolid



FARMACIA Y LABORATORIO  
DEL LICDO.  
**F. DEL CAMPO**



"OBRAS DE NUEVA EDIFICACION,  
REHABILITACION Y ACONDICIONAMIENTO DE VIVIENDAS,  
LOCALES COMERCIALES Y OFICINAS  
MANTENIMIENTO DE EDIFICIOS."

### CONSTRUCCIONES Y REFORMAS HERNANDO ACEBES, S.L.

C/Las Damas 18  
Tlfno: 983 880 643 Móvil: 609 736 867  
e-mail: [acebes@acecons.es](mailto:acebes@acecons.es)  
47300 PEÑAFIEL(Valladolid).



**esova**  
equipos y servicios  
ofimáticos de valladolid

- > Copiadoras - Impresoras
- > Equipos Multifunción
- > Plotters
- > Fax - Escáner
- > Informática



**Canon**  
Carretera de Rueda 63 (Edificio Royal Park)  
47008 Valladolid  
Tlf. 983 23 89 49 - Fax. 983 23 86 51  
[www.esova.es](http://www.esova.es) - [info@esova.es](mailto:info@esova.es)



## Viaje a las minas de betún de Maestu (Álava)

El 17 de septiembre de 2021 los investigadores del grupo AHMAT visitaron el entorno de las minas de asfalto de Arraia-Maestu (Vitoria). Los afloramientos naturales de asfaltos en dicha zona eran conocidos desde la Antigüedad, si bien solo existen evidencias de su explotación organizada en épocas recientes. El objetivo de la visita fue recolectar muestras de los asfaltos que durante décadas fueron extraídos de esos parajes, ya que su estudio podría arrojar luz sobre el origen de las abundantes muestras bituminosas recuperadas en la necrópolis de Las Ruedas. En la planificación y ejecución de la toma de muestras se contó con la inestimable ayuda de D. Javier Suso San Miguel y D. Rufino López de Alda, así como del alcalde del Ayuntamiento de Arraia-Maestu, D. Anartz Gorrotxategui. La recolección de muestras fue exitosa, pudiendo obtener tanto rocas impregnadas de asfaltos como



Los investigadores del grupo AHMAT y el experto local D. Rufino López de Alda a la entrada de la mina San Ildefonso. De izquierda a derecha: Carmelo Prieto, Alejandro del Valle, Rufino López, Javier Pinto, Elvira Rodríguez y Carlos Sanz.

porciones de asfalto de gran pureza en tres de las minas, concretamente de las minas San Ildefonso, Santa Lucía y Carmen.

## La Fundación Palarq financia un estudio del CEVFW

**FUNDACIÓN  
PALARQ**  
PALEONTOLOGÍA Y ARQUEOLOGÍA

La Fundación Palarq es una entidad privada y sin ánimo de lucro creada con el objetivo de apoyar los estudios de Arqueología y Paleontología Humana. A tal fin convoca cada año unas ayudas destinadas a la aplicación de técnicas analíticas sobre bienes arqueopaleontológicos procedentes tanto de un único lugar, como sobre un mismo tipo de elemento recuperado en diversidad de yacimientos.

Durante este año el CEVFW presentó el proyecto «Análisis compositivo por fluorescencia de rayos X (FRX) de las fíbulas del territorio vacceo, con especial atención a las de la Zona Arqueológica Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel), y su comparativa con ejemplares de otros yacimientos», que finalmente recibió una ayuda de 4200 €. Para la valoración del mismo la Comisión Evaluadora tuvo en cuenta el interés científico del proyecto, su coherencia y metodología, la experiencia de los investigadores y la capacidad de desarrollo del proyecto de los responsables de la solicitud, así como su correcta adecuación presupuestaria.



Fíbulas de bronce de diversa tipología, procedentes de la necrópolis de Las Ruedas.

El objetivo del proyecto es realizar un completo estudio analítico sobre un conjunto de fíbulas pintianas bronceas (105), de otros ejemplares vacceos procedentes de *Cauca* (10), *Intercatia* (5) y *Pallantia* (2), así como de diversas piezas procedentes de enclaves adscritos a otras etnias dispuestas tanto en el *hinterland* vacceo, tales como Miraveche (3), Monte Bernorio (2), Numancia (3), Carratiermes (5), Ucero (4), Las Cogotas (4), La Osera (4) o El Berrueco (1), así como otras más alejadas como O Caseirinho (2).

La aplicación de analíticas físico-químicas podrá clarificar distintas cuestiones que surgen en torno a determinadas producciones vacceas, además de registrar similitudes y/o diferencias a través de ciertos elementos estructurales que permitan inferir el taller de procedencia y por tanto si se trata de piezas locales o foráneas, en un contexto histórico caracterizado por la abundancia de intercambios comerciales entre los distintos pueblos de la península.



© Sansón

# TEMPOS *Vega Sicilia*



## COLABORACIÓN

**BODEGAS PROTOS • BODEGAS PINNA FIDELIS • MADERAS MARINO DE LA FUENTE • EUFEMIO DE SEBASTIÁN E HIJOS, S.A. • MESÓN LOS TRES OLMOS • ESOVA • CONSTRUCCIONES HERNANDO ACEBES • FARMACIA ERNESTO DEL CAMPO • BODEGAS MATARROMERA • TR3SMANO**

### HAN COLABORADO:

MINISTERIO DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA • MINISTERIO DE DEFENSA • MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES • ARENAS COMPASCO • CASA SANTIVERI • BODEGAS TAMARAL • BODEGAS EMILIO MORO • CANTALAPIEDRA • CONÁBSIDE • BODEGAS VIÑA MAYOR • CITROËN HISPANIA CASA CARRIÓN • VOLMO, S.A. • COLLOSA • HACIENDA MONASTERIO • AZUCARERA EBRO AGRÍCOLA • ÁRIDOS SANZ • FUNDACIÓN UNIVERSIDADES DE CASTILLA Y LEÓN • BODEGAS PINGÓN • AYUNTAMIENTO DE PEÑAFIEL • TEÓFILO REYES • MINISTERIO DE MEDIO AMBIENTE • CAJA RURAL • BODEGAS MARIANO SANTOS • HOTEL RIBERA DEL DUERO • PAGO DE CARRAOVEJAS • CLÍNICA VETERINARIA LA FLECHA • BODEGÓN EL CIERVO • BAR TÚ Y YO • LATINO • BY LATINO • BODEGAS ALONSO TORIBIO • FERRETERÍA MAOR • BODEGAS Y VIÑEDOS QUMRÁN • HERGON, S.A. • JOYERO ÓSCAR SAN MIGUEL • HOTEL LEONOR • BRICOLAJE VIRGILIO BENITO • BODEGAS Y VIÑEDOS MENTÓ • RESTAURANTE OSEGREDO • ANTIGÜEDADES EL RASTRILLO • CAMPING RIBERDUERO • BODEGAS COMENGE • GESTICOR • OCHOA IMPRESORES • FARMACIA GONZALO MATO CHAÍN • TGT CASTILLA S.A. • POSADEROS DE CASTILLA • ASADOS MAURO • RESTAURANTE MOLINO DE PALACIOS • EL ZAGUÁN • MESÓN EL CORRALILLO • BODEGAS ABADÍA RETUERTA • HOTEL LAS CLARAS • ARCHAEOSPAIN • CARNICERÍA RUBÉN REDONDO • ARMONIA DECORACIÓN FLORAL • SHIDIOMAS • CONTENEDORES TRANSCON • VIVEROS FRANYAL, S.L. • MIT INFORMÁTICA • BODEGAS EMINA • LA CASA DEL COSO • RESTAURANTE EL LAGAR DE SAN VICENTE • HOSPEDERÍA JARAMIEL • ALABRASA • TANDEN • PC ASISTENCIA • HOSPEDERÍA CONCEJO • BODEGA POSTIGO VERGEL S.L. • MÁRMOLES PICA • CAFÉ-BAR BENITO • BODEGAS Y VIÑEDOS AALTO

# Zona Arqueológica Pintia

Padilla de Duero/Peñafoiel, Valladolid

[www.pintiavaccea.es](http://www.pintiavaccea.es)



*EL VINO MÁS  
VIEJO DE LA  
RIBERA DEL  
DUERO*



**VISITAS GUIADAS CONCERTADAS TODO EL AÑO**

**e-mail: [cefw@uva.es](mailto:cefw@uva.es) / Tfno. (+ 34) 983 881 240**